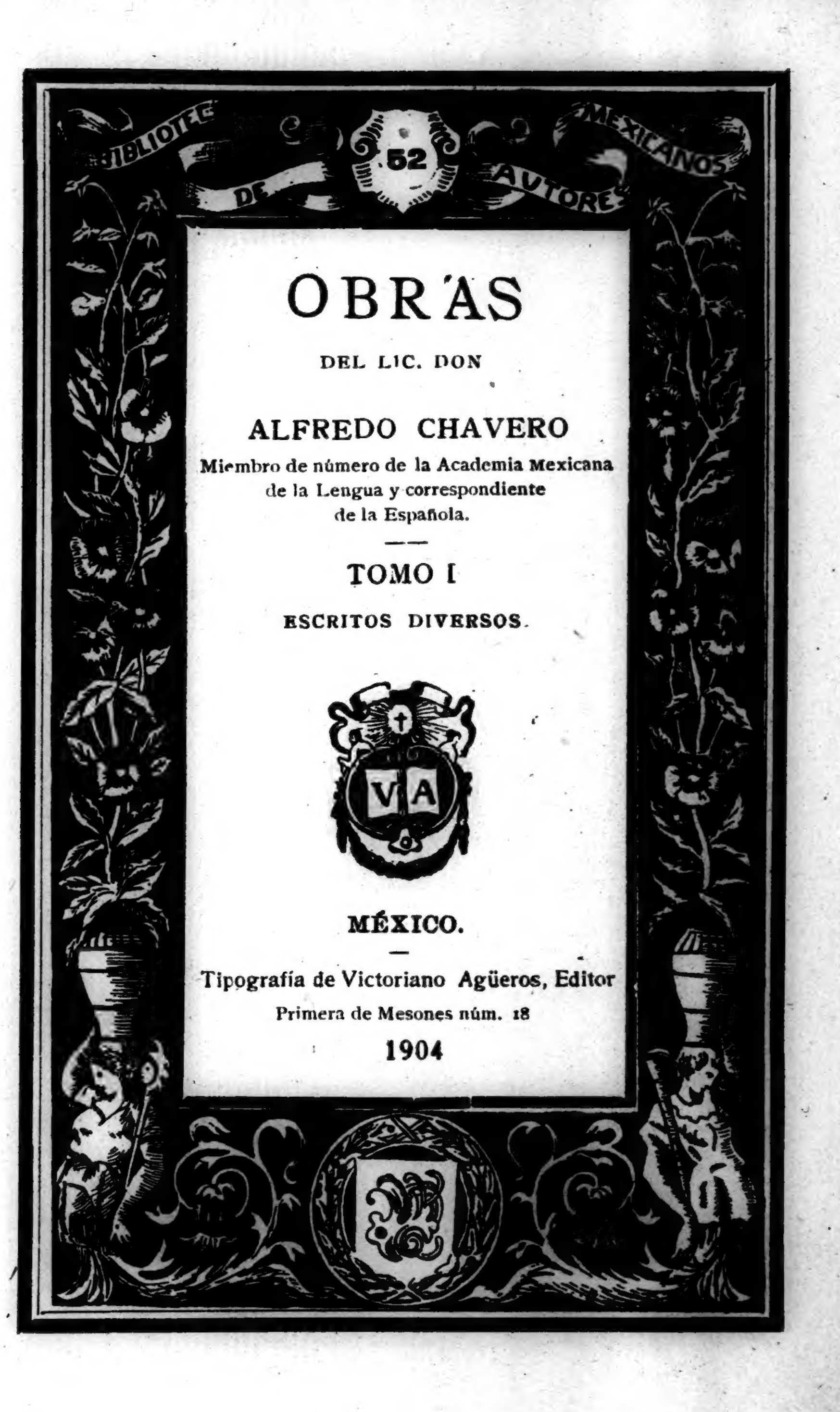
BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS

HISTORIADORES



Alfo de Chaves



OBRAS

DEL LIC. DON

ALFREDO CHAVERO

Miembro de número de la Academia Mexicana
de la Lengua y correspondiente
de la Española.

TOMO I

ESCRITOS DIVERSOS.

MÉXICO.

Tipografía de Victoriano Agüeros, Editor
Primera de Mesones núm. 18

1904

Noticia biográfica del autor

El señor Lic. Don Alfredo Chavero, personalidad conspícua en la historia de la cultura de México, debe considerarse bajo el triple aspecto de literato, arqueólogo y político.

En cada uno de esos ramos del saber humano ha prestado valioso contingente al adelantamiento de la patria, marcando profunda huella y figurando en señalado puesto entre los mexicanos que en esas agrupaciones han sabido ser prez y honra de su nación.

Estudiante aprovechado desde los primeros años de su carrera literaria alcanzaba siempre el primer lugar entre sus condiscípulos, y era el alumno aventajado, que en los desempeños de certámenes, justas científicas y actos escolares sabía poner en buen lugar el nombre del maestro y del aula que cursaba.

Pasaron así los primeros años de su vi-

da, hasta alcanzar el grado de licenciado en leyes y obtener el correspondiente título.

Las aficiones á la bella literatura, resultado de los buenos conocimientos que el Sr. Chavero había acaparado en las humanidades, le impelieron á la poesía, y desde esos tiempos, en varias publicaciones periódicas publicó sus primeros versos.

Hubo una época en que el amor á las bellas letras pareció ocuparlo del todo, y entonces, tomando un camino más serio y difícil, se dió á la composición de obras para el teatro, tanto en verso como en prosa.

Fecunda fué su labor en esa materia, como lo demuestran los dramas: "Xochitl," "La Ermita de Santa Fe," "El Valle de Lágrimas," "Sin Esperanza," "La Hermana de los Avilas," "El huracán de un beso," "El aviso en el puñal," "Los Amores de Alarcón," y las comedias, tragedias y óperas cómicas intituladas "Bienaventurados los que esperan," "Quien más grita más puede," "Quetzalcoatl," "Fantasca," "El Sombrero," "El paje de la Virreina," "El Duquesito," "La Gitana," "El Mundo de Ahora" y "En dos gabinetes." Los periódicos "La Madre Celestina," "El Renacimiento," "Veladas literarias," "El Domingo," "El Federalista" y otros, contienen casi todas sus producciones lite-

rarias, á partir del año 1860, época en que aun no dejaba las bancas de Letrán.

En los escritos mencionados, el señor Chavero no ha seguido sistema determinado, ni se ha adherido á ninguna escuela: su vigorosa imaginación y su claro talento le han permitido abordar todos los géneros de composición literaria.

Desde el 26 de Septiembre de 1877, en que estrenó la primera, hasta el día en que esto escribimos, (1) ha producido Chavero dieciocho obras dramáticas, con un total de cuarenta y siete actos, en su mayor parte en verso. Ni los dramáticos del siglo de oro de la literatura castellana, con todo y haber sido tales, que tuvieron por discípulo á Corneille y á Moliére, y por rival á Schakespeare, lograron ser fecundos, sin dejar de ser defectusos: excusado nos parece decir que las obras de nuestro también fecundo amigo no carecen de defectos; pero no siendo el señalarlos la misión de estas páginas, dejémoslos ocultos, como lo están, entre los pliegues de la amplia vestidura de bellezas con que nos presenta su autor el mayor número de sus variadas creaciones. ¿Cómo no mostrarnos seducidos por la valentía del argumento de "Xóchitl," cuyo final del segundo

---

[1] D. E de Olavarría y Ferrari.

acto bastaría para acreditar á cualquier autor como un hábil y profundo conocedor de los efectos dramáticos, vedados á escritores no obstante muy distinguidos? ¿Cómo no maravillarnos del felicísimo ensayo de la tragedia mexicana titulada "Quetzalcoatl," aunque no sea por otra cosa que por habernos probado que la antigua historia de este país, tiene toda la épica grandiosidad que dictó los poemas eternos del mundo pasado? ¿Qué puede tacharse, en conjunto, á la mayor parte de sus dramas y comedias, felices estudios de los más diversos géneros, desde el romántico al realista, desde aquel que obliga á meditar al espectador con su profunda filosofía, hasta el que le hace olvidar sus últimos restos de seriedad para entretenerse con todos los caprichos de la móvil farsa cómica?

Si en cuanto al conjunto la mayor parte de las obras de Chavero sólo nos ofrecen motivo de aplauso, ¿qué podremos decir de ellas en detalle? "Xóchitl" es una positiva creación: la idealización de la pureza que vincula, podrá tener, quién lo niega, muchos semejantes en otras literaturas; pero esto mismo dá mayor realce aún á su originalidad, porque el carácter de la protagonista del bello drama, es legítimamente azteca, es decir, tiene toda la novedad de las costumbres del pueblo á que

pertenece; es como los bosques de su patria, que por más que sean un trozo de la naturaleza, como los demás bosques del mundo, son, no obstante, diversos de todos los bosques que no sean bosques americanos. Don Juan, en el drama titulado "Los Amores de Alarcón," es también una criatura exclusivamente de Chavero, y tal vez la más admirable y legítima, porque la "construyó," digámoslo así, como se construyen los mosaicos, tomándola de las obras mismas del gran poeta de Mexico, y extrayendo con criterio sin rival el espíritu del personaje de todas aquellas laboriosas pero incompletas noticias que de él nos han dado infatigables indagadores y prodigiosos críticos. ¿Qué es el "Quetzalcotl," si no una creación de creaciones, nacidas de un ímprobo y laborioso estudio de muchos años, especie de "fiat-lux" en la noche de aquellas remotísimas y oscuras edades?

Pasemos por último á la forma. ¿Cuál de sus obras en verso no abunda en tesoros de poesía y en ejemplos de métrica? ¿Qué elegante prosista no se muestra satisfecho del puro y correcto castellano que Chavero pone en labios de sus personajes? Modelo de estudio y dedicación rinde por igual tributo de respetuoso discípulo á Garcilaso y á Cervantes, y ya en verso ó ya en prosa es dulce y tierno con

"Xóchitl" y "Jerónima," apasionado con D. Juan" y "Gonzalo," arrebatado con "Hernán Cortés" y sublime y majestuoso con "Quetzalcoatl."

De propósito no hemos querido multiplicar los ejemplos, deseando dar á nuestros lectores, con la brevedad de nuestro artículo, mayores facilidades para leerle.

En cuanto á las obras que este tomo comprende, podríamos decir tanto, que faltásemos á nuestra determinación. "El Autor de su Desdicha" acaba casi de representarse, y en su género es, después de "Xóchitl," una de las mejores obras de Chavero: los lectores encontrarán el último acto poco menos que escrito de nuevo, porque entre las cualidades de nuestro amigo, sobresale la de una falta absoluta de mal entendido amor propio, no sabe rebelarse contra la crítica, por más necia é injusta que sea; sabe en cambio seguir los consejos que con buena intención se le dan, y jamás lleva su amor á sus hijos literarios, al grado de defenderlos y amarlos por sus defectos: la obra, aplaudida extraordinariamente en los dos primeros actos, estuvo á punto de fracasar en el tercero: vió su autor la causa del mal, y le cortó con estudiado y radical remedio.

"El mundo de ahora" es una sucesión de cuadros, tomados de la más palpable realidad, y presentados con un encantador

naturalismo: no hay un sólo tipo en la obra que no tenga su retrato en un sér de carne y hueso, que conozcamos: el interés de la obra, fundado únicamente en la verdad de la pintura, es tal, que seduce, y obliga sin violencia al lector á devorar la comedia.

"La hermana de los Avilas" es un drama de innegable mérito, y nada deja que desear en su lectura; no ha sido aún representado, y como "Los amores de Alarcón," exige, para ser puesto en escena, compañías tan completas, como en la actualidad no existen en los teatros castellanos, ni de Europa ni de América. En versificación inspirada, conceptuosa, fácil y correcta, supera, á nuestro entender, á todas las obras en verso de Chavero.

Podríamos seguir hablando sobre las tres que acabamos de citar; pero inútil nos parece, cuando el lector va á juzgar por sí mismo de la verdad de nuestro elogio: si hubiéramos de señalar sus bellezas, necesariamente anticiparíamos una edición especial de todas las escenas culminantes en que abundan.

Sólo nos falta probar, por medio de un breve extracto de opiniones agenas, que la nuestra se acerca á lo justo, tanto como es posible, en nuestra inteligencia limitada.

El señor Don Luis Fernández Guerra y Orbe, ante cuya autoridad literaria se in-

clinan con respeto cuantos tienen noticia de lo que es un privilegiado talento, ha dicha de "Los amores de Alarcón:" "Su "drama de usted, por lo mismo que es una "obra alta y esencialmente literaria, senci-"lla de acción, rica en caracteres bien de-"lineados y sostenidos, limpia de relum-"brones, y está hablada en correcto, casti-"zo y elegante castellano, exige especia-"les elementos artísticos para su desem-"peño en las tablas. ¿Cómo lograr si-"quiera un mediano conjunto en la repre-"sentación de una obra de tantas figuras, "importantes todas, las unas por lo que "tienen que decir y las otras por lo que "representan?"

En otra de sus cartas llama el eminente escritor español al dramático mexicano "ilustre biógrafo de "Sahagún," "deudor al cielo de florido y vigoroso ingenio, titulando "poema dramático" á "Los amores de Alarcón," y calificando su pluma de "adiestrada y maravillosa."

Hemos dado á las opiniones del escritor español el primer lugar, tanto porque no disponemos de mucho, lo repetimos, como porque se juzgue de que no es sólo en México, sino en España y en el seno de la Real Academia, donde Chavero es estimado en todo su valer. Un exceso de modestia de nuestro amigo, nos priva del gusto de transladar aquí el juicio que sus

obras han merecido á otros literatos madrileños. No acabaríamos, en cambio, si pretendiéramos reproducir los de nuestros distinguidos críticos mexicanos, razón por la cual sólo transladaremos algunos, tomados al acaso. Dice el señor Gómez Flores, cuya opinión es por muchas circunstancias importante, refiriéndose á "Xóchitl:" "Lo primero que llama la atención en el "drama del señor Chavero, es el marcadí- "simo carácter nacional que supo impri- "mirle. En este sentido, creo que ninguna "otra obra dramática mexicana puede su- "perarle.... y está llamada á representar "un gran papel en la creación del genuino "teatro mexicano, sobre todo, por el sello "hermosísimo de nacionalismo que ha sa- "bido imprimirle con tanta maestría co- "mo belleza." Habla en otros artículos "de la excelente prosa que la péñola del "ilustre autor sabe manejar siempre con "tanta maestría y elegancia," é iguales "elogios hace del poeta lírico, "á quien muy "poco tiene que tachársele." Guillermo Prieto, quizá el más popular poeta de su patria, dice en uno de los artículos, que el romance puesto en boca de Bernal Díaz, describiendo los sucesos de la "noche triste," "no le habría desdeñado como suyo el Duque de Rivas;" y de las décimas de Hernán Cortés, "creemos escuchar un eco de Calderón, por la valentía con que están versificadas."

Damos aquí punto á este pequeño trabajo, callándonos los aplausos que á otras autoridades ha merecido Chavero, por más que tengan tanto valor como los del señor García Icazbalceta, que asegura "haber tenido mucho que aprender" en sus obras, ó los del venerable Orozco y Berra, que se confiesa "su admirador," ó los del acreditado literato Triay, que le encuentra digno émulo de Echegaray, Vega, Tamayo, Ayala y Blasco; ó los de Don Casimiro Collado, y tantos otros escritores y críticos de la República y de fuera de ella, como nos han precedido en la grata tarea de rendir justo y merecido tributo al por mil títulos, y en los más distintos y aun opuestos géneros, distinguidísimo escritor Alfredo Chavero."

Su labor política es tan notable como la literaria.

Iniciado en los trabajos parlamentarios desde el año 1862, y afiliado al partido liberal progresista, ha prestado siempre su contingente á la causa de la nación y sus buenos hijos. Las vicisitudes por que ha pasado, enmedio de nuestras discordias intestinas y conflictos internacionales, en vez de desviarlo ó desalentarlo, le han dado mayor entusiasmo y firmeza á sus convicciones políticas.

Fué Chavero uno de los pocos liberales

que en la invasión francesa siguieron al Gobierno nacional en su difícil peregrinación, saliendo con el señor Juárez de México, el 13 de Mayo de 1863.

Con especiales encargos del Primer Magistrado de la República, recorrió los Estados de México, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Jalisco, Colima y Sinaloa; unas veces acompañando al caudillo de la independencia nacional, y otras desempeñando comisiones importantes, confiadas á su actividad y decisión por la causa de la República, sufriendo en esos viajes todas las penalidades consiguientes á la situación, penalidades que venían á aumentar el que se ve abligado á viajar por nues-las que hasta en tiempos normales sufre tro extenso y poco poblado territorio. Yendo á Mazatlán fué aprehendido por los franceses.

"Restablecido el Gobierno republicano en 1867, Chavero tomó á su cargo, en unión de otros periodistas, la redacción del "Siglo XIX," y después ha desempeñado los cargos siguientes:

Magistrado del Tribunal Superior del Distrito, Secretario de la Comisión del Código de Comercio, de que fué después uno de los miembros; síndico del Ayuntamiento de México, Diputado al quinto Congreso Constitucional por Tixtla (Gue-

rrero), catedrático de Derecho administrativo en la Escuela Nacional de Comercio, Regidor varias veces, Presidente del Ayuntamiento, Diputado al sexto Congreso de la Unión, por la capital, y Gobernador del Distrito Federal.

Durante la administración del señor Lerdo, Chavero, filiado en la oposición, no desempeñó sino su cátedra en la Escuela de Comercio, y esto durante corto tiempo, pues se separó de ella para emprender un viaje á Europa, en el que sacrificó el fruto de sus trabajos, regresando á su país, á restablecer su modesta fortuna, con el ejercicio de su profesión. Chavero continuó militando en las filas oposicionistas, y á la caída del gobierno del señor Lerdo fué nombrado Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, electo después Diputado al octavo Congreso y vuelto á elegir para el noveno.

Chavero ocupa un lugar distinguido en el foro mexicano. Reune, para el ejercicio de su profesión, á la natural perspicacia de su genio, la actividad y el empeño que se requieren en el foro. Además, su ingerencia en los asuntos políticos, su significación en los Congresos de que ha formado parte, le dan cierta influencia en los tribunales. Como defensor, Chavero, agota cuantos recursos están á su alcance, esgrime todas las armas, mueve todo género

de resortes; en una palabra, se consagra única y exclusivamente á arrancar del banquillo del acusado á sus clientes. No importa que éstos no sean de su comunión política; Chavero goza con el triunfo, aun cuando su conducta disguste á sus correligionarios. Su inteligencia y su corazón están siempre al servicio del que atraviesa una de esas crisis espantosas que deciden el porvenir del ciudadano, porque va en ellas la honra ó los intereses pecuniarios.

Orador parlamentario, Chavero, obedece más á las exigencias de la situación en que se encuentra, á los intereses de la causa que defiende, que á las formas y principios del arte oratorio. No son, ciertamente, piezas acabadas sus discursos, las más de las veces, porque, al subir á la tribuna, lo hace accediendo á las necesidades del momento, en el calor de una lucha que se cree ya perdida, y deseando más bien impresionar vivamente á sus colegas, que razonar fría y concienzudamente. Pero abundan sus peroraciones en rasgos brillantes y felices, en metáforas oportunas, y alguna vez en sátiras punzantes. Chavero no es tan inspirado como Alcalde; sin embargo, posee dotes estimables que lo colocan en lugar distinguido. Debemos mencionar también que Chavero ha pronunciado en las grandes

solemnidades de la patria varios discursos notables, entre otros, el elogio fúnebre de Juárez, en el homenaje solemne tributado á los restos de aquel grande hombre. La "Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística," de que es Secretario perpetuo; el "Liceo Hidalgo" y otras muchas corporaciones científicas y literarias con que cuenta el país, registran entre sus socios á Chavero. Sus producciones políticas y literarias corren impresas en "La Madre Celestina" (860), en que dió á luz gran número de artículos satíricos; en "El Heraldo," "El Nuevo Mundo," "La Chinaca," redactada en unión de los señores Iglesias y Prieto, en la época aciaga de la Intervención; en "La Voz del Nuevo Mundo," de San Francisco California; en "El Siglo XIX." (1)

En la administración actual, el señor Chavero ha aumentado su valer político y su prestigio administrativo, como lo demuestran los nombramientos que el Ejecutivo de la Nación le ha confiado en la segunda Conferencia Internacional Pan-Americana, en la Corte permanente de Arbitraje de la Haya, en la intervención del Banco de Londres, en la tesorería del Congreso de la Unión, en la Conferencia

[1] F. Sosa.

Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, en la plenipotencia, al celebrarse el primer tratado de propiedad con España, y en el Congreso de Ciencias, verificado poco ha en la Exposición Internacional de San Luis Missouri.

Brevemente esbozados los méritos y cualidades del señor Chavero, como literato y político, réstanos dar á conocer aquellos que le acreditan como arqueólogo.

Intima amistad y continuado trato unieron al señor Chavero con dos maestros en la ciencia antigua mexicana, los señores Don Joaquín García Icazbalceta y Don Manuel Orozco y Berra.

La constante comunicación con ellos, y el oírles siempre tratar asuntos arqueológicos nacionales, hicieron que aquél tomase gusto á esos estudios. Por aquel tiempo los herederos del insigne bibliófilo, Lic. José Fernández Ramírez, ponían á la venta la preciosa biblioteca que su padre había reunido. Contenía ella todo cuanto de más raro y precioso en impresos, manuscritos y pinturas jeroglíficas había escapado de la acción destructora de los años y de nuestras revueltas políticas.

Saberlo Chavero y adquirir aquella espléndida colección, fué todo uno. Provisto de tan ricos elementos de estudio, los aprovechó desde luego, teniendo por guía y maestro al sabio cuanto modesto Orozco y Berra.

Primer fruto de esa nueva labor literaria fué un estudio referente al monolito vulgarmente conocido con el nombre de "Calendario Azteca." El mundo científico saludó con aplausos ese primer trabajo, descubriendo en su autor un investigador diligente, concienzudo y desapasionado, cualidades todas constitutivas de un verdadero arqueólogo.

A ese trabajo siguieron otros y otros más, sin que hasta la fecha haya dejado de dar á luz producciones de esta clase. La bibliografía, ciencia auxiliar de estos estudios, ha merecido también su atención, y producciones de esta índole han corrido con aprecio entre el público literato.

Una breve referencia de sus escritos arqueológicos dará idea de su importante labor.

"Vidas de Itzcoatl y Motecuhzoma Ilhuicamina, en la obra intitulada "Hombres Ilustres Mexicanos."—1873

El Calendario Azteca.—Las naves de Cortés.—El Códice Telleriano Remense.—Fray Bernardino de Sahagún.—El Códice Ramírez.—Fray Diego Durán.—El cronista Tezozomoc.—El P. José de Acosta.—Don Carlos de Sigüenza y Góngora.—El caballero Boturini.—La lápida de Cuilapa. (1873 á 1880.)

Apéndice á la Historia de las Indias de

Nueva España, de Fray Diego Durán.—1880.

Estudios obre la Piedra del Sol, en los "Anales del Museo Nacional;" de 1877 á 1886.

Historia Antigua de México, primer tomo de "México á través de los siglos."—1882-83.

Texto de las Antigiiedades Mexicanas, publicadas por la Junta Colombina de Mexico. 1892.

Obras de Ixtlilxochitl, con notas. 1892.

Historia de Tlaxcala de Muñoz Camargo. 1892.

Lienzo de Tlaxcalla. 1892.

Los dioses astronómicos de los antiguos mexicanos. 1895-97.

"Teotihuacán" y varias publicaciones de manuscritos: hasta 1903.

Pinturas y jeroglíficos: primera y segunda partes. 1901.

Calendario ó Rueda del año de los antiguos indios. 1901.

Calendario de Palemke. Signos de los días. 1902.

Calendario de Palemke. Signos de las veintenas. 1903.

Apuntes viejos de Bibliografía Mexicana. 1903.

Cuando Chavero publicó su "Historia Antigua de México," su lectura produjo una verdadera revolución entre los aficio-

nados á esa clase de estudios; para unos era obra de pura imaginación; para otros, alteración de documentos. Tal acontece siempre que la "senda trillada" ó la "venerable tradición" no se respetan y siguen. El tiempo y los estudiantes verdaderamente serios han venido á destruir esos dos falsos y apasionados juicios.

Y fué que Chavero, intencionalmente, no quiso citar las fuentes y autoridades en que apoyara sus nuevas teorías, dejando á la sagacidad y laboriosidad de sus lectores descubrirlas. El formidable andamiaje de textos y citas, que afea tanto los libros de esta clase, y hacen tan difícil y fastidiosa su lectura, no se encuentran en esa obra. Cierto es que no faltarán lunares en ese trabajo, que documentos posteriormente conocidos hagan resaltar; más aún en esto el señor Chavero es el primero en señalarlos en sus posteriores escritos, honrado proceder que le ha valido esta frase honrosa de nuestro insigne Icazbalceta: "Chavero, con sus escritos, hace él mismo de posteridad." Como escritor honrado, es él quien se anticipa á señalar y corregir sus errores, y como verdadero sabio, atiende las indicaciones y censuras justas de sus amigos ó de sus émulos.

Las sociedades científicas, tanto nacionales como extranjeras, han reconocido

siempre sus méritos, y por ellos pertenece como uno de sus miembros á éstas:

Liceo Hidalgo, Ateneo Mexicano, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Academia Mexicana, Academia de Jurisprudencia y Legislación, Real Academia Española, Real Academia de la Historia, de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, de la de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador, de la American Antiquarian Society, de la Anthropological Society, de la Sociedad de Americanistas de París, de la Comisión Internacional de Arqueología y Etnología, del Congreso de Americanistas, de la Sociedad de Antropología y Geografía de Estokolmo, de la Societé francaise de fouilles archeologiques, de la National Geographical Society, del Congreso de Artes y Ciencias y de la de Geografía de Tokio.

Este es el hombre público y de ciencia; réstanos hablar del padre de familia y del caballero y amigo "at home."

Pudiera creerse que por razón de la alta importancia política y elevada posición social que en la sociedad mexicana tiene el señor Chavero, fuese una persona de difícil acceso, ceremonioso y serio en su trato. Todo lo contrario acontece: sencillo hasta la humildad, afable hasta el cariño, y siempre dispuesto á acercarse á todo aquel que le busca, seduce con sus

correctos modales, atrae con su conversación amena, y deja huella profunda de su simpatía con su sinceridad y moderada franqueza.

¡Sus viejos amigos, sus contemporáneos de escuela, sus correligionarios políticos y sus íntimos, le hallan siempre amable, cariñoso y sin veleidad ninguna. Como padre de familia es modelo de amor, de abnegación y de ternura; hermoso espectáculo es verle acariciando á su pequeño nieto, y comprender cómo aquéllas dos almas de niño se comprenden y se idolatran.

Con una firmeza de carácter poco común, domina su excesiva nerviosidad, sin que en ninguna circunstancia ni momento se deje llevar de primeras impresiones, ni de violencias censurables.

Años ha que íntimamente le trato, y con frecuencia, sin haber visto ni una sola vez que el "perfecto caballero" pase á ser hombre vulgar.

Tal es la influencia de su valer personal y social, que sus mismos enemigos y émulos, que no son pocos, le atienden, respetan y consideran.

No obstante haber sido siempre Chavero un trabajador y luchador infatigable, no presenta indicio alguno de senectud ó

decadencia, por más que pase ya de los sesenta, puesto que nació en la ciudad de México, el primero de Febrero de 1841 teniendo por padres al señor D. José M. Martínez de Chavero y á la señora María G. de Cardona. En 1861 recibió el título de abogado de los tribunales de la República, después de haber hecho los correspondientes estudios en el Colegio de San Juan de Letrán.

Se casó en México, el 14 de Enero de 1867, con la distinguida dama señora Guadalupe Rosa, y de ese matrimonio, actualmente viven cuatro hijos, que son:

El señor Lic. D. Ernesto Chavero.

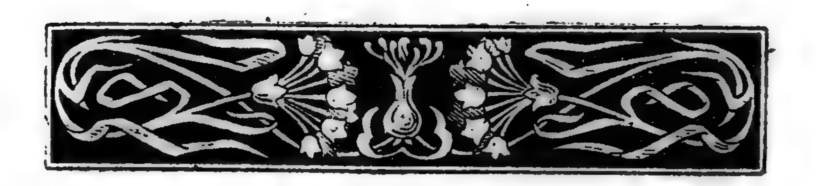
La señora Sara Chavero de Portilla,

Y las señoritas Magdalena y Victoria Chavero.

Quien como Chavero ha sabido honrar á su patria, á sus hijos y á sus amigos, merece llegar á aquella ancianidad bendita que los antiguos poetas cantaban como el mejor presente que la Divinidad podía conceder al hombre.

DR. N. LEON.

OPUSCULOS VARIOS



EL MANZANILLO

I

Del puerto del Manzanillo, y á la orilla del camino que va para Colima, se extiende en un espacio de diez leguas la laguna de Cuyutlán. El viajero que acaba de pasar los espléndidos bosques de cocoteros, de camichines y de chicos zapotes que bordan el camino, formando los palmares los más bellos mosáicos de sol y sombra, mientras los camichines gigantescos extienden una multitud de ramas verdes, y los chicos embriagan con el aroma de sus frutos; el viajero, decimos, que ha dejado atrás los preciosos pueblos de la costa, con sus casas de tejas, todas con sus portales y sus hamacas en ellos, en donde á la sombra duerme indolente el hombre de los países cálidos; y ha atravesado por fin el hermoso río

de la Armería, que formando cascadas espumosas de plata va ya grueso y poderoso á perderse en el mar, y se atavía de sus más bellos colores y de sus más bellos acentos para hundirse en el Océano, como la novia cubre su frente con el velo virginal y adorna sus encantos para arrojarse en los brazos de su prometido; ese viajero, siente después una tristeza invencible y profunda cuando llega al borde de la laguna, que se pasa en su parte más angosta, para tomar del otro lado el camino de que hemos hablado, y se extiende hasta el puerto entre el mar y la misma laguna. Antiguamente había un camino de tierra, á semejanza de los diques de nuestros lagos del Anáhuac, el cual servía para atravesar la laguna; pero las víboras lo horadaban con facilidad, y los caimanes y lagartos les ayudaban á destruirlo. Hoy, y á pocas varas de esa antigua calzada, hay un puente de madera sostenido por grandes estacas. El ruido que en él hacen las pisadas de las mulas que lo atraviesan, desconfiadas, con el ojo listo y las orejas paradas; la laguna que se extiende, por decirlo así, árida á nuestra vista; y el espectáculo raro, para quien por primera vez lo mira, de la multitud incontable de lagartos que se agrupa debajo del puente, como esperando algún desliz de la mula para tragarse al ginete, multitud que parece un

agrupamiento de troncos pardos de árboles; todo esto causa una extraña melancolía. Parece que se va á dejar atrás el mundo de la vida y de los ensueños, para ir á emprender no sabemos qué peregrinaje de tristeza por arenosas y desiertas playas.

II

El camino costea la laguna, y tiene un peligro como los caminos de los tiempos heróicos de la Grecia; pero no es una esfinge en espera de un Edipo que resuelva el enigma, ni una serpiente Pyton que recibirá las flechas del arco de plata de Apolo; es un enemigo que no se ve, que no se siente, y que no se puede matar: la fiebre. Las diez leguas de la laguna, son diez leguas de putrefacción y de miasmas, que inoculan el mal al pasar.

En cambio, tiene sus encantos. El tumbo inmenso del mar se escucha con solemnidad. El ruido del mar siempre encanta, porque el ruido del mar no es monótono. El mar canta una epopeya, sin repetir jamás la misma estrofa.

De trecho en trecho se encuentra también bellísimos trozos de vegetaciones; y es muy agradable en la noche pasar frente al pueblecito de Cuyutlán, donde se

abrigan los trabajadores que sacan de la laguna la famosa sal de Colima: con las luces de las chozas, toma cierto aspecto fantástico de leyenda alemana. Allí va la gente trabajadora de Colima á sacar sal y enriquecerse, ó morirse de fiebre. La gente rica y bien acomodada va á tomar los baños de mar. Es curioso ver una cadena formada por cien ó doscientas personas que se van á bañar, y se toman de las manos para poder resistir la poderosa ola que viene á azotarlos hasta la playa: y todo esto confundidos los hombres con las señoras. Allí no ha tenido aún que inventarse el pudor, porque existe todavía la virtud.

III

Por fin, se llega al Manzanillo por una vereda en que casi van pisando las mulas el agua de la laguna. Esta presenta allí un diferente aspecto. En la mitad de su extensión tiene islas frondosas, pobladas de las aves más raras y hermosas que conoce la Historia Natural.

El Manzanillo está colocado entre las aguas del mar y unas pequeñas eminencias que forman la línea que lo divide de la laguna. Este puerto que produce tanto dinero en su aduana, se compone de

unos cuantos jacales de madera esparcidos sin orden sobre la arena, y de dos pequeñas casas de madera también pertenecientes á dos compañías alemanas.

Para ir de un jacal á otro, se anda hundiéndose en la arena, fría y húmeda en la noche, y abrasadora en el día. No hay cosa más molesta que marchar hundiéndose en la arena de la playa de los mares. Va uno haciendo el más triste papel de cojo que puede imaginarse. Por eso nos ha dado tanta lástima el pobre turco de Carpio, á quien, sin duda para colmarle sus desdichas, pinta yendo "á lo largo de la triste playa, arrastrando el alfanje por la arena."

Y sin embargo, en aquellos jacales se encierran capitalistas que no tienen una chaqueta; pero que tienen medio millón de pesos; y continuamente se ven llegar con las velas desplegadas y la proa blanca, hermosos y elegantes bergantines, arribados de Hamburgo con una navegación de doscientos días, y que después de haber atravesado el estrecho de Magallanes, casi dando vuelta al mundo, llegan al puerto como los cisnes que en la tarde vuelven en manso vuelo á dormir á las rocas, arrullados por el gigantesco vaivén de las olas.

Los buenos hamburgueses, tripulantes de esos buques, preguntan si para tales chozas traen tantos millones de pesos en

mercancías; y cuando se les contesta que son para Colima, ciudad distante noventa millas de allí, se asombran más aún. Esos tranquilos marinos no comprenden un viaje de noventa millas sin ferrocarriles.

IV

Es tan diferente de la nuestra la vida de aquellos hombres de la costa, que sin verla no podemos figurárnosla, nosotros hombres de las ciudades. Aquí tenemos la vida monótona de un reloj bien arreglado. Sujetamos á marcha fija todos los pasos que damos en el día; y aun nos señalamos de antemano lo que debemos pensar. Los habitantes de la orilla del Pacífico, son más reyes de la creación que nosotros. El magnífico y voluptuoso calor no les exige la esclavitud de trajes y modas que á nosotros. El alimento está pendiente de los árboles. Los cocos mitigan su sed. En fin, á la sombra de los datileros se columpian en su hamaca, teniendo por horizonte un mar sin límites, de espléndido manto azul que mueve sin cesar, como para distraer la vista del costeño, que poética y melancólica vaga sobre la inmensa extensión de las aguas, ó se detiene en los colores

caprichosos formados por el sol en los peñascos, ó en las lejanas velas blancas perdidas en el confín del horizonte como palomas que juguetean en el agua. Aquellos hombres trabajan con afán en la descarga de un buque. Se les ve todo un día trasportando los tercios á la playa; y hundiéndose en el agua cuando no pueden llegar las embarcaciones á la orilla, porque en el Manzanillo aun no hay un muelle: y después, cuando el buque ya descargado zarpa del puerto, se entregan al placer y á las fiestas hasta consumir su último centavo.

Las fiestas tienen allí una fisonomía particular, como la vida misma de aquellos hijos queridos del mar. Vamos á procurar pintar uno de esos días de fiesta, si es posible describir su originalidad.

V

En la mañana, todos los hombres de á caballo montan y se van al rancho del "tío" que ese día recibe la fiesta, para traer los toros que los más guapos muchachos han de capear y ginetear. Todos van en antiguas y negras sillas vaqueras, llevando la reata obligada. Los viejos envuelven sus cabezas con un "pañito

paliakat" á cuadros, y las cubren con sombreros de fieltro negro que les caen patriarcalmente de ambos lados de la cara. Ese día los guapos se ponen las chaquetas de paño (hay algunas color de verde botella que podemos llamar clásicas), y van con sendas cañas ornadas de "mascadas" á acompañar á las señoras á recibir los toros. Estas forman una verdadera mascarada. Unas van á la mexicana sobre la silla vaquera, puesto un ceñidor de la teja á la cabeza para colocar el pie izquierdo, y la pierna derecha doblada sobre el fuste; y la ginete con el rebozo terciado y el sombrero jarano sobre el peinado sencillo de trenzas. Otras en algún albardón viejo traído por una americana de San Francisco, enseñando sus pies con zapatones, y adornadas, ya con un inmenso gorro, ya con algún sombrero de paja cubierto por una cascada de cintas verdes, amarillas, rojas, negras y azules; de manera que á alguna distancia se cree de buena fe que esas señoras llevan en la cabeza un papagayo. Todo lo que hay de más ridículo lo aceptan con la sencillez propia de sus buenos corazones.

Y en medio de los gritos y del alboroto consiguiente á tales fiestas, salen á recibir los toros hasta el otro lado de la bahía, en donde se extienden dilatadísimos bosques de cayacos, formando como un cer-

co de esmeraldas al zafiro azul de las aguas del puerto.

Por fin, llegan los toros en medio de descomunales vivas, de incontables detonaciones de cohetes, y de la música del pueblo, música de viento en la cual predominan la tambora y el chinesco.

Jamás emperador, rey, ni libertador alguno, ha sido recibido con alegría más cordial y más sencilla.

VI

Los toros son entre nosotros la sola diversión del pueblo. Luchar con fieras fué para los romanos la última señal de degradación. El César, después de recibir á las legiones victoriosas, pensaba que esos hombres libres y valerosos podrían recordar las glorias de la República, y los mandaba á entretenerse con los sangrientos espectáculos del circo. El circo servía también para distraer el hambre del pueblo. Para sostener una corona se arrojaban hombres á ser despedazados por las fieras. Los emperadores alimentaban su poder con la sangre derramada por los ciudadanos en el campo de batalla, y continuaban haciéndola derramar en el Co-

liseo: habían visto que el remedio era bueno.

No hay duda de que con esto la civilización daba un paso atrás. De las fiestas olímpicas de los griegos al circo de los romanos, había la distancia del antropomorfismo, apoteosis del hombre, á su más grande degradación.

Las espartanas corriendo en la plaza pública para hermosear su cuerpo con el ejercicio; los más bellos atenienses, yendo, ya á las fiestas ístmicas, ya á Olimpia, ya á los campos donde se levantaba grandioso el templo de Delfos, á conquistar una corona de encina, formaban por lo menos su gloria en el desarrollo de la parte física del hombre. Los griegos perfeccionaban al hombre, mientras los romanos lo sacrificaban; los griegos iban aun más allá en sus fiestas, se reunían para fraternizar, y durante ellas suspendían las guerras: los romanos hacían luchar á los hombres con las fieras para ayudar las ambiciones de sus amos y aletargar al pueblo, continuando en el circo la matanza de los campos de batalla.

No puede disputarse que esto fué retroceder. Pero ¿ha sido lo mismo con las corridas de toros?

El hombre había bajado más y más. Estaba casi en el último escalón de la degradación humana. A la lucha del hombre con las fieras, había sucedido la lucha

del hombre con el hombre. El torneo fué un paso más á la barbarie. Poco antes horrorizaba al poeta la vista de millares de romanos, que olvidando sus gloriosos triunfos y la grandeza de la patria, se divertían tan sólo en ver como se manchaba la arena con las entrañas que á sus semejantes habían arrancado los tigres de la Libia; y después en un campo cerrado adornado de pendones y bellas banderolas, á cuyo derredor se levantan lujosas é improvisadas graderías, sobre tapices de Persia y en riquísimos escabeles, se sientan hermosas y altaneras damas, que van á sonreir mientras los plebeyos aplauden frenéticos, cuando dos caballeros, tomando campo, se precipitan lanza en ristre y visera calada, el uno contra el otro, y á tan tremendo choque ruedan ensangrentados en la palestra. El supremo goce lo forma la tremenda maza que como el rayo se desploma sobre la frente del adalid desarzonado, y rompiendo el casco de acero, le tritura el cerebro.

Pueblos que tenían tales goces, y que distraían sus ocios con los autos de fe, viendo quemar en las hogueras de la Inquisición á sus hermanos, daban un paso hacia el progreso, volviendo á luchar con las fieras, y suprimiendo la matanza de hombres entre sí.

Además, sus instintos valerosos, y, si quiere decirse, sangrientos, necesitaban

contentarse de alguna manera. Pero no fué el hombre arrojado á la fiera, no: fué el hombre luchando con ella y venciéndola, el hombre que satisfacía sus instintos de valor, el pueblo que educaba su corazón y lo fortalecía; mas ya con el menor sacrificio posible de humanidad.

Los toros han venido á ser un progreso en la historia.

¿Pero es ya tiempo de que se dé otro paso más en esa senda, y los suprimamos? Aquí entra una cuestión social, no ajena de este lugar: describimos costumbres, y debemos examinarlas.

VII

Cuando no se da á los pueblos una educación suficiente, quedan vivos en ellos algunos instintos naturales que sólo la ilustración domina. Se ha dicho que el hombre es el lobo del hombre. Por lo menos, el hombre no educado, se entrega á las pasiones y acaba por matar al hombre. La ignorancia de las masas produce como resultado necesario el asesinato por costumbre.

Pues bien; cuando el pueblo no está instruído, y por lo mismo, no tiene manera de entretener su inteligencia y sus

instintos, los gobiernos deben hacerlo. La diversión pública llena ese vacío; pero para ser eficaz, es indispensable que sea una diversión del agrado del pueblo. Bajo este aspecto son necesarios los toros. Suprimidlos, y el pueblo, sin ese espectáculo, donde desahogue sus instintos de matar, se irá á matar á sí mismo.

Instrúídlo ó dejadlo divertir. Tenéis una humanidad y una filosofía curiosas. No queréis que se mate á un toro, y no os parece mal que los hermanos se maten entre sí. Mañana predicaréis el ayuno, porque no se sacrifiquen corderos ni terneras. Al pueblo se le gobierna, no con teorías, sino con filosofía práctica: la historia nos lo enseña.

Por eso el buen pueblo del Manzanillo, el cual como todos los pueblos, tiene mejor instinto que los gobernantes más sabios, recibió, según habíamos dicho, á los toros, con las mayores muestras de regocijo.

VIII

Como es de suponerse, en el puerto del Manzanillo no hay plaza de toros; y no digamos una plaza de mampostería como la de Morelia; pero ni siquiera de tejamaniles podridos como la de nuestra ca-

pital. Allí se improvisa un cuadrado de vigas en el lugar más ancho de la playa, formando una especie de huacal de la altura de un hombre, en donde se encierran el toro y los aficionados, mientras el público se coloca buenamente del lado de afuera para contemplar la corrida. Por supuesto, todos están al rayo del sol, y encuentran muy divertido ahogarse de calor, y recibir en los ojos las nubes de arena levantadas por el toro al rascar enfurecido el suelo.

Nada más un pequeño tablado se levanta cubierto de un trozo de vela que le da sombra, y sirve para la aristocracia del puerto. Y no se admiren nuestros lectores de que con tan pocos habitantes haya allí aristocracia; porque son tan bellos los instintos del hombre, que si se encuentran dos en un desierto, el uno querrá dominar al otro y constituir la aristocracia de aquella soledad.

A la llegada de las fieras, corren todos á ocupar sus puestos para ver el toro de once, el cual sirve, digamos así, de almuerzo á la corrida. El lado exterior del huacal descrito, se cubre de multitud de costeñas y pescadores, que Dios sabe si ven los toros, ó si se dedican á otras alegrías.

Es de ver la algazara y gritería de aquellos espectadores, ya sea que el toro haga rodar en el polvo al mejor capeador

de los ranchos (el cual capea no con capa sino con sarape), ya sea que lo ginetée el más querido de los boteros de la bahía, á quien no puede tirar el toro, y bien agarrado del pretal, antes se hace pedazos la cara contra el lomo del becerro que caer. ¡Cuánta felicidad la de esos ginetes que con la cara inundada de sangre, se creen dichosos como un rey!

No hay que hablar de la algarabía de las mujeres cuando él toro se acerca á las vigas, contra las cuales están recargadas viendo: corren inmediatamente, dando gritos, á refugiarse al lado de los hombres.

Las mujeres son raras; huyen de un toro que no las puede alcanzar, y se van á arrojar en los brazos de un hombre, más temible que el toro.

IX

Todos conocemos las sensaciones terribles producidas por una corrida de toros, así como las mil peripecias de ella; abandonaremos, pues, la plaza improvisada, é iremos á la casita del "tío" Pedro, que recibe ese día al pueblo. Debajo del portal se ha puesto la mesa, cubierta con limpísimos manteles, porque la limpieza

es característica en las gentes del mar. Como son hijos del agua, no le tienen miedo. No habiendo sillas suficientes para toda la concurrencia, ponen alrededor de la mesa cajas de vino para que sirvan de taburetes. Los costeños encuentran admirable el agua, para bañarse en ella; pero ni la más dulce les parece buena para beber. Por eso tienen tantas cajas de vino vacías.

Sobre la mesa humea la gigantesca cazuela de morisqueta, que deja ver sobre su mar de arroz alones y piernas de pollo, y pedazos de carne asada. A los lados se levantan homéricos cántaros llenos de tuba. La tuba es el sabroso licor de la palma, y que tanto en su color como en su sabor, es algo parecida á nuestro pulque.

Entre los manjares del país se colocan latas llegadas de California, y buenos vinos de Jerez y de Oporto. Solamente falta en esas mesas el pescado fresco, es decir, lo único que aquellas gentes tienen á la mano. No lo toman porque ellas mismas tienen que pescarlo; y por indolencia prefieren tomar el de San Francisco, aun cuando no sea fresco, tan sólo porque se los llevan.

X

Rehusamos pintar la alegría franca de la comida; los brindis entusiastas de los marineros más ilustrados, que en sus viajes han aprendido tan elegantes costumbres; el comer con los dedos de la multitud; el mirarse y sonreir de los enamorados; el beber cognac de los hombres de experiencia; y la ansiedad de las viejas porque llegue la hora del juego.

Allí toda fiesta concluye con albures. Y todo el día y toda la noche se sigue jugando, mientras los jóvenes bailan en el portal la zamba cueca y la zamba chilena. Estos también van allí á jugar, aunque una moneda de más precio que se llama corazón.

Dejemos, pues, pasar el juego y los toros de la tarde, y vamos al baile.

XI

El baile es también en el portal de la casita del "tío" Pedro: espléndido salón que tiene por paredes las colgaduras del firmamento, tachonadas de estrellas; por alumbrado un mal quinqué, y la luna que

eleva encima del horizonte su fanal de plata; y por orquesta las arpas acompañadas por la gama armoniosa de las olas.

Para bailar se coloca un gran cajón vacío, el cual se procura que sea lo más alto posible. Alrededor se sientan en bancos los circunstantes, dejando el lugar de preferencia á los tocadores de arpas.

Todas las muchachas del puerto empiezan á llegar: se han puesto sus trajes de más lujo; llevan sus enaguas ligeras, verdaderamente aéreas, de gasa; unas botines, otras zapato bajo mexicano; camisas muy blancas de cambray, bordadas ó llenas de randas; y magníficos rebozos de seda importados de Jalisco, y aun algunos exquisitos de bolita comprados para regalo en el Valle de Santiago. No adornan sus cabezas con flores; pero llevan en su cara un par de ojazos negros que despiden rayos tropicales, capaces de hacer derretir la misma frente de hielo del volcán de Colima.

En cuanto á los hombres, van con descuido, y sólo dispuestos á lucirse en el zapateado, con el cual hacen retumbar el cajón en que bailan.

Allí se baila de una manera muy diferente de la nuestra. Se empieza á tocar el arpa, acompañando el "son" con redondillas cantadas, llenas de sal y de originalidad, é inmediatamente se levantan la mujer y el hombre que quieren, y sin

invitarse suben al cajón; y mientras la mujer hace los más difíciles "tejidos" de pies en un extremo, el hombre, con tremendos golpes y sacudiéndose con furia, recorre todo el cajón hasta romperlo. Si alguno se cansa, se baja sin ceremonia, y deja al compañero solo, y sube otro hombre ú otra mujer á ocupar su puesto. A veces sucede que alguno de los concurrentes tiene impaciencia por bailar, y buenamente se sube al cajón delante de la persona que baila, la cual tiene entonces que bajarse.

Así pasan aquellas gentes seis y siete horas, sazonando el baile con copas de cognac.

Ya hemos dicho que el Manzanillo tiene veneno en el aire. Después de uno de estos bailes, se ve pasar á las muchachas amarillentas y ojerudas; en la tarde se mueren; y en la noche sigue el baile, para que sigan los entierros al día siguiente. La autoridad tiene muchas veces que intervenir para suspender esas fiestas mortales.

XII

Como se ve, el Manzanillo no es por cierto un paraíso; y sin embargo está llamado á ser de una grande importancia.

Posee una bahía muy extensa, y tan bien guardada, que sus tranquilas aguas parecen más bien las ondas tranquilas de un lago. En la tarde, semeja el cristal rizado de una fuente. Las gaviotas lo rozan ligeramente: y las garzas blancas, paradas en la playa, agachan su pico, cuando llega la ola á bañar sus rojas piernas, para tomar el pececillo que las alimenta, y alzan su coronada cabeza, mientras la ola se retira y vuelve. El agua en su apacibilidad forma círculos concéntricos, ya sea que la muevan los remos de un bote, ó algún pelícano al zambullirse. Esos pelícanos obscuros, que agobiados por su colosal pico se dejan llevar perezosamente por el movimiento de las ondas, nos han parecido siempre el pensamiento triste de los mares.

La bahía es profunda; hemos visto un vapor de guerra llegar á tiro de fusil de la arena, y los buques de poco calado llegan casi á tierra. Muy poco costaría, por lo mismo, hacer un muelle.

Hace algunos años está tirado allí un faro, sin que se halla colocado en el peñón que sirve de vigía, y se levanta á la izquierda del puerto.

Pero lo que más es necesario para dar porvenir al Manzanillo, es procurarle salubridad. Esto es muy fácil; el daño lo causan las aguas estancadas en la laguna, y con muy poco se las puede cumuni-

car con las del puerto. Varias empresas se han formado con este objeto; pero han tropezado con los intereses de los cosecheros de sal. Mas siendo preferente el interés general de la nación, creemos que muy pronto se llevará á cabo. Entonces este puerto, que ya surte á los Estados de Colima, el Sur del de Jalisco y gran parte del de Michoacán, llevaría sus efectos hasta Guanajuato y Querétaro. Hoy tocan en él dos líneas de vapores: la de Panamá, y otra especial establecida en virtud de una última concesión del Gobierno.

Por este puerto llegan la mayor parte de los efectos chinos al país; y ya se exportan por él maderas riquísimas, como son el palo de tinte, sangre de drago, caoba, ébano y otras; y en mucha cantidad el coco de aceite ó cayaco, del cual sacan los americanos magnífico aceite y excelente jabón.

Un camino carretero para Colima se hace también indispensable. Hoy se recorre á caballo ó en mula, y no son muy afectos á caminar de ese modo los habitantes del Manzanillo. Esos hombres, acostumbrados á sostenerse en el lomo de ese gran caballo encabritado que se llama Océano, ven con desdén nuestra vanidad de ginetes.

Aquellas gentes viven en la libertad

y en el placer; es preciso que vivan en la comodidad y en los goces tranquilos de la civilización. Aquel puerto está abierto á un porvenir grande; es preciso que lo realice en la paz y la abundancia.

1864.



COLIMA

I

Nos mueve á seguir describiendo los paisajes de nuestro país, la consideración de que, si bien conocemos los del Rhin, por las muchas descripciones que de ellos hemos leído, si conocemos también los lugares más lejanos de la Siberia, los lagos de la Escocia, los desfiladeros de los Pirineos, la frente de nieve del Monte Blanco, y en fin, cuanto de bello presenta Europa, desde la Laponia hasta la Sicilia, porque esas son las únicas descripciones que á nuestras manos llegan, en cambio nada conocemos de nuestra patria, en la cual no faltan bellezas que admirar, sino plumas entendidas que las

pinten; y aunque nosotros nó tenemos una de esas plumas, sino por el contrario, una asaz torpe, emprendemos esta tarea, en espera de que mejores ingenios lo hagan.

Muy común y muy reprensible es la costumbre que tenemos de ver con desdén, si no con desagrado, todo aquello que á nuestra desgraciada México atañe. ¿Qué cosa más común que encontrar personas, y por cierto nada torpes ni ignorantes, muy versadas en las historias de las repúblicas y reinos antiguos, así como en las de las naciones transatlánticas, y que de la tierra que las vió nacer nada saben, ó saben sólo generalidades vulgares? No pudiera negarse que nuestra historia es interesante y original; que presenta campos vastos al estudio de sus antigüedades; que el filósofo mucho tiene que reflexionar ante la religión y gobierno de los aztecas, el político examinando la manera con que los conquistadores pusieron bases á la nueva sociedad, y el hombre de corazón exaltándose con esa divina epopeya, digna de un Homero, que se llama nuestra guerra de independencia. Y á pesar de esto, más nos ocupamos de seguir á los Kimris desde las orillas del Ponto Euxino en toda su peregrinación, y saber que sus sacerdotes se llaman druidas en las Galias, y drottas en los bosques de la Escandinavia,

que de estudiar las peregrinaciones sucesivas de los toltecas y de los aztecas; más gusto tomamos en indagar si el Júpiter Liceo de la Arcadia es el Zeus de los Pelasgos, ó éste el Indra de los Brahmanes, que en estudiar el mito que representaba Huitzilopochtli; y más nos hemos empeñado hasta ahora en saber si Moisés, antes de tomar el mando del pueblo de leprosos que arrojado del Egipto por el Pharaón Amenophis, fué á constituir la nación judía, se llamaba Osarsiph cuando era sacerdote del templo de Heliópolis, que en indagar quién fué Quetzalcoatl.

Por eso es que hemos visto con indecible placer, que nuestros literatos han vuelto los ojos hacia su país, que por todas partes se levantan las letras mexicanas, y que novelas, poesía, historia, todo se ocupa de México, y ya tales obras no son recibidas con desprecio sino leídas con avidez.

En este renacimiento queremos poner nuestro grano de arena.

II

Colima es una virgen que duerme en un bosque de plátanos y de palmas, á la falda de sus dos volcanes. El pasajero que llega á Colima, tiene el cuidado de beber agua en la fuente de las Animas, que á corta distancia de la población se encuentra; y con sólo eso, protegido por aquellos habitantes del Purgatorio, va confiado en que no lo asaltarán los ladrones. Y en efecto, así sucede: aquel país es un país bendito en que no roban á ningún pasajero, aun en el caso muy raro de que no beba agua de la fuente de las Animas.

No estará por demás decir que alrededor de esa milagrosa fuente hay colocadas jícaras hechas de la cáscara del coco, y que en esos rústicos vasos se bebe el agua encantada.

Al llegar á la población, ésta no se mira; de tal manera está envuelta entre inmensos bosques de cocoteros, de limoneros, naranjos, acacias, mameyes, mangos, guayabos y chicos. A través de esa vegetación exuberante, se ven apenas las blancas casas de la ciudad, y se escucha lejano el ruido que en ella hacen los hombres, ruido que jamás puede confundirse

con las misteriosas voces de la naturaleza.

La oración que murmura un bosque de plátanos, hace caer de rodillas; la oración de los labios de los hombres apenas detiene nuestro paso. La ciudad no sabe orar con una voz sublime sino cuando ora con la voz de la campana. Los campos oran con la voz de la catarata, con la voz del viento que llora en los sauces, con el ruido que forman la golondrina ó la mariposa al aletear, con el murmullo del reptil, y aun con el sonido imperceptible que forma la planta al crecer; y esta oración vuela al cielo en el incienso del aroma de las flores.

Colima está rodeada de hermosísimas huertas, en las cuales se cultiva su famoso café. En ellas se produce también cacao de muy buena clase. Estas plantas se siembran debajo de las palmas, pues necesitan no recibir ni mucho sol ni mucha sombra, sino el calor que dejan pasar las hojas de los cocoteros, rayos de sol que podemos decir que pasan cernidos entre sus ramas.

La más famosa de estas huertas se llama la Albarradita, y es verdaderamente un paraíso en miniatura, con su grande estanque, sus calles de plátanos y mameyes, sus bosques de café cuajados de flores blancas, y de cacaos que muestran sus frutos pegados de una manera rara al

tronco, y en fin, con su casita en que se baila en los días de campo, y se almuerzan enchiladas, se bebe tuba y se toma el original "gallo." El "gallo" es una mezcla muy gustosa que hacen los colimotes de naranja, coco y chile.

Como cosa curiosa diremos que hay en la Albarradita una palma que á la altura de un metro se dobló y siguió creciendo paralela á la tierra: tiene más de ocho varas de longitud, y produce cocos y tuba. En ella van á sentarse las parejas de los días de campo, y esa palma ha oído mil juramentos de amor que han pasado sobre ella, como pasa el viento del desierto sobre sus hermanas que, más felices, no tienen doblegada su cabeza, sino que orgullosas sacuden al aire su cabellera de hojas.

III

Viniendo de la costa de Jalisco se entra en Colima por un pueblecito, que en realidad es un barrio de la ciudad, y se llama los Martínez. No tiene nada notable, si no es la altura prodigiosa de sus palmas, y sus innumerables expendios de tuba.

Después se penetra en la ciudad, y se llega á la plaza por una calle ancha y

recta, atravesando un puente de mampostería que está echado sobre el río.

La plaza es un cuadrado árido, porque el hombre sofoca la fuerza de esa naturaleza prodigiosa, que tiene algunas bancas de piedra para descanso de los rarísimos individuos que en ella pasean. Uno de sus lados le cierra un portal gótico recién construído, que se llama gótico porque tiene ojivas; pero desairado y bajo, cuando precisamente la arquitectura gótica se distingue por su osadía y esbeltez. Otros dos lados están cerrados por dos antiguos portales, y el cuarto por las ruinas de la iglesia.

Un temblor la tiró, y no han vuelto á ocuparse de ella los colimotes.

Colima, según allí dicen, tiene 30,000 habitantes, y se extiende entre calles rectas, con su plaza principal, su alameda, aun no concluída hace poco, su plaza del mercado, sus baños sobre el río, su plaza de toros, su teatro y su cárcel de "mampostería."

No dejará de llamar la atención que subrayemos la palabra "mampostería:" pero esto es porque esas cuatro vulgares paredes de la cárcel decidieron de la suerte de la ciudad. Esta, sin duda por la proximidad del volcán, está continuamente sacudida por fuertes terremotos; y ha habido veces que han llegado á destruirla casi completamente. Los colimotes

dicen que la ciudad está sobre un inmenso subterráneo natural, llamado de San Telmo, que se extiende hasta el mar en un espacio de más de 50 leguas, y va á terminar cerca de la Cuaguayana; y dicen que cuando el agua del mar sube y tapa la boca de esta caverna, el aire en él encerrado sacude la tierra, y produce los temblores.

Como quiera que sea, los temblores destruían la ciudad, y se pensó muy racionalmente en cambiar de lugar y construirla en otro más seguro; pero tan buena resolución tropezó con esas cuatro paredes de mala mampostería, que no se atrevieron á abandonar aquellas gentes, porque eran las únicas que de esa clase tenían, y no se sintieron con fuerzas suficientes para dejar su tesoro de arquitectura.

Por no sacrificar cuatro paredes de ningún valor, hoy están expuestos muchos miles de pesos, precio de las nuevas construcciones. Tan cierto es que el mayor error que el hombre puede cometer, es sacrificar el porvenir al presente!

IV

Con motivo de los grandes males que á la ciudad causaban los temblores, y no habiéndose decidido los colimotes á abandonar su cárcel de "mampostería," idearon un modo original de construir sus casas, de manera que quedaran libres de morir ahogados por un techo. El pasajero que por primera vez llega á la ciudad, y que por lo mismo no conoce el secreto de tales construcciones, no deja de mirarlas como cosa rara, y aun acusa á los colimotes de ignorantes en la arquitectura.

Las casas no tienen azoteas, sino un techo inclinado de teja, como son en lo general todos los de la Tierra-caliente. Este techo no reposa precisamente sobre las paredes, sino sobre grandes vigas que á su vez están sostenidas por troncos de palmas clavados en el suelo; así es que al principio la casa es un esqueleto; después es cuando se hacen las paredes entre los troncos que sostienen el techo, y para cubrir las tejas de éste, se pone un cielo raso de lienzo. De tal manera, por fuerte que sea un temblor, aun cuando llegue á tirar las paredes, la pieza no cae,

sostenida por los flexibles troncos de las palmas.

Por supuesto, tal construcción produce un feo aspecto: las paredes no son lisas sino que se ven salientes en ellas las líneas no muy rectas de los troncos; y además, hay poco gusto en la decoración de las piezas, que por lo común sólo están dadas de blanco con cal. Agreguemos á eso que aquellas gentes tienen un respeto sagrado por las arañas, á causa de que matan á los alacranes; así es que jamás las quitan de las paredes, ni siquiera se atreven á destruir sus telas. Las relacionadas arañas son muy desagradables, pardas y muy zancudas. A estas arañas las llaman "caseras."

Las casas se componen de un patio grande, alrededor del cual están construídas las habitaciones, y en el que por lo común hay sembradas plantas indígenas, como airosos papayos con sus hojas igualmente recortadas y sus frutos en la punta del tronco, ó plátanos de anchísimas hojas extendidas, en las cuales se abrigan de preferencia los alacranes; ó naranjos grandes como fresnos, cargados de azahar blanco; ó tamarindos inmensos con sus verdes ramas, quee en la forma de sus hojas hacen conocer que pertenecen á las adelfas.

En el fondo del patio queda el corral

en que están los lavaderos y las caballerizas.

Uno de los corredores que rodean las habitaciones es muy ancho y sirve de comedor. El calor impide comer dentro de las piezas, y se puede decir que no hay una casa que no tenga el comedor en el lugar indicado.

Las piezas están mal amuebladas. No hay alfombras, porque el calor no lo permite. Los suelos de las casas elegantes están cubiertos con esteras de Panamá. Por la misma razón todos los asientos son de bejuco, y se usan generalmente los mecedores, pues sirven también para evitar con el movimiento las picaduras de los moscos. Esta plaga de la Tierra-caliente, hace indispensables en las camas los pabellones.

Concluiremos con un rasgo especial la descripción de aquellas casas. Muy pocas ventanas tienen vidrieras, ninguna reja, ni mucho menos llave. La seguridad, la falta absoluta de robos, hace que las puertas se cierren en lo general con un palo chico que atraviesa los barrotes de las orillas de cada hoja, y que con el esfuerzo de un niño podría quebrarse.

Hoy ya hay algunas casas elegantes y bien amuebladas, construídas por los comerciantes alemanes; ya se ven algunas

altas, pues antes todas eran entresoladas.

No seríamos dignos de perdón si olvidáramos decir que en pocas casas falta el obligatorio tinajero cargado de muñecos de barro de Guadalajara, de figuras de "chicle" hechas en Colima, y de vasos, botellas y cantimploras formadas con el famoso búcaro de Jalisco.

V

De los edificios que podríamos llamar públicos, solamente nos ocuparemos del teatro, de los baños y de la fábrica de mantas.

El teatro sirve á discreción de circo, de plaza de gallos y de lugar para representaciones cómicas. En estas últimas funciones lo conocimos. Su construcción es toda una historia. No había un teatro en Colima, ninguna empresa se presentaba para formarlo; y aquellos alegres ciudadanos deseaban con ansia, como siempre sucede, lo que no tenían. Por fin determinaron que se levantara por todos; y bien pronto se vieron los clásicos troncos de palma formando un círculo, que pretendía ser de columnas, para sostener el techo. Pronto estuvo todo arreglado: ban-

cas, sillas y palcos, foro, decoraciones, bambalinas, solamente que el techo del teatro dejaba ver en su centro un gran agujero, pues los materiales no habían bastado para cubrirlo; también se había olvidado hacer entre tronco y tronco de palma, las paredes que debían cerrar el edificio.

Nuestros lectores comprenderán sin gran trabajo la aflicción de la ciudad. Soñar en el teatro, verlo día á día brotar de la nada y crecer, acariciar con deleite la dulce ilusión de que pronto se verían en él las más famosas comedias de los teatros español, francés, tal vez inglés, y acaso también alemán: y encontrarse con que esto era imposible porque habían faltado materiales. Jamás sufrió una desilusión mayor la virgen de quince años, que vivía en los sueños de confianza de los primeros amores, cuya existencia se deslizaba como el río de la costa, que entre rosas y sauces lleva su cristal retratando siempre el azul de aquel cielo, y que repentinamente refleja el borde negro de la nube que abriga en su seno los relámpagos y los truenos de la tempestad.

El doctor Abad, uno de los jóvenes más apreciables que habitan en la ciudad, calmó esas inquietudes; regaló para el teatro la paja de quince días de almuerzo de su caballo, y el techo quedó concluído. Ya no hubo más que un agujero de

diez pulgadas de diámetro: pero surgió un genio desconocido, y lo tapó con un cántaro (1) que aun existe. El mismo genio fingió las paredes con petates. Gracias á él, los buenos habitantes de Colima tienen ya un teatro. A veces, cuando en el foro se representa algún crimen tenebroso, un petate se desprende y deja ver el manto estrellado del firmamento, y aquellos espectadores sencillos pueden decirse á sí mismos: no hay que temblar si vemos en la escena que el crimen triunfa, porque á través del petate hemos mirado la bóveda del cielo, que parece decirnos que hay un Dios que castiga la maldad.

¿Quién, por lo tanto, no exclamará con nosotros: ¡gloria á ese genio desconocido!

VI

Hay dos baños públicos, por supuesto de agua fría; el calor impide usarla tibia. Como estos baños están formados sobre el río, cuya corriente sirve para refrescar á los calurosos habitantes de la ciudad, son muy limpios y muy agradables. Uno de ellos es verdaderamente rústico,

1 **Histórico**

compuesto de paredes de tejamanil, y cubierto de hermosas y verdes enredaderas; en él parece que el agua se recrea más murmurando á las bañadoras esa canción poética é intraducible de las ondas, que sólo saben imitar las arboledas en las noches de luna. El otro es más elegante, podemos decir más civil: cuartitos alegremente pintados; suelos de ladrillo, que dan al agua un color nacar muy agradable; y en el patio, no el musgo silvestre, sino palmas y naranjos, que alivian con sus frutos la sed de los bañadores.

En los países cálidos, los baños tienen un gran aprecio; solamente allí se comprende toda la voluptuosidad con que el agua nos acaricia y nos envuelve en sus brazos líquidos que por donde quiera nos rodean, y que sentimos abandonar como los de una tierna amada. Allí se cree que el agua está habitada por las ondinas, y nos parece escuchar sus alegres cuchicheos.

Los baños son el lugar de cita diaria de las jóvenes colimotas. Mientras ellas van á refrescarse, los jóvenes de la ciudad las siguen con el pensamiento; y en vano las persigue esta llama ardiente: ellas saben apagarla en el baño, como apagan el calor de la estación.

VII

La fábrica de mantas está en uno de los paraísos de los barrios de la ciudad. Se va á ella por calzadas que tienen á los lados verdaderas paredes de árboles, y por techo ese cielo de la costa, que al caer la tarde toma un dulcísimo color verde, como si en él se reflejara el mar. La exuberancia de esa vegetación es inconcebible; la pluma no la puede pintar; apenas el pincel podría darnos idea de ella. Es un bosque á cada lado, lleno de esas sombras que parece encierran un misterio, y de esas voces confusas, que siempre nos hemos figurado como las palabras de la canción de los recuerdos de nuestra alma: es la música que hace asomar á los párpados una lágrima, sin oprimir el corazón; y á veces nos lleva hacia mundos desconocidos, y nos hace pasar las horas sin pensar, sintiendo solamente una beatitud vaga, que no podemos darnos cuenta de si es una memoria de un edén perdido ó un presentimiento de alguna otra realidad deliciosa como un sueño. Allí se comprende, como en el Fausto de Goethe, que "el bien de la esperanza reverdece el valle," y como él, el corazón dice

muy alto: "aquí soy hombre y me atrevo á serlo."

En el fin de ese camino de leyenda, se ve una reja pintada de verde, y á través de un patio que es un jardín cubierto de flores, se levanta una fábrica de dos pisos, de ladrillo encarnado, en la cual centenares de obreras ayudadas ya del vapor, ó ya del agua que á intervalos mueve la rueda de la máquina, elaboran las mantas famosísimas de Colima.

Jamás hemos podido contemplar sin enternecernos esas fábricas en que jóvenes obreras forman una deliciosa colmena; allí, limpias, elegantes, coquetuelas, trabajan y sonríen alumbradas por el sol del cielo y por la virtud, sol que brilla en un firmamento más elevado. Esas niñas, tal vez condenadas á la miseria, y con la miseria á una vida de perdición, son felices, se han hecho superiores á su sexo bastándose á sí mismas, y cuando trabajan parece que de sus espaldas brotan alas blancas de ángeles. El trabajo las ha redimido de la esclavitud del hombre, y del vicio. El trabajo es el primer redentor.

Tanto considerada social como económicamente, esa fábrica es una garantía y una promesa de progreso, de bienestar y de moralidad. Es verdad que los colimotes se han olvidado de levantar el templo en donde se ora á Dios en latín y don-

de se le llama á esquilazos; pero no han olvidado el templo del trabajo, en el que se ora á Dios con la respiración formada por el pecho al dilatarse con la fatiga, en el que sirve de incienso el vapor y de "muezzín" el pito periódico de la caldera. Ya pocos hombres dudan cúal de estos dos templos es más hermoso. Dios ha escogido las oraciones del segundo.

VIII.

Los colimotes han olvidado ya sus costumbres religiosas. Cuando pasamos por aquella ciudad ya no existían, y solamente las conocimos porque nos las contaron.

Si se reflexiona un momento, no podrá menos de impresionar la prontitud con que nuestros pueblos han olvidado las prácticas religiosas de tres siglos. Esto se nota en nuestra capital. Hace todavía muy poco tiempo, tan corto que todos lo recordamos, había un gran entusiasmo por las procesiones y por las luces. Parece que vemos todavía las calles llenas de arcos de tápalos de burato de China y de mascadas de seda de la India; los empedrados regados con flores; las aceras atestadas de gente del pueblo;

los zaguanes con sillas; las posas; y los balcones en donde viejos y viejas, las jóvenes y sus novios, el empleado, el periodista, el poeta y el político, todos sin excepción formaban una algazara, si no muy piadosa, sí muy alegre. Había verdadero alboroto por los días de procesión, é igualmente por las noches de luces. Estas eran nueve días de tertulias en las casas, y de vendimias y paseos en las calles; y el último era el de la salva en que se quemaban al amanecer miles de miles de cohetes, y en la noche se ponían tablados de desconcertadísimas músicas, y había cohetes corredizos, y amoríos, y las novias se privaban, porque en esa época el género romántico era el de moda, y los papás jugaban á la malilla, y las mamás tomaban chocolate, sin dejar de hacerse acompañar de alguno de esos jóvenes cuyo tipo se va escaseando mucho, que hacen suertes con baraja, ó saben con precisión donde está el jubileo, ó componen brindis en verso los días de los santos.

Estas costumbres, tal vez porque se confunden con los primeros celajes de la aurora de nuestra niñez, nos parece que tenían un grande atractivo, y nos han hecho meditar mucho en la indiferencia con que después se han visto. En los puntos de los Estados en donde la revolución ha pasado con más fuerza,

ya están olvidadas: las revoluciones llevan en la mano la guadaña del tiempo, y van segando todo de raiz.

Pues bien; nosotros no nos hemos podido explicar esto, sino de la siguiente manera.

Nuestros pueblos no han tenido verdaderas costumbres religiosas; éstas no se arrancan con una ley; después de siglos todavía subsisten. Y nuestros pueblos no han tenido tales costumbres, porque no han tenido religión. Les fué impuesta por los conquistadores, y la han practicado maquinalmente, sin hacerse de ella una costumbre del corazón.

IX

En el año de 1864 había ya en Colima una indiferencia palpable. En otros tiempos hubo un convento de mercedarios y otro de San Juan de Dios; hoy queda un solo sacerdote. El fanatismo de aquel pueblo permitió que los hombres de sotana azotaran el cadáver de uno de sus más ilustres gobernadores; hoy hemos visto pasar una Semana Santa, como pasa cualquiera otra semana.

En años atrás, la Semana Santa era de grandes solemnidades allí. A poca distan-

cia de la ciudad hay un lugar llamado el Pueblito, en el cual se venera un Cristo que aquellas sencillas gentes creen muy milagroso. Romerías á rezarle emprendían en esa época, é iban á llevarlo á Colima en una solemne procesión. Era costumbre que los que se juzgaban muy pecadores, se pusieran, para hacer el camino, grillos en los pies, y casi siempre volvían con la carne desgarrada. Lujo era en la procesión, en que paseaban en la ciudad al Señor del Pueblito, llevar la punta de uno de los cordones que pendían de la cruz. Y se cuenta que era tanta la cantidad de cera con que iban los fieles alumbrando, que al día siguiente el sol la derretía en el empedrado.

X

Las costumbres basadas en ideas absurdas de preocupaciones religiosas, han desaparecido allí; pero todavía hemos visto una que creemos de nuestro deber participar á nuestros lectores.

Ha sido idea muy antigua de todo el pueblo bajo de nuestra República, hacer bailes ó "velorios" á los niños cuando se mueren. Dicen que siendo inocentes van al cielo, y que nadie debe entristecerse al

ver á un sér querido abandonar este valle de lágrimas por las delicias del empíreo. Esta idea, como todas las que son falsas, produce una contradicción profunda con los sentimientos de la naturaleza. La madre que ha perdido un hijo, y que siente tormentos infinitos, debe alegrarse y asistir al baile que se celebra delante de su yerto cuerpecito.

En Colima, después del correspondiente fandango, se viste al niño de San José ó Purísima, y cubierto de flores se le lleva, como en las demás partes, al sepulcro. Pero allí hay la particularidad de que antes lo pasean en procesión por la ciudad. Repentinamente se oyen cohetes, sale uno á ver, y es la procesión acompañada de su correspondiente música de arpas; los que las van tocando se cuelgan la parte superior al cuello, y delante camina otro hombre de cuya espalda va colgada la parte inferior; los dos van muy serios como mulas que conducen una litera, y el músico va tocando con la misma gravedad que llevaba el rey David cuando pulsaba su arpa andando delante del Arca.

El corazón sufre al ver un niño muerto, una familia desolada, y esa alegría ficticia impuesta por los errores de las creencias

XI

El Miércoles de Ceniza tienen los colimotes una costumbre que es, en nuestro concepto, enteramente local, pues no la hemos encontrado en ninguna otra parte de la República. Cualquiera dama puede dirigirse en la calle á cualquier caballero y llamarlo compadre, aunque no lo conozca y sea la primera vez que lo ve: esas dos personas quedan compadres durante todo el año, y es además obligación del compadre hacer un regalo precisamente de fruta á la comadre.

Fácil le es comprender al lector cuántas anécdotas resultan de costumbre tan original, de la cual gran partido podría sacar un novelista. Y no se admire nadie de que una joven se dirija á un apuesto galán á quien no conoce, que eso y más permite allí la libertad de las costumbres. Día á día se ve á las bellezas de Colima paseando del brazo de sus adoradores, mientras que las mamás quedan en casa; y no por esto hay por allá más desafueros que por esta buena ciudad en que se da á la mujer vida de reclusa: lo que prueba cada vez más que ni las rejas ni los cuidados forman la virtud.

XII

Los colimotes substituyen los bailes de máscaras con sus originalísimos bailes de harina. El calor haría imposible llevar una careta; pero el hombre sabe suplir á todo, lo mismo á las necesidades que á las diversiones. Y todavía hay filósofos que de bípedo despreciable lo califican! Estos bailes de harina parece que fueron llevados de Tepic, de donde son originarios, y para que mejor se comprenda todo lo particular que tienen, vamos á contar una anécdota acontecida á uno de nuestros compañeros de emigración.

Todo el mundo conoce á C. P., joven héroe de algunas diabluras de Constantino Escalante; no hay quien no lo haya visto con su traje á la última moda, su barba bien peinada, su caja de polvos en la mano, y sus lentes que le oprimen despiadadamente la nariz. Pues bien, este elegante marchó también en alas del patriotismo, como diría un poeta, tan luego como los franceses ocuparon la capital; pero no pudiendo olvidar sus costumbres galantes, hizo de seductor "por donde quiera que fué." Figuráos, pues, á nuestro dandy, que una buena mañana recibe una invitación para un baile de

"harina" que debía verificarse en la noche en la casa del rico comerciante O. ¿Cómo faltar al campo más propicio para las conquistas amorosas? ¡Imposible!

Saca nuestro héroe el frac, y lo pone al sol para que se desarrugue; acepilla con cuidado el pantalón negro, arregla el chaleco y la corbata; y á la hora precisa se dirige y llega á la casa del baile; sube entre un bosque de macetas, cruza los corredores convertidos en jardines, y desde ellos contempla parejas que en torbellino pasan valsando al compás de una inspiración de Lumby, admirablemente interpretada por las arpas de los costeños: allí no se usa el alegre y bullicioso bandolón; el arpa con sus vibraciones melancólicas hace vagar á los bailadores en una atmósfera nebulosa de melancolía. Las jóvenes vestidas de blanco parecía que volaban conduciendo en sus brazos á aquellos jóvenes hacia un mundo desconocido; era como una visión de leyenda alemana; y sin embargo, nuestro elegante soltó una desdeñosa carcajada al ver á los pollos de la ciudad vestidos puritanamente con su pantalón blanco de dril y con grandes sacos del mismo género, que se usan como traje diario y bajan hasta la rodilla. Entonces contempla su frac que lucía negro como el ala del cuervo, su pantalón "collant;" y como el caballero que pasa la vista sobre su

armadura damasquina, y comparándose con sus enemigos desarmados se lanza á la pelea seguro de la victoria, el mexicano se arroja en medio del baile soñando que van á volar á él con los brazos abiertos todas las sílfides de Colima. Por un momento le parece que su sueño se vuelve realidad; todas las bailadoras se desprenden de sus compañeros y corren hacia él con las manos tendidas; pero ¡ay! en cada mano llevan un puño de harina que le arrojan al desgraciado á los ojos, al cabello, al frac, al pantalón. Hasta entonces se fija en que todos los concurrentes están enharinados, hasta entonces ve que en los rincones de la sala hay barriles llenos de harina; y al oir la carcajada que resuena en su derredor, comprende cuán felices son sus rivales con su traje blanco, y cuán infeliz él con su impropio traje de conquistas. Corrido salió el vanidoso, y poco después volvió envuelto en un saco de lienzo que el dueño de la casa le prestó; y como éste era un alemán muy gordo y muy alto, su saco le servía de traje talar, y le daba por detrás cierta semejanza de sacerdote druida.

Estos bailes substituyen á nuestros cascarones y á nuestras mascaradas, y ellos forman la delicia de la cuaresma de Colima.

XIII

Nada hay más delicioso para un extranjero, que pasear en la tarde por Colima; todas las jóvenes sacan á la acera de la casa en que viven sus sillones, y allí forman tertulias con sus amigas y sus conocidos; de manera que en un solo paseo puede decirse que se conoce toda la población. El aspecto de esos grupos es encantador, pues todas las jóvenes usan por el calor trajes de gasa. En las mañanas, no se puede ir á visitarlas porque casi nunca se visten sino muy ligeramente, hasta en la tarde; pero entonces despliegan toda su coquetería, haciendo contrastar los más vivos colores en su vestido con sus ojazos negros y su color apiñonado.

Después del paseo por la ciudad, involuntariamente se dirigen los pasos á los arrabales. En uno de ellos hay una piedra, y se dice que todo el que en ella se va á resbalar, se queda en Colima, ó se casa allí ó se muere. En otro hay un mamantial que llaman del Santo, en que brota la única agua verdaderamente potable de la ciudad, pues la que generalmente se bebe, á más de no ser muy agradable al paladar, contiene sales que producen va-

rias enfermedades, siendo la más repugnante el buche que debajo de la garganta se forma y se desarrolla desfigurando á la persona enferma.

Y ya que de enfermedades hablamos, diremos que allí son endémicas las calenturas intermitentes, las fiebres remitentes, disenterias incurables y las demás enfermedades de la costa; y además la fiebre fría, que es una horrorosa calentura, que produce un sudor como la nieve, y que hace morir al enfermo enteramente helado en el exterior. El hospital de San Juan de Dios continuamente está lleno.

Si á las enfermedades agregamos los insectos, como son los alacranes, las madres chinches, las cucarachas, el pinolillo, las niguas, que se entierran en los dedos de los pies, forman en ellos bolsas que les sirven de habitación y en ellos procrean, los frailes, que van destilando un licor venenoso que irrita horriblemente, la tijerilla que tiene una antena en forma de tijeras, y otros mil insectos, se comprenderá que tiene sus inconvenientes la vida de esa ciudad. Entre los insectos hay uno que llaman el niño, y al cual la preocupación popular le da la forma de un niño humano, y dice que mata instantáneamente si muerde. Nosotros pudimos tener uno á la mano, y podemos asegurar que su figura queda lejos de la que se pretende darle.

XIV

No puede recordarse Colima sin hablar de sus volcanes. Son dos conos, de los cuales uno es perfecto y se eleva á tal altura, que su frente está cubierta continuamente de nieve. El pueblo lo llama el volcán de nieve. Al otro que junto á él está, y tan cerca que se puede decir que tienen la misma base, lo llaman el volcán de fuego, sin duda porque algunas veces arroja todavía humo y llamas. Ambos parecen reunidos dos columnas que sostienen aquel magnífico cielo de la costa. Su elevación parece mayor porque se miran desde una tierra que está casi al nivel del mar. Desde el Pacífico y á muchas millas del Manzanillo, se contempla su frente envuelta en nubes: á donde quiera que la vista se extiende, se ve solamente la inmensidad de las aguas, y allá á lo lejos, como fuera del horizonte, los picos de esas montañas colosales.

Entre Colima y los volcanes hay un mar de árboles y palmas; y la vista se recrea en pasar desde el plátano de hojas de esmeralda, hasta el gigante que en las tardes al hundirse el sol, parece que se envuelve en un manto de púrpura y oro.

Es muy común por acá confudir el vol-

cán de Colima, que así se llama, con el Jorullo: éste se encuentra en el Estado de Michoacán, cerca de la ciudad de Ario, é hizo su erupción después de dos meses de temblores, el 29 de septiembre de 1759, levantándose la tierra en medio de una llanura de cañas de azúcar, con una jibosidad de 160 metros en el centro, y con otras muchas más pequeñas, mientras que los volcanes de Colima son dos montañas viejas como el mundo.

XV

Colima es una ciudad histórica: formó un reino independiente antes de la conquista de los españoles, y le estuvieron sujetos los cacicazgos de Xicotlán, Autlán, Zapotlán y Zaulán; y extendía sus armas por un lado hasta Amecan y Cocula, y por el otro hasta Tuxpan, Zacualco y Xiquilpan. Los pueblos de Colima hablaban el idioma mexicano, y sin duda existieron desde las primeras inmigraciones de las tribus de lengua nahua.

Cuando la conquista, Cristobal de Olid pretendió sojuzgar aquel reino, y al efecto marchó á él con gran cantidad de indios, y con más de cien españoles

infantes y cuarenta caballos; pero después de varios días de pelear quedó vencido, perdiendo tres españoles y gran número de aliados. Para vengar esta derrota, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval con veinticinco ginetes y setenta peones, y gran número de indios; y habiendo reforzado su ejército en Zacatlán, con más españoles, logró vencer, aunque con innumerables pérdidas de gentes y de caballos, siendo, como es sabido, más sentida la muerte de éstos que la de los cristianos. Cortés repartió la tierra entre veinticinco ginetes y ciento veinte peones. Felipe II le concedió el título de villa, con el nombre de Santiago de los Caballeros; y por fin volvió á ser ciudad por la Constitución de 1824, y capital del Estado que lleva el mismo nombre de Colima, por la Constitución de 1857.

Histórica ha sido también Colima en nuestras guerras civiles; pero no es nuestro ánimo narrar tales sucesos.

XVI

Colima, en la actualidad es una ciudad rica que prospera cada día más; es el lugar de depósito del Manzanillo, y tiene un comercio muy activo compuesto en su

generalidad de alemanes. Sus haciendas producen la mejor clase de arroz y añil. Se siembra el maiz, el cacao, el frijol, el café, la caña de azúcar y otros frutos muy productivos. Su famosa sal es ya una riqueza. Abunda en maderas, y baste decir que el ébano sirve de leña en los jacales, para conocer su abundancia.

Colima, será, sin duda, una ciudad poderosa, si un terremoto no la hunde, ó no la cubre la lava de sus volcanes.

1864.



LA SIERRA DE DURANGO.

I

La antigua Guadiana, capital de la provincia de Nueva Vizcaya, y hoy del Estado de Durango, es una población simpática, colocada á las márgenes de un río, y al pie del famoso cerro de Mercado. Por donde quiera que se llegue á ella, hay que atravesar el desierto, cuya soledad custodian los indios bárbaros. El cerro de Mercado, que se puede decir que es todo de fierro, es una de las riquezas que el porvenir reserva á nuestro país. Con sus piedras, ó más bien dicho con su fierro, están formadas las calles de Durango. Se ha calculado que con el valor de ese solo cerro, se podría formar al mundo una doble cintura de pesos mexicanos.

Muy someramente diremos que Durango es una de las poblaciones más adelantadas del Interior; sus habitantes son tal vez los más hospitalarios de la República; poseen muy finas maneras; y muy afectos á divertirse, pasan la vida en bailes y en conciertos. Allí, después de mucho tiempo, volvimos á ver el espantoso sombrero negro, que nuestra gente del pueblo ridiculiza tan bien con el nombre de sorbete. Los durangueños hacen gala de vestirse lo mismo que si estuvieran en México.

Las casas de la ciudad son casi todas bajas; pero amplias y cómodas. Los edificios religiosos son hermosos. Nosotros tuvimos el gusto de ver la iglesia de San Francisco, en compañía del bravo Patoni, de ese héroe de leyenda, que atravesaba solo la Sierra con su rifle de 20 tiros á la espalda, y al cual sólo pudo matar el asesinato: allí los santos habían sido substituídos por cañones rayados, y los altares por pilas de granadas; la ciudadela de los frailes se había convertido en el templo de la guerra.

Durango tiene un teatro, que es el segundo que se edificó en el país, una plaza de toros, un baño llamado las Canoas, y no sabemos cuántos edificios públicos más, porque apenas pasamos por la ciudad; y además, desde que llegamos nos encontramos flanqueados por agradables

botellas de Champaña, y durante los ocho días que allí estuvimos, no nos abandonaron esas buenas amigas de nuestros amigos de Durango: pasamos la vida en almuerzos, comidas y bailes, y por eso es que nuestros recuerdos están como estaban nuestros ojos, algo turbios.

Pero sí recordamos un hecho original. Todos saben que Durango es la tierra de los alacranes, y que al año se matan millares de ellos: el ayuntamiento paga á los muchachos un tanto por cada docena que entregan; los presentan vivos dentro de una botella. Cuando menos se piensa, los muchachos hacen una irrupción en las casas, armados de su botella y de su vela, y empiezan sin ceremonia ninguna á llenar la primera de alacranes. Para que el Ayuntamiento les pague las docenas de alacranes que presentan, deben llevarlos vivos dentro de su botella. Pocos días antes de que llegáramos, un muchacho, al llevarla á presentar, tropezó y cayó con ella; en el instante se esparcieron por su cuerpo los alacranes, y en el momento quedó muerto

Los alacranes viven del lado del río donde están las casas de los ricos, y casi nunca, según nos contaron, se les encuentra del lado en que están las chozas de los pobres. Los alacranes en Durango hacen la compensación que hay siempre en los goces y sufrimientos de

todas las clases de la sociedad. Ningún joven enguantado, ninguna dama que, envuelta en las nubes del raso blanco de su traje de baile, vuelva en la noche á su casa, se atreverá á llamar con su mano á la puerta, de miedo de encontrarse con la lanceta venenosa de un alacrán. Ningún viejo solterón se atreverá á acercar sus labios á la reja para besar la mano de su amada, de temor de encontrar en el frío hierro sus temidas antenas. Pero mientras á la luz de la vela la rica señorita ve entre sus almohadones de encaje, en los cuales no quiere que se aniden sino los dulces sueños, si se oculta el terrible arácnide, el pobre de la orila del río duerme tranquilo, mientras un rayo de la luna, que cuelga en el firmamento, se desliza á acariciar su frente á través del mal forjado techo de paja. Esto nos convenció de que decididamente el Dios de los cielos era un buen demócrata.

II

No queremos dejar Durango para empezar á subir la famosa sierra, sin contar antes á nuestros lectores cuantas cosas pasaron en el estreno del cajón de ropa de Arregui. Este buen hijo de la Península Ibérica comprendía que era un gran-

de acontecimiento abrir las puertas de su "Puerto de Mazatlán." Meditabundo estuvo por largos días, empleando todo el tiempo que pasó en arreglar las mercancías y disponer los armazones, en considerar de qué manera solemnizaría más tan fausto acontecimiento. Tal vez soñaba en su acalorada imaginación que debería hacer tanto ruido como el sitio de Troya ó la toma de Sebastopol. Por fin llegó el tan deseado día; su magín había trabajado más que el alambique de un alquimista; pero todo estaba dispuesto, todo arreglado desde la víspera. A las once de la mañana rompió el fuego sobre la multitud que ocupaba el frente de su tienda, y no creáis lectores que os engaño; que el buen comerciante había conseguido á fuerza de ruegos, que el buen Patoni le prestara media batería de piezas de montaña para solemnizar ruidosamente tan grande suceso. Pero como el asturiano, que asturiano debe haber sido, era buen católico, no quiso que se regocijase sólo el poder civil representado por la artillería, sino tambien el poder eclesiástico representado por las campanas. En efecto, las detonaciones de las piezas fueron acompañadas por el repique á vuelo de las campanas de la catedral. Aquello era á un tiempo gusto de artillería y gusto de sacristanes.

Feliz tú, Arregui, que en un tiempo en

que la unión del clero y del gobierno era imposible, cuando el primero peleaba por los franceses y el segundo por la independencia, lograste ponerlos conformes aun cuando sólo fuera en el placer de ver abierto tu cajón. El mundo seguirá rodando en el espacio, los años pasarán, y no será remoto que algún futuro Juan Mateos ponga por título á uno de los capítulos de cualquier novela que pase en Durango, por los tiempos de tu gloria: "de cómo un español con fe y sin miedo, estuvo á punto de conciliar el matrimonio civil con el eclesiástico."

A las descargas y á los repiques abriéronse las puertas, y la multitud fué recibida con botellas de Champaña y con jura de pañuelos y géneros.

Nosotros recomendamos á los comerciantes de México cuyos cajones se ven diariamente vacíos, este modo de realizar, pues por experiencia hemos visto en Durango que le agrada mucho á la gente.

Largo sería contar todas las peripecias de esa fiesta, y sólo narraremos lo que más llamó nuestra atención. En el momento que cesaron las salvas y los repiques, el siempre famoso Arregui apareció en la azotea, y con no poco asombro de los espectadores, empezó á arrojar á la calle su sombrero, su levita, sus pantalones, y en fin, todo lo que llevaba sobre el cuerpo, hasta quedar como Adán en

el paraíso. Después volvió á vestirse todo de nuevo, y se irguió mirando orgulloso á la muchedumbre, como diciéndoles: caten ustedes en mí á otro hombre.

III

Muy grandes son los preparativos que hay que hacer para salir de Durango y atravesar la sierra. Como en más de tres días no se encuentra una sola cabaña, es preciso abastecerse de carnes frias, conservas alimenticias, frutas secas y vinos. A nadie se le ocurre viajar aisladamente por aquellas soledades en que no daría un paso sin que fuera atacado por los apaches; el camino se hace en caravana, se esperan los viajeros hasta que forman un número respetable, y todos reunidos emprenden una verdadera marcha militar hasta llegar á los desfiladeros de la Tierra Caliente.

Nosotros buscamos, como es costumbre, una buena mula de paso que nos condujera por las estrechísimas y peligrosas veredas de la montaña, en donde cualquiera otra cabalgadura nos habría precipitado con facilidad á los profundos abismos por los cuales atraviesa el camino. A la hora fijada, estábamos ya caba-

lleros en una hermosa mula tordilla, ensillada con la clásica vaquera, de cuya cabeza cuelgan dos grandes bolsas de cuero para las provisiones, que llaman cantinas. Reunida estaba toda la caravana, que se componía de más de doscientas personas, de las que unas eran viajeros que iban á Mazatlán á embarcarse para San Francisco, otras éramos peregrinos de la emigración, otras jefes y oficiales que marchaban al lugar que les destinaba el Gobierno para pelear contra la intervención, y otras, en fin, comerciantes y arrieros que conducían sus recuas de mulas cargadas de mercancías que llevaban al puerto. Nos acompañaba una fuerte escolta de infantería que custodiaba una conducta de plata.

IV

A menos de una hora empieza á desplegarse el camino por la falda de la magnífica Sierra Madre, que como una culebra, se extiende por toda América desde los Andes hasta las Rocallosas. La senda es estrecha y peligrosa y de una pendiente rápida, de tal manera, que en menos de ocho leguas la vegetación de la tierra templada desaparece para hacer lugar á

hermosos y pintorescos bosques de encinas y madroños. Saliendo de Durango á las once de la mañana con una temperatura algo cálida, al caer la tarde atravesaba la comitiva un río helado, de donde parte una estrechísima rampa que, semejando la forma de un caracol, conduce á una hermosa plataforma que se eleva cortada á pico sobre el mismo río á una altura de más de doscientos metros.

Habiendo llegado nosotros unos de los primeros al punto de descanso, sentimos una impresión desconocida y grandiosa al contemplar desde aquella altura la caravana que se retorcía á nuestros pies, apareciendo y desapareciendo por entre las calles de encinos, desplegándose sobre la nieve del río, y volviendo á retorcerse por las quiebras de la subida de donde desembocaba, formando un extraño ruido de alegría los gritos de los viajeros y los relinchos de las mulas. El corazón nos palpitaba de un modo inusitado al vernos por primera vez en el verdadero desierto, en esa inmensa soledad tan poblada de grandes pensamientos, de sublimes soplos que fingen en su sonido palabras misteriosas que parece pertenecen al idioma que habla el Eterno; mirando desarrollarse las quebraduras de las montañas en extensísimas selvas que murmuran con un murmurio gigantesco, no sabemos que conversación entre sus hojas

y el viento; selvas que se extienden y semejan en las ondulaciones de las copas de sus árboles un mar alborotado, del cual se desprenden como isletas algunos picos de cerros sin vegetación. Allí se comprende la magnífica imagen de Victor Hugo, allí se conoce que la naturaleza es una Biblia abierta.

Por el Oriente se levanta la sombra de la noche, como si fuese el fantasma negro de aquellas montañas: por el Occidente, el sol se había hundido, y caía todavía su último rayo regando de diamantes las rocas, el cristal del río y las armas de la escolta que se había esparcido sobre la plataforma.

V

De Río Chico, que así se llama el punto en que descansamos el primer día, se sigue subiendo el monte y se rinde la jornada en un hermosísimo bosque llamado el Madroño. Es lo más curioso que pueda verse la parada de la comitiva. Los arrieros descargan sus mulas y forman su hato con los aparejos, haciendo una fortificación dentro de la cual se colocan para defenderse en caso de ser atacados por los bárbaros. Como ningún viajero atraviesa el desierto sin su fusil á la es-

palda, se ven sobre los muros de jarcia de esa ligera trinchera, relucir los cañones, mientras en el centro los arrieros encienden una hoguera para cocer su comida, y á su derredor se sientan, departiendo en alegre y franca plática mezclada de ruidosas carcajadas. La tropa estableció su campo militar con sus centinelas de avanzadas, y el resto de los viajeros levantó sus tiendas de campaña. A nosotros nos habían formado una entre dos gigantescos árboles. Tanto por el excesivo frío que mantiene siempre el agua en congelación, cuanto para ahuyentar á los lobos que en esos parajes abundan, al lado de cada tienda y en medio de cada hato se levantaba la llama de una hoguera que chisporroteaba consumiendo algún tronco de encino. Como la noche era obscura y el campamento extenso, por donde quiera que se dirigía la vista se miraban las cabelleras de fuego de las hogueras, que se sacudían tiñendo con un color de sangre las copas de los árboles, las tiendas de campaña y los hombres que vagaban por el campo, y que parecían no sabemos qué especie de visiones de leyenda alemana. Se escuchaba un ruido confuso formado por el alerta de los centinelas, el relincho de las mulas que pastaban libremente, el ladrido de los perros, y á lo lejos el aullido de los

lobos, y más lejos aún, ese magnífico rumor que en las grandes soledades se escucha en las altas horas de la noche, y que podríamos llamar el tumbo del mar de la inmensidad.

Este modo de formar los campamentos de una manera militar, es absolutamente indispensable para evitar los ataques nocturnos de los apaches; y aun así repetidas veces han sido asesinados los viajeros en el centro de sus hatos, y arrancadas sus cabelleras. Apenas sí las mulas se separan un poco; pero aun ellas vuelven volando al menor silbido de sus amos. Estos animales están perfectamente enseñados: al rendir la jornada, los arrieros les ponen su ración de maíz en pesebres portátiles formados de jarcia y sostenidos por tijeras de madera; al concluir su cena las mulas se van á pastar, y se mezclan las de unos arrieros con las de otros; y sin embargo, cuando al día siguiente silban sus dueños, no se confunden, y corren separadamente las de cada amo á colocarse en una perfecta línea recta delante de su pesebre, para tomar el pienso de la mañana.

V

Cada día tiene el viajero un espectáculo nuevo y original, y lo inesperado de las sensaciones que experimenta, forman el encanto del viaje. El desierto presenta una nueva emoción; por muchas leguas se contemplan, á ambos lados de la senda, cruces fijas en el suelo ó clavadas en los troncos de los árboles, y osamentas humanas esparcidas por todas partes. No puede menos de sentirse pavor al mirar esos despojos del hombre, amarillentos y descarnados, que le están diciendo al transeunte el peligro en que se encuentra. Allí los viajeros como que se agrupan: la senda es ya ancha, pues se ha llegado al lomo de la sierra; hermosa llanura de 15 á 20 leguas de latitud, que forma el espinazo de ese gigante de la naturaleza: así es que la comitiva, que poco antes se componía de los anillos de una cadena, entonces se replega, y como que forma una columna compacta de defensa. Y sin embargo de que todos los caminantes van ya juntos, las risas y las conversaciones cesan y un silencio sepulcral reina en aquella soledad: tan sólo se oyen los pasos de las mulas, que con el ojo inquieto y las orejas paradas, están atentas al peligro, como los ginetes.

No podríamos definir con nuestra débil pluma el consuelo infinito que se experimenta, cuando á la vuelta del camino, se encuentran los ojos de repente con el ranchito de los Coyotes: sus cuatro paredes sucias, dentro de las cuales en vano se buscaría una cama para descansar, ó viandas para preparar un almuerzo, parece que encierran la alegría; desde que se llega á ellas, vuelven á sentirse la tranquilidad y el bienestar. Sin duda es por que el hombre nacido para la sociedad y la civilización, se encuentra en el desierto en un campo extraño á su actividad y destino; pero tan luego como á lo lejos mira en las soledades el penacho de humo que se escapa de la chimenea de alguna habitación, se siente otra vez en su campo de acción, en su vida providencial. El humo es siempre la señal de la existencia, es la bandera que ondea sobre la ciudad, y que muestra á lo lejos el lugar del descanso, el hogar de la familia, la grandeza de la patria.

VI

De los Coyotes se pasa á las Naranjas, y de allí al Salto. Este es un rancho cómodo con sus chimeneas en las salas, y con su patio con torres y almenas como un castillo de las orillas del Rhin. Colo-

cado en una bajada de la montaña en medio de un bosque tupido, se figura la imaginación ver en las salas á los amantes trovadores, y semeja la arboleda fantásticas comitivas de cazadores ó piadosos grupos de peregrinos.

¡Qué contentos nos sentamos al calor de las chimeneas, á oir famosas hazañas de los compañeros de viaje que con apaches habían tenido encuentros! Ya uno nos relataba que se había hallado solo frente á tres bárbaros; pero que gracias á su prudencia se salvó, por no haber descargado su arma: los bárbaros jamás atacan al viajero que conserva cargado su rifle. Otro narraba los diversos medios de que usan los apaches para desviar la puntería é impedir que les toquen las balas, tales como deslumbrar con espejos ó con saltos continuos en todas direcciones. En fin, todos tenían algo que decir. Solamente nosotros estábamos callados oyendo el chasquido de las chispas, y pensando que los hombres gustan mucho de hablar del peligro cuando ya no se encuentran en él.

VII

Del Salto se vuelve otra vez al desierto, que allí, como siempre, cambia de fisonomía. En lugar de bosques de encinos ó pinos, está cubierto el suelo de titánicos ocotes. Los que nos hemos admirado con la vegetación del Monte de las Cruces y Riofrío, vemos después con desdén sus árboles, que parecen arbustos en comparación de los de la Sierra. En esos millares de ocotes hay un tesoro de trementina. Tenemos la idea de buscar las minas solamente en las entrañas de la tierra; pero en nuestro país donde quiera puede encontrar una mina el trabajo.

Los ocotes forman en la Sierra de Durango vistosísimas hileras de columnas, que parece sostienen su cielo de un azul pálido y triste. Sin duda esos árboles que la naturaleza coloca en una rigorosa línea recta, y que entre sus hileras forman como los espacios de las naves de un templo, fueron los que dieron idea á los hombres para construir sus catedrales: el corazón humano sintió cuánto se recoge el alma entre aquellas pilastras naturales, y levantó de piedra un bosque de columnas.

Si el catolicismo resiste todavía en la

segunda mitad del siglo XIX, á los embates de la inteligencia y del progreso, es debido tan sólo á que es una religión que alucina enteramente la imaginación. El incienso con sus nubes, las olas de armonía del órgano, la salmodia grave y misteriosa, la luz que se desliza entre las altísimas ojivas, los cirios del altar, y esto en el bosque de pilares cuajados de flores de piedra y bajo un cielo espléndido, que la mano de un Miguel Angel pinta en los bóvedas de granito; todo reunido subyuga el corazón, y más, mientras el corazón es más grande. Se necesita salir al aire libre, sacudir del cerebro la bruma de notas y de aromas que lo habían nublado, y volver á ver al rico en su carruaje y al pobre mendigando, para volverse á sentir en el mundo.

Todos habéis sentido esta magnífica emoción; pues bien, centuplicadla y sentiréis la de la catedral de la Sierra; pero allí las pilastras llegan hasta la bóveda del cielo, y éste no está pintado por Miguel Angel, sino por la mano misma de la naturaleza; y no se adorna con vírgenes y arcángeles, sino, de día, con un pabellón de oro que cuelga del disco del sol, y de noche con un manto negro cuajado de estrellas, y sobre el cual extiende algunas veces un finísimo velo de plata la luna que se pierde entre las lejanas quiebras de la montaña.

En medio de este bosque de ocotes se levanta un caserío que llaman "La Ciudad." Acaso intentaron algunos montañeses subir hasta allí la civilización; pero no lo consiguieron: ésta no gusta de alejarse de las playas.

VIII

En "La Ciudad" el viento es intenso, el huracán tiende sus alas con libertad entera; se ha llegado á lo más alto de la Sierra; algunas pequeñas eminencias que se levantan en aquella llanura, no tienen ya vegetación; las aves no se atreven á llegar allí: el aire es tan delgado, que apenas se puede respirar; el frío es horrible, las botellas llenas de agua se revientan junto al fuego al congelarse ésta; los caminantes llevábamos cada uno dos sarapes, é íbamos tiritando de frío; el sol está triste y amarillento, parece un sol con tisis.

De repente el viajero se detiene asombrado; el gigante de la sierra se corta á pico bajo sus pies, á una profundidad insondable; la vista no tiene ya obstáculo delante, las miradas del hombre atraviesan veinte leguas, y van á encontrar á esa inmensa distancia el puerto de Maza-

tlán y la costa del Pacífico, y como una franja negra cerrando el horizonte, el lomo redondo del Océano: entre el mar y esa altura se desarrolla á una gran profundidad, una serie de montes que parecen formados por una mano colosal que hubiera arrugado con sus dedos la costra de la tierra.

Nadie puede figurarse lo que siente el hombre cuando se ve colocado en ese pedestal que le levanta á la altura de los cielos, y que á una profundidad infinita, ve desarrollarse bajo sus pies el mundo material con sus montañas, sus bosques, sus ríos y sus ciudades, y también el mundo moral con sus pasiones y miserias. con sus ambiciones, sus venganzas, su fe ilusoria y sus esperanzas raquíticas. Allí veíamos rodar un grupo de nubes que descargaban su granizo y su electricidad á quinientas varas bajo de nosotros. Nos parecía que esas nubes nos separaban para siempre del mundo, y sentíamos un bienestar infinito lleno de melancolía: los momentos más felices de la existencia, así como los más grandiosos, llenan el alma de profunda tristeza. Solos, lejos de todo afecto, sin escuchar la voz del hombre ni el ladrido del perro, oyendo el trueno del rayo muy lejos debajo de nosotros, como el acento de vida de un mundo á que ya no pertenecíamos, era sentirse ya en la otra vida, haber dado vuelta á los

goznes de las puertas de la tumba. El corazón entonces siente un aliento inmenso que llena todo aquello que se ve vacío: á este aliento lo llamaban los aztecas Teotl.

IX

Allí se puede decir que concluye la Sierra de Durango: un camino formado en esa profundísima pared de la montaña conduce al Durazno, primer pueblecito de la costa de Mazatlán. Todavía se camina desde allí por precipicios y barrancas; pero ya no es la Sierra, que se ha cortado á pico de repente formando una inmensa muralla.

La bajada está formada en zig-zag en la roca viva; no puede caminar más que una mula de frente por esa angostísima senda: por un lado se levanta el macizo del monte, y por el otro hay un voladero de más de mil pies de profundidad, cuyo fin no puede contemplarse, pues la vista sólo alcanza á ver mucho muy abajo, una bruma negra que borra los objetos. La pared del voladero es tan perpendicular, que los árboles nacen casi horizontales en ella. Desgraciado el viajero cuya mula resbala, ó que atraído por el vértigo, se siente lanzado al precipicio; botando de

árbol en árbol y de peñasco en peñasco, va desgarrando su cuerpo entre las ramas y las puntas de las piedras, y se va á perder con sus dolores en un abismo de donde ni siquiera podrá llegar su voz á los humanos. Cuando tal desgracia sucede, como ya saben los caminantes que todo auxilio es inútil, no detienen su viaje, lo siguen con un compañero menos.

Nosotros empezamos á descender por ese caracol cuando el disco del sol se hundía á lo lejos detrás de la faja negra del Pacífico: al bajar llegamos al grupo de nubes que llovía sobre el Durazno: el viento las impelia con fuerza, y al pasar sentimos que azotaba nuestro rostro la ala fría de la nube.

A la mitad de la bajada nos sorprendió la noche, y entonces contemplamos una de aquellas pinturas que sólo se encuentran en los cantares del Norte; una comitiva de sombras negras se retorcía sobre el precipicio ondulando en el caracol de la montaña; aquellos bultos se movían de una manera indecisa dejando ver de cuando en cuando chispas de fuego que sacaban las herraduras de las mulas, ó visiones claras que formaban los que iban embozados en jorongos blancos; el aire sacudía con furia la copa de los árboles, que formaban raros acentos como de un concierto mortuorio; muy en el fondo se oían los ladridos de los perros, y se veían

las luces del pueblecito aparecer y desaparecer como los fuegos fatuos de un cementerio: y, cosa rara, de aquella visión de muerte no salían los aullidos lúgubres del sepulcro, sino alegres conversaciones de los caminantes que veían cerca el lugar de descanso, y risotadas francas de los soldados.

Los desfiladeros de la Sierra de Durango son sin duda más hermosos y más peligrosos que los de los Alpes: mucho se ha celebrado á Napoleón haber atravesado con artillería estos últimos, y sin embargo, nada más común entre nosotros que atravesar los de la Sierra con piezas de grueso calibre: hemos visto en Mazatlán una batería de á 24, llevada de Durango á la playa por aquellos desfiladeros.

Para que el lector pueda calcular su profundidad, nos bastará decir que aquel vertiginoso caracol está dividido en tres tramos que forman tres gigantescos escalones, que harían inventar la fábula de los Titanes si no estuviera ya inventada, y que el último que cubre el pueblecito del Durazno; y que es el único que desde él se ve, es tan alto, que en la noche las antorchas que llevaron unos guías que mandamos á alumbrar el camino á nuestros compañeros de viaje que se habían retardado, nos parecían estrellas que alumbraban en lo más alto del cielo.

La bajada es tan rápida, que al caer la tarde estábamos tiritando de frío en lo más alto de la Sierra; y tres horas después, nos hallábamos en plena Tierra Caliente en la primer cañada de la costa.

1864.



SAHAGUN

I

Nació Bernardino Ribeira en el pueblo de Sahagún, del Reino de León, en los primeros años del siglo XVI. Comenzó sus estudios en la Universidad de Salamanca, y estudiante y joven aún, metióse fraile francisco en el Convento Salmantino. Bello era de semblante como de alma, y en ingenio no cedía á su afición por las letras.

Las naciones indias, subyugadas en la Nueva-España, incitaban entonces á los conquistadores de almas; y nuestro Fray Bernardino, soldado del cristianismo, embarcóse para las costas del Nuevo Mundo, y llegó á nuestras playas con otros diecinueve frailes, que en su compañía trajo Fray Antônio de Ciudad Rodrigo. Tuvo esto lugar el año de 1529,

según consta de un volumen MS. en folio que tiene por título: "Bezerro General | Menologico y Chronologico de todos los | Religiosos que de las tres parcialidades conviene á saber | Padres de España, Hijos de Provincia y Criollos ha | avido en esta Sta. Provª. del Sto. Evangº. desde su fundacion | hasta el preste. año de 1764, y de todos los Prelados assi | nros. M. Rdos. P. P. Comisars. como Rdos. P. P. Provinciales que | la han governado | Dispuesto, y elaborado | con la posible fidelidad y claridad por Fr. Francº. Antonio de la Rosa Figueroa Predr. Notario Appcº. Nottº. y Revisor. | por el Stº. Off. Archivero de esta Sta. Provª. y Bibliothecario | en este Convento de Mexico." —En este documento auténtico, en el catálogo de los "Padres de España que componen la Parcialidad de los Gachupines," á fojas 94, se lee: "43 V. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Sntiago (sic) 1529."

Sabemos, pues, el año de su arribo, y que fué anotado el cuadragésimo tercero de los franciscanos que vinieron á México, como indica el numeral que precede á su nombre. Los religiosos de su orden, dedicados principalmente á doctrinar á los indios, necesitaban ante todo aprender el idioma de los vencidos; y se dió para ello tales trazas nuestro Sahagún, que cuenta el Padre Mendieta (1) que

1 **Historia Eclesiástica Indiana. Lib. V, cap. XLI.**

"llegado á esta tierra, aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ninguno otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella y ninguno tanto se ha ocupado en escrebir en ella." Esta opinión era general en sus contemporáneos, pues en los informes que en 1570 rindieron los franciscanos al rey, se dice que Fray Bernardino y Fary Alonso de Molina eran los mejores "lenguas" de la Provincia.

Esto, y los estudios que había hecho en la famosa Salamanca, disponíanlo especialmente al profesorado de los indios, misión sublime que desempeñó hasta el fin de su existencia.

II

Antes de que se fundara el Colegio de Santa Crúz en Santiago Tlaltelolco (1)

1 Generalmente usan nuestros escritores modernos la voz *Tlaltelolco;* pero en los antiguos se ve siempre *Tlatilulco* ó *Tlatelolco*, según que hayan preferido la pronunciación acolhua ó la mexica. Su jeroglífico, tal como se encuentra en los códices Mendocino y Telleriano, representa un gran montón de tierra; y Motolinia dice que el nombre se derivó de que "allí estaba un pedazo de tierra más alto y más seco que lo otro todo" Buscando la etimología, hallamos en el Vocabulario del P. Molina, á la foja 234 vuelta: "*Tlatelli*, altoçano, ó montón de tierra grande." Los mexicas formaban los nombres de lugar por medio de preposiciones finales ó sufijas; y según la gramática de Carochi, página 39, "la *c* y *co* añadida al nom-

para instruir á los hijos de indios principales, (1) habíase comenzado á leerles la gramática en la capilla de San José del Convento de San Francisco de México, siendo el primer maestro Fray Arnaldo Bassacio. Debe creerse que Sahagún, cuya vida se dedicó á la enseñanza de los naturales, tan luego como aprendió la lengua mexicana, comenzó á ejercer su benéfico profesorado. No tenemos noticia de que á su venida saliera á las doctrinas; sabemos que se dedicaba á cultivar el idioma mexicano, en que mucho sobresalió y mucho escribió, como más adelante se verá; y fácil es comprender que su espíritu activo, que tanto hizo por la instrucción de los indios, á ella se dedi-

---

bre significa *en ó dentro* del nombre con quien van," y e "*co* se pone en los acabados en *tli*, *li*, *in*, perdidas estas finales." Así, para decir *en el montón de tierra*, debieron los mexica componer la palabra *tlatelco*. Pero he observado, que si se trataba de una cosa redonda, la preposición final simple *co* se convertía en la compuesta *lco*, como en *Ahuatolco*, manantial ó agua redonda, según se pinta jeroglíficamente, y en *Oyamelolco*, bosque de oyameles ó cerco de esos árboles La preposición se componía con la sílaba *ol*, que es raíz de las cosas redondas, como se ve en *ololtic*, que significa bola ó pelota, y *ololoa*, hacer alguna cosa redonda. Por esto, el montón grande de tierra, *tlatelli*, rodeado de agua, teniendo una figura redonda como se representa en el jeroglífico, debió formar el nombre de lugar con la preposición compuesta *olco*, de lo que resultó el nombre de la ciudad *Tlaltelolco*, en donde está el montón grande de tierra de forma redonda. Esto aclara las palabras de Motolinia: "Tlatilolco, que en su lengua quiere decir isleta, porque allí estaba un pedazo de tierra más alto y más seco que lo otro todo, que eran manantiales y carrizales." Hé aquí por qué restituyo la ortografía antigua, separándome de la hoy usada.

1 Mendieta, loc. cit.

cara desde luego, como se dedicó después, cuando se fundó el Colegio de Santa Cruz. Y paréceme cuerdo tratar de esta fundación, para aclarar el punto de que nos vamos ocupando. La opinión más común señala el año de 1537 á la fundación del Colegio. El Sr. Orozco y Berra (1) adoptó esta fecha, y lo siguió el Sr. Hernández Dávalos (2), quien dice ir de acuerdo con los cronistas franciscanos. Ambos escritores atribuyen la fundación al primer virrey D. Antonio de Mendoza; y el segundo expresa que dicho virrey fué quien mandó labrar la fábrica del Colegio.

El Sr. Alamán (3) manifiesta distinto parecer, pues refiere haberse comenzado el Colegio por el Presidente de la Audiencia D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, y haberse abierto con mucha solemnidad en tiempo del virrey.

Otros documentos aumentan la dificultad. Reunió el Sr. D. José Fernando Ramírez, en dos tomos manuscritos, diversos anales de México y sus contornos; y bajo los números 12 y 13, se encuentran

---

1 Memoria para el Plano de la Ciudad de México.

2 Documentos anexos | al | informe presentado al Congreso de la Unión | el 16 de Septiembre de 1874 | por el | Ciudadano Francisco Mejía | Secretario de Estado | y del Despacho de Hacienda y Crédito Público—de los Estados Unidos Mexicanos.—Pág. 344.

3 Disertaciones | sobre | la Historia de la República Megicana | desde la época de la Conquista.—Tomo III.—Apéndice, pág. 11.

dos referentes á sucesos de Tlaltelolco, siendo el primero copia del documento que Boturini catalogó en su Museo con la marca: Qno. 6º. con fs. 5. Ambos anales, como escritos por personas que presenciaron los sucesos ó vivieron muy cerca de ellos, deben tenerse en cuenta en esta cuestión. En los primeros encontramos la siguiente noticia: "1533—II calli. —Respondieron en latin los colegiales al rey (sic) D. Antonio de Mendoza."—En los segundos hallamos las siguientes razones: "1533.—Hablaron en latin los colegiales de Tlatelolco.—1534. Llegó el rey (sic) D. Antonio de Mendoza."

Prescindiendo de los errores de fecha, tan comunes en nuestros primeros analistas, sí tenemos la confirmación de que á la llegada del virrey, ya los colegiales hablaban latín, lo que supone algún tiempo de estudios; y esto apoya la opinión de Alamán de que no fué el fundador del Colegio D. Antonio de Mendoza, sino que en su tiempo se abrió solemnemente. Pero no contradice que la fecha de la apertura fuese en 1537. Los anales citados hacen sincrónicos los dos sucesos, el de la apertura y el de la venida del virrey; y como éste llegó verdaderamente el año de 1535, parece que en el mismo año debe colocarse la fundación del Colegio de Santa Cruz.

Así es en realidad. He adquirido un

precioso códice, que mucho me servirá para el presente estudio, y que se compone de documentos relativos á Santiago Tlatelolco. La segunda foja dice en su principio: "Imperial Colegio de Santa Cruz, Fun | dado por el Exmo. Sor. Virrey dn. Antonio de Mendoza de orden del Sor. Emperador Carlos V. el año 535."

Del estudio de los anteriores datos, y teniendo en cuenta la autenticidad del códice de Santiago, resulta que ni el virrey ni el oidor pueden llamarse fundadores del Colegio; que Carlos V decretó su establecimiento, comenzándose la instrucción por los frailes franciscos y la obra por el obispo Fuenleal; y que á la llegada de D. Antonio de Mendoza en 1535, se abrió solemnemente. No se crea tampoco que se hizo obra aparte del Convento, como parece indicarlo el Sr. Hernández, pues en el mismo Convento se estableció el Colegio. Así lo dice la portada de la foja primera del códice, con las siguientes textuales palabras: "Imperial Colegio de indios titulado | Santa Cruz, fundado en el Convto. de | Santiago Tlatelolco de Religiosos | Franciscanos." Y aunque Mendieta dice también (1) que "el mismo virrey D. Antonio edificó el Colegio á su costa," no es que hiciera el edificio

1 Lib. IV, cap. XV.

del Convento, sino que en él arreglara la parte destinada á los colegiales. Era ésta, "una pieza larga, como dormitorio de monjas, las camas de una parte y otra sobre unos estrados de madera, por causa de la humedad;" de modo que el dormitorio no estaba en los altos del edificio, en donde se habían hecho las celdas de los frailes, sino que era salón formado en la parte baja. Cada colegial "tenía su frazada y estera" (petate), "y cada uno su cajuela con llave para guardar sus libros y ropilla." Comían juntos en refectorio especial. Al amanecer iban en procesión al coro bajo de la iglesia á oir misa; pasaban el día en sus estudios; y en la noche eran guardados por vigilantes en sus dormitorios, donde siempre ardía luz, "así para la quietud y silencio, como para la honestidad."

Fray García de Cisneros, el séptimo de los doce primeros frailes, fué quien instituyó el Colegio (1), y él fué quien nombró á los primeros catedráticos. que fueron: el citado Fray Arnaldo de Bassacio, lector de latinidad á quien sucedió Fray Bernardino, Fray Andrés de Olmos y Fray Juan de Gaona, encargado de la enseñanza de la retórica, lógica y filosofía. Enseñábase á los indios á leer y á escribir; y creo que á lo primero se dedicara

1 **Mendieta. Lib. V, pte. 1ª, cap. XIII.**

Sahagún, pero no á lo segundo, supuesta su muy mala letra, y el tener algunos de los colegiales bellísima forma de escritura, de que nos da muestra el códice de Santiago.

Quién fuera el primer Rector del Colegio, cosa es que ignoro; pero me persuado á creer que no lo fué Sahagún, pues, aun como lector, no ocupó al principio puesto importante.

Bajo la dirección de maestros tan distinguidos, reuniéronse al pie de cien niños ó mozuelos de diez á doce años, "hijos de los señores y principales de los mayores pueblos ó provincias de esta Nueva-España, trayendo allí dos ó tres de cada cabecera ó pueblo principal, porque todos participasen de este beneficio. Esto se cumplió luego, así por ser mandato del virrey, como porque los religiosos de los conventos ponían diligencia en escoger y nombrar en los pueblos donde residían, los que les parecían más hábiles para ello, y compelian á sus padres á que los enviasen." (1)

Lo noble de este inmenso pensamiento, mucho más grande que los pequeños que respecto á instrucción hoy nos agitan, y lo muy noble también de su ejecución, merecieron bien que se solemnizase con toda pompa la inauguración de tan

1 Mendieta. Lib. IV, cap. XV.

precioso plantel. Reunióse en San Francisco "toda la ciudad," y con ella el obispo de Santo Domingo, D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, comenzador de la obra, y el virrey D. Antonio de Mendoza, su ilustre consumador; reunióse también el clero, yendo con él D. Juan Zumárraga, primer obispo de México; y unidos todos en San Francisco, como queda dicho, oyeron elocuente oración del doctor Cervantes. (2) Salieron después en procesión hasta Santiago, en donde esa gran multitud oyó la misa y sermón de Fr. Alonso de Herrera, uno de los franciscanos "de la segunda barcada." Después, en el refectorio de los frailes, dióse banquete á costa del obispo Zumárraga, y predicó Fr. Pedro de Rivera, hombre muy docto y de mucha autoridad.

Aquel pueblo, yendo en masa á la fundación del Colegio de indios, era otro Prometeo atado á la roca de la conquista; pero que rompía sus cadenas para ir á robar el fuego del cielo, la luz del saber, que en humilde celda le brindaban harapientos y descalzos frailes. ¡Bendita sea su bendita memoria!

1 El Sr. Icazbalceta aclara que no fué este Cervantes el autor de los Diálogos que en lujosa edición reimprimió.—Página 242.

III

D. Antonio de Mendoza fué el constante protector del nuevo plantel. Ya hemos visto que, según Mendieta, á su costa hizo el Colegio; y agrega que "le dió ciertas estancias y haciendas que tenia, para que con la renta de ellas se sustentasen los colegiales indios que habian de ser enseñados." Fácil es calcular que no eran precisos grandes fondos para sostener el Colegio: el cuidado de éste nada costaría, como que estaba en el mismo Convento: únicamente los alimentos y vestidos de cien niños, y acaso los libros para su enseñanza. No hay constancia de que los frailes cobrasen sueldos cuando fueron lectores, como las hay de otros profesores; y todo hace creer que pocas rentas bastasen al objeto.

No soy amigo de repetir lo que otros han dicho sin prueba alguna. Hemos visto que se había llamado fundador al virrey, título que no le corresponde por completo; que se ha asegurado que él labró el edificio del Colegio, y que esto se redujo á arreglar á su costa parte del Convento; y como además los gastos del establecimiento no podían ser cuantiosos,

motivo tuve para dudar de ese regalo de haciendas.

Vuélvenos á sacar de dudas el códice de Santiago. A la tercera foja, y en papel de maguey, hay escrita tercera portada, que dice: "Nº. 6 | Donaciones de Don Antonio de Mendoza ViRey de vnos sitios de estancia de ganado mayor obejas bacas y yeguas junto al Rio de apasseo a los confines de estancias de Francº. de Villegas." Fué el obsequio, no de haciendas, ni varias, como á primera vista podría entenderse, sino de una estancia, que juzgo, por su situación junto á Apaseo, que es la pobre hacienda de la Estancia de las Vacas, famosa en nuestras contiendas civiles.

Copia de la donación ocupa la foja 9 del códice; y fechada está en el puerto de Acaxutla á 22 días de febrero de 1551, cuando el virrey se embarcaba para ir á desempeñar el real mando en el Perú.

En el tiempo que medió de la fundación del Colegio á la partida del virrey Mendoza, piérdese el hilo de los sucesos y nada sabemos de Sahagún. Supóngolo leyendo su latín, y figúrome á los colegiales viviendo holgadamente, gracias á la protección de D. Antonio. Pero ocurrióse al Emperador Carlos V pasar á éste á la gobernación del Perú; y al efecto llegó nuevo virrey á México, entre octubre y diciembre de 1550. El antiguo

partió para Lima; pero no quiso abandonar á los colegiales indios, y, antes de darse á la vela, otorgó en el puerto escritura de donación de los tres sitios de ganado mayor de la estancia que el rey había dado á su hijo Francisco.

Para hacer entrega de la escritura de donación, siguiéronse las solemnidades en tales casos acostumbradas. (1) Reuniéronse el nueve de Enero de 1552, y á toque de campana, los indios colegiales, estando presentes su rector Pablo Nazareo, Martín Espiridión, conciliario, y Antonio Valeriano, lector. Presidíalos Fr. Diego de Grado, presidente del Colegio; y á presencia del oidor Lic. D. Francisco de Herrera y D. Francisco Díaz, escribano de la Real Audiencia, hízose la donación y entrega de la escritura por Juan de Medina, mayordomo de D. Antonio de Mendoza.

Estas noticias, á más de darnos cuenta de la donación de la estancia y sus pormenores, aclaran algo la organización del Colegio. Mendieta dice (2) que el guardían del Convento estaba encargado de la administración del Colegio; y vemos que le llamaban presidente, y que en.... 1552 lo era el franciscano Fray Diego de Grado. Pero vemos también que á la

1 Código de Santiago, fs. 12, 13, 14 y 15.
2 Loc. cit.

ceremonia en que se aceptó la donación, sólo asistieron los indios colegiales y sus superiores indios, y no los otros lectores, por ser regalo que para los indios se hacía. Aquí encontramos por primera vez el nombre del famoso indio Antonio Valeriano, origen y causa de la leyenda de la Virgen de Guadalupe, y uno de los más importantes colaboradores de Sahagún. Era ya entonces lector. Vemos también que había un rector especial del Colegio, y parece que se escogía entre los mismos indios, como lo indica el nombre de Pablo Nazareo, que lo era entonces.

Para concluir con la historia de la estancia, diré que fué nombrado administrador de ella Juan Gómez de Almazán, corregidor de Tlatilolco; y que tres años después, en junio de 1555, la Real Audiencia autorizó al Colegio para que vendiera la hacienda y empleara en censos su producto. (1)

IV

Si durante este tiempo se nos pierde Sahagún, digámoslo así, rastro nos dan de él, sin embargo, sus obras; y debemos á más suponerlo en sus primeros años

1 **Cód. de Santiago, fr. 15.**

variando de monasterios y dedicándose á doctrinar, pues Mendieta dice (1) que "en su juventud fué guardían de principales conventos; mas despues por espacio de cuasi cuarenta años, se excusó de este cargo, aunque en veces fué difinidor de esta Provincia del Santo Evangelio y visitàdor de la de Michuacan, siendo custodia."

Esta época debió ocupar precisamente los 25 años que habían transcurrido desde la llegada de Sahagún á los tiempos en que Pablo Nazareo era rector del Colegio. Siendo de doctrinar por entonces los trabajos de Sahagún, lógico era que sus obras de ese tiempo exclusivamente se refirieran á ese objeto. Aun no llegamos á la época de su vida en que cambiara la pluma del teólogo por la del historiador; y nos encontramos desde luego enfrente de tres obras puramente religiosas.

La primera es un MS. en cuarto menor, todo de letra de Sahagún, aunque sin nombre de autor. Está escrito en mexicano, y comprende los evangelios y epístolas de las domínicas: tiene 74 fojas, y una de índice. de letra diferente y de época posterior: los títulos y capitales están escritos con tinta roja, y de éstas algunas con oro y colores semejando pájaros ó monstruos, como era usanza en los manuscri-

1 Mendieta: Lib. V. Pte. 1ª, cap. XLI.

tos. La letra es todavía firme y clara, señal de que la traducción fué hecha y redactada, no mucho después del año de la llegada de nuestro buen Padre, y con seguridad antes del de 1563, en el cual, según algunos renglones que conservo, la letra estaba ya muy cansada. Este MS.(1) no solamente está inédito, sino que era desconocido. Sin duda fué el primer trabajo de Sahagún, preparatorio del "Evangeliarium, Epistolarium y Lectionarum," de que trataremos después.

La segunda obra es un sermonario, que nuestro autor compuso en 1540, y corrigió después en 1563: está copiado por mano de escribiente, en hojas de gran folio de papel de maguey, que forman un volumen grueso. Ya el señor D. Joaquín García Icazbalceta, el más erudito de nuestros escritores, había dado razón de este MS. (2) Tiene el siguiente título en la primera foja, cuya mitad inferior falta:

-|- Siguense vnos Sermones de dominicas y de Sanctos en lengua mexicana: no traduzidos de sermonario alguno sino copuestos nuevamente ala medida de la capacidad de los indios: breves en ma-

---

1 Con el resto de mis libros pasó este MS. á poder del Sr. D. Manuel Fernández del Castillo, y con toda la biblioteca fué vendido en Londres.

2 Apuntes | para un | Catálogo de Escritores | en | lenguas indígenas de América.—Páginas 131 y 132:

teria y en lenguaje congruo venusto y llano facil de entender para todos los que le oyere altos y baxos principales y macegales hombres y mugeres. Compusierose el año de 1540. anse comecado acorregir yañadir este año de 1563. enestemes dejulio infraoctava Visitationis. El avtor los somete alacorrectio de la madre sancta yglesia romana cotodas las otras obras q enesta lengua mexicana acopuesto.—una cruz—fray bnardino de sahagun—una rúbrica—otra cruz lateral á la firma. (1) Toda esta portada es de puño y letra de Sahagún, firmada y rubricada por él.

A continuación de la portada faltan algunas hojas, y se hallan dos sueltas, ya de letra del escribiente. En la cabeza de y en ellas y en la última página, hay de la que viene después, se encuentra, de letra de Sahagún, esta nota:

Siguense vnos sermones breves enla lengua mexicana el autor dellos los somete ala correptio de la madre sancta yglesia cotodas las demas obras suyas son para todo el año de domynycas y sactos no estan corregidos. (La misma firma de la portada.)

Tiene el MS., tal cual se conserva hoy,

---

1 Hay pequeñas diferencias en el título, tal como la trae el Sr. Icazbalceta en la obra citada: yo lo he tomado del mismo MS que fué mío.

95 fojas á grandes márgenes, en los cuales escribió el autor, de propia mano, muchas correcciones y apostillas. Conserva su pasta primitiva de cuero ordinario, que forra una especie de cartón formado con hojas escritas de papel de maguey, cuyo contenido ignoro, porque para saberlo, hubiera sido preciso deshacer la pasta primitiva, á lo que no me atreví.

Esta obra ha permanecido inédita. (1)

Sin duda que hacia la misma época se escribió el MS. que en lujosa impresión dió Biondelli á la luz en Milán, con el siguiente título: Evangeliarium Epistoliarium et Lectionarium Aztecum sive Mexicanorum ex Antiquo Codice Mexicano nuper reperto, depromptum cum praefatione interpretatione adnotationibus glossario edidit Bernardinus Biondelli Mediolani Typis Jos. Bernardini Qm. Johannis MDCCCLVIII.

Tiene el libro después: una foja de dedicatoria; "Praefatio," XXI páginas; "De lingua azteca," XXI—XLIJ; "Evangeliarium Epistolarium et Lectionarium Aztecum," 425 páginas á dos columnas, latín y mexicano, con una hoja facsimile del códice original: "Glossarium Azteco-Latinum," págs. 427--533; "Index totius voluminis," págs. 555-574: "Errata-Corri-

---

1 También fué vendida en Londres, en algo más de mil pesos según me ha dicho el P. Fisher.

ge," una foja.—Hermosa edición de lujo, en folio.

Hablando de esta obra, dice el Sr. Orozco y Berra: (1) "Este libro es el mencionado por el autor bajo el nombre de "postilla." Torquemada cuenta entre las obras del autor, "una muy elegante Postilla, sobre las Epístolas y Evangelios dominicales y el modo y pláticas que los doce primeros padres tuvieron, en la conversion de los señores y principales de esta tierra."—Vetancurt asegura á este propósito:—"una postilla de los Evangelios y Epístolas de lenguage muy propio y elegante, donde he aprendido muy elegantes períodos; está en este tomo, la noticia de la venida de los primeros Padres, respuestas que tuvieron con los sátrapas y sacerdotes fingidos de los ídolos, acerca de los misterios de la Fee, en castellano y mexicano, en dos libros, que el uno tiene treinta capítulos, y el otro veinte y uno, doctrina de materias católicas." —Lo impreso sólo alcanza á los Evangelios y Epístolas, y no contiene las demás materias encerradas en el ejemplar de Vetancurt.

Basta ver un ejemplar de la edición de Biondelli, para conocer que no es la Postilla de que habla Vetancurt; no sola-

1 **Bibliografía inédita.**

mente porque de muy diversas materias se ocupa, sino porque ésta se hallaba escrita en mexicano y español, y aquella lo está en mexicano y latín. Creo yo que es uno de tantos ejemplares que de diversa manera hizo Sahagún de su Postilla, y semejante, aunque más amplio, al que, sólo en mexicano, tengo citado. Sin duda lo amplió y corrigió, como el Sermonario, al hacerlo sacar en limpio, pues según la descripción que del manuscrito original hace el editor, es semejante al Sermonario, aún en el modo con que estaba formada su pasta; y lo comprueba el facsímile publicado, que en tamaño y forma de letra también concuerda con él.

Este facsímile ha producido un error muy natural: se ha creído que representa la letra de Sahagún, así como el editor creyó que había escrito de su mano el códice; pero es letra de escribiente, enteramente igual á la del Sermonario, muy diferente de la del autor, como se ve con toda claridad en las apostillas de dicho Sermonario.

Precede al "Evangeliarium" un estudio sobre la lengua mexicana, en que equivocadamente se la quiere comparar con las indo-europeas; y al fin se encuentra un glosario de las voces mexicanas del códice: no sé si está arreglado por Biondelli; pero temo que lo haya tomado de alguna otra parte, según lo que se aseme-

ja á cierto vocabulario de que en seguida paso á ocuparme.

V

Vocabulario trilingüe.—Dice Torquemada: (1) "Escrivio tambien otro Vocabulario, que llamo "Trilingue," en lengua Mexicana, Castellana, y Latina, de grandisima erudicion, en este exercicio de la Lengua Mexicana." Vetancurt agrega: (2) "Hizo un Vocabulario Trilingüe, en latin, castellano, y mexicano, que destrozado tengo en mi poder."

Túvose por perdido el vocabulario en cuestión, pues después de Vetancurt, nadie lo había vuelto á ver; y aun hubo quien negase su existencia. Así, el autor de la bibliografía publicada en los "Ocios de Españoles emigrados," (3) dice en una nota: "Nicolas Antonio habla de este escritor (Sahagún); mas de su obra con inexactitud, porque no la vió; aunque dice haberla enviado á España un virrey de Mejico. Fiado en el testimonio de Lucas Wadingo dice que escribió "Dictionarium copiosissimun trilingue, mexicanum, hispanicum et latinum." Equivocación nacida de haber ordenado el autor su historia á tres columnas, como él lo dice;

---

1 **Monarquía Indiana, lib. XX, cap XLVI.**
2 **Menologio, página 113.**
3 **Londres, 1824. Tomo I, páginas 260 á 380.**

mas no hizo diccionario ninguno en tres lenguas."

Pero la equivocación fué del Español emigrado, pues además de los testimonios, irrecusables en esta materia, de Torquemada y Vetancurt, hay una prueba palmaria, y es que todavía existe: formaba parte de mi biblioteca. (1)

Es un volumen grueso, en 4to. menor español, escrito con magnífica letra de forma medio gótica, en papel genovés. En cada renglón, la primera palabra está en español y la sigue su traducción latina, colocándose encima del renglón, con tinta roja, la voz mexicana, aunque en algunos lugares falta esta última. El diccionario es á dos columnas. Tiene al principio dos fojas independientes del vocabulario, y en ellas y en la última página, hay de letras diferentes varios nombres con su traducción mexicana: una de estas letras en la primera página es de Sahagún. Esto, que aparece como corrección ó adición de la copia, y el no tenerse noticia de que otro escritor haya hecho otro vocabulario trilingiie, son para mí pruebas bastantes de que el presente es el tan buscado de Fray Bernardino. De su discípulo Martín Jacobita, hay varias firmas en el códice de Santiago, y comparándolas con la le-

---

1 Igualmente pasó á poder del Sr. Fernández del Castillo y fué vendido en Londres.

tra del vocabulario, se conoce desde luego que el discípulo fué el escribiente de la magnífica obra del maestro.

VI

Entremos ahora en la segunda parte de la vida de Sahagún, la más interesante, porque el maestro de indios se va á convertir en historiador, de sus mismos discípulos ayudado. Sin duda que antes del año de 1540 ya había comenzado sus estudios, y por eso rehusaba todo cargo ó primacía en su orden. Sábese que ya en 1547 tenía redactadas las materias que forman el libro sexto de su Historia.

Y antes de pasar adelante, veamos las noticias ajenas que de tan importante obra han llegado á nuestro conocimiento.

Publicóse en México, con la siguiente portada:

Historia general | de | las cosas de Nueva España | que en doce libros y dos volúmenes | escribió, | el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun, | de la observancia de San Francisco, | y uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio | en aquellas regiones. | Dala á luz con notas y suplementos | Cárlos María de Bustamante, | Diputado por el Estado de Oaxaca | en el Congreso general de la Federa-

cion Mexicana: | y la dedica | á nuestro santísimo padre | Pio VIII.

México: | Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, calle de Santo Domingo | y esquina de Tacuba. | 1829-30 | 3 volúmenes en 4to. menor.

El Sr. Bustamante solamente publicó entonces once libros; y no hay que decir que, como edición suya, no es completamente fidedigna, y está llena de errores y de notas absurdas é impertinentes.

La obra de Sahagún permaneció inédita cerca de tres siglos; y hubo la coincidencia de que al mismo tiempo se publicase en México, y en Londres en la famosa colección de Lord Kingsborough.

Habían dado razón de esta obra varios escritores. Nicolás Antonio (1) habla de la "historia de las cosas antiguas de los indios," aunque no la vió: y dice que está dividida en once libros, sin hacer mérito del duodécimo, que, aunque trata de la conquista, forma parte de la obra. León Pinelo (2) cita también esta obra de Sahagún y otras. Con Torquemada, otros es-

1 Biblioteca Hispana Nova sive Hispanorum Scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruere Notitia. Matriti, Ibarra, 1783-1788, dos tomos folio. La primera edición es de Roma, 1672. 2 tomos folio.

2 Páginas 599, 715, 720 y 739 del Epítome | de la | Biblioteca—Oriental, y Occidental, Náutica y Geográfica, | de Don Antonio de Leon Pinelo, | del Consejo de su Mag. en la casa de la Contratación de Sevilla, | y Coronista Maior de las Indias. | En Madrid: En la Oficina de Francisco Martínez Abad, en la calle del Olivo Blanco. | 1737-1738. | 3 volúmenes folio.

critores dan también noticia de Sahagún, pero no hacen su bibliografía.

Por primera vez se publicó un análisis de la Historia de las cosas de Nueva España, en un periódico mensual que, con el título de Ocios de españoles emigrados, se daba á luz en Londres en el año de 1824, y puede el curioso lector ver tan importante noticia en las páginas 369 á 380 del primer tomo de esa colección.

Quien nos da una bibliografía extensa, aunque incompleta, es D. José Mariano Beristáin y Souza, en su Biblioteca Hispano-Americanas. (1)

Veamos ahora lo que de la historia de tan importante libro hemos podido alcanzar, y procuremos desenredar la maraña de datos confusos que han llegado hasta nosotros.

VII

Hemos visto que en 1547 estaba ya Sahagún dedicado á los estudios históricos. Debió llamar la atención de los superiores de su Orden, pues él mismo nos cuenta (2) que su provincial Fr. Francisco Toral le mandó que escribiese su obra. Como el padre Toral fué provincial en el año

---

1 1816-1821. | 3 volúmenes folio. | Página 93 del tomo III.
2 Historia, etc., pág. XIV.

de 1557, debemos señalar éste como el del principio de su Historia. Para llevar á cabo su empresa, pasó nuestro autor al pueblo de Tepeopulco, de la jurisdicción de Texcoco. (1) Allí, valiéndose del señor principal D. Diego de Mendoza, reunió á diez ó doce de los más entendidos en antigüedades, siendo algunos ancianos contemporáneos del imperio azteca, y cuatro de ellos latinos, discípulos del mismo Sahagún. Entonces siguió un sistema curioso y peculiar, que ningún otro historiador puso en práctica. Comprendiendo que la escritura jeroglífica era la fuente más genuina de nuestras antigüedades, como esta fuente había sido destruída, empezó por reconstruirla. Al efecto, hizo en castellano "una minuta ó memoria" de las cosas que quería tratar, y los indios le escribieron esas materias "por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban." A su vez, los gramáticos "las declararon en su lengua, escribiendo la declaracion al pie de la pintura."

Este fué, pues, el primer ensayo de su obra, y puede datarse poco más ó menos en 1559. Sahagún lo conservaba, según nos cuenta: veremos después su paradero. Esta primera obra, más que de Sahagún, fuélo de los indios: ellos hicieron las

1 Ibid. Prólogo, página III y siguientes.

pinturas y la paráfrasis mexicana, para contestar á las dudas y preguntas del maestro.

Al siguiente año de 1560, terminó el padre Toral su oficio, y nombrado provincial Fr. Francisco Bustamante, volvió nuestro Fr. Bernardino á Tlatelolco. Siguió allí sus trabajos bajo el mismo método empleado en Tepeopulco, pues por intermediación del gobernador y de los alcaldes de la parcialidad, reunió como unos diez indios instruídos y tres ó cuatro colegiales trilingües, ayudándose principalmente de Martín Jacobita, Antonio Valeriano, Alonso Vexarano y Pedro de San Buenaventura, todos expertos en tres lenguas, latina, española é indiana. "Por espacio de un año y algo mas encerrados en el colegio, se enmendó de claro, y añadió todo lo que de Tepeopulco trajo escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruin letra, porque se escribió con mucha prisa." (1)

Tenemos ya un tercer trabajo, considerando como primero la memoria del autor, al cual se puede fijar la fecha de 1561. Todavía no es propiamente la obra de Sahagún, sino un estudio hecho en compañía de los colegiales é indios instruídos; pero ya en él aparece la personalidad del

---

1 Loc. cit.

autor de una manera más importante que en el manuscrito de Tepeopulco.

Ya acopiados así los materiales para la obra, retiróse Sahagún á la tranquilidad del claustro del Convento grande de San Francisco de México; y él nos dice: "con todas mis escrituras, donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas, y las torné á enmendar, y divididas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos." (1) En la introducción al primer libro, (2) explica la división de las materias.

Ya ésta es la obra de Sahagún: aun cuando es el cuarto manuscrito sobre la materia, podemos llamarlo el primero de la Historia, advirtiendo que en México también consultó gramáticos colegiales.

El manuscrito estaba en mexicano, y se concluyó el año de 1566. Así aparece con toda claridad en la página 347 del tomo primero de la edición de Bustamante, en donde, hablando del calendario, dice el autor: "de manera que este año de 1566, anda en quince años la gavilla que corre."

Al siguiente año de 1567, siendo provincial Fr. Miguel Navarro, y general Fr. Diego de Mendoza, "con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros,..... y los "mexicanos"

---

1 Loc. cit.
2 Historia, tomo I, página XIV.

añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco." (1) Fueron los copiantes, Diego de Grado, vecino del barrio de San Martín, y Mateo Severino, vecino de Xochimilco.

Este es el quinto manuscrito, segundo de la obra.

Escribióse esta copia en 1569, lo que se deduce de que el autor dice en el prólogo, que una vez concluída, se pasó á revisión al P. Rivera, comisario nombrado en ese año de 1569. Y no pudo ser después, porque el P. Navarro hizo viaje á España el siguiente de 1570, y ya llevó el sumario de la Historia, de que nos ocuparemos más adelante.

VIII

Hasta aquí el historiador había sido protegido, como se protegía entonces á todos los que á estos estudios se dedicaban; pero va á empezar para él la época de prueba, y al acompañarlo en ella, investiguemos las causas de tal cambio.

En efecto, á petición de Sahagún, había nombrado el comisario Fr. Francisco de Rivera tres religiosos para que diesen

1 Prólogo citado.

su opinión sobre la Historia, y reunido el capítulo provincial de 1570, fueron de parecer "que las escrituras eran buenas y debían ser terminadas;" pero algunos definidores opinaron que tales gastos eran contrarios á la pobreza que profesaba la Orden, y así mandaron al autor que despidiese á los escribanos, y que él solo escribiese de su mano lo que quisiese en ellas" (las escrituras).

Yo no me puedo explicar este acto verdaderamente deshonroso, sino por las rivalidades que habían surgido entre los franciscos, y que motivaron el viaje á España de Fr. Miguel Navarro y de Fr. Gerónimo de Mendieta. Protegido había sido del primero nuestro Sahagún; y al triunfar en el capítulo el nuevo provincial Fr. Alonso de Escalona, satisfacía su orgullo, iba á decir su venganza, de triunfador, retirando la pequeña protección que al historiador se compartía, y obligando á un anciano de 70 años á escribir de su temblorosa mano sus páginas inmortales.

No debió callarse Sahagún; debió reclamar, aun cuando con la dulce humildad de su carácter. Hizo más: para conquistarse el favor de la Metrópoli, formó un sumario de todos los libros con sus prólogos, y lo entregó á su antiguo protector para que á España lo llevase.

El sumario es el sexto manuscrito sobre la materia, y debió escribirse en cas-

tellano, pues gustó mucho á Don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, que sin duda no era conocedor del mexicano.

Este hecho, que el orgullo frailesco debía considerar como un acto punible de rebelión, hizo que el provincial quitase á Sahagún todos sus libros y los repartiese por los conventos de la provincia. Suspendióse, pues, todo trabajo, hasta que, habiendo vuelto Fr. Miguel Navarro en 1573, nombrado comisario general, mandó recoger, poniendo censuras, los libros esparcidos, que en el año siguiente de 1574 fueron entregados al autor, quien cuenta que "en este tiempo ninguna cosa se hizo en ellos, ni hubo quien favoreciese para acabarse de traducir en romance."

El manuscrito, pues, interrumpido por el padre Escalona, era el séptimo, traducción de la obra mexicana al castellano.

Pero por fortuna, el sumario había dado el resultado apetecido; había llamado en España la atención del Consejo de Indias, y Fr. Rodrigo de Sequera, nombrado nuevo comisario general, trajo en 1576 orden de enviar los doce libros, para lo cual "mandó al dicho autor que los tradujese en romance, y proveyó de todo lo necesario para que se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna, y el romance en la otra."

Concluyóse en el mismo año de 1576 el

traslado de los cinco primeros libros, en 1577 la traducción del libro sexto, y en 1578 los seis restantes, encuadernándose los doce en cuatro volúmenes. (1) Este fué el octavo manuscrito, y sin duda el que sirvió al cronista Herrera, aunque no lo cita, para escribir sus Décadas.

Parece que en 1582, dando cumplimiento á una sobrecarta del Consejo, se enviaron otros originales, entre ellos el manuscrito de Tlatelolco. (2)

IX

Vale la pena de que nos ocupemos separadamente del libro doce, que trata de la conquista.

Ya dijimos que D. Carlos M. Bustamante publicó trunca la obra de Sahagún, pues su edición solamente contiene los once primeros libros. Por separado dió á luz el duodécimo con el siguiente título:

—Historia de la Conquista de México por el P. Sahagún.—México, 1829.—4to. menor, 78 páginas.

No se tenía entonces noticia de otra obra sobre la conquista, de que el mismo autor nos da cuenta. "Cuando escribí en este pueblo de Tlatilulco, dice en el prólogo de su nueva relación, los doce libros

---

1 Apuntes del Sr. D. José Fernando Ramírez.
2 Ibid.

de la historia de esta Nueva España, (por los cuales envió nuestro señor el rey D. Felipe, que los tiene allá), el nono libro (1) fué de la conquista de esta tierra. Cuando esta escriptura se escribió, (que ha ya mas de treinta años) toda se escribió en lengua mexicana, y despues se romanció toda. Los que me ayudaron en esta escriptura fueron viejos principales, y muy entendidos en todas las cosas, así de la idolatria como de la república, y oficios della, y tambien que "se hallaron presentes en la guerra cuando se conquistó esta ciudad."

"En el libro nono, donde se trata de la conquista, se hicieron varios defectos, y fué "que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista que fueron mal puestas," y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas. La primera es el lenguaje indiano, ansí como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera ansí en vocablos como en sentencias. La tercera está en romance, sacado segun las enmiendas de la segunda. Los que tienen este tractado en la lengua me-

1 **En la introducción del libro I dice que era el duodécimo, como es verdad. Esta debe ser errata de impresión ó del copista.**

xicana tan solamente, sepan que estan enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana."

Este fué el noveno manuscrito del padre Sahagún sobre nuestra historia. Nadie se ha fijado en que él fué la última prueba de sufrimiento para nuestro autor. En un espacio de cerca de treinta años había conservado sin reforma la relación de la conquista, porque era el relato de los indios contemporáneos, y sabía que era la verdad. Pero convenía al vencedor que se ocultasen en algunas cosas, "que fueron mal puestas;" y como del mismo relato de Sahagún aparece que andaban varias copias, se le hizo cambiar la narración de los sucesos. El, sin embargo, protestó silencioso contra la violencia, dejando en la primera columna su vieja narración, aunque sólo en mexicano.

Herrera y Torquemada tuvieron á la vista la conquista de Sahagún; pero como uno se sirvió de la original y otro de la retocada, se contradicen con apoyo del mismo autor, ambos escritores. Torquemada no tuvo á la vista los otros once libros, sino las notas y apuntes, y algunos fragmentos.

Esta nueva conquista la llevó á España Don Juan Francisco de Montemayor, presidente de la Real Audiencia. Y con

tal motivo dice Torquemada: (1) "y del (manuscrito de la conquista) tengo en mi poder un traslado donde dice, que el Señor Don Martin de Villamanrique le quitó los doce libros y los remitió á su Magestad." Como Don Martín de Villamanrique, séptimo virrey de la Nueva España, gobernó de 17 de octubre de 1585 á febrero de 1590, claro es que éste no fué el manuscrito que se remitió en 1578; sino que nuestro Fr. Bernardino se había dejado un ejemplar, décimo de sus trabajos, y aun de él fué cruelmente despojado. Consolémonos con hacer constar, que no pudieron despojarlo de la inmortalidad que gozará mientras haya quien de nuestra historia antigua se ocupe.

El manuscrito de la conquista reformado fué á parar á la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid: en 1808, durante la invasión francesa, fué extraído; y en 1828 nuestro compatriota Don José Gómez de la Cortina lo compró en España á Don Lorenzo Ruiz de Artieda. Don Carlos María Bustamante tuvo la fortuna de que se lo facilitara el Conde de la Cortina, y lo publicó en 1840, precediéndolo de una disertación inconducente, y agregando al fin de cada capítulo de la obra otro con el nombre de "nota," que bien pudiera haber suprimido.

1 Monarquía indiana.

La portada del manuscrito, dice:

Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. Convertida en lengua española, llana é inteligible, y bien enmendada en este año de 1585.

Bustamante puso la siguiente portada, parto de su ingenio:

La | aparicion de Ntra. Señora de Guadalupe | de Mexico, | Comprobada con la refutacion del argumento negativo que presenta | D. Juan Bautista Muñoz, fundandose en el testimonio del P. Fr. Ber- | nardino Sahagun; | ó sea: | Historia original | de este escritor. | que altera la publicada en 1829 | en el equivocado concepto | de ser la única y original de dicho autor. | Publícala, | Precediendo una disertacion sobre la | Aparicion Guadalupana, y con notas sobre la conquista de México, | Carlos María de Bustamante, | individuo del supremo poder conservador. | México. Impreso por Ignacio Cumplido. 1840. | Calle de los Rebeldes núm. 2.—Un volumen en cuarto español, con una litografía de la Virgen de Guadalupe. | Páginas I-XXII—una foja sin paginación—y 1-247—dos fojas de índice.

X

Después del anterior relato, veamos qué noticias hay del paradero de esos manuscritos. Hemos dicho que son diez.

1°. La memoria que hizo Sahagún para interrogar á los indios de Tepeopulco. Como solamente fué un trabajo preparatorio, es de suponer que no la conservó el autor, ó que la dejó entre los borradores que tuvo Torquemada, y que se han perdido.

2°. El manuscrito de Tepeopulco, que se reducía á jeroglíficos con su traducción en mexicano. También se ha perdido, y su hallazgo sería precioso.

3°. El manuscrito de Tlatelolco que, aunque se forma también de los jeroglíficos, ya su explicación más extensa constituye una verdadera historia. Sahagún nos dice que fué enviado á España; y en efecto, este códice mexicano existe en fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid.

4°. El manuscrito en mexicano, ya dividido en doce libros, y que quedó como borrador. Ignórase su paradero.

5°. La copia en limpio, con adiciones, que se concluyó en 1569. Hay también fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Academia.

6º. El sumario que llevó Fr. Rodrigo Navarro. Sábese que fué á parar al Consejo de Indias, y debe encontrarse en su archivo.

7º. La Historia con su traducción al castellano, cuya continuación se interrumpió por el P. Escalona. Fueron sin duda los fragmentos que tuvo Torquemada, y que se han perdido.

8º. El manuscrito en mexicano y castellano, en cuatro volúmenes, que se mandó al rey, y que es propiamente la Historia. Se sabe que después de haber estado en poder de Don Juan de Ovando, Presidente del Consejo de Indias, pasó á los franciscos de Tolosa. Cuando á éstos se mandó de orden real que entregaran la Historia al cronista D. Juan Bautista Muñoz, le dieron solamente una copia, en dos volúmenes, de la parte española. Quién sabe qué habrá sucedido con el original en las viscisitudes políticas de España. La copia de Muñoz se conserva en la Academia, y debe estar trunca, según aparece comparándola con los fragmentos mexicanos.

De esta copia se sacó la que sirvió para la obra de Lord Kingsborough.

En tiempo de Muñoz, y con su permiso, sacó también copia el coronel D. Diego García Panes, y la trajo á México. D. José Miguel Ballido la compró en cien pesos, y por la misma cantidad la cedió

al Sr. Bustamante que la publicó. Ignoro dónde paran los once primeros libros; el último está en mi poder.

No siendo completo el ejemplar de Muñoz, puede decirse que la obra de Sahagún no ha sido debidamente publicada, ni en Londres ni en México.

9°. El manuscrito de la conquista. Hemos visto su historia hasta su publicación el año de 1840. Ignoro quién lo posee actualmente.

10°. El manuscrito que quitó á Sahagún el virrey Villamanrique, y cuyo paradero se ignora. (1)

En vida de Sahagún deben haberse sacado copias de su obra: á lo menos sabemos que se sacaron del libro de la conquista; pero se han perdido.

Debo agregar que, desde 1762, Llaguno Amirola encontró parte de la obra de Sahagún; que conozco una noticia bibliográfica de los doce libros por el Sr. Gayangos, dos descripciones del Sr. Goycochea, bibliotecario de la Academia de la Historia, una del códice castellano del Sr. Buckingham Smith y los apuntes del Sr. Ramírez: todo inédito.

Algún día, con todos estos datos y ma-

---

1 He seguido en esta clasificación, principalmente los apuntes del Sr. D. José F. Ramírez. Después el Sr. García Icazbalceta, en su magnífica Bibliografía mexicana del siglo XVI, dió cabida á algunas ideas contrarias, aunque no suyas, como cuida de hacerlo constar.

yores investigaciones, podrá hacerse una edición de la Historia de Sahagún, digna de su ilustre memoria. (1)

XI

Hemos perdido de vista la vida de Fr. Bernardino: dijimos que en sus estudios históricos, de Tepeopulco pasó á Tlatelolco, y de allí al Convento grande donde se ocupaba en que se pusiera "en blanco" su Historia, hasta que en 1569 sufrió las iras del P. Escalona. Sabemos que en 1574 volvió su amigo Fr. Miguel Navarro. Había vivido esos cinco años despreciado y en el olvido de su celda. No tenemos noticias de obras suyas de esa época. El corazón lacerado no está dispuesto á consentir los goces de la inteligencia. Pero la vuelta del P. Navarro lo restituyó á su antigua vida, y en 10 de junio de 1574, lo encontramos tomando, en compañía del P. Molina, la cuenta de Tomé López, mayordomo de Santiago, y viviendo otra vez en Tlatelolco. (2) En efecto, Sahagún era entonces rector del Colegio de Santa Cruz, y Fr. Alonso Molina guardián del Convento.

En el códice de Santiago encontramos

---

1 Por orden del Gobierno de México, la está haciendo en Florencia el Sr. Troncoso, Director del Museo Nacional.

2 Código de Santiago, foja 50.

algunas constancias de esa fecha, muy curiosas. En la cuenta del 13 de junio, hay al fin la siguiente nota: "En este estado qdaron en dho. Dia las dhas. Ctas. y firmaron los dhos. Juez y el padre fray bern°. de sahagun—p°. de Requena (una rúbrica)—fray bnardo. de Sahagun -|- (una rúbrica.)" (1) Se vuelve á encontrar tres veces (2) las firmas de Molina y Sahagún, la segunda vez en el inventario de objetos y libros, hecho el 13 de diciembre de 1574. Después hay varios recibos de Sahagún, (3), todos de 1574, que dan curiosa luz sobre los gastos del Colegio.

Un recibo de 20 pesos de oro para gastos, el viernes 23 de Julio de 1574; y de él se ve que no había mucha holgura, porque nuestro padre, por no haber para el gasto, manda pedir los "veynte pesos en que se vendio el macho." En la foja 84 dice otro recibo: "Rescibio el colegio Vn tocino que costo dos pesos y medio. Oy Miercoles á Veinte y ocho dias del mes de Julio de 1574 años." Sigue una orden que nos da la medida de lo que entonces se pagaba á los maestros, pues á Alonso Vexarano, lector (catedrático), se le manda dar "peso y medio" por las cuatro lecciones de la semana. Este Alonso Vexa-

1 Foja 58.
2 Fojas 68 v., 74 v. y 76.
3 Fojas 81 á 95.

rano fué uno de los que ayudaron á Sahagún en su Historia.

El códice de Santiago me hace creer que la letra de la Doctrina, de que después me ocuparé, es de Alonso Vexarano, y también me ha hecho conocer que la letra del Vocabulario trilingüe es de Martín Jacobita, otro de los auxiliares de Sahagún, cuya firma allí se encuentra; (1) viniéndose á saber además que después de Fr. Bernardino, fué rector del Colegio en 1577.

A fojas 87 hay un documento por el cual sabemos que era procurador del Colegio "Bernabé Velazqz." El siguiente nos da el precio que entonces tenía el maíz, pues las "hanegas" fueron pagadas á peso en Xuchimilco.

A la foja 92 se lee la siguiente razón: "Esta es para Rogar á V. m. d. q ay van "los dos maestros de los" niños de la Escuela. Mande dar a cada vno "quatro pesos y dos tomjnes" por su trabajo que ha hecho "quatro meses."

Me he detenido en estos documentos por dos razones: la primera, porque nos presentan á Fr. Bernardino bajo su más hermoso aspecto, cuidando de la instrucción y sustento de los niños indios, y ejerciendo su ministerio en el santo templo de la escuela; la segunda, porque nos dan

1 Foja 30 y passim.

datos de la pobreza á que había llegado el Colegio, y algunos precios curiosos. No creo, sin embargo, que el Colegio haya dejado de existir en 1578, como generalmente se ha dicho, (1) pues hemos visto que todavía en 1577 era rector Martín Jacobita.

Sin duda que las tareas del rectorado ocuparon la vida de Sahagún hasta 1576; pero las abandonó, por haber venido orden de copiar su Historia, lo que se hizo desde ese año hasta el de 1578. Animóse sin duda, y lo vamos á ver en un nuevo período de trabajo activo, y dando por primera vez á la estampa algunos de sus libros.

XII

En 1579 encontramos ya á nuestro autor preparando para la prensa su Postilla. Fué mío el manuscrito, del cual ha dado el Sr. Icazbalceta (2) la siguiente noticia:

---

1 Memoria—para el—Plano de la Ciudad de México—formada—de órden del Ministerio de Fomento—por el Ingeniero Topógrafo—Manuel Orozco y Berra.—México.—Imprenta de Santiago White—Callejón de Santa Clara Núm. 9.—1867.—Página 105.

2 Apuntes—para un—Catálogo de escritores—en—lenguas indígenas de América —Por—Joaquín García Icazbalceta.—Un escudo con el siguiente lema: Otium sine litteris mors est.—México—Se han impreso 60 ejemplares — en la imprenta particular del autor.—1866.—Páginas 133 y 134.

"SAHAGUN.—Doctrina cristiana en mexicano.

MS. original en f°. Empieza así:

Nican vnpeoa nemachtiliz tlatolli..... oquichihuh fray Bernardino de Sahagun.

Tiene 27 fojas, y falta el fin.

Siguense veynte y seis addiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, despues de muchos años que la auia hecho, "ante que se imprimiese." Es lo mismo que está al principio debaxo de titulo de declaracion breue de las tres virtudes theologales.

A la vuelta un prólogo en castellano. Encarece la utilidad de la obra, y concluye así:

—Este mismo año de 1579 se puso por apendiz de esta Postilla, en lo vltimo vn tratado que contiene siete Collationes en lengua mexicana: en las quales se contienen muchos secretos, de las costumbres destos naturales: y tambien muchos secretos y primores desta lengua mexicana: y pues que este volumen no a de andar sino entre los sacerdotes, y predicadores, no ay porque tener recelo de las antiguallas, que en el se contienen, antes daran mucha lumbre y contento á los predicadores del sancto Euangelio.

No se halla este tratado en el MS., sino solamente 24 adiciones en 16 fojas, mal encuadernadas, porque las 7 últimas están antes de las 9 primeras."

Este precioso volumen, que fué de mi propiedad, es un fragmento. Fáltale la parte que hubiera sido más importante conservar: las adiciones sobre las antiguallas y costumbres de los naturales. El mismo cuidado religioso que hizo decir á Sahagún que no debían causar recelo porque sólo andarían en manos de los sacerdotes, hizo sin duda que, exagerado más tarde, se arrancase del manuscrito la parte más importante de la obra. Me parece que en esto anduvo la mano del padre Figureoa, quien á pesar de su ilustración, sabía, como revisor por el Santo Oficio, destruir obras importantes, de lo que alguna prueba tengo.

Tal vez por este mismo celo, y por andar sólo en manos de sacerdotes, se perdió la impresión, porque no hay duda de que se dió á la estampa, pues lo dice la portada de 1579. Es una de las más preciosas ediciones del siglo XVI que se han perdido, y la primera de una obra de Sahagún.

El manuscrito es de letra de Vexarano, y á la foja 16 se halla firmado por el autor.

No sería remoto que en esta Doctrina ó Postilla, nombre que parece se dió á diversas obras de Fr. Bernardino, se contuvieran varios opúsculos que sabemos escribió.

Estos son:

—Declaración Parafrástica, y el Símbolo de Quincumque vult.

—Declaración del mismo Símbolo, por manera de Diálogo.

—Plática para después del Bautismo de los Niños.

—La vida y canonización de San Bernardino.

—Lumbre espiritual.

—Leche espiritual.

—Bordón espiritual.

—Espejo espiritual.

—Espiritual, y manjar sólido.

—Escalera espiritual.

—Regla de los casados.

—Fruta espiritual.

—Impedimento del matrimonio.

—Los mandamientos de los casados.

—Doctrina para los médicos.

Como he dicho, si no todos, algunos de estos opúsculos se contenían en la Postilla. Sí sabemos, que de ella formaba parte el Tratado de siete Colaciones, muy Doctrinales y Morales.

Estos opúsculos se perdieron, como se perdió el Arte mexicana de Sahagún.

XIII

Apenas concluída la impresión de la Doctrina, dedicóse nuestro autor á dar á luz una segunda obra, de la que única-

mente se ha encontrado un ejemplar trunco, que también fué mío. El Sr. Ramírez escribió de él la siguiente noticia, que le sirve de prólogo:

"Psalmodia Christiana | Y | Sermonario | de los santos del año, compuesto por el | P. Fr. Bernardino de Sahagun | de la Orden de San Francisco: ordenada | en cantares ó psalmos para que canten los | yndios en los areitos que hazen en las iglesias. | En Mexico, en casa de Pedro Ocharte. | Año de 1583. (1)

"Este volumen, aunque mui incompleto, es probablemente una de las producciones mas raras de la antigua tipografia mexicana; quizá es único, segun puede colegirse de las noticias que dejó el infatigable Fr. Francisco de la Rosa Figueroa en el catálogo que formó de la Biblioteca de su Convento con el siguiente título: "Diccionario bibliografico alphabetico e Yndice silabo repertorial de quantos libros sencillos existen en esta libreria de este convento de N. S. P. S. Francisco de Mexico, etc., etc.;" un volumen en folio de más de mil páginas, escrito enteramente de su mano y con pormenores que revelan una inmensa lectura y laboriosidad. ¡Y no es más que uno de sus muchos escritos!"

"El P. Figueroa, Bibliotecario de su

1 **Esta portada está manuscrita.**

convento, era tambien por desgracia de nuestros bibliófilos, "Notario y Revisor de libros por el Santo Oficio," encargo que desempeñó con un celo verdaderamente abrasador. El mismo nos va á dar la prueba en los siguientes párrafos que copio á la letra de las páginas 972 á 974, en las cuales hallaremos tambien la noticia del libro que nos ocupa."

Decía así:—"Denuncié (á la Inquisicion) y presenté un libro manuscrito en idioma mexicano en que estaban traducidas todas las epistolas y evangelios del Misal, contra la regla 5 del Expurgatorio que expresamente prohibe las traducciones de la Sagrada Biblia en lengua vulgar, especialmente las epistolas y evangelios. Y por esta razon "quantos he encontrado tantos he consumido en carbon" (con expresa licencia del Sr. Inquisidor). Y esta prohibición está repetida en varios edictos en conformidad de dicha regla."

"Item, por la misma razon denuncié y presenté doce libros impresos en idioma mexicano intitulados: — "Psalmodia Xptiana y Sermonario de los Santos del año, compuesta por el P. Fr. Bernardino de Sahagun, de la Orden de San Francisco, ordenada en Cantares ó Psalmos para que canten los indios en los Areitos que hazen en las Iglesias. Impreso en Mexico en casa de Pedro Ocharte. Año de 1583."—La denuncia y presentacion de

estos libros fue debajo de las reflexiones siguientes &c."—Sigue un mui largo párrafo en que el buen religioso procura justificar su conducta con raciocinios que solo son eficaces para conocer hasta que punto puede extraviarse el entendimiento humano preocupado por una idea fija. Las tareas literarias, infinitamente penosas, que los primeros misioneros acometieron, como necesarias para propagar la civilizacion cristiana, sus sucesores en la propia empresa, sus hermanos mismos, las condenaban al fuego como adversas á su intento!.... Así podemos comprender la desaparicion de numerosas obras del mas infatigable de los antiguos catequistas y escritores, del P. Sahagun, pues la mayor parte de ellas eran del género de la denunciada á la Inquisicion."

"El título de la que menciona en segundo lugar el P. Figueroa, cuadra singularmente con el asunto del volumen que nos ocupa, que del principio al fin es una salmodia en lengua mexicana, compuesta en su mayor parte sobre pasajes del Nuevo Testamento. Por esta congruencia he juzgado ser la obra del P. Sahagun á que se refiere el P. Figueroa.—Vienen en apoyo de esta conjetura otras indicaciones tomadas de la impresion.—Esprésase ser produccion de las prensas de Pedro Ocharte, bastante notables en su época por la calidad de sus tipos. Encuentro,

pues, que los de este volumen son semejantes en sus formas y tamaños á los que el mismo impresor empleó en la reimpresion que hizo el año de 1585 de los "Estatutos generales de Barcelona," y que la estampa de San Francisco colocada á la vuelta de la portada es idéntica á la que aquí ocupa el dorso de la fª. 184."

"La propia forma, aunque en menor tamaño, presentan los tipos de la "Doctrina christiana en lengua mexicana," de Fr. Alonso de Molina, impresa, tambien por Ocharte, en 1578, advirtiéndose una perfecta identidad en las estampas que representan á San Gerónimo, colocada allí la una á la vuelta de la fª. 80 y aquí á la de la 181; sin otra diferencia que la de parecer esta mas gastada y maltratada, efecto necesario del uso en los años que median entre ambas impresiones.— Una conjetura semejante ministra la comparacion de la V capital y bordada tan repetida en los "Diálogos militares" de D. Diego Garcia del Palacio, tambien impresos por Ocharte en 1583, pues su forma y adornos son idénticos á los que se ven en la Capital de la fª. 172 v., no obstante el tamaño de los tipos del texto ser pequeños."

"Tales son los datos que me inclinan á juzgar que este volumen es la obra del P. Sahagun, que el P. Figueroa persiguió

con tanto zelo que en la Biblioteca de S. Francisco no encontré una hoja siquiera con que llenar alguna de las numerosas lagunas que se lamentan en este libro, hoi sin principio ni fin."

El libro fué mío: comienza con la portada y noticia del señor Ramírez, manuscritas. Principia á la foja 10 de la obra, y hasta la 15 tiene á la cabeza el título "Doctrina christiana;" todo escrito en lengua mexicana. En la foja 10 v. tiene un grabado que representa á los santos Simón y Tadeo apóstoles; en la 13, otro pequeño, el evangelista San Marcos; y en la 14, una mujer arrodillada ante un fraile en un patio ó huerto. Al fin de la página 15, tiene en grandes letras el rubro "Psalmodia en lengva mexicana." Síguese la salmodia por meses, y el nombre del correspondiente ocupa la parte superior de las páginas. En la 16 v., por error de imprenta, se puso "Doctrina" en vez de "Enero."—En los salmos de este mes hay dos grabados: el uno á la foja 15 v. representa un niño con la cruz; el otro á la 19, una Natividad.—Falta la foja 26, en donde sin duda acababa enero y principiaba febrero, pues ya la 27 tiene á la cabeza "Hebrero."—Ocupa este mes hasta el principio de la foja 41, y solamente falta la 31. Tiene, á la 29, un grabado que representa al apóstol Matías.—De la foja 41 á la 58 se extiende marzo, que en la

impresión está escrito del modo siguiente: "Marc'o." Tiene al principio un grabado de Santo Tomás de Aquino, y en la foja 44 el de San Gregorio Papa. Falta la foja 54.—Abril se extiende hasta la foja 78; pero le falta la 59, y tiene errada la numeración de las 67, 69 y 77, que equivocadamente fueron marcadas 57, 59 y 72. No tiene este mes grabados.—Mayo principia á la foja 78 v. con un grabado de Santiago, y acaba en la 101. En la foja 82 v. tiene una pequeña Crucifixión; en la 85 v. una Ascensión muy curiosa en que sólo se ven los pies del Salvador; en la 89 un San Bernardino grande que ocupa toda la página, y manifiesta la predilección del autor por el santo de su nombre; y en la 92 v. la Pentecostés. Sólo falta en este mes la foja 99.—Junio comienza á la foja 101 v. con un grabado de San Bernabé apóstol, y llega hasta la 112. Le faltan las fojas 102 y las finales, pues de la 112 salta á la 122 en julio. Tiene los siguientes grabados: la natividad de San Juan á la foja 107, y un San Pedro á la 110 v.—Falta el principio de Julio que, como se ha visto, empieza en la foja 122, y acaba en la 128. Tiene un grabado de una Santa Familia en la foja 122 v.—Falta la hoja 129, que era el principio de agosto, ó de Avgosto, como reza la impresión. Se extiende hasta la foja 169, faltando en el intermedio únicamente la 151.

Es rico este mes en grabados, pues tiene un San Lorenzo en la foja 140, un San Hipólito arrastrado por los caballos, en la 148, en que se conmemora la toma de México, un San Luis rey en la 155 v., un San Bartolomé que llena la 158 v., y en la 163 v. un San Agustín que es el mismo San Gregorio de la foja 44.—Fáltale á septiembre la primera foja 170, la 175 y la 179. Sólo tiene un grabado, á la foja 181 y que representa á San Jerónimo en el desierto.—Octubre tiene al principio, foja 184 v., un San Francisco. Se extiende hasta la 200, y sólo le falta la 194. Tiene además, los apóstoles San Simón y San Tadeo en la foja 197, grabado igual al de la foja 10 v.—Noviembre se extiende de la foja 200 v. á la 218. Le faltan las fojas 210, 215 y 218. La 203 dice equivocadamente "103," y la 212 dice 217. Tiene los siguientes grabados: "todos los santos" al principio, San Martín en la foja 204 y San Andrés en la 213 v.—Falta la 218, como se ha visto, principio de diciembre, del que sólo existen las fojas 219, 222, 224 y 225; la primera con el grabado de San Ambrosio.—Todo este libro está en mexicano, menos los rubros que están en castellano, y las apostillas marginales que son latinas.—Su estado de conservación es detestable; muchas hojas están rotas y muchas picadas por la polilla. Algunos de los grabados no son malos; pero la

mayor parte son de una imperfección que podemos llamar candorosa. Es, sin embargo, el único ejemplar que existe del único libro de Sahagún impreso en su vida. (1) Así á lo menos se dice, y tal es también la respetable opinión de los señores Ramírez y Orozco. Veamos si es cierto.

En primer lugar, no se debe echar en olvido que en la "Doctrina Christiana" hay un apéndice, cuyo título dice: "Siguense veynte y seis addiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, despues de muchos años que la auja hecho, "ante que se imprimiese." Luego tenemos entonces que también la Postilla se imprimió, siendo ésta una de las muchas ediciones del siglo XVI que se han perdido.

Pero hay más: entre los fragmentos de MSS. en mexicano, que más por mera curiosidad que por otra causa conservo, existen cuatro fojas, en 8vo., de letra de Sahagún, ó por lo menos igual á la de los "Evangelios, Doctrina, apostillas del Sermonario y primera foja del Trilingiie." Tienen por encabezamiento el título siguiente: "Izcalquj ynjunempliz yntenjutica omonamjtique."—Injece Cap°. vncan mjtoa etc."—Síguense el capítulo por dos

1 El Sr. García Icazbalceta me ha comunicado últimamente, que ha adquirido noticia de un ejemplar bueno y completo de la Psalmodia.

fojas, y al fin de la segunda comienza otro con este rubro: "Inje 6 Capº. etc." A la foja inmediata, al fin, dice: "Inje 7 Capº. etc." Finalmente, la última foja tiene el siguiente párrafo sin principio, que es el importante para nuestra cuestión: "para que libremente pueda hazer ymprimir el dho. MANUAL DEL CHRISTIANO, aqualqujera ympresor aqujen enseñalara y fuere su voluntad lo haga por tpo. de diez años primeros sigujentes ymprmjendolo todo en vn cuerpo, conforme al original QUEARECIBIDO, o por partes y tratados como el dho. autor qujsiere y dentro de dho. tpo. otro njnguno ympresor nj persona particular lo ymprima, nj haga ymprimir, sin permjssion DE DHO. FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN, sopena de qujnientos pesos de oro, para la camara y fisco de su majestad y de perder los moldes yaparejos dela enprenta y perdidos los libros que se hallaren auer ymprimido sin la dicha licencia y cumpliendo esto mando que en ello por njngunas Justicias y otras personas nole ponga Embargo nj ympedimento alguno: fecho en Mexº. a diezisejs de Hebrero de mjll qujnjentos y setenta y ocho años.—Don Martin Enriquez."

No hay duda ninguna de que éste fué un borrador destinado á la imprenta: y tenemos entonces, no solamente una tercera obra de Sahagún impresa, sino una

totalmente desconocida, y hasta hoy no citada, el "Manual del christiano." No puede este Manual ser la Psalmodia, tanto porque de su comparación he visto que son diferentes, cuanto porque la segunda se imprimió en 1583, y el primero debe haberlo sido en 1578. No es tampoco este Manual de la Doctrina christiana antes citada, pues comparando los capítulos de aquél con los que tienen la misma numeración en ésta, se ve que no solamente tienen diferentes los rubros, sino el texto.

Resulta, pues, de esta disquisición, que tres son las obras de Sahagún que sepamos fueron dadas á la estampa en su vida: 1ª., la Postilla, que debió imprimirse antes del año 1579; 2ª., el Manual del christiano en 1578; y 3ª. la Psalmodia christiana en 1583, única obra de que existe un ejemplar trunco.

XIV

En 1585 concluyeron los días felices de Sahagún. Después de tantas contrariedades, habíase visto al fin protegido: su grande obra estaba terminada, y tenía la satisfacción de haber dado á la estampa tres de sus trabajos. Pero las iras de los poderosos debían volver á cebarse sobre un octogenario, que no tenía más delito que ser muy humilde y muy sabio. Obli-

gósele á mudar la relación verídica de la conquista; despojósele de su Historia; las prensas primeras que á América habían venido, inútiles quedaron para sus escritos; y el historiador permaneció olvidado en Tlatilolco, como un cañón roto abandonado en el desierto campo de batalla. El mismo Colegio de Santa Cruz llegaba á su decadencia.

El Sr. Orozco, siguiendo las noticias que sobre el Colegio se tenían, (1) señala el año de 1578 como el de su conclusión; pero hemos visto que en 1577 era rector Martín Jacobita, lo que hace suponer fundadamente que no es cierta la noticia aceptada por el Sr. Orozco. Parece, sin embargo, que algo sufrió el edificio hacia aquella época, pues en los "Anales de Tlatelolco," marcados Quad°. 12 fs. 4., encuentro la siguiente razón: "1561.—Se lebantó el colegio de Tlatelolco."

Debióse sin duda á Sahagún este nuevo beneficio para el Colegio, según lo acreditan las siguientes palabras de Torquemada, (2) que á su vez prueban que en vida de Fr. Bernardino no concluyó tan noble institución.

"....ha cesado el enseñar Latin á los Indios, por estar los tiempos de aora, por vna parte mui sobre si, y por otra tan

1 Memoria citada.
2 Monarquía Indiana.

cargados de trabajos, y ocupaciones temporales, que no les queda tiempo, para pensar, en aprovechamiento de Ciencias, ni de cosas del Espiritu. Y tambien los Ministros de la Iglesia desmaiados, y el favor, y calor muerto: y asi se ha ido todo caiendo: no digo las Paredes del Colegio (que buenas, y recias estan, y mui buenas Aulas, y Piecas, aumentadas por el P. Fr. Bernardino de Sahagun, que hasta la muerte lo fue sustentando, y ampliando, quanto pudo, y Yo seis años, que lo he tenido á cargo) sino el cuidado, y calor, y favor, que arriba dige averle hecho los Governadores pasados. Enseñoseles á los Indios, tambien la Medicina, que ellos vsan, en conocimiento de Yervas, y Raices, y otras cosas, que aplican en sus enfermedades: mas esto todo se acabo, y aora solo sirve el Colegio de enseñar á los Indios Niños que aqui se juntan (que son deste mismo Pueblo de Tlatelulco, con algunos otros de otros Barrios) á Leer y Escribir, y buenas Costumbres."

¡Cuánto cambio después de la muerte de Sahagún! "No su descanso, mas el de su proximo procurando," segun la instrucción del general de los franciscos, Fr. Francisco de los Angeles, (1) todavía dedicó los últimos cinco años de su vida á

1 **Patente original con que vinieron los doce primeros religiosos.**

sus amados indios; y consolóse con la caridad que hacía, de las ofensas con que amargaron sus postrimeros días.

Por fin, el año de 1590, corrió en México la enfermedad del catarro, y murió de ella el insigne Fr. Bernardino de Sahagún. Tuvo lugar su muerte, según Torquemada y Vetancurt, en la enfermería del Convento de San Francisco de México; pero esto no es cierto: Sahagún ni en sus últimos instantes podía abandonar á sus queridos indios. Del mismo relato de Torquemada se ve que, llevado á la enfermería, se hizo trasladar otra vez á Santiago, en donde espiró, como consta en unos Anales de México, letra de la época, marcados en el Museo de Boturini: —Q°. 10 n°. 7. N°. 13. Invent°. 5., y que, como escritos por un contemporáneo, merecen toda fe, tanto más, cuanto que es el único documento que nos da la fecha exacta de la defunción.

"El día 5 del mes de febrero de 1590, dicen, murió nuestro querido y venerado P. Fr. Bernardino de Sahagun, que se hallaba en Tlatilolco. Fué sepultado tambien dentro de la iglesia de San Francisco, á cuyo acto asistieron todos los principales y señores de Tlatilolco." (1) Torquemada agrega: "a cuio Entierro concurrio mucha Gente, y los Colegiales de

1 **Anales de México y sus contornos.**

su Colegio, con Opas, y Becas, haciendo sentimiento de su Muerte." (1)

Así terminó la existencia de Sahagún. Jamás vida más bella se empleó más noblemente. No fué el fraile fanático que quiso convertir á los indios con la espada y la hoguera. No; fué el padre amoroso de los vencidos; el civilizador de los hijos del Anáhuac. El guardó, como rico tesoro, su lengua y su historia; y sin descuidar el pasado, él, más grande que todo lo que le rodeaba, presentía el porvenir, y ejercía su sacerdocio en la escuela. A su vieja patria apenas pertenecieron cerca de treinta años estériles de su vida. A México, le dedicó sesenta y uno de infatigables trabajos.

Sahagún no tiene un monumento en México.

Nota.—El distinguido bibliógrafo D. Joaquín García Icazbalceta, con su acostumbrada bondad, me ha dirigido la siguiente carta, que publico como complemento del estudio sobre Sahagún.

"Su casa, Octubre 24 de 1877.—Sr. D. A. Chavero.—Muy señor mio y amigo: en la otra hoja encontrará usted copia de la portada de la Psalmodia, tal como me la han dado. Aun no obtengo el libro.

---

1 Monarquía Indiana, tomo 3º, página 488.

"Con ese motivo recuerdo á vd. que nuestro Beristain habla de otra obra impresa de Sahagun:

"Catecismo de la Doctrina Cristiana en Lengua Mexicana. Imp. por Ocharte. 1583. 4°."

"Aunque Beristain no merezca absoluta confianza, creo que en este caso puede ser creido, por las señas que da. Como estropeaba todos los títulos de las obras, no seria imposible que este "Catecismo" fuera el **Manual del Cristiano** de que vd. habla, cuya impresion, acordada desde 1578, se retardara hasta 83: cosa semejante sucedió con otras obras de aquella época. Deseo mucho ver la **"Psalmodia,"** porque tal vez en sus preliminares se encontrará alguna indicación útil.

"Quedo de vd. afectísimo amigo y servidor,"

Joaquín García Icazbalceta.

PORTADA

Psalmodia Christiana y Sermonario de los Sanctos del año, en lengua Mexicana, copuesta por el muy R. P. Fray Bernardino de Sahagun. Ordenada en cantares o Psalmos para que canten los indios en los areytos que hazen en las Yglesias.

En Mexico, con licencia, en casa de Pedro Ocharte. MDLXXXIII.

* * * *

Todavía podemos dar cuenta de dos fragmentos inéditos de Sahagún. Existen en un códice de la Biblioteca Nacional, y de ellos tengo copia sacada ha años. Son unos prólogos omitidos en la publicación de Bustamante, y un calendario, aunque incompleto, curioso y en parte distinto del comprendido en su obra. En su disposición es semejante; pero como el de Olmos, no toma por base el principio del año mexica, sino nuestro primero de enero; y aumenta su interés con los jeroglíficos de los meses ó veintenas, de ellos algunos con colores.



SIGÜENZA Y GÓNGORA

Quien quiera tener noticias de este sabio arqueólogo, puede leerlas en su biografía últimamente publicada en la obra que con el título de HOMBRES ILUSTRES MEXICANOS, estuvo saliendo de las prensas de su editor, mi buen amigo Eduardo Gallo, ó en el bien escrito estudio que el señor Ramón I. Alcaraz, entonces Conservador del Museo Nacional, dió á luz en el "Diccionario de Historia y Geografía."

Nada añadiría de mi caudal, si no tuviera nuevas noticias que dar sobre la biografía de nuestro Sigüenza. Hace tiempo que, en esta materia, se vienen repitiendo los escritores, y ha sido fortuna mía, que me hayan venido á las manos datos suficientes para poder completar lo que en parte estaba ya dicho.

Las obras de Sigüenza, conocidas hasta ahora, son las siguientes:

—"Teatro de Virtudes Políticas que constituyen á un Príncipe: Advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas efigies se hermoseó el Arco Triunfal, que la muy noble, Imperial ciudad de México, erigió para el digno recibimiento en ella, del Exmo. Sr. Virrey conde Paredes, marqués de la Laguna, etc. Ideólo entonces, y ahora lo describe, D. Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático propietario de matemáticas en su real universidad."

Fué impreso este opúsculo en México, 1680, en 4°.; pero pronto desapareció la impresión, y ya en 1790, no se encontró un ejemplar que mandar á España, en cumplimiento de la real orden de 21 de febrero del mismo. De un único ejemplar que existía en la biblioteca del convento de la Merced, se sacó la copia manuscrita que se encuentra en el tomo II de las "Memorias" del Archivo General. El opúsculo se ha reimpreso en los "Documentos" para la Historia de México, 3a. serie.

—"Primavera Indiana," México, 1662, en 4°.—Reimpresa en México, 1668 y 1683, en 4°.

—"Glorias de Querétaro." México, 1668, en 4°.—Este escrito, sumamente raro, co-

mo todo lo de Sigüenza, se amplió y reprodujo á principios de este siglo, en un volumen en 4º., de 235 páginas, 7 fojas libres al principio y 2 al fin: va exornado con un plano de la ciudad de Querétaro, y la planta y fachada del Santuario de Guadalupe de la misma ciudad. Dice su portada: Glorias—de Querétaro,—en la fundación y admirables progresos—de la muy I. y Gen. Congregacion eclesiástica—de Presbíteros seculares—de María Santísima—de Guadalupe—de México,—con que se "ilustra,"—y en el suntuoso templo que dedicó en su obsequio—el Sr. D. Juan Caballero y Ocio,—Presbítero Comisario de Corte del Santo Oficio por la—Suprema y General Inquisicion:—que en otro tiempo escribió—el Sr. D. Carlos de Sigüenza y Góngora,—Presbítero natural de México y catedrático propietario de—Matemáticas en su Real y Pontificia Universidad:—y que ahora escribe de nuevo—el Sr. D. Joseph Zelaa é Hidalgo,—Presbítero secular de este Arzobispado, Socio Benemérito de—la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, Socio—Numerario de la noble clase de las Artes de la Real Sociedad—Económica de la Ciudad y Reyno de Valencia, natural de—la sobredicha Ilustre y Venerable Congregacion, etcétera. — México M.DCCCIII.—Con las licencias necesarias.—En la oficina de D. Mariano Joseph

de Zúñiga y Ontiveros,—Calle del Espíritu Santo.

—"Triunfo Parténico." México, 1683, en 4°.—"Parayso—Occidental,—Plantado—y cultivado—por la liberal benefica mano de los muy Catholicos,—y poderosos Reyes de España, Nuestros Señores—en su magnífico Real Convento de—Jesus María—de México:—De cuya fundacion y progresos,—y de las prodigiosas maravillas, y virtudes, con que exalando—olor suave de perfeccion, florecieron en su clausura—la V. M. Mariana de la Cruz,—y otras ejemplarissimas Religiosas—Da noticia en este volumen—D. Carlos de Siguenza y Gongora—Presbytero Mexicano.—(El pegaso con este lema: "Sic itur ad astra")—Con licencia de los Svperiores—en México: por Juan de Ribera, Impresor, y Mercader de libros.—Año de M.DC.LXX.IIII." —En 4°.—12 fojas libres.—Foliatura, 1-206.—Al fin una foja de erratas.

—"Manifiesto filosófico contra los cometas." México, 1681, en 4°.—"Libra astronómica." México, 1690, en 4°.—"Relacion histórica de los sucesos del Armada de Barlovento, de fines de 1690 á fines de 1691." México, 1691, en 4°.

—"Trofeo—de la Justicia Española—en el castigo—de la alevosía francesa—que al abrigo de la armada—de Barlovento, executaron los Lanzeros de la—isla de

Santo Domingo, en los que de aquella—nacion ocupan sus costas.—Debido todo á Providentes ordenes—del Exmo. Señor Don Gaspar de Sandoval—Cerda Silva y Mendoza,—Conde de Galve, Virrey de la Nueva España.—Escribelo—Don Carlos de Sigüenza y Gongora—Cosmographo, y Cathedratico de Mathema--ticas del Rey N. S. en la Academia Mexicana. —(Un pegaso con este lema: "Sic itur ad astra.")—En México por los Herederos de la viuda de Bernardo Calderon.—Año de M.DC.XCI—En 4°.—4 fojas libres. —Paginacion, 1-100.—(El ejemplar de mi propiedad tiene en la portada la firma del famoso Doctor Eguiara.)

—"Los infortunios de Alonso Ramirez." México, 1690, en 4°.

—"Mercurio volante." (Periódico). México, 1693, en 4°.—Tal es el título y clase de esta obra de Sigüenza que nos da el Sr. Orozco y Berra en su Bibliografía inédita, siguiendo al Dr. D. José Mariano Beristáin de Souza, Biblioteca Hispano-Americana septentrional. Se dice que fué el primer periódico que hubo en América.

De tal obra no existe un solo ejemplar impreso; pero tengo una copia, de cuya autenticidad no es posible dudar, por ser toda de mano de nuestro historiador Veytia. Pues bien, la obra en cuestión no es tal periódico. Acaso lo hizo creer á Be-

ristáin la parte que supo de su título. Este, completo, dice:

"Mercurio—Volante—con la noticia—de la recuperacion de las—Provincias de Nuevo Mexico—conseguida—Por D. Diego de Vargas, Zapata, I. Lusean—Ponze de Leon—Governador y Capitan General de aquel Reyno—Escriviola—Por especial orden de el Exmo. Señor Conde de Galve—Virrey Governador, y Capitan General de la Nueva España etc.—Don Carlos de Siguenza y Gongora, Cosmographo—mayor de su Magestad en estos Reynos, y Cathedratico—Jubilado de Mathematicas en la Academia Mexicana.—Con licencia en México.—En la Imprenta de Antuerpia—de los herederos de la viuda de Bernardo Calderon, año de 1693.".

MS. en 4º. de 22 fojas.

—"El oriental planeta evangélico." México, 1700, en 4º.—Impreso despues de muerto el autor.

—"Piedad heróica de Don Fernando Cortés."

"Don Cayetano Cabrera, dice Beristáin, en su escudo de armas de Mégico, lib. 3, cap. 14. núm. 663, asegura que este opúsculo se imprimió. "El Sr. Orozco dice: "Fué impreso, aunque no se le asigna fecha." El Sr. Icazbalceta, en la bibliografía que acompaña á su magnífica edición de los "Diálogos de Cervantes," dice únicamente: —"Piedad heroica de Don Fer-

nando Cortes, Marques del Valle.—Libro tan raro, que Beristáin sólo lo cita con referencia á Cabrera. (Escudo de Armas, núm. 663.) Yo tampoco lo he hallado nunca. El Sr. Alamán no pudo haber á las manos más que un ejemplar muy incompleto, que perteneció á la librería de la Profesa, del cual se sacó la copia MS. de que me he servido. Trata de la fundación del Hospital de Jesús, su descripción, etc."

Tengo en mi poder la copia sacada por el Sr. D. Lucas Alamán. De ella y de una noticia que la precede, se viene en conocimiento de que su título es: "Piedad heroica de Don Fernando Cortes, Marques del Valle. En el hospital de la inmaculada Concepción de nuestra Sra. del patronato del Marques del Valle, el mas antiguo de Megico." Se deduce de su contesto, que fué impreso en 1663. Sin duda está completamente perdida la impresión pues con este motivo escribió el Sr. Ramírez: "He registrado millares de volúmenes en los conventos extinguidos de México, en pos de un ejemplar impreso, y no he descubierto siquiera rastro suyo."

El MS. tiene 104 páginas, y comprende los capítulos 1, 2, 3, 6, 7, 10 y 11.

—"Descripción del Seno de Santa María de Calve, alias Pazacola, de la Mobila y del Río Misisipi." Pone Beristáin este opúsculo entre los manuscritos de Si-

güenza, y así lo han repetido después sus biógrafos; pero, según expresa Cárdenas en su "Ensayo cronológico para la Historia de la Florida," Introduc. 98, está impreso en folio.

Este escrito, original, existe en 26 fojas folio, en mi colección de MSS.

He puesto aquí la noticia de que se publicó el informe sobre Panzacola, porque, tomándolo del "Ensayo sobre la Florida," así lo dicen el Sr. Alcaraz en su biografía, y el Sr. Ramírez en sus notas marginales al Beristáin. En efecto, Don Gabriel de Cárdenas Z. Cano, en la introducción de su obra, cita entre los autores consultados: "Don Carlos de Sigüenza y Góngora," Cosmógrafo del "Rei Nuestro Señor," Catedrático de Matemáticas, en la Universidad de "México." Descripción de la "Baia de Santa María de Galve," (antes Pancacola) de la "Movila," y "Rio de la Palicada, ó Misisipi," en la "Costa Septentrional del Seno Mexicano," á que fué llevado por el Excmo. Señor Don "Andrés de Pes," Governador, del Real Consejo de Indias, y Secretario del Despacho Universal de la Marina, siendo Almirante de la Armada de Barlovento, MS. que después he visto impreso, en Folio." Este título no está conforme con el de Beristáin, ni con el que da el mismo Sigüenza á su MS. original: lo cual podría servir de presunción para

creer que fué tomado de la impresión, y que por lo mismo ésta existió.

Yo creo lo contrario. Nadie ha visto tal impreso, si se exceptúa Cárdenas, quien de su mismo relato se infiere, se valió de copia MS., que después dice vió impresa. Falsedad ó error, los mismos términos en que se expresa dan poca fe á su dicho.—Tenemos en contrario pruebas para mí terminantes. Acusaba el Maestre de Campo Don Andrés de Arriola á Sigüenza, de que con su informe había despertado la envidia francesa, siendo parte para que una escuadra hubiese venido en busca de la bahía: y defendiéndose nuestro autor contestaba: "Siendo cierto el que Yo no he publicado mi Diario, y descripcion de la Bahía, concédole al Sr. Fiscal el que podria ser (si acaso es) que los que me acompañaron hablasen tanto de la bondad y conveniencias de ella que haya llegado á Francia el eco de sus voces; pero ¿qué culpa tendré Yo de esto, ó quien les impuso precepto de silencio para que callasen? Peleese con ellos por habladores y no conmigo que "estoy sin culpa...."

Antes dice muy terminantemente: "Y quando esto no fuera assí, sino que mi descripcion fuese la única: ¿Qué resultaria de culpa contra mí si acaso saben los Franceses lo que dixe en ella? Porque á quien yo entregué la que hize con el mapa que le correspondia, fué al Excmo. Sr.

Conde de Galve, quien dexando la original en los Autos, donde hoy se halla, remitió Testimonio de ella á S. M. en su Consejo Real de las Indias. "De la que á mí me quedó y tengo entre mis papeles," sé con evidencia y juro in verbo sacerdotis "que no he dado copia alguna á persona viviente...."

Escribía esto "Sigiienza á 9 de Mayo de 1699, y como murió el año siguiente, no puede dudarse que no tuvo lugar tal impresión. Que no la tuvo después, se infiere del hecho de haber sido pedido el informe expresamente en la real orden de 21 de febrero de 1790, que motivó la formación de los volúmenes MSS. que componen la Colección del Archivo General, en cuyo tomo 1º. se incluyó. Debemos, pues, creer, que si en 1790 se tenía como un MS. importante, no podía estar impreso en 1723, en que Cárdenas publicó su obra. El error de éste ha sido repetido, y antes de que pase como una verdad indiscutible, he creído conveniente refutarlo.

* * * *

Pasemos á las obras inéditas del autor. Beristáin cita las siguientes:

—"El Belerofonte Matemático contra la Quimera Astrológica de Don Martín de la Torre." —No sé que exista tal MS.,

que es sin duda una de las obras perdidas de nuestro Sigüenza.

—"Apología del Poema intitulado: Primavera Indiana." —También se ignora su paradero.

—"Tratado sobre los Eclipses del Sol." —MS. desconocido.

—"Ciclografía Mexicana." "Obra de mucho mérito, dice Beristáin, en la cual por el cálculo de los eclipses y Cometas de que hacian memoria los Papeles de los Indios, ajustó Sigüenza exactamente sus Epocas á las de Europa, y expresó el verdadero modo de contar sus siglos, años y meses. La tradujo al Italiano Carreri, la leyó Don Sebastian Guzman, y la citan Pinelo y Don Nicolas Antonio."

Parece que existe parte de tan interesante MS.: así me lo han asegurado, ofreciendo mostrármela, lo que no ha llegado á tener lugar.

—"Historia del Imperio de los Chichimecas." El citado Guzmán aseguraba que estaba presta para la prensa, y la mencionan Vetancurt, Pinelo y Don Nicolás Antonio.

Ignoro si existe tal MS.

— EL FENIX DE OCCIDENTE. Fué esta obra la primera en que se sostuvo la venida del apóstol Santo Tomás, con quien encontró relación el autor en el personaje Quetzalcoatl, Tuvo esta idea gran boga, y conocidos son los diversos

opúsculos que sobre la materia se han escrito. No cupo esta suerte al de Sigüenza, que no solamente permaneció inédito, sino que aun llegó á creerse y afirmarse que se había perdido.

En vida de Sigüenza, había hablado de esta obra en el Prólogo de su "Paraiso Occidental:" y dió también noticia en su Prólogo de la "Libra astronómica y philosophica," el editor Don Sebastián de Guzmán y Córdoba. Allí habla del contenido de la obra, lo que acredita que ya en aquella fecha, primero de enero de 1690, estaba escrita; y nos hace saber su título, que era:

—"Fénix del Occidente San Thomas Apóstol "hallado con el nombre de Quetzalcoatl "entre las cenizas de antiguas tradiciones, papeles, etc." Es seguro que Vetancurt, que escribía por los años de 1698, vió el MS. No es probable que lo haya visto Clavijero, que escribió en Bolonia en 1780, y que habla de la misma obra refiriéndose á los datos que tomó en la Biblioteca de los jesuítas, á que Sigüenza legó sus MSS. Boturini, que con empeño había buscado esta pieza, se lamenta de no haberla podido encontrar. Igual suerte tocó á Don Mariano Veytia, quien escribía: "Yo no he podido hallar otra cosa, que la noticia de que (Sigüenza) escribió esta (obra)." Cítanla Eguiara, Beristáin, y el Sr. Mier y Bustamante,

mas no porque la hubiesen visto, sino por las noticias que de ella había escritas.

Grande era la pérdida é importante debía ser el hallazgo. Hoy el MS. existe en mi poder, en un códice, que por contener varias piezas suyas, por haber sido formado por él, he llamado CODEX SIGUENZA. Compónese el opúsculo de 50 fojas en folio, de letra muy metida, llenas de apostillas marginales en todas direcciones. Al principio dice:—"Pluma Rica: nuevo Fénix de la América: Didimo." Esta primera hoja, que sirve como de portada, contiene una gran cantidad de citas, á manera de epígrafes, y una lista de autores consultados. En el códice ocupa la obra las fojas finales, 262 á 310.

Boturini decía en el n. 6°. del párrafo XXIV de su catálogo (p. 50). "Además tengo unos Apuntes Históricos de la Predicación del Glorioso Apóstol Santo Tomás en la América. Hállanse en 34 fojas de papel de china, que supongo sirvieron á Don Carlos de Sigiienza y Góngora para escribir en el mismo asunto la obra "Fénix de Occidente," etc." Este MS. fué copiado por Veytia, y su copia se halla en un volumen intitulado: "Papeles curiosos de Historia de Indias," recogidos por el mismo Veytia; volumen que perteneció á la rica biblioteca del señor D. José María Andrade, y que con ella fué desgracia-

damente vendido en Europa el año de 1867.

El Sr. Ramírez, en una curiosa y erudita disquisición histórica, que conservo MS., se propuso investigar quién había sido el autor de este opúsculo que, como se ha dicho, perteneció al Museo de Boturini. Me bastará decir que encontró, que en parte era el mismo texto, aunque incompleto, del Fénix de Occidente hallado en el codex Sigüenza, y les fijó á ambos como autor, al Jesuíta Manuel Duarte, que vino á México de Filipinas, y después de residir aquí 14 años, volvió en el de 1680 á Manila. Las razones del Sr. Ramírez, que me parece inútil reproducir, llegaron á hacerme dudar de que el opúsculo del Codex Sigüenza fuese de este autor; pero me contuvo la consideración, de que á ser cierto, no hubiera pasado D. Carlos de un plagiario, que tomaba para sí, y daba por suyos, trabajos ajenos.

Sin embargo, el MS. de Filipinas dice terminantemente: —"Quiero escribir aquí una historia pintada por figuras al modo de los Indios, la cual tuve en México mas de catorce años, sin entenderla del todo, hasta que llegué á leer lo aquí copiado de Herrera, de Cealcoquin, "la cual," año de 1680, cuando me volví á Filipinas, "dexé al Sr. D. Cárlos de Sigüenza y Góngora," catedrático de matemáticas, juntamente "con un cuaderno manuscripto de

mas de cincuenta y dos fojas" de noticias de haber predicado en Nueva España Santo Tomás Apóstol."—Mucho he pensado en estas dificultades, y he llegado á creer que el P. Duarte fué un colaborador de Sigüenza: ayudábale acaso en sus investigaciones, pero como una segunda mano, y aun puedo decir que era como un escribiente suyo. Me confirma en esta idea, que el MS. de las "Anotaciones á Bernal Díaz y Torquemada," que es sin duda una copia en limpio, está escrito de la misma letra de Duarte. Así tendremos, que sin negarle á éste la parte que haya podido tener, la idea y obra del Fénix de Occidente serán siempre de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, y suyo el opúsculo encontrado en su códice.

—GENEALOGIA DE LOS REYES MEXICANOS. Nada dice Beristáin de este trabajo de Sigüenza.

En el tomo 3°. de los MSS. del Archivo general, intitulado:—Varias piezas de orden de su Magestad—existe el "Cómputo Cronológico de los indios Mexicanos. Por D. Manuel de los Santos y Salazar," al cual están agregadas unas tablas, que comienzan el año 1186, y en ellas marcadas por Sigüenza las épocas históricas. Yo tengo copia del MS. de Santos Salazar, y de las Notas Cronológicas de nuestro autor; y como éstas se refieren principalmente á los Reyes Mexicanos, me per-

suado á creer que son la Genealogía citada por Beristáin.

—ANOTACIONES CRITICAS A LAS OBRAS DE BERNAL DIAZ Y P. TORQUEMADA.—Nada dice tampoco Beristáin de esta obra. Creo además que ninguno de nuestros historiadores ha dado noticia de ella. En mi poder existen los únicos fragmentos que se han salvado de la destrucción del tiempo y de nuestro descuido. Son cuatro cuadernos en folio, de letra muy clara, que era sin duda una copia limpia; pero tiene varias correcciones y apostillas de mano de Sigüenza, que acreditan que no había quedado como la última copia. El primer cuaderno es de 6 fojas, y contiene la mayor parte del capítulo 6º. de la obra, al que parece faltarle muy poco del principio; el cap. 7º., cuyo título es: "Prosigue la descripción del lugar de Guadalupe;" y el principio del cap. 8º., intitulado: "De la primera Iglesia de Guadalupe y su restauracion." Van los párrafos numerados en todo el curso de la obra, y este primer fragmento abraza del 23 al 45 inclusive. El segundo fragmento tiene la marca "4º. Quadº." es de 9 fojas; abraza los párrafos 53-70; comienza con el cap. 8º., al cual falta algo del principio; sigue el 9º., intitulado "Singularizasse mas la inquisicion, de quien quito el Idolo y quando;" después el 10, cuyo rubro es "Discurre-

se cerca del Ven. Joan Diaz, clérigo Irregular, en lo tocante á la Teotenantzin;" y concluye con el principio del cap. 11, que tiene por título "Prosigue y concluye lo que toca al Ven. Clérigo y Sacerdote Joan Diaz."—En el tercer fragmento marcado "5. Quad°., vuelve á ocuparse en parte de lo tratado en el anterior. así es que abraza otra vez desde el párrafo 62, pero se extiende hasta el 86. Tiene 10 fojas. Repite la mayor parte del cap. 10. Trae el cap. 11 con el título de "Discurresse afirmativamente, sobre quien quitaria de Tepeyacac el ídolo." Intitula el cap. 12 "Discurresse acerca del Clérigo Joan Diaz, tocante á la remocion del ídolo Teotenantzin." Concluye con el cap. 13. "Prosigue la buena memoria de el Venerable sacerdote Joan Diaz." Como se ve por los títulos citados, este fragmento es una ampliación de las materias tratadas en el anterior. El último es la continuación inmediata. Está marcado "6. Quad°." y se extiende hasta el párrafo 107, en 10 fojas. Sus capítulos son:—14. "Lo que toca á las primeras Misas celebradas en tiempo de las Conquistas. Y si se celebro en Tepeyacac? y quien?—Capítulo 15°. "De la indubitable y constantisima certeza del Portento."—Capítulo 16°. "La Tradicion, que ay de lo sucedido acerca del Portento."—Capítulo 17°. "Las escrituras que se han hallado, historiales de lo mis-

mo que se tenia por Tradicion. Y de los Libros Gentílicos de los Indios."—Este cap. no concluye.

Sin duda que antes del hallazgo de estos fragmentos, conocido sólo su título, se ha de haber supuesto que era una obra puramente histórica; pero no es así. Aunque contiene noticias importantes, se ocupa principalmente en elogiar al clérigo Juan Díaz que vino con Cortés, para demostrar la supremacía del clero secular, y en afirmar la aparición de la Virgen de Guadalupe, siendo esto el principal motivo de anotar á Bernal Díaz y Torquemada.

Concluiré diciendo, que en el párrafo 94 expresa el autor que lo escribía el 14 de Junio de 1699, y supuesto que murió al año siguiente, y la obra, aunque sacada en limpio, había vuelto á quedar en borrador y llena de notas, correcciones y ampliaciones, es casi seguro que Sigüenza no le puso la última mano, y quedó sin acabarse.

—TEATRO DE LA STA. IGLESIA METROPOLITANA DE MEXICO.—No tengo ninguna noticia de este MS.

—HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO.—Nada se sabe de esta obra.

—Tampoco de las siguientes: TRIBUNAL HISTORICO; HISTORIA DE LA PROVINCIA DE TEXAS; VIDA

DEL VENERABLE ARZOBISPO DE MEXICO, D. ALONSO DE CUEVAS DAVALOS; ELOGIO FUNEBRE DE LA CELEBRE POETISA MEXICANA SOR JUANA INES DE LA CRUZ; y TRATADO DE LA ESFERA.

Beristáin dice que hay noticia de estas obras, pero que no las vió.

Existían en la Biblioteca de la Universidad las siguientes, cuyo paradero se ignora: INFORME AL VIREY DE MEXICO SOBRE LA FORTALEZA DE SAN JUAN DE ULUA. 31 de diciembre de 1695.—MS. en folio, del cual tengo copia escrita en 16 fojas, de letra del P. Murfi, en el codex de su nombre; y hay también copias en los tomos primeros de la colección mandada formar por Revillagigedo, los cuales se encuentran en la Real Academia de la Historia de Madrid.—UN FRAGMENTO DE LA HISTORIA ANTIGUA DE LOS INDIOS, CON ESTAMPAS, MS. en folio; KALENDARIO DE LOS MESES Y FIESTAS DE LOS MEXICANOS, MS. en folio; y REDUCCIONES DE ESTANCIAS DE GANADO A CABALLERIAS DE TIERRA, HECHAS SEGUN REGLAS DE ARITMETICA Y GEOMETRIA, MS. en folio.

Colectó además Sigüenza varias piezas en 28 volúmenes, los que en 1750, cuando la expulsión de los jesuítas, pasaron

de la librería de San Pedro y San Pablo á la de la Universidad; y de los cuales ya solamente 8 encontró el señor Eguiara. Hoy, acaso no exista más que el tomo de que he hablado.

* * * *

Tales son las obras de Sigüenza, de las cuales varias son conocidas; de otras solamente queda el nombre, y algunas, como el "Fénix de Occidente," se tenían por perdidas. El codex Sigüenza nos da los medios de completar esta bibliografía con algunos otros escritos tan completamente desconocidos, que ni siquiera de nombre se sabía que existiesen.

Así sucede, en primer lugar, con uno que se halla en el códice, á fojas 36-75, firmado por el autor, é intitulado "Alboroto y motín de los Indios de México." "Copia de Carta de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Cosmographo del Rey en la Nueva España, cathedratico de Mathematicas en la Real Universidad y Capellan Mayor del Hospital Real del Amor de Dios de la ciudad, en que da razon al almirante Don Andres del Pez del Tumulto."—Está fechada: "México y Agosto 30 de 1692, &c."

Todo el mundo sabe en México, que nuestro sabio se lanzó, durante este mo-

tín, á las casas de Cabildo que estaban ardiendo; y que con una abnegación sin igual, libró de las llamas muchos de los manuscritos del archivo del Ayuntamiento, y entre ellos el primer Libro de las Actas de Cabildo. Es, por lo mismo, de sumo interés la relación que del tumulto hizo, y que era uno de sus ignorados manuscritos; aun cuando Eguiara parece referirse á él al hablar de un opúsculo que intitula: "Historicam Narrationem seditionis Indiorum Mexici, anno 1692."

Hemos dicho ya, qué manuscrito existe en el mismo códice el informe dado por nuestro D. Carlos sobre la bahía de Panzacola; y creo que no estará de más reproducir el encabezado que de su letra le puso. Dice: "Orden de su Exa. para que D. Carlos de Sigüenza y Góngora pase á registrar la Bahia y puerto de Panzacola en el seno Mexico" (sic.) "y la relación que de él hace D. Carlos de Sigüenza y Góngora mexicano Cathedratico de Mathematicas contador de la Real universidad examinador General de artilleros corrector General del Santo Officio, Capellan del Rey Nuestro Señor en su Hospital Real del Amor de Dios." No carece de interés este título, puesto por el mismo Sigüenza, pues nos da á conocer otros dos cargos importantes que tuvo, y que no sé que hasta ahora fuesen conocidos. Fué, según se ve en esta no-

ticia, contador de la Universidad, examinador general de artilleros y corrector del Santo Oficio, y solamente de este último habla el Sr. Alcaraz.

Existen en el códice, aunque dudo que sean de letra de Sigüenza, unos apuntes de los empleos que proveían los virreyes: hay también una importante noticia sobre división y aumento de parroquias, que tomada de aquí, debió publicar mi amigo el Sr. D. Juan Hernández Dávalos, en los documentos anexos á la última memoria de Hacienda: lo que no sé por qué causa no hizo, contentándose con dar noticia de que existía el manuscrito.

Todavía podemos agregar, que á más de las muchas obras que escribió y coligió Sigüenza, de los jeroglíficos que reunió, y de los manuscritos que del incendio salvó, levantó el plano del Valle de México y la primera carta geográfica que se hizo de la que entonces era Nueva España y hoy República Mexicana. Copia de ella tengo, agregada á la crónica manuscrita de Baumont. El plano del Valle existe original en uno de los pasillos del Ayuntamiento, y se publicó, reducido, en el "Extracto de los autos de diligencias y reconocimientos de los rios, lagunas, vertientes y desagües de la Capital, México y su Valle, etc." México, 1748.

Existe otro trabajo de Sigüenza com-

pletamente desconocido, y el cual nos proporciona datos de su vida, tan importantes como ignorados. Tal es el informe con que contesta la acusación que contra él hizo el Maestre de Campo Don Andrés Arriola.

Tenía "la larga serie de su linaje muy condecorada" desde los tiempos de la Reina Doña Isabel la Católica. Su padre había sido maestro del Príncipe Don Baltazar Carlos. Sus antepasados, como él dice, habían derramado su sangre y dado con prodigalidad su vida en defensa de España. Parece que el primero de la familia, nacido en la Nueva España, fué nuestro Don Carlos, de lo cual se gloriaba llamándose Presbítero Mexicano; que es prenda de las grandes almas el amor á la patria. Y como entonces la patria era también la vieja y noble España, gloriábase igualmente de su amor y servicios á los Reyes católicos.

Sabemos que nació en la ciudad de México en 1645; que entró jesuíta en 1660, y que en 1662 hizo sus primeros votos en Tepotzotlán. De los títulos de sus escritos, se sabe que en 1680 era Catedrático propietario de Matemáticas en la Universidad de México, cuyo empleo obtuvo en 1672, á los 27 años de edad, como se infiere de su citado informe. Llamábase también Presbítero mexicano, porque á poco de entrar jesuíta se separó de la

Orden. En 1691 se titulaba Cosmógrafo del Rey, y lo era desde el año de 1680, á los 35 de su vida, según el mismo informe: desde entonces era también examinador de artilleros. Ya en 1693, al publicar su Mercurio Volante, se llamaba Catedrático jubilado. Según el Sr. Alcaraz, al secularizarse, fué de Capellán al Hospital del Amor de Dios; pero no veo que se diera ese título hasta 1692, en su Relación del tumulto. Llámase allí Capellán mayor, y pudo ser antes uno de los secundarios. Según Beristáin, en 1693 llevaba 18 años de serlo, como también limosnero del Arzobispo Don Francisco Aguilar y Zeijas. Dice el señor Alcaraz que en los últimos cinco años de su vida (1696 á 1700) volvió á la Compañía, y entonces fué nombrado Corrector del Santo Oficio. En esto último hay error, pues ya lo era en 1693, y se daba ese título en su Relación de la Bahía de Panzacola. Murió el 22 de Agosto de 1700.

Su reputación de sabio le valió que D. Fernando de Alva Ixtlixochitl le dejara en herencia sus libros y jeroglíficos "como á hermano en ciencias y maestro en virtudes," y que el rey Luis XIV lo invitase á ir á Francia, ofreciéndole posición muy ventajosa. El mismo Sigüenza escribía en 1699, que sus observaciones y estudios de 27 años en nuestra Universidad, "no cabiendo en lo poco que

vogean las lagunas de México, se han esparcido por todo el Orbe, donde no deja de consolarme el que se sepa mi nombre." Solicitaron su amistad, consultáronle ó le encomendaron observaciones, los primeros sabios de Europa, como el P. Atanasio Kircher, de Roma; el obispo Juan Caramael, de Milán; Pedro María Ravina, de Florencia; el famoso astrónomo Cassini, presidente del Observatorio de París; Flamsted, gran matemático de Londres; Zaragoza, Petrey, Jovenazzo y Cruzado de la Cruz y Mesa, de España; Ascaray, de la Universidad de Lima; y Van Hamme, de Cantón y Pekín en la China. Dirigíanle sus observaciones los otros sabios: copia tengo de una carta que le escribió el Alférez Don Martín de la Torre, tocante á la aparición de un cometa en los años de 1680 y 81, y original está en el códice de su nombre, otra de Don Damián Mancarret sobre el descubrimiento de la bahia del Espíritu Santo. Ocurrían á él todos como á centro de ciencia y estudio. Como todos los sabios, no había hecho fortuna, todo lo que tenia era su "Librería, que en su línea es la mejor del Reino, instrumentos matemáticos en abundancia, excelentes anteojos de larga vista, relojes de péndulo, y algunas pinturas de toda estima, cuyo valor pasa de tres mil pesos." En el informe decía, en el penúltimo año

de su vida, "estoy más viejo, y más pobre, pues no pasan de dos mis camisas (y al respecto es todo.)" Muy enfermo estaba ya entonces, pues desde 1698 padecía de piedras en la vejiga y agudos dolores nefríticos; y se aumentaban las penas de su pobreza y enfermedad, con tener que sustentar á una "crecida familia."

Pero en compensación con cuánto cariño se le veía en México. El podía escribir: "Digo Sr. Excmo. que como es notorio a toda la ciudad, y con sentimiento de quantos en ella bien me quieren "que son casi todos y los mejores" ha tiempo de cinco años que padezco".... Lo estimaba tanto el Virrey, que cuando iba á Palacio, para que fuese menor fatiga á su enfermedad el caminar menos trecho de Palacio al Amor de Dios, que queda detrás, porque ya no podía andar á pie, mandaba que se le abriese la puerta del jardín. En fin, él mismo nos da cuenta de su influencia, en el siguiente párrafo. "En pensar Don Andres contrapesaría á su Informe el mio en el Real Consejo no me hace ningun favor pues tengo experiencia de que mediante algunos mios que allá se han visto se determinó y mandó lo que acá se ha hecho y esto no en cosas de juguete sino en materias gravisimas: como son la Poblacion precisa y necesaria de esta Bahia por re-

conocer que quien la ocupara será dueño de la Nueva España y de quantos Navios vinieran al Seno Mexicano, ó salieren de él, como ya ha querido Dios que se haga, y en quien confio se mantendrá en lo de adelante: En que las Fortificaciones se hicieran donde yo dixe como ya en parte se ha executado: En que los Baluartes de la Fuerza de San Juan de Ulúa fueran medios y no enteros, siendo assi que mi voto fué singular pero tan comprovado y sólido que contrapesó al de los Generales, Almirantes, y otros capitanes de la Flota y Armada de Barlovento, Governador de la Veracruz y Castellano de la Fuerza. Lo mismo ha sido en Informes que me han pedido los Excmos. Sres. Vireyes, y esto sin darme por ello título alguno quanto y mas señalarme sueldo, antes sí, minorarme y extinguirme lo que por Cosmógrafo y examinador de los Artilleros tenia antes."

Noble pobreza; pero llena de gloria y consideraciones!

Creo que no es por demás decir, que Sigüenza cuenta que cada año hacía Almanaques y Lunarios, sin duda los primeros que se hicieron en México, y tal vez en América.

Pasemos á tratar de la Bahía de Panzacola.

* * * *

Interesante por cierto es la historia del reconocimiento que de Panzacola hizo Sigüenza; y como no sé que se haya escrito sobre ella, se liga mucho á los últimos días de nuestro cosmógrafo, y sus circunstancias dan á conocer su carácter de una manera especial, creo que no me llevará á mal el lector que en esto ocupe algunos de sus instantes.

Al hacerse la conquista de México, fué natural que tratasen los vencedores de extender lo más posible los nuevos dominios de España; pero sus esperanzas fueron burladas, pues más allá de Jalisco no encontraron sino pueblos insignificantes ó lugares desiertos. Poco provecho sacaron también de sus expediciones marítimas, que el mismo Cortés habia comenzado. Las desgraciadas ocurrencias acontecidas á Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y lo infructuoso de la entrada de Vázquez Coronado, habían hecho abandonar las exploraciones en el Norte. Pero sucedió que á mediados del siglo XVII, en las colonias francesas llamadas Nueva Francia, pensó Mr. Roberto de la Salle que era conveniente buscarles una salida por el Seno Mexicano, que vendría á dar gran importancia al dominio que tenían en el Atlántico; y que facilitaría

más el comercio, que por el San Lorenzo, por el río que habían navegado los españoles de Hernando de Soto en 1543.

De 1669 á 1677 estuvo haciendo diversos reconocimientos; y en el siguiente de 1678, protegido por el gran Colbert y acompañado del franciscano Hennepin, después de recorrer el San Lorenzo, los grandes lagos y los ríos de Miamis y Segnelay, llamado así en honor del Ministro de Luis XIV, marqués de ese título, encontraron por fin el Mississipi, cuyo verdadero nombre era Machassipi. Llamaban los españoles á este río, el de la Palizada; y los franceses naturalmente le decían río de Colbert. Hacia fines del año de 1681 llegó Mr. de la Salle á su embocadura en el Golfo. No se escapó á los franceses la importancia de encontrar un buen puerto en el Golfo, y el rey de Francia puso á disposición de la Salle cuatro barcos con que entró al Seno en 1684.

Despertóse entonces en la Nueva España la idea de tener un puerto en las costas nortes del Golfo, comprendiendo que de tal posesión dependía el dominio de sus aguas. No era ya entonces desconocida la bahía de Panzacola. Habían hablado de ella con el nombre de Achussi varios historiadores de Indias, y entre ellos el Inca Garcilazo en su historia de la Florida.

Después, en 1866, Juan Enríquez Ba-

rreto hizo nueva descripción y un mapa del Seno Mexicano y dicha bahía. Barreto, que se puede considerar como su verdadero descubridor, era discípulo de Sigüenza, y le comunicó su descripción. Comprendió el cosmógrafo su importancia, y que ningún lugar podía ser más á propósito para hacer un puerto militar que diera á España la preponderancia que quería tomarse Francia; y redactó entonces un memorial que firmó D. Andrés de Pez, capitán del presidio de la Veracruz, quien lo llevó á presentar al Consejo de Indias.

Aquí tenemos otro escrito, y no de los menos importantes, de Sigüenza, inédito, y que tal vez no se le atribuiría, aunque fuese conocido, supuesto que lleva nombre de otro. Tengo una copia de once fojas folio, á la cual precede una nota de Sigüenza en que declara ser suyo. Va fechado en "México y Junio 2 de 1689 años." Desde luego el Gobierno de la Metrópoli llamó la atención sobre tan importante asunto; y volvió Pez convertido de capitán en almirante. El pobre presbítero sabía hacer con solo su pluma, fortificaciones y generales.

Con la misma idea se expidió Real Orden en 26 de junio de 1692, para que fuese reconocido el puerto de Panzacola, costas y ríos inmediatos, y se fijase lugar para hacer población y las fortifica-

ciones necesarias; y conforme á esa orden, el virrey conde de Galve nombró á Sigüenza para que acompañara en el reconocimiento al Almirante Pez, por ser "Cosmographo maior del Reino y Catedrático de matemáticas en la Universidad desta Ciudad y Unico en esta facultad." Debió llegar la orden á principios de 93, puesto que en la descripción del motín de 92, á 30 de Agosto, todavía llama Sigüenza á Pez, capitán; y lo llama ya almirante el virrey en su oficio de nombramiento á D. Carlos, que lleva la fecha de doce de enero siguiente; y debió llegar D. Andrés de Pez, con la Real Orden, ya nombrado general de la armada.

Partió, pues, Sigüenza á hacer el reconocimiento, habiéndosele dado dos mil pesos para el viaje, que no le alcanzaron, por lo que se vió obligado á contraer deudas. En cuanto á su familia, él mismo nos cuenta que el virrey, de su bolsillo le acudió con cincuenta pesos mensuales. Le acompañaban el almirante Pez, que después fué nombrado general de la armada de Barlovento; el capitán Juan Jordán de Reyna, los pilotos Pedro Fernández Carrera, Diego del Monte, Jacinto Núñez de Loarca y Juan de la Riva Agüero y los capitanes José de Arámburu, Cristóbal de Chavarría y Antonio Sánchez.

Como sería alargarnos mucho entrar en los pormenores de su viaje é informe, bastará decir que ya el 15 de mayo enviaba éste al virrey, desde á bordo de la fragata "Nuestra Señora de Guadalupe," surta en el puerto de San Juan de Ulúa; y que según sus indicaciones, se establecieron población y fortificaciones en la bahía de Panzacola, que tomó el nombre de Santa María de Galve, en honor del virrey, quedando el de Sigüenza á la punta de tierra que formaba el puerto. Así fué como por la iniciativa y trabajos de Sigüenza, se sostuvo la preponderancia española en el golfo de México, y quedó excluída la influencia francesa, á pesar de que aquellos eran los tiempos de Luis XIV y de Colbert.

Los informes del cosmógrafo habían sido confirmados por el gobernador de la Florida D. Laureano Torres, por el R. P. Fr. Rodrigo de Barreda y por el piloto Francisco Milán. Razón tuvo para que le causase ira la acusación que de falsedad de su informe hizo el general D. Andrés de Arriola en 6 de Abril de 1699. La contestación de Sigüenza dada en 9 de Mayo siguiente, y que tiene nada menos de 23 fojas en folio, de que no sé que exista en México más copia que la del P. Morfi, en mi poder, es sin duda la pieza más importante de nuestro autor, para conocer sus rasgos biográficos y su

carácter personal. De ella he tomado las noticias antecedentes.

Hizo la acusación D. Andrés de Arriola, ante el virrey, á 6 de abril de 1699, en un largo escrito, que fué pasado al fiscal del rey, Lic. D. Baltasar de Tovar. Quejábase Arriola de que el informe de Sigüenza era falso y contrario al suyo, y pedía que se embarcase con él el cosmógrafo, para que sobre el terreno discutieran quién de los dos tenía razón. El buen fiscal, como todos los fiscales habidos y por haber, vino, con fecha 8 del siguiente, pidiendo una tontería: que el virrey mandase "á D. Carlos que de no ir á este viaje le pasará á sus informes el perjuicio que pudiere corresponderle." El 27 del mismo mes, por "ruego y encargo" mandó D. José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, trigésimo segundo virrey de México, que fuese Sigüenza al viaje con Arriola y con persona de la satisfacción virreinal que se hallase á la vista, y "que de no ir á este viaje le parará á sus informes el perjuicio que pudiere corresponderle."

Contestó nuestro D. Carlos en el informe tantas veces citado, y en el cual se descubre su carácter noble y arrogante, su fina sátira, sus estudios profundos y su inmensa bondad. Jamás general de armada fué batido en los mares, como el almirante Arriola por Sigüenza en esta

disputa. Búrlase de sus disposiciones políticas, al ocuparse del primer punto de la queja; y en cuanto á su valor militar, dice: "Que estando allí de Cavo principal, con el pretexto de venir á pedir socorro contra la Esquadra Francesa que el día 26 de Enero avistó aquel Puerto desamparó lo que era de su obligacion encomendandolo á otro, y con el resguardo frivolo de una Junta (que se haria a su contemplacion) se vino á esta Nueva España trayéndose consigo algunos militares que allá harian falta. Y no se Yo que hasta ahora se lea en Historia alguna, que viendose algun cavo superior en semejante frangente abandone su puesto para ir a pedir socorro, y deje a otro en su lugar, para que experimente el peligro."

Más adelante, comparando los trabajos de ambos, enumera las diversas personas científicas que lo acompañaron; mientras que á D. Andrés de Arriola "solo le asistia, dice, la presuncion que tiene de marítimo, "sin otra prueba:" á mi tener entonces veintiun años de cathedratico de matemathicas en una Universidad tan ilustre como la de México, y trece de cosmographo del reino, y examinador de artilleros. Yo llevé instrumentos exactísimos de que valerme; él ningunos, ó muestrelos para ver "como los maneja." Yo conferia con los que he dicho (sus

acompañantes) lo que observava para ponerlo en el mapa, lo que D. Andres hizo aquejado de su dolor de muelas no lo sabemos; solo sí que el mozo piloto "le pintó el mapa," como yo años pasados le dí un cuarteron de un pedazo de la costa del mar del Sur que vendió por suyo."—Y se sigue burlando nuestro cosmógrafo de que Arriola, con nombramiento de general á Filipinas, cuando ya llegaba á ellas se volvió; que de Santa María de Galve se volvió también á "lucir el bastón" de maestre de campo, para venir á avisar que por allí andaban los franceses; y que era tal marino, que llevando el derrotero de Sigüenza, dos ó tres veces pasó frente á Panzacola, sin conocer el puerto.—Si quisiera yo citar aquí todos los trozos en que luce tan fina sátira nuestro autor, sería preciso reproducir su informe entero.

En otros lugares, ¡cómo se siente la dignidad de su persona y de su estado! "Si á D. Andres le parece, contesta al sexto cargo, descrédito grande de su profesion de soldado el faltar á la verdad: ¿por qué á mí no me merecerá sacrilegio execrable y dudoso de mi estado sacerdotal ("que excede al de soldado como el oro al plomo y como el sol á la tierra)" el no observarlo?"

Después, y á propósito de la pretensión de que se embarque Sigüenza, nos

cuenta éste sus enfermedades, que tenía piedras en la vejiga, una de ellas "del tamaño de un huevo de paloma, segun afirman los cirujanos que la han tacteado," que apenas podía andar á pie, y agrega: "y menos podré á caballo, y mucho menos en coche que sacude mas, como lo sabe V. E. por experiencia, pues enviandome varias veces uno suyo para que vaia á su mandado, ó me buelva á casa, se compadece de mí viendo que no lo admito por lo que me ofende."

Y sin embargo de todo, conformábase Sigüenza de ir al viaje; pero llevándolo á Veracruz en silla de manos, y de allí á Panzacola en nave separada de la de Arriola, y eso que sabía que tal viaje le costaría la vida por sus enfermedades. "Se con evidencia, decía, que no lo perfeccionaré por que me faltará la vida sacrificio al gusto de D. Andres de Arriola, al del señor fiscal y al de V. E." Este reproche del sabio, se lee con amargura todavía después de dos siglos.

El viaje no se hizo; pero no consta que fuera por disposición del virrey: el expediente concluye con el informe. Las enfermedades de Sigüenza acrecieron y poco después vino la muerte.

Los diversos escritos de Sigüenza nos presentan al sabio, éste es el único que nos da á conocer al hombre; y como el hombre valía tanto como el sabio, no he

podido menos de detenerme en él, y con pesar apenas reproduzco pequeños fragmentos.

* * * *

Para concluir, vamos á estudiar algunas fechas de la vida de Sigüenza generalmente admitidas. Se dice, y así lo he reproducido, que Sigüenza nació en México en 1645, que entró jesuíta en 1660, y en 1662 hizo sus primeros votos en Tepotzotlán. — Tengo un tomo en pergamino, cuarto menor, MS. de 384 fojas, cuyo título es: Libro Sexto. Nombres de los que hazen los votos simples, profesion y formacion. y de lõs que se ordenan. reciben y despiden. y de los difuntos. que mueren en esta Prouincia. cuyo índice se hallará en el fólio siguiente. Año de 1663."—Este es el libro de las profesiones de jesuitas, y en la foja 17 dice: "Despedido.—Hermano Cárlos de Sigüenza, natural de México, hijo de Cárlos de Sigüenza y de Dª. Dionisia de Figueroa, vecinos de dicha ciudad, de edad de catorce años y nueve meses, Reto. cº. fué al novisiado con declaracion que no se admitia en la Compañia hasta 15 de Setiembre que abra cumplido los quince años fue rezebido por órden del Pe. Proul. Alº. Bonifaº. al 7 de Mayo de 60."—En estos disparatados renglones descú-

brimos el nombre ignorado de la madre de Sigüenza. Parece ser ésta la de noble cuna, pues se la llama Da. Dionisia, mientras que al padre no se le da el Don. Sabíase ya que Sigüenza nació en México en 1645, y ahora sabemos el día, que lo fué el 15 de Septiembre. Antes de los 15 años, niño aún, sin consultar sus inclinaciones, metiéronlo jesuíta sus padres; y ya en tan corta edad anotábanlo como retórico.

A la foja 183 vuelta, se lee: "Despedido.—Hermano Carlos de Sigüenza, estudiante, hizo sus votos en Tepotzotlnn á 15 de Agosto de 62." Nótese que se trata de los dos votos simples; y aún así no cumplía el jesuíta estudiante ni diecisiete años.

¿Pasó nuestro presbítero de los dos primeros votos de los jesuítas? ¿Se separó voluntariamente de la sociedad para seguir á su padre, como dicen generalmente sus biógrafos? ¿Volvió cinco años antes de su muerte á la Compañía, como dice el señor Alcaraz, ó profesó en su última enfermedad, como asegura el Sr. Alamán?—Aquí tengo que separarme de todas las opiniones. Comencemos por decir que no se separó por seguir á su padre: al contrario, niño menor de quince años, fué puesto por éste en la corporación. No es lógica la explicación de que se hubiese separado, y desgraciadamente, no hubo

tal separación voluntaria. Ya hemos visto en las dos anteriores noticias, que al margen tiene la nota de "despedido." Además, en el mismo libro, á la foja 370 vuelta, hay la siguiente razón: "Hermano Carlos de Sigüenza, estudiante, despues de siete años de compañia, fue despedido en la Puebla, á 3 de Agosto de 1667." ¿Cuál fué la causa? Tenía entonces veintidós años, la edad de las fuertes pasiones. Niño, y cuando no podía conocer todavía el mundo, fué llevado al claustro: ¿qué mucho que al despertar su alma enérgica y entusiasta, pareciese á los jesuítas inconveniente su presencia en la Sociedad? Lo que es cierto es, que ni cinco años antes de su muerte, ni en sus últimos días profesó ni hizo su cuarto voto, porque el mismo MS. comprende de las fojas 244 á 274 todas las profesiones de jesuítas hechas del año 1644 al 1704, y no aparece la de Sigüenza. Lo único que puede decirse es, que al ir á morir quiso reconciliarse, volver á la Compañía y dejarla heredera de lo único que poseía, su preciosa biblioteca. Después de mayo de 1699 se agravaron sus males, llevándolo al sepulcro el 22 de Agosto de 1700. No murió miembro de la Compañía, como se ha afirmado; en el mismo volumen comienza á fojas 336, una lista de "los que mueren de esta Provincia desde el año de 1644," y en el año de 1700 sólo hay nota

de haber muerto en las misiones los padres Pedro de Robles, Juan Muñoz de Burgos y Nicolás Gutiérrez, y en Oaxaca el padre Juan Sarmiento. No murió jesuita Sigiienza; pero murió sabio: no está su nombre en el registro de muertos de la Compañía; pero inmortal lo conserva México.



BOTURINI

Ydea—de una nueva—Historia General—de la—América Septentrional—Fundada—sobre material copioso de figuras, —Symbolos, Caractéres,—y Geroglíficos, Cantares,—y Manuscritos de Autores Indios—ultimamente descubiertos. — Dedicala—Al Rey Ntro. Señor—En su Real y Supremo Consejo—de las Indias—El Cavallero Lorenzo Boturini Benaduci,—Señor de la Torre, y de Hono.—Con licencia—en Madrid: En la Imprenta de Juan de Zúñiga.—Año M.D.CC.XL.VI.

Se ha hecho una segunda edición de este libro en la Biblioteca de "La Iberia," tomo XI.

Es muy notable esta obra por el catálogo de jeroglíficos y manuscritos que había reunido el autor, y de que fué desposeído por el gobierno virreinal.

En el segundo tomo del "Diccionario

Universal de Historia y de Geografía," publicó el señor Icazbalceta una noticia de Boturini. Los datos para escribir su vida y trabajos, hasta su expulsión de México, se encuentran en la causa criminal que se le instruyó, la que, original, se conservaba en el Museo Nacional. No hay documento más á propósito para el objeto, pues en él, Boturini da razón minuciosa de su vida. Abrióse la causa, porque llevado nuestro colector de su celo religioso, había obtenido de la Basílica Vaticana de Roma, la coronación de la Virgen de Guadalupe; y como no llenó el registro del pase del Consejo de Indias, y había solicitado por todo el país auxilios para los gastos cuantiosos de la función solemne de la coronación, despertóse la susceptibilidad del gobierno virreinal, y se le encausó. En su primera declaración tuvo cuidado de hacer constar su noble ascendencia, y allí se sabe que su casa tenía entonces novecientos catorce años de antigüedad, y que contaba entre sus antepasados al Conde Vifredo de Borge, principio de su alcurnia, y á los condes de Poitu, Auvergne, Masson, de Borge y Tolosa, marqueses de Nevers y duques de Aquitania; por lo cual, su escudo tenía ambas coronas, la ducal y la de conde. Nació en la Villa de Londrio, Obispado de Como, en donde tenía varias heredades; fué criado en Mi-

lán, y concluídos sus estudios, pasó á Viena, donde vivió ocho años. Se le había concedido una cátedra togada en el Senado de Milán; pero no pudo gozarla, por haber estallado en Italia la guerra entre España y Austria. Con este motivo mandó la corte de España, en 1733, que saliesen de Austria todos los caballeros italianos. Hízolo así Boturini, y marchó á Portugal, recomendado por el conde de Seckendorff, gran canciller del emperador, al ministro imperial residente en Lisboa, por la archiduquesa María Magdalena á la Reina de Portugal su hermana, y por el embajador lusitano al Secretario de Estado D. Diego de Mendoza Cortereal. Recomendaciones tan importantes, acreditan que nuestro caballero había gozado posición distinguida en Viena. Lo mismo sucedió en Portugal, en donde fué muy bien recibido, pues á su viaje á España, fué recomendado por el Infante D. Manuel de Portugal al Sr. Patiño, primer ministro de la Monarquía. Estando en España, "la Señora Doña Manuela de Oca Silva y Motecuhzuma, condesa de Santibañez, le animó á pasar á las Indias." Le dió sus poderes el 16 de marzo de 1735, para que le cobrase en México lo vencido y corriente de una pensión de 1,000 pesos, que gozaba como descendiente del emperador Moteczuma. Después de haber naufragado cerca del puerto de

Veracruz, en el bajel de Santa Rosa, se encontró ya en México en Febrero de 1736.

Mientras se dedicaba al cumplimiento de su misión, vínole la idea de escribir la historia de la aparición de la Virgen de Guadalupe, y al efecto comenzó á reunir los preciosos documentos de que nos da cuenta su catálogo. Ya hemos visto como, llevado de su celo religioso, fué esto motivo para que se le encausase. Graves cargos le hacía la susceptibilidad de aquellos tiempos: era un extranjero que sin el permiso respectivo había venido á Indias; había procurado la coronación de una Virgen mexicana sin cumplir con todos los requisitos que las leyes exigían; y para este piadoso objeto había solicitado donativos, ya en moneda, ya en oro, ya en piedras preciosas. No se le hacía cargo, ó solamente aparecía como cosa muy secundaria, la formación de su importante museo. Para aquellas buenas gentes, la cuestión histórica era de muy poca importancia: el delito era haber faltado, aun cuando fuera indirectamente, al respeto y prerrogativas del Consejo de Indias, y haberse mezclado en una cuestión religiosa, con las circunstancias agravantes de que el acusado era extranjero, y de que el escudo que quería poner en la corona de la Virgen no era el de las armas de los reyes de España.

Fué reducido á prisión el 4 de Febrero de 1743 "poniéndose en las casas del Ayuntamiento de esta nobilísima ciudad y encargándose por tal al corregidor de ella."

Se le dieron entonces cien pesos para sus alimentos. Por los autos parece que fué pasado á la carcel de la ciudad, pues en varias diligencias se dice que de ella fué llevado; pero como de diligencias posteriores consta que aún estaba preso en las casas del Ayuntamiento, y no es creible que se le estuviese mudando de un lugar á otro, yo me persuado á creer que no fué por entonces variada su prisión, viniendo sin duda la equivocación de que la de ciudad estaba, como está ahora, en el mismo edificio en que se halla la municipal.

Por la misma razón pudiera creerse que su prisión fué en la Sala Capitular, privilegio de que solo podían gozar los regidores; pero comparando las diversas diligencias, se comprende que fué en las piezas de la Corregiduría, que eran poco más ó menos las actuales del gobierno del Distrito.

Entretanto todos sus bienes, y entre ellos su museo, habían sido secuestrados, y el armario de sus papeles guardado en la Real Caja.

Nada adelantó el proceso en lo sustancial hasta el mes de septiembre, y el

desgraciado Boturini se encontraba en la prisión sin recursos, pues vivía de limosna, como tuvo que confesar en su último pedimento al oidor D. Domingo Valcárcel.

Por auto de 21 de agosto, había mandado el virrey que se formara inventario de los objetos secuestrados, con asistencia del mismo Boturini, lo que se le hizo saber en diligencia de 6 de septiembre. Documento es éste de mucha importancia. El gobierno colonial no conocía la resistencia; sus mandatos, sus más simples caprichos eran leyes ineludibles. Debía causar extrañeza un extranjero que con la conciencia de sus derechos, con la educación ilustrada de las cortes de Europa, respondía "que no puede ni debe al presente hacer dicho inventario, y que de ninguna manera consiente en dichos embargos y depósitos, contra los cuales tiene que alegar repetidas nulidades, y menos piensa que la gran justificación de S. E. (el virrey) después de cinco meses que su museo se haya fuera de su poder, le pueda obligar en derecho á hacer dicho inventario, y á suplir los defectos del proceso cometidos aún contra la sustancia é identidad del depósito."

Tales ejemplos, que podían despertar sentimientos dormidos en la colonia, eran parte sin duda para no permitir la venida de los extranjeros, por "los pernicio-

sos efectos," según las palabras del oidor Valcárcel, "regularmente producidos de semejantes trasportes." La ira virreinal estalló ante la oposición del pobre preso. ¿Cómo podía admitirse que un sabio tuviera razón contra un virrey? Se mandó, pues, que se hiciese el inventario con presencia de Boturini; y que hecho, se remitiera "á éste á la Veracruz, poniéndole en el castillo de San Juan de Ulúa para que se embarque y conduzca en partida de registro á España."

Se mandó llevar al preso á las Cajas Reales, de lo que él se excusaba por no tener vestido ni espadín; pero al fin se le hizo entrar "en un forlon y dos soldados de infantería con sus chuzos que iban á su lado en su custodia."

A los que amamos los libros y respetamos á esos estudiosos coleccionadores que pasan la vida salvando los preciosos monumentos de nuestra historia, danos pena contemplar la miseria de Boturini, que sin espadín ni traje decente para salir se encontraba. ¡Con qué triste sencillez hacía constar la penuria á que se le había reducido! Contestó en la diligencia "que se halla preso desde el día 4 de Febrero pasado á esta parte (9 de Septiembre), sin haber merecido á S. E. (el virrey) la honra de que se le comunicasen los motivos de dicha su prisión como lo prescribe la ley, y ademas embargado y

despojado de su archivo y Museo Histórico Indiano, sin preceder deuda alguna civil, y menos criminal.... que por lo tocante á dicho inventario no tiene S. E. que cansarse, pues sabiendo el mismo D. Lorenzo mejor que ninguno de cuanta importancia sea al servicio del Monarca Católico, por indeficiente prueba de su rendida y apasionada fidelidad, tiempo ha que lo tiene dedicado á S. M. (que Dios guarde) á cuyas soberanas manos no dejará de llegar cuanto antes con su duplicado, y la misma diligencia practicó con el Real Supremo Consejo de Indias... que no se ha sabido hasta el día de hoy, que alguno pueda obligarse á ejercer actos científicos, intelectuales y voluntarios, sin tener honorario público, ó privado, y sin constar de contrato donde pueda dimanar una tal obligacion, y ademas no habiendo recibido de la grandeza y benignidad de S. E. "los precisos alimentos," segun la dignidad de la persona en su actual prision aunque haiga sabido del Señor Don Antonio de Rojas, á quien fué esta causa por la primera vez delegada, el ningun caudal que poseía y mandase socorrerle con cien pesos el mismo día que fué preso que apenas le bastaron por un mes, y para vivir en los demas y suplir á sus menesteres ha debido contraer deudas y empeñar sus propios muebles y "vestidos," de suerte que

viéndose preso, embargado, despojado. pesquisado, ni oido en justicia, abandonado, sin alimentos, lastimado en su honra y fama (con el mas profundo acatamiento la mas humilde sumision) apela, etc."

He querido copiar la parte más notable de esta diligencia, que pinta el carácter de Boturini, su clara inteligencia, el conocimiento que tenía de sus derechos y de su inocencia, y al mismo tiempo la injusticia, la miserable pequeñez, la infamia, digámoslo de una vez, del virrey conde de Fuenclara.

La diligencia no se practicó por la oposición del preso; pero éste, de las Cajas Reales, ya no volvió al lugar distinguido que tenía en las casas del Ayuntamiento; se le puso en la "prisión de abajo," que es la misma llamada hoy de ciudad. De allí, confundido con los criminales del orden común, se le sacó con tres soldados en un forlón, el día 13 siguiente. El virrey había mandado que se procediese con todo rigor, porque "á reos de esta naturaleza no se deben oir." Boturini se resistía otra vez á practicar el inventario. apoyándose en su justo derecho, que el oidor llama "motivo superfluo;" por lo que fué pasado á la cárcel de Córte (que entonces estaba en la parte norte del Palacio), y encerrado "en la quinta bartolina, y la llave de ella entregada al ca-

bo que está de guardia en el principal del Real Palacio." Esto se hizo para "cortarle toda comunicacion, y estrecharlo á que cumpla con lo mandado."

Debió padecer mucho D. Lorenzo en aquella bartolina, pues tres días después, aunque reproduciendo sus protestas, se prestó á hacer el inventario. Puede creerse también que, convencido el virrey de su injusticia y de que tenía que habérselas con un hombre de grande energía, buscó la obediencia del acusado, con buenos tratamientos y promesas de libertad. Parece ser así, porque se hizo constar por certificaciones, que el escribano de la Guerra había pasado, de orden del oidor, á persuadir al preso, y que no siendo esto bastante, pasó el oidor imsmo; después de lo cual se le mandó sacar de la bartolina, y que se le atendiese con todo lo necesario para su mantenimiento y bienestar. Y en la diligencia de inventario, consta que el escribano fué por él, á la Real Cárcel, "á la pieza de la asistencia de D. Lorenzo, y dado el recado político de dicho señor juez," bajó con dos soldados. Además, concluído el inventario, pidió el oidor Valcárcel que se diesen por conclusos los autos, por no resultar delito en Boturini, aunque por otra parte pedia su expulsión de la Nueva España. De acuerdo, se decretó en 7 de octubre, que "el conductor de cargas que está

próximo á conducir doscientos mil pesos á Veracruz, llevara á D. Lorenzo Boturini al citado puerto, entregándolo al gobernador de aquella plaza, para que lo embarque y envíe á España en partida de registro." Hízose así, y Boturini fué entregado por el alcaide de la cárcel de la Córte, D. Ignacio González, al conductor D. Sebastián de Torres.

Los biógrafos de Boturini aseguran que el buque en que iba cayó en poder de los corsarios ingleses, los que lo pusieron en tierra en Gibraltar, habiéndole despojado de sus ropas, y dádole un vestido de marinero y dos pesos; y que el sabio, en ese traje, emprendió á pie su viaje, hasta parar en casa de nuestro historiador D. Mariano Veytia, en Madrid.

En esto tenemos que hacer rectificaciones. El erudito coleccionador Mr. Ternaux Compans, publicó, como apéndice á las Relaciones de Ixtlilxochitl, el relato del proceso de Boturini, hecho en el Consejo de Indias el 27 de Abril de 1750. Formóse este expediente por haberse dirigido al Consejo en 12 de junio de 1745 por el Marqués de la Ensenada, un memorial de D. Lorenzo, en que, después de expresar que había llegado á su noticia que el virrey conde de Fuenclara había enviado al Consejo las actuaciones seguidas contra él, pedía que se le juzgara, castigándosele si resultaba culpa-

ble, ó indemnizándole y volviéndole su Museo si era inocente: concluía suplicando que se dieran las órdenes necesarias para coronar solemnemente á Nuestra Señora de Guadalupe, proyecto piadoso causa de todas sus desgracias. Cuenta que las persecuciones y el haber sido preso por los ingleses, le agotaron todos sus recursos.

El Consejo da cuenta de que cuando recibió el informe del virrey, aprobó desde luego su conducta, y como resultaba que la audiencia de México había dado paso al breve para que se coronara á la Virgen con armas extranjeras, sin consultar al Consejo, se había escrito al virrey, el 2 de Abril de 1744, mandándole que á puerta cerrada, y en secreto, dirigiera una "viva mercurial" á los miembros de la Audiencia; que les manifestara que habían faltado á sus deberes; que habían merecido un castigo mucho más severo, que no se les imponía por esa vez, por consideración á su carácter personal y por tratarse de una obra pía; que en cuanto á Boturini, se le enviara á España, con las actuaciones y un catálogo de sus papeles, los cuales debían depositarse con todas las formalidades legales.

He aquí cómo se disminuye, en parte, la responsabilidad del virrey, y pasa ésta al Consejo de Indias, por cuyo mandato se continuó el proceso; pero hay

que observar, en honor del Consejo, que reconocía en Boturini un hombre piadoso y un sabio dedicado al estudio, causa sin duda de que el virrey mitigara los malos tratamientos al principio empleados con nuestro coleccionador.

Del mismo relato resulta que Boturini fué preso por los ingleses en el navío "La Concordia;" pero no es cierto que de Gibraltar marchara para Madrid y que llegara en traje de marino á la coronada villa, pues se dirigió á Cádiz y se presentó voluntariamente á la Casa de Contractación de Sevilla. Desde luego presentó un memorial y su "Idea de una nueva historia de la América," pidiendo que se imprimiese, lo que hace creer fundadamente que el libro fué escrito durante la navegación.

Consta también del relato, que cuando fué reducido á prisión, Boturini "fué encerrado en un calabozo al lado de dos bandidos."

Ahora bien, el presidente, á quien se presentó Boturini, no teniendo noticia de su proceso, le dejó en libertad, y entonces se dirigió á Madrid y se apersonó al Consejo, que le reconoció el haberse presentado libremente.

Vista la causa, el Consejo dió los tres siguientes pareceres, muy importantes en verdad:

Primero. Que se proclamara la inocen-

cia de Boturini, y se le volviera su honra y buena opinión pública.

Segundo. Que no se practicase la coronación de la Virgen de Guadalupe.

Tercero. Que era digno de escribir la historia de América; que se le debia indemnizar por sus trabajos y pérdidas; y para que se llevase á cabo la obra antes dicha, "sería digno de S. M. que mandara formar en México una academia particular para la historia de la Nueva España, como la que se ha formado en Madrid, nombrando personas que se encargaran de trabajar en esta obra, sobre los documentos recogidos por Boturini, y sobre todos los que se pudieran procurar."

Hermosa idea, que no se llevó entonces á cabo, y que con 54 años de independencia tenemos descuidada, dejando que se pierdan los ricos tesoros de nuestra historia.

El rey Felipe V, más justo que sus delegados en Nueva España, nombró á Boturini historiógrafo de las Indias, con el sueldo de 1,000 pesos anuales, para lo cual mandó que se le devolviese su Museo.

El acuerdo del rey dice á la letra:

"Adopto la opinión del Consejo sobre el primer y tercer punto; me opongo á la formación de la academia propuesta; ordeno que Boturini vuelva á México, y le nombro historiógrafo de mis reynos

de Indias, con sueldo de mil pesos por año, para que escriba la historia general que propone. Todos sus documentos y papeles, "sin que falte uno solo," le serán devueltos en el más breve plazo y "sin la menor réplica." Tan pronto como haya escrito la historia, y antes de darla á conocer ó publicarla, se enviarán tres ejemplares á España, á fin de que, después de ser examinada por el Consejo, se dé la autorizacion de publicarla ó que se le hagan las correcciones necesarias.—Ordeno que así se haga.—Diciembre de 1746."

Las comunicaciones correspondientes á este decreto, con el título de historiógrafo de Indias, fueron expedidas el primero de junio del siguiente año de 1747.

Como Boturini no volvió á México, no tuvo lugar la devolución, y sus papeles quedaron en la Secretaría del Virreinato. En 1746 publicó la obra de que hemos hecho referencia, y en 1749 tenia ya escrita la "Cronología de las principales naciones de la América Septentrional," que nunca llegó á publicarse.

En efecto, en abril de 1749, Boturini presentó su pimer volumen de la "Historia general de la América Septentrional," bajo el título de "Chronologia de las primeras naciones de este pais." Pidió autorización para imprimirlo, y le fué acordada, previa censura del fiscal D. José

Borral y del padre Pedro Tresneda. Antes de que pudiera imprimirse murió Boturini, y el Consejo ordenó que se aseguraran todos sus papeles relativos á la historia. Los únicos documentos que se encontraron, fueron el MS. de dicho primer volumen, un ejemplar de la "Idea general" y el título de historiógrafo. El MS. fué enviado á la Secretaría del Virreinato de Nueva España, y se ignora su paradero.

En 1750 publicó en Valencia, de cuya academia era miembro, un cuaderno de 12 hojas 4º. menor, que tiene las dos siguientes portadas: Oratio—ad Divinam Sapientiam.— Academiae Valentinae.—Patronam,—Autore,— Equite Laurentio, Boturini Benaduci,—Domino de Turre, et de Hono,—Regio Indiarum Historiographo,—Academico Valentino. — Un escudo que representa un cuerno con rosas, atravesado por varias flechas, con el lema "flores fructus parturiunt." —Val. Typ. Viuduae Antonni Bordazar, ad Plat. Archiep.

Síguese, en 5 fojas libres, un "Juicio de D. Gregorio Mayans y Siscar, Censor de la Academia Valenciana."

La segunda portada dice: Divinae Sapientiae.—Ob Feliciter Servatam,—Valentinam Academiam, —Eques Laurentius,—Boturini Benaduci,— Dominus de Turre, et Hono,—Regius Indiarun Histo-

riographus,—Academicus Valentinus, —Proevia Brevi Oratione,—De Jure Naturali Gentium,—Septentrionalis Americae,—Solitum Gratiarum Pensum,— Solvebat,—Quarto Nonas Januarias, — Anno. M.DCC.L.

Sigue la oración, pág. 1-12. Boturini, á quien en su causa se le había hecho gran cargo de ser extranjero, tuvo la satisfacción de que un hombre tan distinguido como el Sr. Mayans y Siscar, escribiera de él: "le elegimos por académico nuestro, aunque extranjero, si deve tenerse por tal el hombre sabio y util."

El señor Icazbalceta no habla de esta obra, y Beristáin toma las dos portadas como dos distintas obras, aunque á la segunda le da la fecha de 1751, lo que haría suponer una reimpresión que no creo que se hiciera, por la naturaleza misma del escrito.

¿Escribió su obra sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe? Yo solamente tengo copia de un fragmento de su Prólogo Galeato. El título es:

"Laurentii Boturini de Benaducis, Sacri Romani Imperii Equitis, Romini de Turre et Hono cum pertinentiis, Margarita Mexicana, id est Apparitionis Virginis Guadalupensis Joanni Didaco, ejusdem avunculo Joanni Bernardino, necnon alteri Joanni Bernardino. Regiorum

tributorum exactori, acuratius expensae, tutius propugnatae, sub auspiciis"......

No habla de esta obra Beristáin. Proponíase el autor probar la aparición con 31 fundamentos. El fragmento sólo abraza parte del primero, y contiene los siguientes capítulos, que dan noticias importantes de nuestras antigüedades.

1.—De Filis Indorum Historicis, qui Peruani "Quipus," Mexicani "Nepolhuatzintzin" apellant.

2.—De Indorum Poetarum Canticis, sive Prosodiis.—En esta parte trae el MS. la traducción en prosa y verso, que de los cantares de Netzahualcoyotl hizo D. Fernando Alba Ixtlixochitl, y un cantar en mexicano.

3.—De Figuris Historicis Indorum.

4.—De Figuris Indorum Geographicis.

5.—De Caracteribus Indorum Chronologicis.

Este fragmento comprende las páginas 157-318 del tomo 14 de "Opúsculos Históricos," coleccion de sus MSS.

* * * *

Volvamos al famoso Catálogo del Museo. Hemos visto ya que fué publicado con la "Idea de una nueva historia general de la América Septentrional." No era, sin embargo, el índice completo de los papeles y jeroglíficos que se le habían

secuestrado; y el decir en su Idea de la historia de América, que escribía tan sólo por lo que conservaba en la memoria, hace suponer que por sus recuerdos formó dicho Catálogo. Yo no puedo creer que tan prodigiosos recuerdos tuviese, más cuando en su "Prólogo al Lector," le dice que fué también despojado de todas las apuntaciones que traía de las Indias. Claro es, por lo mismo, que no tenía á la mano copia del inventario que se hizo en su causa, el cual además es mucho más extenso que el primero.

Por una parte que de su declaración, copiada anteriormente, se ve que había mandado dicho Catálogo al Rey de España y al Consejo de Indias; y parece deducirse de sus palabras que lo había formado en su prisión, cuando tenía sus recuerdos muy frescos y en su poder sus "apuntaciones."

Creo que uno de esos Catálogos enviados á España, fué el que sirvió de original á la impresión.

Conozco, además, copia de los siguientes, que forman la historia de tan importante Museo.

—Inventario del Museo de D. Lorenzo Boturini, formado por el oidor D. Diego Valcárcel, juez de su causa.—Año 1743. —MS. de 126 págs. en 4°.

—Inventario del Museo de D. Lorenzo Boturini, formado por D. Patricio Anto-

nio López.—Año de 1745.—MS. de 200 págs. en 4°.

—Inventario del Museo de Boturini, formado por D. Ignacio de Cubas, en el año de 1804.—MS. de 78 págs. en 4°.

—Reconocimientos del estado que guardaban los Monumentos históricos y papeles del Museo de Boturini, en el año de 1823, formado por D. Ignacio Cubas. —MS. de 10 páginas en 4°.

—Lista de los documentos que faltan del Museo de Boturini.—1823.—MS. de 4 páginas en 4°. Los documentos están marcados nada más con su número.

—Razón de los mapas y documentos de la antigüedad mexicana, que en el día existen en la Secretaría de Estado y Relaciones, pertenecientes al Museo de D. Lorenzo Boturini Venaduci. — (Lo supongo de 1833.) —MS. de 38 págs. en 4°.

Estos inventarios nos van marcando la destrucción paulatina de tan rica colección. De la Secretaría del Virreinato pasó á la Biblioteca de la Universidad, de allí al Ministerio de Relaciones, y al fin al Museo Nacional; y cada vez fué disminuyéndose más y más. Hoy casi no existe. La parte más importante está en París, en poder de Mr. Aubin, quien, según mis noticias, la adquirió en el convento de San Francisco de México. Esto me hace suponer que, si no todo el Museo, lo más importante fué enviado á

aquel convento, cuando se formó la colección de copias, de las que un ejemplar está en el archivo general de la Nación; y otra se mandó al cronista Muñoz, y hoy se encuentra en la Academia de la Historia de Madrid con el primer tomo duplicado. En mi concepto se formó una tercera colección de la cual tuve casi todos los tomos.

* * * *

El señor D. José F. Ramírez, empeñoso siempre por conservar para México los documentos de su historia, consiguió de M. Aubin que se litografiaran algunas de las pinturas de Boturini.

Estos documentos son: 1.—Un ritual jeroglífico de las fiestas de los indios, que se agregó como apéndice á las estampas del Padre Durán.—16 láminas en folio, con colores.—Tienen, en la parte inferior: "De la colección de Mr. Aubin.—Lit. de Jules Desportes Instit Impér des Sourds Muets."—Es muy notable la lámina 16, que representa la verdadera figura del Templo mexicano que tanto se ha discutido.—Hay ejemplares de este Códice en el Museo y en poder de los señores Agreda, Altamirano, Icazbalceta y mío.

En esta impresión las láminas están en dirección vertical para acomodarlas á la obra de Durán; hay otro tiro en di-

rección horizontal en 9 láminas, como se hallan en el original, del cual conozco un único ejemplar.

2.—Tonalamatl, calendario ritual mexicano del año religioso, de 260 días.—20 láminas con colores.—No tienen marca de imprenta ni colección, y el fondo imita el color del papel de maguey.—Encontré solamente cinco ejemplares con colores, y están en el Museo, y en mi poder y de los señores Altamirano é Icazbalceta.

El señor Ramírez tenía otro ejemplar, al cual había agregado las láminas 11, 13 y 19 del Tonalamatl de la Biblioteca de París, que tienen algunas variantes.

3.—Mappe de Tepechpan. (Histoire Synchronique et Seignoriale de Tepechpan et de Mexico.)

Bajo este título fué publicado en la misma imprenta de Desportes, en París, un jeroglífico que abraza la historia de los reyes mexicanos y la de los "tecuhtli" de Tepechpan. Además del ejemplar de Mr. Aubin, existen dos copias más extensas: una, la más completa, del P. Pichardo, y la otra, en pergamino, del Museo Nacional. Ambas se tuvieron presentes en la impresión, en donde están marcados sus límites respectivamente.

Ni la copia del P. Pichardo, ni la del Museo, tienen colores; y así están los muy pocos ejemplares que corren de la imprenta. El original es una sola tira de

una cuarta de ancho, y como ocho varas de largo. En la impresión se ha doblado el ancho, cortando á la mitad del jeroglífico, y poniendo la segunda mitad en otra faja debajo de la primera. Así tengo un ejemplar.

Tengo otro en que he colocado en la encuadernación toda la faja continuada. Este tiene colores en la parte tomada del original de Mr. Aubin, habiendo servido para el caso una copia de este monumento mandada sacar en París, por el señor Ramírez. Esta copia, tercer ejemplar de mi colección, aparece dividida en páginas, como el original, y tiene 12 de ellas.

Tiene el jeroglífico varias leyendas manuscritas en mexicano, letra del siglo XVI; y en la impresión varias notas y referencias en francés, de Mr. Aubin.

Este es el número 4, párrafo III del Museo de Boturini.

4.—Mappe Tlotzin.—Histoire du Royaume d'Aculhuacan ou de Tezcuco. (Peinture non Chronologique.) La misma imprenta. Tiene la parte jeroglífica vara y media de largo por 13 pulgadas de ancho. Grandes leyendas en mexicano, letra del siglo XVI: notas y referencias en francés, de Mr. Aubin. Este jeroglífico es el número 3 del párrafo III del Museo de Boturini (pág. 4), en donde dice: "Otro Mapa en una Piel cura-

da, donde se pinta la Descendencia, y varios parentescos de los Emperadores Chichimecos, desde "Tlótzin," hasta el último Rey Don Fernando de Cortés "Ixtlilxochitzin." Lleva varios renglones en lengua Náhuatl."

Son muy raros los ejemplares de la impresión. No tiene colores.

5.—Mappe Quinatzin.—Cour Chichiméque et Histoire de Texcuco.—La misma imprenta. Tiene la parte jeroglífica una vara de largo por media de ancho. Leyendas en mexicano, letra del siglo XVI: referencias en francés de Mr. Aubin. No tiene colores. Son muy raros también los ejemplares. Este jeroglífico es, en mi concepto, el número 5 del párrafo III del Museo de Boturini.

6 y 7.—En la misma imprenta dió á luz Mr. Aubin, en un cuaderno de 168 páginas en octavo, dos jeroglíficos con colores. Es el núm. 14 del párrafo VIII del Museo de Boturini, quien lo describe así: "Otra "Historia de la Nación Mexicana," parte en Figuras y Caractéres; y parte en prosa de lengua "Náhuatl," escrita por un Autor Anonymo el año de 1576, y seguida en el mismo modo por otros Autores Indios hasta el año de 1608. Lleva al principio pintadas las quatro "Triadecatéridas" del Kalendario Indiano, y al fin unas figuras de los Reyes Mexicanos, y otros Governadores Christianos.

con las cifras de los años, que governaron."

Esta última parte de que habla Boturini, es un segundo códice.

No sé que haya más ejemplares en México, que el mío y el que tuve el gusto de regalar al Sr. Orozco.

En el Museo había otro ejemplar, de que tengo copia, y que creo fué el de Boturini: tiene algunas diferencias con el de Aubin. Desde luego son diversos los colores; y además, mientras el de Aubin tiene sólo una laguna, en éste faltan los anales correspondientes á las páginas 33 á 50 del otro, y á la 68 hasta entrar las figuras con que concluye la 86. En esta copia, hay á veces diferencia en la disposición de las figuras, y generalmente en cada página se comprenden dos de la edición de Mr. Aubin.

8.—Anales tolteca-chichimeca. Comienzan con la salida de la tribu del cerro de Culhuacan, hasta llegar á Tollan, y su incorporación con los Nonoalca. Terminan el año 1527.—Reproducción litográfica del MS. original en mexicano.—18 fojas en folio con algunas figuras; una foja sencilla y otra doble con jeroglíficos.—Hay una traducción de letra de Mr. Aubin, y otra hecha por el Sr. Galicia Chimalpopoca.—No tiene nombre de imprenta.

No se ha publicado más de la preciosa

colección de Boturini. Como ya he dicho, gran parte de sus manuscritos existen en París en poder de Mr. Aubin; algunos hay en nuestro Archivo general, y varios muy interesantes, entre ellos los relativos á la Virgen de Guadalupe, fueron míos. Los demás se han perdido por la incuria con que se han visto siempre los preciosos anales de nuestra historia patria.



VEYTIA.

Historia Antigua | de Méjico, | escrita por | el Lic. D. Mariano Veytia. | La publica | con varias notas y un apéndice | el C. F. Ortega. | Méjico. | Imprenta á cargo de Juan Ojeda, | Calle de las Escalerillas número 2. | 1836.

Tres volúmenes en cuarto menor.

Tomo I.—Retrato del Autor.—Noticia sobre el Autor, I-XXXIX.—Historia Antigua, págs. 1-304.—Tablas Cronológicas, págs. 305-18.—Indice, 318-20.

Tomo II.—Texto, págs. 1-329.—Indice, págs. 330-36.

Tomo III.—Texto, págs. 1-209.—Apéndice.—Advertencia, págs. 211-21—Apéndice (complemento de la Historia por el Sr. Ortega), págs. 223-420.— Fragmentos de Veytia, págs. 421-27.—Indice, páginas 428-32.—Siguen 7 láminas, repre-

sentando 7 diversas ruedas, 5 combinaciones del calendario mexicano.

Ya en la famosa colección de Lord Kingsborough, tomo VIII, se habían publicado los 23 primeros capítulos de la obra, y además un Discurso preliminar, que falta en la edición mexicana. El título en Kingsborough, es el siguiente: Historia | del origen de las gentes que poblaron la América septentrional, | que llaman la Nueva España; | con noticia de los primeros | que establecieron la monarquia que en ella florecio de la Nacion Tolteca, | y noticias que alcanzaron de la creacion del Mundo. | Su autor | el Licenciado Don Mariano Fernandez de Echeverria y Veytia, | Caballero Prefeto del Orden Militar de Santiago.

Muchos y muy justos elogios ha merecido nuestro historiador; y uno de sus admiradores me decía no ha mucho, que era una lástima que no hubiese apoyado sus escritos con citas de las fuentes históricas que le sirvieron. Como murió antes de concluir su obra, y evidentemente no la tenía lista para la estampa, no podemos saber si fué su intención publicarla tal como ha salido á luz. En ella debemos distinguir tres partes diferentes: la histórica, el calendario y su estudio sobre la venida de Santo Tomás. Comenzando por ésta, diré que iniciada la idea por Sigüenza, había encontrado,

desde luego apoyo en la corriente religiosa de su tiempo. Hemos visto ya á Vetancurt aceptando el viaje del Apóstol; Boturini buscaba con ansiedad el MS del Fénix de Occidente; y Veytia tampoco pudo encontrarlo. Pero Boturini decía en el número 6 del párrafo XXIV de su Catálogo (pág. 50): "Ademas tengo unos Apuntes Historicos de la Predicacion del Glorioso Apostol Santo Thomas en la America. Hallanse en 34 fojas de papel de China, que supongo sirvieron a Don Carlos de Siguenza y Gongora para escribir en el mismo assunto la Obra "Fénix del Occidente," etc." Este MS. fué copiado por Veytia, y su copia se halla en un volumen intitulado: "Papeles curiosos de Historia de Indias," recogidos por el mismo Veytia; volumen que perteneció á la rica biblioteca del Sr. D. José M. Andrade, y que con ella fué vendido en Europa el año de 1867.

El Sr. Ramírez, en una curiosa y erudita disquisición histórica, que conservo manuscrita, se propone investigar quién había sido el autor de este opúsculo, que como se ha dicho, perteneció al Museo de Boturini. Me bastará decir que encontró, que en parte era el mismo texto, aunque incompleto, del Fénix de Occidente, hallado en el Códex Sigüenza, y les fijó á ambos como autor, al jesuita Manuel Duarte, que vino á México de Filipinas,

y después de residir aquí 14 años, volvió en el de 1680 á Manila. Las razones del Sr. Ramírez, que me parece inútil reproducir, llegaron á hacerme dudar de que el opúsculo del codex Sigüenza, fuera de este autor; pero me contuvo la consideración, de que á ser cierto, no hubiera pasado D. Carlos de un plagiario, que tomaba para sí, y daba por suyos, trabajos ajenos.

Sin embargo, el MS. de Filipinas dice terminantemente:—"Quiero escribir aquí una historia pintada por figuras al modo de los Indios, la cual tuve en Mexico mas de catorce años, sin entenderla del todo, hasta que llegue a leer lo aqui copiado de Herrera, de Cealcoquin, "la cual," año de 1680, cuando me volvi a Filipinas, "dexe al Sr. D. Carlos de Siguenza y Gongora," Catedratico de matematicas, juntamente "con un cuaderno manuscripto de mas de cincuenta y dos fojas" de noticias de haber predicado en Nueva España Santo Tome Apostol." —Mucho he pensado en estas dificultades, y he llegado á creer que el P. Duarte fué un colaborador de Sigüenza: ayudábale acaso en sus investigaciones, pero como una segunda mano, y aun puedo decir que era como un escribiente suyo. Me confirma en esta idea que el MS. de las "Anotaciones á Bernal Diaz y Torquemada," que es sin duda una copia en

limpio, está escrito de la misma letra de Duarte. Así tendremos, que sin negarle á éste la parte que haya podido tener, la idea y obra del Fénix de Occidente serán siempre de Don Carlos Sigüenza y Góngora, y suyo el opúsculo encontrado en su Códice.

Por lo que toca á Veytia, en esta parte de su Historia, cáp. 15 á 20 del libro primero, no hizo más que reproducir lo que en el MS. había encontrado.

* * * *

Pasemos á la parte del Calendario.—Generalmente, y sin discusión, se ha aceptado el sistema que D. Antonio León y Gama publicó en la Descripción Histórica y Cronológica de las dos Piedras, que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790. (México, 1792.—México, 1832.—Traducción italiana, Roma, 1804.) —Como difiere de éste el sistema de Veytia, ha sido generalmente condenado. Creo que en parte se variará esta opinión, cuando el señor Lic. D. Manuel Orozco y Berra publique su importantísimo trabajo sobre el Calendario Mexicano, que en un grueso volumen en cuarto tiene concluído, y el cual me ha hecho la honra de dedicarme.

Además de los estudios sobre el Calendario, que forman parte de la obra impresa de Veytia, escribió un tratado especial, que contiene variantes importantes, y otro método de redacción original. Es un cuaderno en folio de 20 fojas, escrito todo de su mano, y lleno de correcciones y enmendaturas. Su título es: Explicacion De los Computos Astronomicos de los Indios, para la intelligencia de sus Kalendarios. Tiene al fin una Noticia De las Fiestas que Celebraban los Indios de la Nueva España en honor de sus mentidos Dioses sacada de Varios monumentos antiguos y fidedignos, que tengo en mi poder.

* * * *

En cuanto á la parte histórica, hay que decir la verdad: escrita en claro y elegante estilo, no es más que el trasunto de los manuscritos de Ixtlilxochitl; sin que el autor haya puesto de su parte otra cosa que la corrección no siempre oportuna de los nombres mexicanos, y la rectificación de la cronología, pues como D. Fernando Alba no hizo tablas incurrió en muchos errores, que pudo enmendar en algo Veytia, siguiendo sus tablas que acompañan la edición impresa. La obra no concluyó, por la muerte de su

autor, y llega solamente hasta el advenimiento de Netzahualcoyotl.

Sabido es que se mandó entregar á Veytia el Museo de Boturini; pero no supo sacar partido de los grandes tesoros históricos que encerraba, pues casi sólo aprovechó los escritos de Ixtlilxochitl.

* * * *

Veytia escribió también otras obras, que han quedado inéditas.

—Diario del Lic. D. Mariano Fernandez de Echeverria y Veytia desde el dia 11 de Abril de 1737 que salió del reino de la Nueva España para viajar por los reinos de Europa.—Apuntes particulares que forman un volumen en octavo.

—Libro de fiestas de Indios y su explicación, un volumen en 4°.

—Historia de Puebla.—Existe en el Museo, 2 vol. en folio.

—Discursos Académicos sobre la Historia Eclesiástica. Proferidos en la Academia de los Curiosos por D. Mariano Fernandez de Echeverria y Veytia. Señor de la casa Infanzona y Solariega de Veytia y Caballero del Orden de Santiago. 2 vol.

—Arenga que para la apertura de los Curiosos en Madrid hizo D. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, el día 7 de Septiembre de 1747.

—Oración nuncupatoria en la solemne dedicación de la misma Academia, bajo la protección de María Santísima de Guadalupe de Méjico.—Diciembre 14 de 747.

—Oracion panegírica hecha en la misma Academia, á la Resurrección de N. S. J. C.

—Disertacion sobre la mayor utilidad entre la jurisprudencia y la medicina.

—Disertacion sobre que sea mas poderoso para destruir la amistad, los honores ó las riquezas.

—Baluartes de Méjico. (publicados). El MS., vol. en 4º. menor, tiene por título:

Baluartes de Mexico.—Relacion Historica dè las quatro Milagrosas Imagenes de Nuestra Señora que se veneran en la mui Noble Leal e Imperial Ciudad de Mexico Capital de la Nueva España, y Descripcion de sus Magnificos Santuarios.—Escrita por el Licenciado Don Mariano Fernandez de Echeverria y Beytia (sic.), Señor de la Casa Infanzona y Solariega de Beytia, Cavallero profeso del Orden de Santiago, y Abogado de los Reales Consejos.—Quien la dedica al Exmo. Señor F. D. Antonio Maria Bucareli y Ursua Virrey de esta Nueva España & &.—Año de 1778.—Van al fin unas notas curiosas e Interesantes ala claridad de la Historia, puestas por D. Francisco Seclano. 1801.

El texto tiene 245 páginas y 75 las notas, con algunas estampas y un pedazo de ayate de maguey. Hay ademas separadamente, unas cinco hojas de correcciones á esta obra, todas de letra del autor.

Como colector, dice su biógrafo, que reunió 4 volúmenes de MSS. El uno, Los Anales de Madrid por D. Antonio Leon Pinelo; dos de Papeles Curiosos; y el cuarto una copia de El Duende de Madrid.

Está en mi poder el MS. de El Duende de Madrid, letra de Veytia: se divide en dos partes, la primera en verso: Papeles del Duende politico de Madrid, en los q. da cuenta de su Vida, Prision, y Fuga, &c.—Año de 1735; y en prosa la segunda parte: Historia del Duende de Madrid.—Vida, Persecuciones, Prision, y Fuga de un Sospechoso, y Satira del Incognito, y Verdadero. En Madrid, á 1ro. de Diziembre de 1736.

Tengo también un tomo MS. con el título de "Varias Quriosidades," en que parte de sus documentos parecen ser de letra de Veytia.

No debemos olvidar el tomo que fué del señor Andrade, y contiene varios opúsculos históricos colegidos por nuestro autor.

Es preciso decirlo para concluir, ninguno de nuestros historiadores tuvo á su

disposición mayor copia de preciosos monumentos de nuestra historia que Veytia; perdió el tiempo en escritos sin importancia, y desperdició las riquezas históricas que le vinieron á las manos. Su obra, sin carecer de importancia, es inferior, no sólo á las crónicas antiguas, sino también á la Historia de Clavijero.



VEGA.

—

Vega (Fr. Manuel de). Hemos visto ya que hizo una copia de las "Memorias de Texas" del P. Morfi.—Copió además los siguientes escritos:

—Dos gruesos volúmenes en folio, el primero de 488 fojas y de 319 el segundo, con el título de Documentos para la Historia eclesiástica y civil de Texas. Comprenden las materias de los tomos 27 y 28 de la colección del Archivo.—Estos volúmenes están lujosamente empastados en tafilete labrado y dorado, con cantos igualmente dorados, y con un escudo sostenido por dos leones coronados, dentro de él dos leones teniendo una mano, y todo rematado por una corona de duque. La pasta y el escudo me parecen ingleses.

—Un tomo MS., dividido en dos volúmenes, que contiene una copia de las Noticias de la Nueva California, escri-

tas por el R. P. Fr. F. Paloú.—648 fojas fol.—Corresponden á los tomos 22 y 23 del Archivo.—Publicadas ya en los tomos 6 y 7 de la cuarta Serie de Documentos para la Historia de México.

—Un tomo MS. en folio intitulado: Establecimi | ento y progresos | de las Misiones de la Antigua | California | y | memorias piadosas | de la Nacion Indiana | —Contiene, primero: Establecimiento y progresos de las misiones de la antigua California, Dispuestos por un Religioso de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico. Año de 1791.—186 fojas —2°. Memorias | Para la Historia natural de California | Escritas | Por un Religioso de la Pro | vincia del Santo Evang°. de Mexico. | Año de 1790.—29 fojas—Publicadas ambas en el 5°. volumen de la 4a. Serie de Documentos para la Historia de México.—3°. Memorias | Piadosas de la Na| cion Indiana recogidas de varios | Autores | Por el P F Joseph Diaz de la Vega | Predicador genl. e Hijo de la Prova. del | Santo Evangelio de | Mexico | Año de 1782. 165 fojas—Corresponde al tomo 33 del Archivo.

—Un volumen MS. en folio. Contiene, primero: Viages á la nacion pima de los misioneros jesuitas.—163 fojas.—Publicados en el tomo primero de la 4a. Serie citada. Segundo: Fragmentos Histo-

ricos del Nayarit, Tarahumara, Pimaria, e Indios Seris, extraidos de varios MSS. sueltos de los Padres Jesuitas Misioneros en aquellos Payses. por vn Religioso de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico. Año de 1791.—19 fojas. 3°. Noticias sobre Sonora.—141 fojas—Publicadas en la 3a. Serie de los Citados Documentos.—Corresponde al tomo 16 del Archivo.

—Un vol. MS. fol., cuyo título es: Memorias | Para | La Historia de la | Provincia | de | Sinaloa.—491 fojas.—Corresponde al tomo 15 del Archivo.

—5 vol. MSS. en folio.—Tomo 1°. Aparato | a la cronica | de Mechoacan | Escrito por el R. P. F. Pablo | Beaumont.—365 fojas, y 5 libres, dos cartas geográficas.—Tomo 2°. Continuacion, 3 fojas libres y de la 365 á la 733, y 3 mapas—3°. Libro 1°. | de la | Cronica de Mechoacan —6 fojas libres, 372 fojas, y al fin un mapa y 4 estampas jeroglíficas con colores.—Tomo 4°. Libro segundo | de la | Cronica | de Mechoacan.—3 fojas libres, 333 fojas, y al fin 3 estampas jeroglíficas. —Tomo 5°. Continuacion | del Libro segun | do de la Cronica de Mechoacan.—3 fojas libres, 324 fojas y al fin una estampa de escudos.—Corresponden á los tomos 7, 8, 9, 10 y 11 del Archivo.

Este ejemplar fué de D. Carlos M. Bustamante, quien como es sabido, pu-

blicó parte del Aparato, cambiándole nombre, y atribuyendo la obra al P. Vega. Este mismo ejemplar fué facilitado por mí al distinguido redactor de 'La Iberia,' D. Anselmo de la Portilla, mi buen amigo, quien publicó la Crónica en los tomos 15 á 19 de su colección, aunque suprimiendo los mapas y jeroglíficos.

El haber hecho el P. Vega esta colección de copias al mismo tiempo que se formaba las dos destinadas al historiador Muñoz y á la Secretaría del Virreinato, convence de que colectó una tercera para su Convento, de la cual no había noticias.

* * * *

Y aquí es tiempo de hablar de la famosa colección formada para Muñoz. Mandada hacer por el virrey Revillagigedo, coligió el P. Francisco García Figueroa los MSS. más notables que entonces existían en esta ciudad. Ya he tenido ocasión de decir que se hicieron dos copias, una que quedó en la Secretaría del Virreinato, y otra que se mandó á España para D. Juan Bautista Muñoz. Formóse la colección en el año de 1792, en el Convento de S. Francisco, y se compuso de 32 volúmenes en folio. Ya se ha referido también, que por equivocación se mandó á España duplicado el Ier.

tomo, y que éste falta en México; que el ejemplar enviado se guarda hoy en la biblioteca de la Real Academia de la Historia en Madrid, y que el otro se conserva en el Archivo Nacional en México. Finalmente sabemos que una tercer copia fué sacada por el P. Vega, aunque sin poder decir si de todos los 32 volúmenes. Voy á dar una lista del contenido de cada tomo de esta colección, la más preciosa que en aquellos tiempos pudiera hacerse, explicando lo que se haya publicado y las copias cuya existencia conozca yo.—El título principal de los volúmenes del Archivo, que varía en algunos, es "Colección de Memorias para la Historia general de la Nueva España."

—Tomo 1º. Los dos ejemplares primeros están en la Academia de la Historia.—Ya hay copia en nuestro Archivo. Contiene: 24 piezas de Boturini; Instrucciones del Obispo Palafox al Virrey Conde de Salvatierra; Informe de Sigüenza sobre la Bahía de Panzacola; y 4 cartas sobre California del P. Salvatierra.

Las piezas de Boturini no se han publicado. Yo tengo, en mi colección de MSS.—Primero, la pieza n. 12, que es el testamento de Sebastián Tomelin, testimonio auténtico solicitado por Boturini. Segundo. Las piezas 22, 23 y 24, que son

copia de la causa de Boturini. El original se conservaba en el Museo Nacional.

Las instrucciones del Obispo Palafox están inéditas.

El informe de Sigüenza estuvo original en mi poder. Ya hemos visto que se publicó, aunque la impresión se ha perdido. Otra copia existe en el codex Morfi, que es en su mayor parte copia de este 1er. tomo.

Las cuatro cartas del P. Salvatierra. Además de la copia de Madrid y del Archivo, hay una copia en el codex Morfi y otra hecha por el Sr. Ramírez. Publicada en el tomo primero de la segunda Serie de Documentos.

—Tomo segundo. En Madrid y en el Archivo. Contiene:

Primero.—Teatro de virtudes políticas por Sigüenza.—Publicado en el tomo que forma la 3a. Serie de Documentos para la Historia de México. La impresión de las 4 Series ha sido muy descuidada.

Segundo.—Vida y Martirio de los niños de Tlaxcalla.—Publicada en el mismo tomo.—Hay una copia del original en mexicano.

Tercero.—Relación del Nuevo-México, por el P. Gerónimo de Zárate Salmerón. —Publicada en el mismo tomo. Hay (tomo segundo de Misiones y Viages) una copia de letra del P. Morfi.

Cuarto.—Carta del P. Silvestre Velez Escalante.—Existe la original firmada.—Publicada en el mismo tomo.

Quinto.—Restauración del Nuevo México por Diego Vargas Zapata, por un hijo de la Provincia del Santo Evangelio. —Publicada en el mismo tomo.

Tomo tercero.—En Madrid y en el Archivo. Contiene:

1º.—Relación del hermano Alonso de Posadas sobre el N. México.—Publicada en el mismo tômo; pero en la impresión dice "Fr. Alonso de Paredes."

2º.—Cuadro cronológico de los Indios mexicanos.—Publicado en el mismo tomo.

3º.—Calendario Indiano Tulteco.— Publicado en el mismo tomo.

4º.—Poesías de Netzahualcoyotl.—Publicadas en el mismo tomo..

5º.—Viage de Indios y Diario del Nuevo México, escrito por el R. P. Fray Agustín de Morfi.—Publicado en el mismo tomo.—El original está en el tomo 1º. de Misiones y Viajes.

Tomo 4º.—Relaciones de Ixtlilxochitl. —En Madrid y el Archivo.—Publicadas en el tomo 9º. de la Colección de Lord Kingsborough.—Existen numerosas copias. Como el original se ha perdido, el MS. más auténtico, es la copia de puño y letra de Boturini, única sacada del es-

crito de Ixtlilxochitl, y la cual fué mía. (Publiqué las obras de Ixtlilxochitl en 1891-1892, con numerosas notas mías y con las del Sr. Ramírez.)

Tomos 5º. y 6º.—Historia de la Conquista de Nueva Galicia, por Mota Padilla.—En Madrid y el Archivo.—En poder del Sr. Ramírez había dos copias, una antigua que parece ser un ejemplar de los mandados hacer por el mismo Mota Padilla, y una moderna con diversas anotaciones, correcciones y variantes puestas por el Sr. Ramírez: ambas fueron mías. Tenía yo también, desde hace tiempo, otra copia en dos volúmenes: ésta y una cuarta copia del Sr. Icazbalceta, sirvieron para la publicación que, como Comisión de la Sociedad de Geografía y Estadística, hicimos los señores Orozco, Hernández Dávalos y yo, con la importante cooperación del señor García Icazbalceta. Ya se había hecho antes una impresión en tres tomos en 8º., en el folletín del "País," periódico de Guadalajara; pero á más de ser muy rara, fué tan incorrecta, que en realidad la obra quedó inédita. La edición de la Sociedad de Geografía se hizo en un volumen, en folio menor, de 523 páginas á dos columnas; 10 fojas libres de Indice y Erratas: al principio va el Acta n. 25 de la Sociedad, págs. I-XII, y unas noticias biográficas del autor por el señor D. Joaquín García

Icazbalceta, págs. XIII-XIX.—Tiene las dos siguientes portadas:

Historia de la Conquista | de la | Provincia de la Nueva-Galicia, | escrita por el Lic. | D. Matias de la Mota Padilla | en | 1742. | Publicada por la Sociedad Mexicana | de Geografía y Estadística. | México. | Imprenta del Gobierno, en Palacio, | á cargo de José María Sandoval. | 1870.

La segunda portada, tomada del MS., dice:

Conquista del Reino | de | la Nueva-Galicia, | de la | America Septentrional. | Fundacion de su capital, ciudad de Guadalajara, sus progresos militares y politicos, | y breve descripcion de los reinos de la Nueva-Viscaya, | Nueva-Toledo ó Nayarit, Nueva-Extremadura ó Coahuila, | Nuevas-Filipinas ó Tejas, | Nuevo Reino de Leon, Nueva-Andalucia ó Sonora y Sinaloa. | con noticia de la isla de la California, | por comprenderse unos de dichos reinos en el obispado de dicha ciudad | y otros en el Districto de su Real Audiencia. | Escrita por el Lic. | Don Matias de la Mota Padilla, | natural de dicha ciudad de Guadalajara, | Alguacil Mayor del Santo Oficio, | y actual Abogado Fiscal de dicha Real Audiencia. | Año de 1742.

Se tiraron de esta edición 600 ejemplares de las entregas del Boletín de la

Sociedad, y 250 como sobretiro en papel común. Imprimiéronse además, á mi costa, seis ejemplares en vitela, para los señores Icazbalceta, Orozco, Andrade, Hernández, Dávalos y yo, y uno para el Gobierno de Jalisco.

Va adornada la obra con las siguientes litografías: Armas de la ciudad de Guadalajara; Escudo del conquistador Francisco de Mota; id. del conquistador Cristóbal Romero; y facsímiles de Mota Padilla, ésta última también costeada por mí.

Tomos 7, 8, 9, 10 y 11.—Crónica de la Provincia de Michoacán por el P. Beaumont.—En Madrid y el Archivo.—Hay otra copia del P. Vega.—Publicada, sin mapas ni jeroglíficos, en la Biblioteca de "La Iberia."

Tomo 12.—Crónica Mexicana por D. Fernando Alvarado Tezozomoc. — En Madrid y en el Archivo.—Copias en poder del señor Icazbalceta y mío. Impresa en el tomo IX de la colección de Kingsborough, y en versión francesa, en 2 tomos en octavo, por Ternaux Compans. (El señor Vigil la publicó en 1878).

Tomo 13.—Historia Chichimeca, por D. Fernando Alba Itlilxochitl.—En Madrid y en el Archivo.—Copias en poder de los señores Icazbalceta, Orozco y mío. —Impresa en el tomo IX de Kingsbo-

rough, y en versión francesa, en dos tomos, por Ternaux Compans. (Publicada por mí en 1892.)

Tomo 14.—Memorias sobre la ciudad de México, sacadas de varios autores, manuscritos é impresos.— En Madrid y el Archivo.

Tomo 15.—Memorias para la Historia de la Provincia de Sinaloa.—En Madrid y el Archivo.—Hay un ejemplar MS. del P. Vega.—No está publicado.

Tomos 16, 17 y 18.—Documentos importantes para la Historia de Sonora.—En Madrid y el Archivo.—Las materias del tomo 16 están publicadas en el citado tomo que forma la tercera Serie de Documentos; y ocupan las páginas 488 á 932; las del tomo 17 en el primer volumen de la cuarta Serie; y las del tomo 18 en el segundo volumen. Hay copia del P. Vega de las Noticias sobre Sonora, que están en el tomo 16.—Hay además algunos otros documentos de los comprendidos en este tomo, ya copias, ya originales, colegidos en los tres volúmenes de Misiones y Viajes.

Tomos 19 y 20.—Documentos para la Historia de Nueva Vizcaya.—En Madrid y el Archivo.—En mi poder copia del señor Ramírez.— Publicados en los tomos 3 y 4 de la cuarta Serie.

Tomo 21.—Establecimiento y progre-

sos de las Misiones de la Antigua California.—En Madrid y el Archivo.—Hay un ejemplar del P. Vega. Publicados en el tomo quinto de la cuarta Serie de Documentos.

Tomos 22 y 23.—Noticias de la Nueva California, escritas por el R. P. Fr. F. Paloú.—En Madrid y el Archivo. —Hay copia del P. Vega.—Publicadas en los tomos 6 y 7 de la misma Serie.

Tomo 24. — Diarios de Derroteros Apostólicos y Militares.—En Madrid y el Archivo. Comprende:

1.—Viaje del P. Garces, publicado en el tomo primero de la segunda Serie de Documentos.

2.—Cartas del P. Antonio Barbastro, 1731.

3.—Diario del P. Font, 1775.

4.—Id. del P. Capetillo.

5.—Viaje de la Fragata Santiago á las costas del mar del Sur.

6.—Diarios de Urrea y otros.

7.—Diario de Juan Bautista Anza, 1773.—Existe el original.

8.—Expedición de Vildósola, 1780.—Existe el original.—Ambos en el tomo segundo de Misiones y Viajes.

Tomos 25 y 26.—Documentos para la Historia Eclesiástica y Civil del Nuevo-México. — En Madrid y el Archivo.—Algunos de los documentos comprendidos, están originales ó en copia, en la citada

colección Misiones y Viajes. En el tomo 26 se comprende el derrotero de los PP. Domínguez y Vélez, publicado en el tomo primero de la segunda Serie de Documentos.—En mi poder el original, en el tomo segundo de "Misiones y Viajes.

Tomos 27 y 28.—Documentos para la Historia Eclesiástica y Civil de Texas.—En Madrid y el Archivo.—Hay copia del P. Vega.

Tomo 29.—Monumentos para la Historia de Coahuila y Seno Mexicano.—En Madrid y el Archivo.

Tomo 30.—Tampico, Río Verde, Nuevo Reino de León.—En Madrid y el Archivo.

Tomo 31.—Noticias de varias ciudades.—En Madrid y el Archivo.

Tomo 32.—Memorias piadosas de la Nación Indiana.—En Madrid, y en el Archivo.

Sobre esta colección debo decir que Ternaux-Compans publicó un extracto del catálogo de Muñoz, con varias inexactitudes, ya en las piezas contenidas, ya principalmente en sus títulos.

El señor D. José Fernando Ramírez tenía un extracto extenso y exacto de estos MSS. en un tomo que intituló Catálogo de Colecciones históricas, el cual comprende: Primero, Copia de los ma-

nuscritos que recogió en sus viajes Don Juan Bautista Muñoz, y se entregaron en su muerte á su Magestad. Sacada de la Bibloteca Valenciana de Don Justo Pastor Fustér. Valencia 1827. 2 vol. fol.—160 págs. en octavo.

2°. Apuntes sacados de los Catálogos y papeletas de la Biblioteca de la Real Academia española de la Historia, Archivo de Indias en Sevilla y Biblioteca de Cádiz, por el señor Ramírez.—Págs. 161-96.

3°. Indice de la Sección de Historia del Archivo general de México.—Págs. 199-555.

4°. Documentos insertos en el Diario de México.—Págs. 557-93.

Del Indice de la Sección de Historia, se ve que el Archivo general tiene 31 volúmenes MSS. y 49 legajos; en todo 80 volúmenes sobre nuestra Historia antigua y Epoca colonial.



CALENDARIO AZTECA

I

Con este nombre se conoce una gran piedra que verticalmente estaba adherida al lado occidental del cubo de una de las torres de la Catedral de México. (1) Al componer el empedrado de la Plaza mayor, el año 1790, fué encontrada y colocada en el sitio que aún ocupa. D. Antonio de León y Gama la describió y explicó en 1792, y creyéndola un calendario, le impuso ese nombre, con que generalmente se la conoce. (2)

---

(1) Ahora está en el salón de monolitos del Museo Nacional.

(2) DESCRIPCIÓN | HISTÓRICA Y CRONOLÓGICA | DE LAS DOS PIEDRAS QUE CON OCASIÓN DEL NUEVO EMPEDRADO—QUE SE ESTÁ FORMANDO | EN LA PLAZA PRINCIPAL DE MÉXICO. | SE HALLARON EN ELLA EL AÑO DE 1790 | Explícase el sistema de los Calendarios de los Indios, el método que tenían de dividir el tiempo, y la corrección que hacían de él para igualar el año civil, de que usaban, con el año solar trópico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de la segunda piedra: á que se añaden otras curiosas é instructivas sobre la Mitología de los Mexicanos, sobre su astronomía y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempo de su Gentilidad | POR DON ANTONIO DE LEÓN Y GAMA | MÉXICO | EN LA IMPRENTA DE DON FELIPE

Conocida es la descripción y explicación que de nuestro monumento da un hombre tan entendido como Gama. Sus ideas han pasado en autoridad de cosa juzgada, y escritores europeos y americanos, sin distinción, han aceptado la clasificación de esta piedra, que corre grabada en innumerables obras, siempre con el título de Calendario Azteca. Cuando sabios, como Humboldt y Prescott no han dudado, osadía y grande es la mía, al combatir á Gama; pero estudios de largo tiempo me han convencido de que no es el monumento tal calendario. Veamos mis razones, para que en su vista, se falle punto tan interesante para nuestra Historia antigua; y sirva de principio la historia de la piedra, hasta hoy desconocida, que ella será parte muy principal para aclarar dudas y contradicciones.

Dice el padre Durán, en su "Historia

DE ZÚÑIGA Y ONTIVEROS | AÑO MDCCXCII.—2 fojas libres. Páginas 1—116. Una foja libre al fin—3 láminas en acero.

SAGGIO | DELL'ASTRONOMIA CRONOLOGIA | E MITOLOGIA Degli Antichi Messicani | Opera | DI DON ANTONIO LEON Y GAMA | Tradita dallo Spagnuolo. e dedicata | Alla Molto Nobile, Illustre Imperiale | CITA DI MEXICO | Un escudo con las armas mexicanas | ROMA | Presso il Salomoni | 1804 | Con Permesso —Foliatura—I—XVI—1—184— 2 lám.

A la segunda edición se le puso la misma portada que á la primera, agregándole: DALA A LUZ | Con notas, biografía de su autor y aumentada con la segunda parte que estaba inédita y bajo la protección del Gobierno general de la Unión: | CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE, | DIPUTADO AL CONGRESO GENERAL MEXICANO | SEGUNDA EDICION | MEXICO | Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés. | 1832—Foliatura I—VIII | 1—114 | 1—148— 5 láminas.

de los Indios de Nueva España:" (1) "También estaba (el rey Axayacatl) ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de los meses y años, días y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver, la qual piedra muchos vimos y alcanzamos en la plaza grande, junto á la acequia, la qual mandó enterrar el Illmo. y Rmo. Sr. D. fray Alonso de Montufar, dignísimo Arzobispo de México, de felice memoria, por los grandes delitos que sobre ella se cometian de muertes." El señor D. Fernando Ramírez pone á este párrafo la siguiente nota: "Trátase, según parece, de la conocida con el nombre de "Calendario mexicano," colocada hoy al pie del cubo de una de las torres de la Catedral. Descubrióse el 17 de Diciembre de 1790." No hay duda de que se trata de esta piedra, porque hoy, con el auxilio de las crónicas de Durán, Tezozomoc, y el anónimo que llamó "codex Ramírez," se ha venido en conocimiento de todas las grandes piedras destinadas para los sacrificios, y la que nos ocupa es la del sol, construída de orden de Axayacatl. Confórmase esto con el lugar de su hallazgo. Ya hemos visto que Durán dice, que él y muchos la contemplaron en la "plaza grande, junto á

[1] Tomo 1, pág. 272.

la acequia," y que fué enterrada de orden del arzobispo Montúfar. Atendido su gran peso, es de creer que fué enterrada en ese mismo lugar, junto á la acequia. Pues bien; Gama, dando razón del sitio en que fué encontrada, dice: (1)

"....Con ocasión del nuevo empedrado, estándose rebajando el piso antiguo de la Plaza, el día 17 de Diciembre del mismo año, 1790, se descubrió á sola media vara de profundidad, y en distancia de 80 al Poniente de la misma segunda puerta del Real Palacio, y 37 al Norte del Portal de las Flores, la segunda piedra, por la superficie posterior de ella, etc." Por las distancias aquí señaladas, debió encontrarse la piedra próximamente en la esquina sudeste del jardín de la Plaza, y por lo tanto á orillas de la acequia que pasaba frente á la Diputación y Portal de las Flores. Estaba en un principio descubierta, y al mandarla enterrar el señor Montúfar, simplemente se volteó, para que no se le pudiera ver lo labrado, y se le echó tierra encima, quedando sólo media vara debajo del empedrado, pues únicamente esto permitió hacer su gran peso.

Gama continúa: (2) "Esta segunda piedra, que es la mayor, la más particular é

---

[1] Tomo I, pág. 11.
[2] Tomo I, pág. 11.

instructiva, se pidió al Excmo. Sr. virey por los Sres. Dr. y Mtro. D. Joseph Uribe, Canónigo Penitenciario y Prebendado Dr. D. Juan Joseph Gamboa, Comisarios de la fábrica de la Santa Iglesia Catedral: y aunque no conste haberse formado este pedimento por Villete, ó en otra manera jurídica, ni decreto de donacion; se hizo entrega de ella de órden verbal de S. E. á dichos comisarios, segun me ha comunicado el Sr. Corregidor Intendente, baxo de la calidad de que se pusiese en parte pública, donde se conservase siempre como un apreciable monumento de la antigüedad indiana." Los Comisarios de la fábrica de la Catedral colocaron la piedra, adherida á la torre que mira al callejón del Arquillo.

Con los datos anteriores queda comprobado que el monumento que hoy llámamos Calendario Azteca, es el mismo encontrado el año de 1790 en la Plaza mayor; que igualmente es el mismo que mandó enterrar el arzobispo Montúfar, que gobernó la mitra de México en los años 1551 á 1569; y que este monumento es la piedra del sol mandada labrar por Axayacatl. Y como no faltan datos sobre la historia de esta piedra, vamos desde luego á ocuparnos de ella.

II

Tenemos ya el dato de que la piedra fué mandada labrar por el rey Axayacatl, y Durán agrega (1) que se estaba labrando cuando acaeció la guerra que en auxilio de los de Tenantzinco emprendió ese monarca contra los de Tollocan y Matlatzinco. Concluída la guerra, tratóse tan sólo de estrenar las piedras de los sacrificios, destinando para ello á los prisioneros matlazinca. (2) Habían invitado para esa sangrienta solemnidad á los Señores de Quiahuiztlán y Cempualla, y después de concluída la fiesta, é "idos los guespedes (dice el P. Durán) (3) el viejo Tlacaelel tornó á hablar al rey y á decille: hijo mio, ya as gozado de la fiesta con que as engrandecido tu nombre y te as pintado con los colores y pincel de la fama para siempre; resta agora que lleues delante este nombre y grandeza que has cobrado; ya sabes que la piedra del sol está acauada y que es necesario que se ponga en alto y que se le haga la mesma solenidad que á esta otra se a hecho, para lo qual envia tus mensajeros ma nos lo muestra, pues era costumbre

---

[1] Tomo I, cap XXXV.
[2] Ibid. pág. 285 y 286.
(3) Ibid. cap, XXXVI.

á Tezcuco y á Tacuba, á los reyes y á los demas señores de las prouincias, para que vengan á edificar el lugar donde se asiente, el qual a de ser de veinte brazas "en redondo" donde esté en medio esta insigne piedra." No dice Durán en qué año fué acabada la piedra; pero ella mismarcar en los monumentos la fecha de los sucesos notables, y así su conclusión está marcada en el cuadrete superior en que se ve el símbolo de la caña "acatl" rodeado de 13 puntos ó unidades numéricas, que nos dan combinados el año 13 acatl ó sea 1479, dos antes de la muerte del rey Axayacatl.

Creyó Gama que esta fecha se refería á ser ella la mitad ó medio del ciclo mexicano, pues como el año se componía de 365 días, y hasta el final del ciclo se hacía la corrección, en este año medio se verificaba con bastante aproximación la llegada del sol á la equinoccial, á los puntos solsticiales y al zenith de la ciudad. Pero todo este sistema es falso, como veremos; y por lo mismo, ahora nos limitaremos á hacer constar que el "matlactli omey acatl" es la fecha de la construcción del monumento.

Continúa el Padre Durán: "Axayacatl," rey de México, mandó luego fuesen sus mensajeros á las ciudades y diesen mandado de lo que se auia ordenado y que se trujese el recaudo de piedra, cal

y arena para el edificio, lo qual oydo por los reyes y señores de las prouincias, uinieron á la ciudad de México con todo el recaudo necesario, y uino tanta gente de Tezcuco y de la prouincia y nacion tepaneca y de las demas prouincias, que tomando cada nacion su parte que le cauia en un solo dia fué perficionada la obra y edificio y puesta la piedra encima; al poner de la cual se tocaron en los templos muchos atambores y bocinas y caracoles, cantáronse muchos cantares en alabanza de la piedra del sol, y se quemaron gran cantidad de enciensos por mano de los turibulos que tenian aquel solo oficio de encensar, á los quales llamauan "tlenamacaque," que propiamente quiere decir turibulario ó encensador."

El sistema de Gama se funda principalmente en dos hechos: "en que no era sola esta Piedra, sino que había otra semejante, que se unía á ella; y en que debía estar asentada sobre un plano horizontal, erigida verticalmente sobre una línea, que tuviere la dirección de Oriente á Poniente, y con la cara al Sur:" de esta manera fijados los gnomones y puestos los hilos á que en su explicación se refiere, ambas piedras sucesivamente marcarían los diversos movimientos del sol durante el año, y servirían de relojes durante el día. Ingeniosa idea nacida de la

brillante imaginación de Gama, pero que no tiene ningún fundamento en su apoyo.

Por el contrario, vemos que jamás se habla de dos piedras: una sola es la que estuvo en la Catedral, una sola la que se encontró el año de 1790, una sola la que mandó enterrar el arzobispo Montúfar, y una sola la que mandó construir el rey Axayacatl. Falta, pues, la primera base del sistema.

El segundo hecho es también falso: la piedra estaba acostada horizontalmente. Bastante se deduce de la construcción que se mandó hacer para colocarla, la cual, como hemos visto, fué de "veinte brazas en redondo" para ponerla en medio: construcción y colocación que no se comprenderían, si se hubiera puesto verticalmente. Infiérese con más razón, de haber servido para hacer en ella sacrificios, lo que exigía su posición horizontal, á semejanza de la que se ve en la lámina octava parte segunda de las estampas de Durán; y por eso se mandó enterrarla, "por los grandes delitos que en ella se cometían de muertes." Al describir las ceremonias de su consagración, veremos que no queda ninguna duda sobre esto.

Continúa Durán: "Puesta la piedra determinaron de poner en plática, con todos los señores presentes, del modo que se auia de tener para la celebración y

estreno de la piedra del sol, y de donde se auian de traer las gentes para aquel sacrificio, y mandándoles esperar hasta otro día, determinaron el rey y "Tlacaelel" de proponer á los señores la guerra de Mechoacan, y con esta determinacion lo dexaron para otro dia."

Desgraciada fué la guerra de Michoacán, adonde iban los mexica á buscar cautivos que sacrificar al sol: batidos y derrotados, volvieron á la ciudad á hacer exequias á sus muertos. "Acabadas estas esequias, (dice Durán) (1) "Tlacaelel" y el rey, determinaron de concluir con la solemnidad de la figura del sol ,y tomándose parecer el uno al otro sobre los que deuian ser convidados, determinaron de inviar á llamar á los señores de Vexotzinco y de Cholula y al señor de Metztitlan.... los señores de aquellas dos ciudades se aperciuieron y aderezaron para venir, y así aparejados fueron á los mensajeros y les dixeron: ya estamos aperceuidos, vamos á ver lo que manda nuestro sobrino, y así partieron, casi á una, de sus ciudades, y llegados á México entraron en la ciudad de noche, sin ser vistos, y fueron muy bien reciuidos del rey y muy bien aposentados. Luego llegó el señor de Metztitlan, que se decia "Coz-

[1] Tomo I, pág. 300, 301 y 302.

catotli".... Venidos estos tres señores y juntamente el de Tlaxcala, segun al cauo refiere este capitulo, mandaron aparceuir y aderezar la piedra y los que auian de sacrificar, para lo qual se aderezo el rey, que fué el principal en este oficio, y luego su coadjutor "Tlacaelel;" y luego los que representauan los dioses todos, como eran "Quetzalcoatl" y "Tlaloc," "Opochtli," y "Toci," "Ciuacoatl," "Izquitecatl," "Yenopilli," "Mixcoatl," "Tepuztecatl," vestidos todos estos dioses para sacrificar "encima de la piedra, todos subidos." Auiéndose aderezado, antes que amaneciese salió el rey muy galano, y junto á él "Tlacaelel" al mesmo modo vestido, y sus cuchillos de nauajas en las manos y "subíanse encima de la piedra:" luego sacauan los presos, todos embijados con yeso y las cauezas emplumadas y unos bezotes largos de pluma, y ponianlos en renglera en el lugar de las calauernas, y antes que los empezaren á sacrificar salia un encensador del templo y traia en la mano una gran hacha de encienso, á manera de culebra, que ellos llamauan "xiuhcoatl," la que venia encendida, y daua quatro vueltas "al rededor de esta piedra" encensándola, y al cabo echáuala así ardiendo "encima la piedra y allí se" acauaba de quemar: hecho esto empezauan los sacrificios, matando el rey, hasta

que se cansaua, de aquellos hombres presos, y luego le sucedia "Tlacaelel" hasta que se cansaua, y luego aquellos que representauan los dioses sucesivamente, hasta que se acauaron aquellos setecientos hombres que de la guerra de Tliliuhquitepec auian traido: los quales acauados, quedando todos tendidos junto al lugar de las calauernas y todo el templo y el patio ensangrentado, que era cosa de gran espanto y cosa que la mesma naturaleza aborrece, fué el rey y ofreció á sus guespedes muy ricas mantas, y joyas y muy ricos plumajes. Auiéndoles dado muy bien de comer, envióles á sus tierras, los quales espantados y asombrados de una çosa tan orrenda se fueron á sus tierras. Idos estos señores el rey cayó malo del cansancio de aquel sacrificio y del olor de la sangre, que era, segun cuenta la historia, un olor acedo y malo, el qual viéndose así enfermo, rogó á "Tlacaelel" que, antes que muriese, lo hiciese esculpir junto á "Montezuma," el rey pasado, en las peñas de Chapultepec. "Tlacaelel" lo mandó esculpir, y acauado fué el rey auisado dello, y así malo se hizo llevar á ver su estátua, y vista se despidió de los señores todos, sintiéndose muy al cauo, y dice la historia que no pudo tornar á México vivo y que murió en el camino en las mesmas andas que le traian."

Tenemos ya la historia de nuestra pie-

dra desde que se construyó en 1479, hasta su inauguración en 1481. Piedra desgraciada fué para el rey Axayacatl. Por honrarla con sacrificios, emprendió la desastrosa campaña de Michoacan. Tardó dos años en poder consagrarla, y el sacrificio que sobre ella hizo, le dió la muerte.

El anterior relato viene á confirmar nuestras ideas, contrarias á las de Gama. Sobre ella subiéronse á sacrificar, pues estaba colocada horizontalmente, y era, por lo mismo, un verdadero "quauhxicalli." Por lo tanto, los gnomones fijados en ella, y las cuerdas cuya sombra debía marcar las estaciones y las horas, no existieron; esta piedra jamás fué un calendario, fué la "piedra del sol," como la llama la crónica, y sobre ella no se iban á buscar los cambios del tiempo, sino á arrancar corazones de víctimas.

Este "quauhxicalli" estaba en el templo mayor, en un lugar llamado "Quauhxicalco." En la relación de las setenta y ocho partes del gran "teocalli" que nos da Nieremberg, (1) encontramos diversos lugares con el mismo nombre; pero siendo principalmente esta piedra una manifestación de los cuatro movimientos del sol, se hallaba sin duda, por su rela-

---

(1) Nieremberg, Hist, Nat., Lib. VIII, Cap. XXII.

ción al simbólico cuatro, en la octava casa ó parte que, según Nieremberg, se llamaba Quauhxilco, en la cual el rey hacía penitencia y celebraba el ayuno llamado Netonatiuh Caoalo, que durante "cuatro días" hacía en honor del sol. Allí se mataban "los cuatro" cautivos, dos en semejanza del sol y la luna, y otros dos llamados Chachame.

Tiempo es ya, pues que sabemos su historia, de que nos ocupemos de la significación de este notable monumento.

III

El verdadero calendario de los mexicanos era el "Tonalamatl:" él les daba cada día del año con su respectivo acompañado, las semanas religiosas de 13 días, durante las cuales dominaban determinadas deidades, el año sagrado de 260 días, y finalmente, repitiendo la sucesión de días, el año solar de 365 días: dábales además en cada día los agüeros y supersticiones que papel tan principal hacían entre los mexicanos. Todo esto constituía y tenía que contener el calendario azteca: ¿lo tiene la Piedra de que nos ocupamos?---Vemos la figura del sol, en su símbolo de "nahui ollin" ó cuatro movimientos, rodeada de los veinte símbolos de los días; pero no vemos más. ¿Cómo podría un mexicano ir á reconocer las di-

versas trecenas en esta Piedra, si se distinguían por sus dioses respectivos, y aquí no existen? ¿Cómo conocer ni un día del año, si cada cual se distinguía por su acompañado y numeración sucesiva, pues siendo sólo 20 los signos diurnos, su repetición aislada 18 veces en el año, traería la confusión? ¿Cómo distinguirlos, si en nuestra Piedra están ausentes los "señores acompañados de la noche?" ¿Podrían distinguirse los años cuando sólo se ve el símbolo de uno de ellos, el "acatl," faltando absolutamente el "tochtli," el "calli" y el "tecpatl?" ¿Si las fiestas se arreglaban por la combinación de sus dioses y sus signos, y aquí faltan los dioses y los signos no están combinados, ¿qué resultado práctico podía tener esta Piedra? ¿Daría las estaciones y las horas del día por medio de los hilos de los gnomones? Tampoco, porque la combinación exigía dos piedras, y hemos visto que no era más que una; exigía también la posición vertical, y la nuestra estaba asentada horizontalmente. Además, los tales ocho puntos ó agujeros en que debían fijarse los gnomones, no existen. Pues bien, ¿qué clase de calendario es esta Piedra que no nos da ni los años, ni los meses, ni las trecenas, ni los días, ni las horas, ni las fiestas religiosas? Tenemos, pues, que confesar que no era tal calendario. ¿Qué era entonces?—La cró-

nica nos lo dice: era la Piedra del sol, un monumento levantado al padre de la luz, que se consagraba sacrificando sobre él. Examinaremos bajo este aspecto, que es el verdadero, tan interesante Piedra, y nada perderemos si abandonamos las combinaciones fantásticas de Gama, porque yo creo que en ningún monumento de la antigüedad se encuentra tanta ciencia y tanta maravilla como en éste.

Todos los pueblos antiguos han adorado al sol: la primera idea grandiosa de la Divinidad, ha sido la luz. El rishi Garasina decía en una sublime sukta: "el sol no ha tenido nacimiento." El sol había dado la idea del Infinito. Los mexica habían ligado su cosmogonía á la misma idea del sol, pero de una manera más filosófica: el sol era la criatura, "Ometecuhtli" era el Creador Eterno. En la magnífica colección de Kingsborough, puede verse un códice precioso, que se conoce con el nombre de Vaticano, porque existe en la biblioteca del palacio de los Papas. La primera lámina nos presenta al "Ometecuhtli" en su creación. Así como en la India Oriental la idea de la creación parecía imposible con sola la unidad, y produjo el mito de la trinidad, que ha llegado hasta nosotros; así los mexica tenían la idea de la dualidad; el "Ometecuhtli," cuyo nombre quiere decir "dos señores," era el Dios Creador;

pero no pudiendo la unidad producir la creación, era dos y uno. Particularidad de la religión mexicana que no sé que haya nadie hasta ahora siquiera indicado. Al pie del Dios Creador se ven los cuatro soles, y aunque el intérprete no supo explicarlos, ellos son las tres épocas cosmogónicas, y la cuarta época histórica que concluyó en el cuarto sol, época desde la cual contaban su quinto sol los mexica. Estos sucesos están pintados con más extensión en las láminas 7, 8, 9 y 10 del mismo códice, y según ellas, voy á explicarlos, desentendiéndome de las muchas tradiciones, al parecer contradictorias, que hay sobre este punto, y cuyo estudio pertenece á un trabajo más extenso. Vamos á ocuparnos de esto antes que todo, porque la figura central de nuestra piedra, es la conmemoración de esos cuatro soles.

Siguiendo la tradición del códice Vaticano, el mundo estaba habitado por gigantes durante el primer sol ó época. Esta época fué llamada "Tzoniztac," que quiere decir cabeza blanca, para significar que era la más vieja ó antigua. En la pintura está marcada su duración con los signos aritméticos que los antiguos mexica usaron, y según ellos duró 808 años. (1) Al cabo de este tiempo tuvo lugar el

(1) Cód. Vat. lám. 7.

diluvio americano. Representa la pintura la tierra inundada de agua; las casas y los hombres se hunden, y los peces sobrenadan. De lo alto baja la diosa de la falda azul, la "Chalchiuhtlicue," la deidad del agua, empuñando un estandarte compuesto de los símbolos de la lluvia, los rayos y relámpagos, significando todo, el primer cataclismo cosmogónico llamado sol de agua ó "Atonatiuh." Un solo par, hombre y mujer, se salvaron en el tronco de un "ahuehuetl," y se ven en él. Los "Quinametzin" ó gigantes yacen muertos, representados por uno de ellos, al pie de la lámina.

El barón de Humboldt, que trastornó el orden de los soles, coloca como cuarto el "Atonatiuh." (1)

La tradición de un diluvio es común á todos los pueblos: ya sea el de Deucalión, el de Noé ó el "Atonatiuh," corresponde á una verdad cosmogónica que la ciencia ha comprobado; en la época más lejana de la humanidad, se desunieron continentes antes unidos, desapareciendo gran parte debajo de las aguas. La desaparición de la Atlántida ya no es un mito creado por Platón, sino una verdad geológica conservada por los hicrofantes de Egipto, y hoy comprobada por la cien-

(1) Vues des Cordillères. Planche XXVI.

cia. A un cataclismo semejante, se refiere el "Atonatiuh." Hay en él un hecho notable. Edgar Quinet, (1) estudiando las causas que hicieron desaparecer de América los grandes pachidermos, lo atribuye principalmente á la desunión de los continentes, verificada en este primer cataclismo ó "Atonatiuh." La pintura que nos ocupa nos da la misma idea: con el "Atonatiuh" desaparecen los gigantes "Quinametzin," en los cuales el antropomorfismo americano había convertido á los grandes pachidermos. Cada día se unen más la tradición y la ciencia. —Según esto, podemos decir que los nauas contaban de la creación á la división de los continentes 808 años, y que esta primera edad era el "Atonatiuh" ó sol de agua.

Veamos la pintura del segundo sol. A la derecha se ven los signos numéricos que representan los años transcurridos desde el primer cataclismo: son 810 años. Baja sobre la tierra el dios del aire, "Quetzalcoatl," que se reconoce en su cauda de plumas en forma de culebra: aparece atravesando el símbolo circular del sol, en un todo semejante al que se presenta en nuestra piedra. Este modo de representar á "Quetzalcoatl" es dife-

---

(1) La creation

rente del usado en lo general, y me hizo pensar en algo tan notable, que apenas me atrevo á indicarlo. Una de las personificaciones del dios "Quetzalcoatl" era el planeta venus. Hay que advertir que el año religioso de 260 días, que se ha creído resultado de las observaciones del movimiento de la luna, era de las de la marcha aparente de venus ó "Quetzalcoatl;" de manera que esta estrella fué la guía de los nauas para inventar su admirable calendario. (1) Natural fué, que así como observaron los eclipses de sol y de luna, y la disposición de las estrellas, la osa mayor, la culminación de las pléyades y otros fenómenos celestes, observaran un hecho que apenas hace algunos meses ha preocupado á todo el mundo civilizado: el paso de venus por el disco del sol. Así se explicaría que en su representación como estrella, "Quetzalcoatl" atravesase un "Tonatiuh" ó sol, á diferencia de cuando se le representa como "Ehecatl," el aire, ó como un simple dios sin carácter astronómico. La idea es aventurada, pero no me parece que carezca de fundamento. Si fuese cierta, nos haría admirar más y más la ciencia "nahuatl."

Reconócese á "Quetzalcoatl" también

---

(1) Motolinia. Calendario M S.

en el báculo que empuña en la mano derecha, y en las plumas de quetzal que lleva en la izquierda. "Quetzalcoatl," hemos dicho que es también dios del aire, y entonces se le representa bajo la forma de esa cabeza fantástica, como de ave, que se ve en las cuatro direcciones de la pintura, igual á la figura segunda de la Piedra del sol, y á la que se encuentra en el cuadrete superior izquierdo. Estas cuatro figuras del "Ehecatl" soplando á los cuatro puntos de la tierra, significan el cataclismo del aire que concluyó nuevamente con el género humano. Tal es la explicación general. En el interior de la cueva se ven un hombre y una mujer salvados de la desgracia común, y conservando el fuego del hogar manifestado por el fondo rojo de su habitación.

Hay algo notable en la pintura, que confieso que no me he podido explicar satisfactoriamente. De las bocas de los "Ehecatl" salen unos cuadrados formados por líneas paralelas que representan sin duda alguna las corrientes de aire: estos cuadrados siguen la dirección de los cuatro lados de la estampa, en lo que fácilmente se comprende la idea de que el viento sopló por todos rumbos, y que fué un huracán deshecho. Pero hay además diversas líneas encorvadas de

puntos que también en todas direcciones caen sobre la tierra. Estas no pueden ser la manifestación de las corrientes de aire, pues los "Ehecatl" y los cuadrados que, por decirlo así, soplan, son bastantes á dar la significación del huracán. La escritura jeroglífica es y tiene que ser demasiado sencilla, no puede admitir lo que llamaría yo pleonasmos de la figura. Por lo mismo, dichas curvas de puntos deben significar algo diferente. Cree, sin embargo, el señor Orozco, que son la expresión del polvo, fundado en que en una lámina del códice Telleriano Remense está pintado el huracán de la misma manera. La razón es tan poderosa, que sería suficiente á destruir mis anteriores observaciones, si no hubiera otros indicios en la misma estampa. La parte superior de la caverna en que se salva el par, representante de la humanidad, muestra unas peñas cubiertas de algo blanco como si quisiera ser la representación de la nieve; la entrada que aparece como la boca de una serpiente, manera jeroglífica usada siempre para manifestarla, se ve blanca, de modo que todo lo que es exterior de la gruta, es blanco; los hombres salvados se ven también blancos, á diferencia de los de la estampa del "Atonatiuh" en que tienen su color natural. Si agregamos á es-

to que las series de puntos no sólo representan jeroglíficamente los huracanes, sino que en diversas formas significan la nieve, como dos veces se ve en el mismo códice Telleriano, siendo una de ellas en la estampa que se refiere á la grande hambre que hubo en el reinado de "Moteczuma Hilhuicamina," la cual reproduje en la vida de este monarca, (1) creo que hay motivos para titubear. ¿No será esto, tal vez, algún recuerdo de la época glacial, que fué también la época de las cavernas? Un MS. inédito de mi colección conserva la tradición de que en ese segundo sol fué devorada la humanidad por los tigres; (2) ¿qué no será una reminiscencia de los carniceros de las cavernas que corresponden á la época glacial?—El Sr. Orozco no lo cree. Yo nada me atrevo á decidir.

Llámase la tercera edad "Tlequiahuilli," ó lluvia de fuego, ó "Tletonatiuh" sol de fuego. La pintura respectiva (3)

---

(1) Hombres ilustres mexicanos, tomo I.

(2) Codex Çumarraga— Pág. 17—"Volviendo á los gigantes que fueron criados en el tiempo que Tezcatlipuca fué Sol [el primer Sol ó edad], dicen, que como dexó de ser Sol perecieron y los *tigres* los acabaron y comieron, que no quedó ninguno, y estos tigres se hicieron desta manera. Que pasadas las 13 veces 52 años *Queçalcoatl* fué Sol y dexolo de ser *Tezcatlipuca* porque le dió con un grande bastón y lo derriuó en el agua y allí se hizo Tigre y salió á matar los gigantes" (en el segundo Sol ó edad).

(3) Cód. Vat. lám. 9.

figura la forma de una "comitl." Sus dos lados son dos fajas curvas, que en sus cuadrados de colores alternados terroso y amarillo, simbolizan la tierra; y en las puntas de estos cuadrados y en las hojas que de ellas brotan, significan los sembrados. Estas dos fajas indican que la tierra después del segundo cataclismo, estaba cultivada y había vuelto á producir abundantes frutos. Como he dicho, el mundo aparece en figura de olla, y toda está pintada de rojo, para expresar que se llenó de fuego y que hervía toda la tierra. El símbolo "calli" ó casa, se ve dos veces cubierto de yerbas, como haciendo notar que el género humano pereció y que sobre las ruinas abandonadas creció la vegetación. Los pájaros se ven con los picos abiertos, gritando y huyendo del suelo tembloroso y cubierto de lava. Del cielo baja sobre la tierra el dios "Tecuhtlitetl," "Hueteotl" ó dios amarillo, el dios del fuego.

Este es el dios de los fuegos volcánicos. El círculo de que sale es rojo, y parece simbolizar un cráter rodeado de dos círculos concéntricos de piedras negras y amarillas. El dios trae á la espalda el "tecpatl" ó pedernal, el cual es rojo, como expresión de la lava ardiente que cae sobre la tierra. En las manos tiene el dios un símbolo semejante al que tie-

ne en el "Atonatiuh" la diosa del agua; pero aquel termina en puntas azules ó gotas de agua, y éste en puntas amarillas de fuego que significan las erupciones. En fin, en su cauda amarilla se ven los símbolos de los relámpagos y truenos, de la misma figura que están representados en el mango ó asta de la bandera de "Chalchicueye." Y no podía dudarse de que éste era el dios del fuego, ya no sólo por sus atributos, sino también por su color, pues el dios del fuego se llamaba el "dios amarillo." Representando esta catástrofe la época en que se produjeron la multitud de erupciones cuyos rastros se contemplan por todo nuestro país, la atmósfera estaba cargada de vapores sulfurosos, y el sol y todos los objetos debían verse amarillentos. Por eso la pareja que se salva en la gruta, está pintada de color amarillo. En este lugar de salvación, como en los de las pinturas anteriores, el fondo es rojo, expresando siempre que allí se conservó el fuego del hogar; pero aquí el bordo de la gruta es verde, y parece manifestar con ese color fresco de los bosques, que no llegó allí el incendio de la tierra; y como no tiene el símbolo de la salida, que, según vimos, es la boca de una serpiente, de suponer es que se haya querido significar una gruta subterránea.—La duración de

esta tercera edad, según el jeroglífico, fué de 964 años.—No debemos dejar pasar la consideración de que, como los temblores de la tierra acompañan siempre á las erupciones volcánicas, esta tercera edad fué también la de los terremotos: esto está bastante significado en la pintura con el símbolo "Ollín" que expresa el movimiento, y aplicado á la tierra, dichos temblores.

Pasemos á la pintura de la última calamidad: al explicarla, me veo precisado á separarme de la opinión común de una cuarta catástrofe universal. Ixtlilxochitl, que conserva la tradición tolteca, sólo nos habla de tres "soles," "Atonatiuh," "Ehecatonatiuh" y "Tlaltonatiuh." Después de relatar las tres calamidades, dice: (1) "en el año de 5097 de la creación del mundo, que fué ce Tecpatl, y 104 despues de la total destruccion de los filisteos, Quinametzin, teniendo quieta paz en todo este Nuevo Mundo se juntaron todos los sabios Tultecas, así Astrólogos como demas artes, en Huehue Tlapallan, ciudad cabecera de su señorío, en donde trataron de muchas cosas asi de sucesos calamidades que tuvieron, y movimiento de los cielos desde la creación del mundo."

---

[1] Relaciones: pág. 2 MS. copia de Boturini.

Ahora bien; si se examina con atención la lámina 10 del códice Vaticano, que es la que nos ocupa, no encontraremos en ella ninguna señal de desastre; es un triángulo color de rosa, limitado por ramas entretejidas cubiertas de flores; en el centro se ven unas semillas produciendo flores y frutos; la diosa alegre "Xochiquetzalli" baja sobre esa tierra dichosa, columpiándose de las ramas; y en la parte inferior, hombres y mujeres se pasean contentos con banderolas y flores; la mujer cruza sobre su cuerpo una banda de ramas entretejidas. Nada significa desastre. No se ve á la pareja que salva de la calamidad, como en las otras tres pinturas; no tiene, como ellas, la fecha de las desgracias, sino únicamente la cuenta de los años transcurridos desde la última edad, cuyos símbolos marcan la cifra 1,046.

Humboldt cree ver una diosa que arranca las flores; pero simplemente las tiene en sus manos sin arrebatarlas á sus tallos; detrás de ella y á su lado, brotan semillas, flores y frutos; y en el adorno de su cabeza trae también las semillas y las flores. Humboldt cree que las figuras inferiores tienen en las manos hachas con que cortan las flores, pero no son sino el "pantli," bandera, ca-

rácter figurativo muy claro y muy conocido.

Al dios se le ve la enagua ó "cueyetl" mujeril y los adornos de la diosa "Xochiquetzalli;" y la tierra roja ó rosada, significa el país ó región de "Huehuetlapallan," nombre que literalmente se traduce "la vieja tierra colorada ó bermeja."

Yo traduciría esta última pintura de la siguiente manera: "á los 1,046 años de la última calamidad, reinaba la dicha en "Huehuetlapallan;" por donde quiera brotaban flores y frutos; hombres y mujeres engalanados celebraban su contento; y la diosa "Xochiquetzalli," madre de las alegrías, dominaba en medio de las festividades."

Las banderas que tienen los hombres en sus manos, me parece que significan la inauguración de la fiesta "Panquetzaliztli," la cual comenzaba con adornar de ramas "los oratorios y humilladeros de los montes" todos los días y todas las noches, como ceremonia previa á los sacrificios. (1)

Evidentemente estas cuatro pinturas eran la tradición tlapalteca que se conservó en el "Teoamoxtli;" entonces sólo recordaban tres calamidades: el "Tletonatiuh" y el "Tlaltonatiuh," el sol del fue-

---

(1) Sahagun, cap. 34.

go y el sol de la tierra, eran uno mismo, era el sol de las erupciones y los temblores, fenómenos sincrónicos de la naturaleza. Sin duda estas pinturas forman parte de los escritos de los sabios astrólogos de "Huehuetlapallan" de que nos habla Ixtlilxochitl. Ellas recuerdan que á los 808 años de la creación del hombre, se hundió la antigua tierra y tuvo lugar el diluvio "Atonatiuh," el día "matlactli Atl" del mes "Atemoztli;" que 810 años después, sobrevino el "Ehecatonatiuh," en el día "ce Ocelotl" del mes "Pachtli;" que 964 años más tarde, el día "chicunaui Ollin" del mes "Xilomaniliztli," los terremotos y erupciones volcánicas produjeron la última calamidad, después de la cual habían pasado 1,046 años en la fiesta y mes "Panquetzaliztli," en que se reunieron los astrólogos á escribir sus anales cosmogónicos.—Tenían, pues, en su cronología 3,628 años desde la creación del hombre hasta aquella época que debemos representarnos como la más floreciente de "Huehuetlapallan."

Así, entre los tlapalteca y después entre los tolteca, tres habían sido los soles anteriores, y vivían en el cuarto. Entre los mexica el número había aumen-

tado; cuatro eran los pasados, y ellos estaban en el quinto. Por no distinguir las épocas, han encontrado contradicciones nuestros escritores, en donde no las hay. Verdad es que unas veces nos hablan los cronistas de cuatro soles y otras de cinco; pero todo se concuerda, si se cuida de distinguir las diferentes épocas. Cuatro eran los soles para los tolteca y cinco para los mexica: claro es que el paso del cuarto al quinto sol debe haber sucedido en la época que medió entre los imperios tolteca y mexicano. El Sr. Orozco y Berra cree que el suceso que sirvió de principio al quinto sol, fué la dedicación de las pirámides de Teotihuacán. Ya Gama (1) había emitido la misma idea. "Los mexicanos, dice este autor, creyeron que el sol había muerto cuatro veces, ó que hubo cuatro soles, que habían acabado en otros tantos tiempos ó edades..... Después de estas ficciones, inventaron la fábula de los dioses que concurrieron á la creación del quinto sol y de la luna, con las ridículas expresiones que refieren Torquemada, Boturini, Clavijero y otros, que cuentan la fábula del Buboso, que se echó al fuego para convertirse en sol."

---

(1) Descripción de las dos piedras.

Si se liga esta leyenda con la de la muerte de los dioses, (1) se observa desde luego que se trata de un cambio de religión, pero no de un cataclismo. Cada sol concluía con una calamidad, y la muerte de los dioses, por el contrario, fué el paso á una nueva éra religiosa más adelantada. La tradición señalaba otro fin al cuarto sol. El intérprete del códice Vaticano (2) nos da la clave de esta dificultad. "La cuarta edad, según su cuenta, dice, fué aquella en que tuvo principio la provincia de Tula, la cual refieren que se perdió por causa de los vicios, y por eso pintaban á los hombres bailando. Por causa de estos vicios, sobrevinieron grandes hambres, y así fué destruída la provincia." Así es que el cuarto sol concluyó con la nación tolteca, y de aquí nació la idea que tenían los mexica, de que ellos debían concluir con el quinto sol.

IV

Volviendo á nuestra Piedra, hemos visto ya que representa al sol como astro, en la figura que la abraza toda. Bajo esta figura el sol es el astro, el dios, y

---

(1) Mendieta.—Lib. 2º cap. 1º

(2) L. Kingsborough.—Vol. V. Tavola X.

por eso en la composición jeroglífica entra con el nombre "teotl," dios, y con el valor fonético "teo," como repetidas veces puede verse en el códice Mendocino. (1) Pero en la figura central, en los cuatro cuadrados ó aspas, es el "Nahui Ollin," que literalmente quiere decir cuatro movimientos, y representa los del sol en el año al llegar á los dos solsticios y los equinoccios. Pero aquí, dentro de sus cuadrados, tenemos la representación de los cuatro soles ó edades de que hemos hablado; de manera que además de sus cuatro movimientos durante el año, nos muestra el sol sus cuatro épocas cosmogónicas anteriores a la azteca.

Llama sin embargo la atención, que en esta Piedra, monumento auténtico de las creencias religiosas y cosmogónicas de los mexicanos, sea diferente el orden de los cataclismos. La lectura de las inscripciones es de izquierda á derecha, como se observa por el orden que tienen los 20 signos de los días, desde "Cipactli" 1 hasta "Xochitl" 20. Asimismo, el cuadrete superior izquierdo, será el primero, y representa el "Ehecatonatiuh" ó sol de aire; el inferior izquierdo el segundo, que es la "Tlequiahuilli" ó llu-

(1) Kinsborough.—Vol. I

via de fuego; el inferior derecho, el tercero, que es el "Atonatiuh;" y como último el "Tlaltonatiuh," el superior derecho ó sol de la tierra. De la misma manera se observa que entre los escritores hay algunos que, separándose de la tradición tolteca, siguen el orden de esta Piedra. Dejando este estudio para un trabajo más extenso, sí se comprende desde luego que, así como el hecho histórico ó calamitoso de la destrucción de Tollan, dió origen á un cuarto sol y cambió la tradición tlapalteca, por algo también debió cambiarse el orden de la tradición mexica. La unión de estas cuatro calamidades á los cuatro movimientos del sol, en nuestra piedra, nos da la explicación sencilla. Las cuatro aspas nos dan entonces: 1º., los cuatro movimientos del sol: 2º., los cuatro soles ó calamidades; 3º., los cuatro elementos, aire, fuego, agua y tierra, y 4º., las cuatro estaciones.

Esto último produjo el cambio de orden. El año mexicano empezaba, á lo menos en la época en que se labró esta piedra, en nuestro mes de marzo: en México este mes se distingue por fuertes aires, y por eso en esa primera estación y primera aspa del "Nahui Ollin," púsose el "Ehecatl" ó viento, y como primera la calamidad "Eheçatonatiuh." Síguese el caluroso mes de junio: y he aquí

la razón de colocar en la segunda aspa el "Tlequiahuilli" ó lluvia de fuego. Después viene el tiempo de nortes con sus lluvias en octubre; y por eso la tercera aspa está ocupada por el símbolo "Atl," agua, y por el "Atonatiuh" ó diluvio. Finalmente, en los últimos tres meses el invierno seca la tierra; y con razón la calamidad de la tierra, "Tlaltonatiuh," ocupa la última aspa.

Esto hizo naturalmente, que aun la tradición se cambiara entre los mexica. El codex Zumárraga nos la conserva de la siguiente manera. Cuenta que al principio había un medio sol que apenas alumbraba; pero que "Tezcatlipoca" se hizo sol, y fueron creados los gigantes; que pasado cierto tiempo, "Quetzalcoatl" derribó á "Tezcatlipoca," quien se convirtió en tigre y se comió á los "Quinametzin." En esta tradición, la primera calamidad es, como en la piedra, el "Ehecatonatiuh," y confirma nuestra sospecha de su referencia á la época glacial, á la destrucción de los grandes animales, y al dominio de los tigres, osos y hienas de las cavernas. Después, "Quetzalcoatl" hizo llover fuego sobre la tierra, según la tradición correspondiente al segundo cuadrete del "Nahui Ollin;" y pasado el tiempo, "Chalchiuhtlicue" llovió tanta agua y en tanta abundancia, que se ca-

yeron los cielos," tercer cataclismo consignado en la tercera aspa. Esta tradición da al cuarto sol, el de la tierra que se ve en la cuarta aspa, un origen semejante al del buboso de Teotihuacán, con la diferencia de que aquí el hijo de "Quetzalcoatl" fué arrojado por éste á una "grande lumbre" y "fecho sol," y fué hecho luna el hijo de "Tlaloc," á quien tan sólo arrojó sobre las cenizas.

La piedra mexica concuerda así con la tradición mexica, sin que se pueda dudar de que lo es el códice Zumárraga, porque así lo explica en el párrafo con que comienza. "Por los caracteres y escrituras de que husan (dice), y por relación de los viejos y de los que en tiempo de su ynfidelidad eran sacerdotes y papas y por dicho de los Señores y principales á quien se enseñaba la ley y criavan en los templos para que la deprendiesen, juntados ante mí y traydos sus libros y figuras que segun lo que demostraban eran antiguas y muchas dellas teñidas la mayor parte untadas con sangre humana, parece, etc."

Mayor autenticidad, pues, no podía tener la tradición, ni mayor conformidad con el monumento lapidario que nos ocupa.

V

Esta tradición de las luchas de "Tezcatlipoca" y "Quetzalcoatl" es un simbolismo astronómico. Como nadie ha estudiado esta materia, voy á exponer mi doctrina con la timidez del que por vez primera se ocupa de un asunto tan delicado. Hemos visto que "Quetzalcoatl" es el planeta venus. Los dioses tolteca eran la representación de diferentes astros, pues su religión era esencialmente astronómica. ¿Qué astro era Tezcatlipoca?" El codex Zumárraga dice que al principio se hizo sol "Quetzalcoatl;" pero que era un medio sol que no alumbraba, por lo cual "Tezcatlipoca" se convirtió en un sol más brillante. Se trata, por lo mismo, de un astro más claro que venus. El nombre de "Tezcatlipoca," nos da la siguiente etimología: "tezca-tl" espejo, "tli-li" negro y "poca" ó "popoca" humear; es decir, espejo negro que humea. Esta significación coincide perfectamente con el simbolismo jeroglífico del dios, tal como se encuentra en la segunda trecena del "Tonalamatl" publicado en París por Mr. Aubin: se ve en efecto, el círculo que representa el espejo, encuadrado en dos circunferencias concéntricas, la primera roja para expresar que

es un astro, y la segunda amarilla y adornada con las lengüetas simbólicas del humo. Este astro es la luna, la luna llena. En efecto, el "espejo negro humeante" da la perfecta idea del satélite de la tierra, cuando en su plenilunio parece un brillante espejo redondo de obsidiana colgado de la techumbre del firmamento. El jeroglífico del "Tonalamatl" es muy expresivo, pues una mancha curva forma en el círculo lunar la semejanza del creciente, y una faja parecida corta la cara del dios y atraviesa su ojo, que es de figura de estrella, es decir, un pequeño círculo mitad rojo y mitad blanco, manera siempre usada en la escritura azteca para representar los astros.

Veamos textualmente la tradición del codex Zumárraga. "Los cuatro dioses vieron como el medio sol que estava criado alumbraba poco y dijeron que se hiciese otro medio para que pudiese alumbrar bien toda la tierra. Y viendo esto "Tezcatlipuca" se hizo sol "al cual pintan como nosotros." El medio sol, que en el principio crearon "Huitzilopochtli" y "Quetzalcoatl," que era la media luna, dominó convertido en luna llena ó "Tezcatlipuca, al cual pintan como nosotros." Aquí tenemos á la luna llena dominando en el cielo toda la noche, pues sabido es que en esa época de su revolución sa-

le á las seis de la tarde, y se pone á las seis de la mañana.—Así, esta primera victoria de "Tezcatlipoca" sobre "Quetzalcoatl," se refiere á la época en que el planeta venus se ve en el poniente al comenzar la noche, y es cuando se le conoce con el nombre de "estrella de la tarde," pues mientras se hunde y desaparece, la luna llena se levanta en el oriente y domina el cielo toda la noche.—El principio del calendario religioso debía coincidir con este hecho astronómico.

Pasado el tiempo y hecha la revolución del planeta venus. de manera que desapareciendo en la noche, se vea en la mañana casi con la aurora, debía observarse el fenómeno opuesto: la luna llena que durante toda la noche había dominado el firmamento, desaparecía en el poniente al comenzar el día, mientras se levantaba en el oriente venus convertida en estrella de la mañana. —A su vez "Quetzalcoatl" vencía á "Tezcatlipoca."

Tal es, en efecto, la segunda explicación astronómica de la tradición cosmogónica. Veamos la tradición del codex Zumárraga. "Quetzalcoatl, dice el cap. 4°, fué sol y dexolo de ser "Tezcatlipuca" porque le dió con un gran baston y le derrivó en el agua." No olvidemos que esta teogonía trae su origen de "Hue-

huetlapallan," nación que habitaba nuestras costas noroestes á orillas del Pacífico. Por lo mismo, el fenómeno celeste es muy fácil de explicar: cuando venus "Quetzalcoatl" se levantaba con la aurora en el oriente, la luna llena "Tezcatlipoca" se hundía en las ondas del Pacífico por el poniente—y "le derrivó en el agua."—Este hecho debió servir para el fin del calendario sagrado.

Concluída esta digresión, que por curiosa me pareció importante, y explicado ya el "Nahui Ollin" en sus diversas significaciones, pasemos á ver qué quiso significar la figura que forma, unido á los círculos adyacentes.

VI

El señor Don Fernando Ramírez, en sus apuntes MSS., dice que los círculos encierran unos dientes que se refieren al dios "Tlaloc." Aunque los dientes simbólicos de este dios se parecen á los signos interiores de los círculos, creo que el señor Ramírez iba descaminado, pues examinando bien su figura, se observa que no son tales dientes, sino dos garras perfectamente determinadas.

Gama se acerca más á la verdad. "Las figuras circulares, dice, de las letras E. F, que unen los quatro quadros, contie-

nen dentro unas especies de garras, que denotan, ó hacen relacion á los expresados inventores del "Tonalamatl," "Cipactonal" y "Oxomoco;" á los quales figuraban en él en unos feos vultos en forma de Aguilas, ó Buhos." (1)—Más adelante, (2) completamente equivocado, agrega: "Las dos cabezas, con sus adornos, en todo semejantes, que están en lo inferior del círculo, señaladas con la letra O, y lo dividen por aquella parte, representan al señor de la Noche, nombrado "Yohualteuhtli," que fingia dividir el gobierno nocturno, y lo distribuia entre los acompañados de los dias, dando á cada uno el que le tocaba, desde la media noche (que esto significaba la division que forman ambas caras.)" Esto, como veremos después, fué uno de los errores de Gama. Las garras del "Nahui Ollin" y las dos caras citadas se refieren al mismo mito, á la dualidad "Oxomoco Cipactli."

¿Qué significan estos dos personajes? La tradición vulgar nos dice, con el mismo Gama: (3) "Los inventores del "Tonalamatl," que fueron "Cipactonal," y

(1) Gama, 1ª ed. p. 90.
(2) Ibid, p. 103.
(3) Pág. 98.

su mujer "Oxomoco," grandes supersticiosos y astrólogos judiciarios."— Esta tradición no me satisfacía, desde el momento en que comprendí que los personajes místicos de los nauas, simbolizaban siempre alguna idea astronómica. Descubierta también la idea del dualismo en los dioses, me llamaba la atención este matrimonio, que no aparecía, sin embargo, representado en el calendario, sino bajo la personalidad de "Cipactli," primer día del año religioso. Pude así sospechar que ambos mitos expresaban la misma idea, manifestada en su dualidad: una idea y dos personas. En el códice Zumárraga (1) "al hombre dixeron "Uzumuco" y á ella "Cipactonal." Esta confusión de sexos comprueba la dualidad. Pues bien, ¿qué mito representa ésta?—Para encontrarlo, preciso es recurrir á un monumento muy poco conocido, y casi no estudiado, el códice Borgiano, que se encuentra reproducido en el tomo tercero del Kingsborough, y del cual existe una explicación italiana MS. hecha por el jesuíta Fábrega, y una traducción, también MS., del señor Don Teodosio Lares. No dió el jesuíta con la verdadera significación del "Cipactli;"

(1) Cap. II,

pero sus explicaciones sirviéronme de punto de partida.

Dice Fábrega: (1) "Páginas 9, 10, 11, 12 y 13 (2)—12—Representan veinte objetos naturales visibles con el orden expuesto al número 3; ellos son también los nombres de los veinte caracteres rituales, son jeroglíficos de otros tantos héroes históricos, y símbolos de otras tantas virtudes, vicios ó pasiones. El significado de cada uno de ellos se dijo ya en el citado número; las virtudes, vicios, etc. que representan, serán por mí expresados bajo la aserción del intérprete de la copia Vaticana (página 11), y alguna vez de Torquemada y Boturini. Y de la misma manera, los nombres de las figuras que representan los héroes. Los primeros diez cuadros inferiores deben verse de la derecha á la izquierda, y los diez superiores al contrario." (3)

"Cuadro primero inferior derecho de la página 9, señalado por la mandíbula superior del reptil "Cipactli," carácter

---

[1] MS. de mi colección.

[2] En el Kingsborough están trastornadas, y son las lám. 30 á 26.

[3] El Sr. Orozco y Berra tiene un calendario, copia MS. á colores, qu representa estos mismos pasajes del C. Borgiano, como he encontrado de la comparación de ambos; pero en él los diez cuadros de la dereha deben leerse primero de abajo á arriba, y después los diez de la izquierda de arriba á abajo.

primero ritual de "Cipactonal" ó sea día del "Cipactli:" símbolo de la libración: jeroglífico de "Tonacateuhtli" ó señor de nuestra carne, que es el primer hombre; y cifra de "Tonatiuh" resplandeciente como el sol. La figura de "Tonacateuhtli" está sentada hacia la derecha en "Tlatocaicpalli," ó silla señoril, cruza el brazo izquierdo y muestra con el índice derecho el símbolo de sí mismo en la mandíbula de aquel reptil. El grupo de dos figuras inversas cubiertas con un mismo paño que se ve arriba, indica el "Omeycualiztli" ó acto de la creación del ya dicho y de "Tonacacihua," ó mujer de nuestra carne su compañera. El "Tlacochi," ó asta puesta en medio de una y otra, significa, que la mortalidad tiene principio de ellos." (1)

"Ometeuhtli," ó el señor de dos, con su palabra creó en "Omeyocan," ó en el lugar de la dualidad, (2) en el día de "Cipactli" á este "Tonacateletztli," (3) y á la primera mujer, que se llamó "Xomico." En la página 61 de este Có-

---

[1] "Rios, copia Vaticana, fol. 12."

[2] Rios, copia Vat. fol. 1º interpreta *Omeyocalaogo*, donde está el señor del cielo, ó Creador de todo: pero *Omeyoll*, es la dualidad y *con* indica el lugar donde está. Así también *Ometeuhtli* interpreta señor de tres; y *ome* significa dos.—Su error viene de haber querido conordar este mito con la trinidad cristiana.

[3] Debe ser *Tonacateeuhtli*.

dice se observa este acto de la creación más conforme á la página 49 del original Vaticano, donde está expresado con mayor sublimidad. Allí el Creador está representado bajo forma visible humana de color aéreo ó turquí, en el acto de formar al hombre de la tierra á su semejanza; y el hombre mismo se ve después hacia la izquierda, contestando con el reptil que tiene delante recto sobre su cola y altanero. El "Tonacateuhtli" viene del pronombre "to" nuestro, "Nacatl" carne, "Teuhtli" señor; "Tonacacihua," de "Cihuatl" mujer. Sobre el nombre de la mujer "Xomico," ni el citado intérprete, que en otra parte lo escribe de otra manera, ni Boturini, que lo escribe diversamente, nos han declarado su etimología; "Xomico," "Xomuna," "Oxmozco" son voces diversas cuyos significados se desean. "Xomitl" es la tibia; "Omichiquitl" es la costilla; pero era necesario antes estar ciertos de la tradición de los mexicanos sobre esta creencia, ó saber por ellos el verdadero nombre y significado."

Sigo siendo atrevido y digo que nuestro Fábrega no va en el camino preciso; ¡pero cuánta luz da sin embargo! El jeroglífico en cuestión es un cuadrete en que se ve en primer término al dios "Ometecuhtli," que como ya hemos vis-

to es el Creador. El dios está sentado en un "icpalli" ó silla real; está representado por el carácter figurativo hombre, es decir, por una figura humana, lujosamente ataviado, y se distingue por un atributo que le es particular, y que no tiene ningún otro dios; por su tocado, que lo forma la misma figura del "Cipactli," tal como se ve en nuestra piedra. Frente á él é irguiéndose, como saliendo de la nada, está el "Cipactli." El dios extiende hacia él su mano derecha, con el índice levantado, haciendo comprender muy fácilmente, que se trata de la creación del "Cipactli."—Estudiando con cuidado esta parte del códice Borgiano, he llegado á comprender que trata de las diversas creaciones, pues más adelante se ven creadas venus, la luna, las estrellas, etc. La primera creación fué "Cipactli," y "Cipactli" era el atributo del Creador; ¿qué es, pues, ese sublime mito que distingue al Hacedor, y es lo primero que brota de la nada?—Es la luz, el sol considerado como luz, es el primer día de la creación, los primeros rayos que atravesando las espesas nubes que rodeaban la tierra naciente, cayeron sobre los mares que comenzaban á extender en calma sus azuladas ondas, mientras la vigorosa vegetación primitiva brotaba en los islotes, como rica es-

meralda en un lecho de turquesas: entonces en el cielo se desplegó el manto azul del infinito; lo que antes era noche, fué vida; y por eso los nauas hicieron de la luz su primera creación; inventaron su "fiat lux," y con ella coronaron á su Dios Creador. ¡Qué himno! La luz, formando el tul del cielo, dejando ver por vez primera las aguas de los mares y los bosques de la tierra, y en sus sublimes vibraciones haciendo sonar el nombre del Creador, luz, mientras el primer sol, saliendo del seno de la primera aurora, daba el primer instante de vida á nuestra pobre tierra!—Ese poema es "Cipactli."

¿Qué es entonces esa figura de "Cipactli" que por extraña, ya la llamaban una culebra retorcida, ya una cabellera, ya la mandíbula de un espadarte? Es un rayo de luz desplegándose y vibrando en el infinito.

Veamos la etimología de esta palabra sagrada, que nos abre el templo de los misterios de la religión "nauatl."

"Cipactli."—La letra "i" es la raíz de luz en mexicano. Así "i-xi" son los ojos, é "i-ztli" es la obsidiana cuya punta semeja los rayos del sol, tales como se ven en nuestra piedra: "pac" es una preposición que significa encima, arriba: así "ipac" es la luz de lo alto, y este nombre se da á la luz de la luna. Si le inter-

ponemos el numeral "Ce" uno, nos dará "Ce-ipac," y por contracción "Cipac," que es la primera luz de arriba, la primera luz creada. Agregando el sufijo "tli" para significar una persona, personificaremos la luz en el dios "Cipactli;" y si en lugar de ese sufijo, agregamos la voz "tonal," significando el día, tendremos "Cipactonal," el día en que alumbró la primera luz, y el primer día de la creación. Y como el sol es el astro que da la idea perfecta de la luz, el sol fué "Cipactli," y bajo otro aspecto "Cipactonal" fué el día. Pero en este mito debió venir también la idea de la dualidad, y "Cipactonal" tuvo por mujer á "Oxomoco" ó "Xomico," representación de la noche, la que, como se ha visto, se figuraba como buho. Siendo dos y uno, ambos mitos se confunden, y lo mismo es "Cipactonal" que "Oxomoco."—Así en nuestra piedra, la figura central, con los círculos de garras, es el buho, el "Cipactonal" y "Oxomoco," dualidad creadora del calendario y representación del curso anual del sol. El hombre y la mujer del códice Borgiano, que envueltos en una manta, manifiestan estar procreando, son los mismos "Cipactonal" y "Oxomoco;" y el aspa que sale en medio de ellos, no es el signo de la perdición como creía Fábrega, sino la flecha de

nuestra piedra, que representa la línea meridiana, á cuyos lados se hacen los cuatro movimientos del sol, por lo que siempre se le ve en medio del "Nahui Ollin." La doble figura que sirve de base á la piedra, y que tiene dos cabezas entre sus dientes, es el "Cipactli," la luz, base de toda esta sublime combinación. Las culebras son sus brazos. La luz, á su vez, rodea toda la figura del sol, como una aureola, pues los signos fantásticos que Gama creía nubes, no son sino el "Cipactli," la atmósfera de luz que rodea al sol "Tonatiuh."

Para concluir con este punto, más que interesante sublime, de la luz y su creación, haré observar que una de las grandes piedras de sacrificios, que aun está enterrada frente al Palacio Nacional, y que en sus relieves pintados se ha creído que representaba la lucha gladiatoria, manifiesta en su centro á la dualidad "Ometecuhtli" creando al "Cipactli." El dios tiene su tocado distintivo, y alza la cabeza al cielo, en donde brota la luz primera. Una copia con colores, sacada directamente de la piedra, se encuentra en el Museo, y puede verse su litografía que se publicó en la traducción de la Conquista de México de Prescott, editada por el señor García Torres.

VII

Esta primera creación fué confundida en la religión nahua con la del primer hombre. Generalmente se dice que este primer hombre fué "Tonacatecuhtli" ó "Cipactli;" y que la primera mujer fué "Tonacacihuatl" ú "Oxomoco." La primera creación, pues, "Tonacatecuhtli," es el "Izpactli" ó "Cipactli," los resplandores de la luz; y por eso se llama también al dios, "Tlatizpaque," el que envía la luz á la tierra; viniendo así á confundirse naturalmente con el sol, pues la idea de la luz y del sol debía ser una misma para los pueblos primitivos. Así vemos confundirse el sol con el "Tonacatecuhtli" y ambos con el día, pues "Tonatiuh" el sol, no es más que una corrupción de "Tonacatecuhtli," y "Tonalli" el día, tiene la misma raíz. El sol es, por lo tanto, el señor del día ó el señor que nos alumbra; pero bajo la idea abstracta de luz, es "Cipactli."

Como dios, "Tonacatecuhtli" se representa adornado de astros, y con un arco de la bóveda celeste á la espalda. Como "Tonatiuh," se pinta en figura circular, despidiendo rayos en forma de "Iztli." Como "Cipactli," es una figura irregular,

retorcida á manera de sierpe, y de todo su cuerpo salen puntas de "Iztli" ó rayos de luz.

Examinemos ahora, qué nuevas ideas nos puede dar "Oxomoco." Bajo la idea de la dualidad, y de que "Oxomoco" era la compañera del "Cipactli" en la formación del calendario y en la cuenta de los tiempos, es fácil presumir, que si "Cipactli" es la luz, "Oxomoco" debe ser la obscuridad; que si el primero, como "Tonatiuh," es el sol, la segunda como "Metztli," es la luna; y en fin, que si "Tonacatecuhtli" es el día, "Tonacacihuatl" debe ser la noche.

En el códice Borgiano, dos láminas después de la antes citada, está representada "Oxomoco" con la figura de "Tonacacihuatl," y con una nube llena de estrellas en la mano, que es la vía láctea, y de allí le viene el nombre de "Mixcoatl," nube en forma de culebra, que idea tan perfecta da de nuestra nebulosa. Su símbolo superior es un buho, animal nocturno, que tiene en las garras un arco del círculo obscuro de la noche. Su acompañado es el símbolo de la luna, una especie de "comitl" ornado de astros, con un conejo blanco en su interior.

Este cuadrete del códice Borgiano representa dos ideas: "Oxomoco" es la no-

che, y está creando á la luna. En el primer cuadrete está la creación de "Cipactli," la luz, el sol. En el segundo cuadrete está la creación de "Echecatl," que es "Quetzalcoatl" ó venus. En el tercero la de la luna ó "Tezcatlipoca." Esto confirma las ideas que antes emití sobre estos dos astros. En el cuarto la misma nebulosa "Mixcoatl" forma las estrellas. Nosotros, después de muchos siglos, hemos llegado á saber que somos parte de la vía láctea, y que las estrellas nacen, por decirlo así, de las nebulosas: para los nahuas, desde entonces, la "Mixcoatl" había creado los astros. Los dos brazos de la piedra son también representación de la "Mixcoatl," y sus cuerpos se ven tachonados de estrellas.

La dualidad "Cipactli" y "Oxomoco" constituye el tiempo, y por eso se le atribuye la formación del calendario. Los nahuas, queriendo personificar sus ideas, como todos los pueblos antiguos, hicieron un hombre real de "Cipactli," y le dieron por mujer á "Oxomoco;" y decían que eran grandes agoreros y astrólogos. por lo cual en el "Tonalamatl" los pintaban en figuras de buhos. Aun hay que hacer dos observaciones en este ritual: la primera, que "Cipactli" es el primer día del año, el principio del tiem-

po, la luz; la segunda, que los dos buhos tienen la figura del "Nahui Ollin" ó cuatro movimientos. Fábrega encuentra además del "Nahui Ollin" solar, otro lunar. Ambos son la significación de los dos buhos. Aclara esta idea su color, pues un buho es rojo como el día, y otro negro como la noche.

Para concluir este punto, observaré que al copete de "Cipactli" rodean 13 estrellas, que son en mi concepto alguna constelación de los nahuas.

Finalmente, el símbolo "Nahui Ollin" acompañado de los 20 caracteres de los días, como se ve en el centro de nuestra piedra, se encuentra igual en la lámina 14 del códice Borgiano.

VIII

Examinemos ahora las combinaciones que nos dan los diversos signos numéricos que tiene la piedra, en sus relaciones con el curso del sol, ó medida del tiempo.

Hemos visto que el cuadrete central señala el año 13 "acatl" de la construcción del monumento. Es el final del ciclo conforme á la computación tolteca, que comenzaba por "ce tecpatl." El carácter "acatl" repetido en las casillas del

derredor, ya hace relación con el año de la construcción de la piedra, ya con el día inicial de ese año. En cada una de estas casillas hay cierto número de circulillos que rodean al carácter "acatl." En las diez casillas de un lado son 10 en cada una, lo que nos da 100 numerales. En la superior son 18. Además, fuera de las casillas, hay á su derredor 62 numerales. Sumando todos estos números, tendremos:

Casillas de á 10—10×10=100	
Idem final.....................	18
Numerales que las circundan..........................	62
Suman...........	180

Este guarismo de 180 días da la mitad del año, y en él forman ciclo los días del mes con los acompañados—20×9=180

Uniendo á estos 180 días los otros 180 de las casillas del lado derecho, tenemos el año completo de 360 días. Pero nos quedan dos medias casillas; la primera nos da 4 numerales y la segunda uno, en todo los 5 "nemontemi," y con los 360 días anteriores el año solar de 365 días.

Alrededor de los 20 signos de los días hay unos cuadretes que en sus cinco puntos manifiestan las semanas de 5 días. Como son 40, nos dan 200 días. Unien-

do los 20 de los símbolos de los días, tendremos 220; y si agregamos las 8 semanas que están dentro de las 8 ráfagas y que producen 40 días, resultará:

Días..............................	20
Semanas, 40×5..............	200
Id. de las ráfagas, 8×5......	40
Suma...........	260 días

del año religioso de "Tonalamatl." Los mismos 260 días resultan multiplicando los 20 signos de los días por las 13 estrellas del copete de "Cipactli."

La figura inferior al cuadrete 18 "acatl" es el "tlapilli" de 13 años. Se repite 4 veces á la izquierda y forma 52 años ó una edad; y otras 4 veces á la derecha y forma 104 años ó una gran edad. Las dos caras del sol que se ven entre los dientes de "Cipactli," corresponden á estas dos edades. En las ráfagas curvas encontramos también esta edad.

En el círculo 6 fracciones de á 10 entre las ráfagas..................	60
En las dos fracciones terminales de á 5.................................(1)	10
En las ráfagas cuadradas 8×3......	24
En la parte interior de las figuras circulares, laterales de "Ollin."	10
Total.................	104

(1) En la estampa de Gama, hay un error en el número de terminales.

Las figuras del "Cipactli" son 12, que unidas á la gran figura, dan un "tlapilli" de 13 años.

Los terminales pentágonos entre las ráfagas, son:

Por lado 6 fracciones de á 4..	24
Una sola superior..	1
Suma..	25
Ambos lados..	50

Si agregamos el año del cuadrete superior, y el que representa el "Cipactli," tendremos 52 años ó sea la edad simple.

Las 8 ráfagas significan las 8 horas del día; y las 8 aspas las de la noche.

Estudiando con más detención esta piedra, deben encontrarse otras combinaciones. Lo expuesto basta para ver cómo es un estudio astronómico y cosmogónico del sol.

No es un calendario, como creyó Gama, y con él muchos sabios; pero piedra es ésta que encierra los más grandes misterios de la ciencia nahua: mayores estudios descubrirán más este jeroglífico que es la luz, y del cual los brillantes rayos vendrán un día á iluminar los secretos de la teogonía azteca.



COLEGIO DE TLATELOLCO

Cuando publicamos la vida de Sahagún, hicimos en ella un estudio de la fundación del Colegio de Tlatelolco; pero datos importantes, antes no tomados en cuenta, nos obligan á tratar de nuevo la materia.

La opinión más común señala el año 1537 á la fundación del Colegio. El señor Orozco y Berra, adoptó esta fecha, y lo siguió el señor Hernández Dávalos, quien dice ir de acuerdo con los cronistas franciscanos. Ambos escritores atribuyen la fundación al primer virrey D. Antonio de Mendoza; y el segundo, expresa que dicho virrey fué quien mandó labrar la fábrica del Colegio.

El señor Alamán manifiesta distinto parecer, pues refiere haberse comenzado el Colegio por el Presidente de la Audiencia D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, y haberse abierto con mucha solemnidad en tiempo del virrey.

Otros documentos aumentan la dificultad. Entre nuestros manuscritos tenemos dos anales referentes á Tlatelolco, siendo el primero copia del que Boturini catalogó en su Museo con la marca Qno. 6º. con Fs. 5. Ambos anales, como escritos por personas que presenciaron los sucesos ó vivieron muy cerca de ellos, deben tenerse en cuenta en esta discusión. En los primeros encontramos la siguiente noticia: "1533—II calli—Respondieron en latín los colegiales al rey (sic.) D. Antonio de Mendoza."—En los segundos hallamos estas otras razones: "1533. — Hablaron en latín los colegiales de Tlatelolco.—1534. Llegó el rey (sic) D. Antonio de Mendoza."

Prescindiendo de los errores de fecha, tan comunes en nuestros primeros analistas, tenemos el hecho de que á la llegada del virrey ya los colegiales hablaban latín, lo cual supone algún tiempo de estudios, y apoya la opinión de Alamán de no haber sido el fundador del Colegio D. Antonio de Mendoza, sino que en su tiempo se abrió solemnemente. Desde luego no resulta buena la fecha citada de 1537, pues los anales hacen sincrónicos los dos sucesos, la apertura del Colegio y la venida del virrey; y como éste llegó verdaderamente el año de

1535, parece lógico colocar en la misma fecha la fundación.

El mismo resultado dan los documentos auténticos tomados en consideración por el señor Icazbalceta en la vida del señor Zumárraga. El primero que debemos examinar es una real cédula de la reina, fechada en Valladolid á 3 de septiembre de 1536. Es contestación á carta del obispo, y en ella se aprueba la elección hecha por el señor Zumárraga, de sesenta muchachos, de los que se educaban en los monasterios, para que estudiaran gramática y otras facultades, habiendo hecho al efecto un colegio en la parroquia de Santiago con acuerdo del presidente y oidores de la Audiencia, en el cual dichos muchachos con sus ropas y artes entraron el día de Reyes. De este documento se desprenden para nosotros consideraciones distintas de las sacadas por el señor Icazbalceta, aunque van al mismo fin; consideraciones importantes, pues en obra tan meritoria como la educación de los indios, hay que dar á cada uno su parte. La primera idea fué de los frailes: antes de la venida del obispo, se enseñaba ya á los indios en la capilla de San José del convento de San Francisco; y el obispo escogió sesenta muchachos de los que se educaban en los monasterios, para con

ellos fundar el Colegio de Santa Cruz. No fué, pues, de él la idea de la educación de los indios, sino el formar un local determinado para ese objeto, pareciéndole á propósito el inmediato á la parroquia de Santiago. Pero aun allí, los frailes franciscanos que habían comenzado dicha educación en su convento, fueron quienes continuaron dándola en el nuevo plantel.

Resulta también que el señor Zumárraga no obró por sí en esa fundación; de suponer es que la pidieran y aconsejaran los mismos franciscanos; y es seguro que previa relación hecha á la Audiencia, ésta fué quien acordó mandar á los indios hicieran la fábrica del Colegio. Confirma esto el mismo señor Zumárraga en carta de fin de Noviembre de 1537, donde expresamente refiere cómo se hizo la fundación con mucho acuerdo y parecer del presidente de la Audiencia y oidores, que ya entonces había setenta educandos, y que la fábrica se había hecho de adobes. Pide, además, se mande orden al provincial de los franciscanos, para que siempre residan en el Colegio los dos frailes maestros, como sucedía en esa fecha. No queremos quitar al obispo nada de la gloria que le corresponde; pero debemos creer que los franciscanos reclamaron la parte por ellos to-

mada en la fundación, pues en cédula fechada en Barcelona á primero de mayo de 1543, dice el rey que Jacobo de Testera, comisario general de la orden de San Francisco, le hizo relación que desde hacía ocho años, es decir, desde 1535, residían dos frailes franciscanos en dos celdas encima de la iglesia enseñando á los estudiantes. A ese propósito, y viendo la necesidad que tenían de aposentos los dichos dos religiosos, por lo cual los indios se ofrecían á hacerles una casa cerca de la parroquia, pidió la respectiva autorización el comisario; y el rey acordó se hiciese si en ello convenían el virrey y el obispo, pero sin que la iglesia saliera de la jurisdicción de éste. Además, el mismo virrey da parte no pequeña en la fundación á la Audiencia, en carta que escribió en México á 10 de diciembre de 1537; pues en ella dice que el obispo hizo relación á los oidores de la buena disposición de los niños indios para aprender, y que por virtud de esa relación se acordó fundar el Colegio. Resulta entonces por fundadora la Audiencia. Los frailes iniciaron y pusieron en planta la caritativa idea de enseñar á los niños indios; viendo sus adelantos, el señor Zumárraga dió cuenta á la Audiencia; ésta acordó la fundación del Colegio; los indios de Tlatelolco cons-

truyeron la casa; el obispo escogió sesenta de los educandos de los frailes, y dos frailes quedaron de maestros; fundándose así tan útil establecimiento por el concurso unido de las personas citadas. Lo indudable es, dice el señor Icazbalceta, que Carlos V no tuvo parte alguna en la fundación, ni la supo anticipadamente, aunque algunos se la han atribuído.

En efecto, los mismos frailes franciscos de Tlatelolco así lo afirmaban. En un precioso códice manuscrito que llamamos de Santiago Tlatelolco, se lee al principio de la segunda foja: "Imperial colegio de Santa Cruz, fun dado por el Exmo. Sor. Virrey dn. Antonio de Mendoza de orden del sor. Emperador Carlos V. el año 535." Acaso otras cédulas ó documentos que más tarde se descubran, podrán explicarnos esta contradicción; pero hasta ahora es preciso convenir por los datos existentes, que la idea no vino de España, sino que nació del esfuerzo combinado de los frailes, del obispo y de la Audiencia, llevándose á cabo desde luego el pensamiento, levantándose el edificio y comenzándose la instrucción. Hecho ya todo esto, se abrió solemnemente el Colegio á la llegada del virrey Mendoza. El obispo llegó en 1534, y el virrey en 1535; concebida

la idea y acordada por la Audiencia, la obra de adobes debió hacerse en poco tiempo por los indios; escogió el obispo los educandos, comenzaron los frailes á enseñar; en 1535 estaba ya fundado el Colegio y los niños hablaron en latín con el virrey; y todo á punto, se inauguró solemnemente el 6 de enero de 1536.

Advirtamos que por su misma fundación, el Colegio tuvo un carácter civil y no religioso, á pesar de que los maestros eran frailes franciscos. Lo instituyó la Audiencia como establecimiento perteneciente al gobierno colonial; y de ahí nació sin duda el atribuir su fundación á Carlos V. Además, como ya hemos visto, en un principio no había convento en Tlatelolco: solamente los dos frailes maestros que tenían sus celdas sobre la iglesia. Esta no era la que hemos conocido, sino una pieza cuadrada, con techo de vigas, la cual existe aún en la parte baja del edificio. Así la obra hecha por los indios, se redujo á las dos celdas citadas, y á unas piezas bajas donde se puso el Colegio. Tenían los colegiales "una pieza larga, como dormitorio de monjas, las camas de una parte y otra sobre unos estrados de madera, por causa de la humedad: "de modo que el dormitorio no estaba en alto, sino que

era un salón bajo. Cada colegial "tenía su frazada y estera ("petate"), y cada uno su cajuela con llave para guardar sus libros y ropilla." Comían juntos en refectorio especial. Al amanecer iban en procesión al coro bajo de la iglesia á oír misa; pasaban el día en sus estudios; y en la noche eran guardados por vigilantes en su dormitorio, donde siempre ardía luz, "así para la quietud y silencio, como para la honestidad." La iglesia parroquial era anterior: la obra hecha por los indios para edificio del Colegio consistió en una sala larga para dormitorio, un salón para refectorio, dos piezas para clases, y dos celdas sobre la iglesia para los maestros, todo de adobe. Sin duda el virrey encontró comenzada la obra; pero como era institución perteneciente á su gobierno y por buena la tuvo, y los indios hacían sólo la parte material de paredes y techos, todavía podemos dejar á D. Antonio de Mendoza los otros gastos, incluyendo los de instalación, seguramente de no poco monto.

Hay una carta del virrey que amplía lo dicho y lo explica más. En la contestación de la reina á la de Zumárraga le dijo, que pedía informe al virrey sobre los medios de proteger al Colegio sin daño de la Hacienda Real y sin vejación de los naturales. El auxilio, sin duda pe-

dido por el obispo, era natural, supuesto el carácter civil del establecimiento; y sobre este punto contesta el virrey en dicha carta, á la cual antes hemos hecho ya referencia. Después de dar cuenta de la fundación del Colegio y de los adelantos de los indios educandos, dice al rey que es muy justo que los favorezca y haga mercedes, y que eso no se podía hacer sin que costase algo á la Hacienda Real. Agrega que es fuerza que de esa Hacienda salgan los fondos para dotaciones de colegios y universidades y otras semejantes "pulíticas." Aquí político es sinónimo de civil y contrapuesto á eclesiástico, como colegio y universidad á seminario. Verdad es que el virrey testifica las buenas intenciones del obispo para auxiliar al Colegio, pues dice que quería regalarle dos pares de casas, las cuales ya tenía dadas á la iglesia, y pretendía que el rey le diese otro pueblesado junto con el suyo, y ambos fuesen para él y un monasterio de beatas; pero ambos regalos quedaron en proyecto. Fundado, pues, el Colegio por la autoridad civil, aunque á moción de la eclesiástica, aquélla entendió en su sostenimiento, y ésta proporcionó los dos frailes maestros.

Fray García de de Cisneros, el séptimo de los doce primeros frailes, fué quien

instituyó el Colegio y nombró á los maestros, los cuales fueron según Mendieta, el citado Fray Arnaldo de Bassacio, lector de latinidad, á quien sucedió Fray Bernardino, y Fray Andrés de Olmos, á quien siguió Fray Juan de Gaona, encargado de la enseñanza de la retórica, lógica y filosofía; según se deduce de lo dicho por Mendieta, y de haber sido dos los maestros, como consta en la cédula real. Enseñábase á los niños indios á leer y escribir; y creemos que á lo primero se dedicara Sahagún, pero no á lo segundo, supuesta su muy mala letra, y el tener algunos de los colegiales bellísima forma de escritura, de que nos da muestra el códice de Santiago.

Sin duda, en los principios no hubo rector del Colegio, ni había necesidad de él por su sencilla organización. La portada del códice de Santiago dice: "Imperial colegio de indios titulado Santa Cruz, fundado en el Convento de Santiago Tlatelolco de Religiosos Franciscanos." Pero ahora sabemos ya que en un principio no hubo allí convento, y que éste se construyó después del año 1543, quedando la iglesia sujeta al ordinario.

Aunque Mendieta habla de que se reunieron allí al pie de cien niños ó mozuelos de diez á doce años, hijos de los señores y principales de los mayores pue-

blos ó provincias de la Nueva España, trayendo dos ó tres de cada cabecera ó pueblo principal, porque todos participasen del beneficio; el mismo obispo dice que en un principio fueron sesenta, y el virrey lo repite refiriendo que entraron en su presencia con sus hopas y artes. La elección y envío de los niños al Colegio se había hecho con eficacia, así por ser mandato del virrey, como porque los religiosos de los conventos ponían diligencia en escoger y nombrar en los pueblos donde residían, á los que les parecían más hábiles para ello, y compelían á sus padres para que los enviasen.

Todo á punto, maestros, colegiales y Colegio, hízose la solemne inauguración el día de Reyes, 6 de Enero de 1536. Reunióse en San Francisco "toda la ciudad," y con ella el obispo de Santo Domingo, D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, comenzador de la obra, y el virrey Don Antonio de Mendoza, su ilustre consumador. Reunióse también el clero, yendo con él D. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México. Unidos todos en San Francisco, oyeron elocuente oración del Dr. Cervantes. El señor Icazbalceta aclara que no fué este Cervantes el autor de los Diálogos. Salieron después en procesión hasta San-

tiago, en donde esa gran multitud oyó la misa y sermón de Fray Alonso de Herrera, uno de los franciscanos de la segunda barcada. Después, en el refectorio, dióse banquete á costa del obispo Zumárraga, y predicó Fray Pedro de Rivera, hombre docto y de mucha autoridad.

Quedamos, pues, en que al principio no había más edificio que el de adobes del colegio pegado á la iglesia, sólo dos frailes maestros, y sesenta niños educandos, los cuales al año siguiente habían aumentado á setenta; y aun eran pocos para los deseos de los frailes. Como obra provisional y hecha con materiales de débil consistencia, al corto tiempo amenazaba ruina el edificio. En efecto, á fines de 1537, pedían los obispos al rey que se hiciese de cal y canto el colegio de los estudiantes, pues se comenzaba á caer, construyéndole altos para la librería, dormitorio y oficinas necesarias, y con sus generales en lo bajo. Daban por razón que estaba edificado en nombre del emperador, que sus armas reales estaban puestas á la puerta principal del edificio, y tomada la posesión en nombre de S. M. Esto explica perfectamente por qué en el códice de Santiago se dice que el Colegio fué fundado por el emperador; y justifica el error de quienes por ese y

otros datos lo habíamos creído. Aparece por la respuesta del rey dada el año siguiente, que si bien le pareció digna de elogio la institución, no pudo atenderla, y menos mandar hacer la obra solicitada.

Nosotros, dando por fundado el convento de Tlatelolco antes de 1535, dijimos que no se hizo obra separada para el Colegio, sino únicamente se arreglaron para él unas piezas bajas. El señor Icazbalceta, por el contrario, opina que se hizo fábrica separada, porque según Mendieta, el virrey levantó el Colegio á su costa, y este edificio estaba pegado al convento. Pero lo segundo ha resultado falso como lo primero. Antes de 1543, no había convento en Tlatelolco, sino únicamente Colegio. Después, en 1543, y por virtud de la real cédula citada, de acuerdo con el virrey y el obispo, se hizo por los indios el convento, y detrás de él á la parte del sur el Colegio con las salas altas y bajas, y el claustro pequeño de que habla Vetancourt, todo de cal y canto. Todavía se distingue bien el convento que es la Prisión Militar, y el Colegio, que sirve de habitación al comandante del punto.

No podía ser de otra manera; y esto merece una digresión. No fueron tan abundantes á los principios los frailes

franciscos, que pudiesen desde luego levantar muchos conventos de su orden, ya en la ciudad de México, ya fuera de ella.

Los primeros frailes franciscanos que vinieron, designados por Carlos V, fueron Fray Juan de Tecto y Fray Juan de Ayora, á quienes acompañó el famoso lego Fray Pedro de Gante. Llegaron en el año de 1522, y desde luego se dedicaron á la instrucción de los indios. Fray Pedro de Gante se estableció en Texcoco con Fray Juan de Ayora, y fundó una escuela en donde les enseñaba la doctrina cristiana, á leer, á escribir, á cantar y tocar algunos instrumentos músicos. Fray Juan de Tecto pasó á México con igual propósito; y aunque no pudo conseguirlo, logró aprender la lengua mexicana. Después vinieron los doce frailes llamados los primeros. Fueron: Fray Martín de Valencia, custodio; Fray Francisco de Soto, Fray Martín de la Coruña, Fray Juan Juárez, Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, Fray Toribio de Benavente, llamado después Motolinía, Fray García de Cisneros, Fray Luis de Fuensalida, Fray Juan de Rivas, Fray Francisco Jiménez, y dos legos, Fray Andrés de Córdova y Fray Juan de Palos. Entraron en México el 23 de junio de 1524, según Vetancourt. Por Mendieta,

sabemos que desembarcaron el 13 de mayo; y como hicieron el camino á pie y algo se detuvieron en Tlaxcalla, parece buena la fecha de Vetancourt para su entrada en México: aunque nos llama la atención que no presentara sus bulas Fray Martín de Valencia, sino hasta del Cabildo del jueves 9 de marzo de 1525.

No sólo á los tres frailes citados, que de Flandes habían venido y residían entonces en Texcoco enseñando á los hijos de los indios principales, encontraron Fray Martín de Valencia y sus compañeros, pues además supieron de otros dos venidos á estas partes, los cuales en esa sazón andaban en compañía de los españoles sirviéndoles de capellanes. Reunió á todos el custodio, resultando así diecisiete; y divididos después para extender su ministerio á lo más florido del país conquistado, quedó en México Fray Martín de Valencia con cuatro frailes. No era número suficiente para hacer dos conventos: seguramente entonces no se pudo formar el de Tlatelolco, sino únicamente el conocido por San Francisco el Viejo, cuya ubicación no se ha podido averiguar acertivamente, si bien creemos, atendiendo á que todavía en esa época estaban en pie y eran estorbo las diversas construcciones piramidales del

gran "Teocalli," que debió construirse inmediato al Cuacuauhtlinchan, es decir, en la parte occidental del atrio de Catedral: hablamos de la que hoy existe. (1)

Terminado el monasterio, dieron orden los frailes á los indios principales, de construir inmediato un aposento bajo con una pieza muy grande, á manera de sala, donde se enseñasen y durmiesen los niños hijos de los principales, y otras menores para el servicio. Todo se hizo prontamente; y allí se recogieron hasta mil niños, empezando por enseñarles la religión con señas, hasta que aprendieron el mexicano sus maestros, y pudieron comunicarles otros conocimientos.

Resulta de esto, que la primera escuela de indios que hubo, se estableció en Texcoco en el año de 1522 ó 1523, por Fray Pedro de Gante, ayudado por los Padres Tecto y Ayora; y la segunda en México, en 1525, inmediata á San Francisco el Viejo, y bajo la dirección de Fray Martín de Valencia.

---

(1) Este estudio, aún inédito, se escribió por el año de 1884. Después en nota mía á la Historia de Tlaxcallan de Muñoz Camargo que publiqué en 1892, en las páginas 163 á 165, creo probar que San Francisco el Viejo y la primera escuela estuvieron donde hoy está la Academia de Bellas Artes, edificio que anteriormente fué el Hospital de bubas.

Al construirse el nuevo San Francisco, ya vimos que la enseñanza de los indios se siguió en la capilla de San José, siendo maestro de todas las artes y ejercicios el venerable Pedro de Gante. Esta fué la tercera escuela, en la cual fué lector de gramática Fray Arnaldo de Bassacio.

Ya con éste habían venido otros frailes franciscanos después de los doce primeros: Fray Andrés de Olmos llegó á fines de 1528 con el señor Zumárraga, y con Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, vinieron en 1529 los diecinueve frailes de la segunda barcada, y entre ellos nuestro Sahagún. Todavía encontramos los siguientes datos hasta ahora desconocidos. Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los primeros doce, volvió á España en 1527 con alguno ó algunos de sus compañeros, pues en ese año se expidió cédula para que los oficiales reales pagasen los fletes de lo llevado por esos religiosos. En 1523 se mandó una tercera barcada de diez frailes franciscanos: hay una cédula de ese año, mandando á los oficiales de Sevilla que les den vestuario, y otra para que les den pasaje y matalotaje. Por cédula de 1533 se mandó al obispo Zumárraga que se restituyese á la ciudad de México; y por otra de 1534, se mandó que á los doce religiosos de

San Francisco que consigo traía, se les diera el buen tratamiento debido, y se les señalase paraje para fundar monasterio. Resultan cincuenta y nueve franciscanos llegados hasta esa época, y podría creerse que para los últimos doce se fundó el convento de Tlatelolco; pero la cédula de 1543 quita toda duda.

Establecido el Colegio de Santiago, que fué según lo dicho, la cuarta escuela de indios y la primera de carácter civil, y habiendo corrido hasta el año de 1538, en él se expidieron dos cédulas á su propósito, una contestando la carta de los obispos, y otra mandando expresamente se continuara en ese establecimiento la enseñanza de los indios. Todavía encontramos en el mismo año otras dos cédulas, al parecer contradictorias. En la una se dan gracias á los Padres de San Francisco por la educación de los indiecitos en el Colegio de Santiago; y en la otra se pide informe sobre la utilidad y perpetuidad de dicho Colegio. Es de presumir que la Corte, si bien veía con agrado la instrucción religiosa de los indios, no quería echarse la carga de conservar el carácter civil á su educación, y acaso era hostil á esa enseñanza. Mendieta nos ha conservado los argumentos que en contra de ella se hacían. Parecen confirmar esta explicación otras dos rea-

les cédulas del año siguiente, 1539. La primera dispone se pongan los niños de los indios á doctrinarlos; y en la segunda se pide informe al virrey sobre la utilidad del Colegio de Santiago, insistencia que confirma nuestro pensamiento.

Como con fecha posterior encontramos la petición del comisario Fray Jacobo de Testera y la cédula de 1543 para hacer el nuevo edificio, es lógico referir á esa época la construcción del Convento y nuevo Colegio, y suponer su abandono por la autoridad civil exclusivamente en manos de los religiosos. Nos autoriza á juzgarlo así una cédula de 1546, por la cual se manda dar al Hospital de las Bubas la casa en donde se doctrinaban los hijos de los caciques. Suponemos fundadamente que fué la primera y no el Colegio; pero siempre acredita la disposición de la Corte en este asunto.

La construcción del Convento y del nuevo Colegio debió hacerse en el año de 1544. A esta nueva fábrica se refiere Mendieta cuando dice que el Colegio estaba pegado al Convento, y fué construído á costa del virrey. Viendo Don Antonio de Mendoza el poco caso hecho por la Corte á sus recomendaciones, empleó sus propios bienes en lo que el rey consideraba perjuicio de su real hacienda; y así, según dice Mendieta, dió al Colegio

ciertas estancias y haciendas que tenía, para que con la renta de ellas se sustentaran los colegiales indios que habían de ser enseñados. Advirtamos que el Colegio se hizo como aconsejaban los obispos, aún con pieza para librería, pues en el códice de Santiago está la lista de los libros allí existentes.

El mismo códice nos da cuenta de la donación de las estancias. Fácil es calcular que no eran precisos grandes fondos para sostener el Colegio: el cuidado de éste nada costaría, como que estaba inmediato al Convento: únicamente los alimentos y vestidos de unos cien niños, y acaso los libros para su enseñanza. No hay constancias de que los frailes cobrasen sueldo cuando fueron lectores, como las hay de otros maestros; y todo hace creer que pocas rentas bastasen al objeto. Estas rentas se obtuvieron con la donación del virrey.

A la tercera foja del códice de Santiago y en papel de maguey, hay escrita una portada que dice: "Nº. 6.—Donacion de Don Antonio de Mendoza Bi Rey de vnos sitios de estancia de ganado mayor obejas bacas y yeguas junto al Rio de apasseo a los confines de estancias de Francº. de Villegas." Así fué el obsequio, no de haciendas ni varias, sino de una estancia, la cual suponemos por su si-

tuación junto á Apaseo, que es la pobre hacienda de la Estancia de las Vacas, famosa en nuestras contiendas civiles.

Copia de la donación ocupa la foja 9 del códice; y fechada está en el puerto de Acaxutla á 22 días del mes de febrero de 1551, cuando el virrey se embarcaba para ir á desempeñar el real mando en el Perú. Al partir, D. Antonio de Mendoza hacía aún el bien á sus colegiales indios, y antes de darse á la vela otorgó en el puerto la escritura de donación de los tres sitios de ganado mayor de la estancia que el rey había dado á su hijo Francisco. Es curioso que después de publicada por nosotros esta noticia ha unos ocho años, todavía hay escritores que ignoran el punto donde se embarcó el virrey.

Consta en el códice de Santiago la entrega de la escritura de donación, hecha con las solemnidades en tales casos acostumbradas. Reuniéronse el 9 de enero de 1552, y á toque de campana, los indios colegiales, estando presentes, su rector Pablo Nazareo, el conciliario Martín Espiridión, y el lector Antonio Valeriano. Presidíalos Fray Diego de Grado, presidente del Colegio; y á presencia del oidor Lic. D. Francisco de Herrera, y D. Francisco Díaz, escribano de la Real Audiencia, hízose la donación

y entrega de la escritura por Juan de Medina, mayordomo de Don Antonio de Mendoza.

Estas noticias, á más de darnos cuenta de la donación de la estancia y sus pormenores, aclaran algo la organización del Colegio. Mendieta dice, que el guardián del Convento estaba encargado de la administración del Colegio; y vemos que le llamaban presidente, y que en 1552 lo era el franciscano Fray Diego de Grado. Al abandono del establecimiento por la autoridad civil, aparecen los frailes tomándolo de lleno á su cargo. Pero vemos también que á la ceremonia de la donación, sólo asistieron los indios colegiales y sus superiores indios, y no los otros lectores, por ser regalo que para los indios se hacía. Se advierte además, que había un rector especial del Colegio; y suponemos que se escogía entre los mismos indios, como lo indica el nombre de Pablo Nazareo que lo era entonces.

Para concluir con la historia de la estancia, diremos que fué nombrado administrador de ella Juan Gómez de Almazán, corregidor de Tlatelolco; y que tres años después, en junio de 1555, la Real Audiencia autorizó al Colegio para vender la hacienda y emplear en censos su producto.

Esto es todo lo que hasta ahora hemos podido averiguar sobre la fundación y primeros años del Colegio de Santa Cruz de Santiago Tlatelolco.

Debemos terminar con dos observaciones. La una es del señor Icazbalceta, relativa á las cédulas expedidas para traer nuevos frailes franciscanos á México, pues según él, varias veces se dieron dichas cédulas, y los frailes no vinieron. La otra es relativa á la duración del Colegio de Tlatelolco; pues mientras generalmente se cree que concluyó en el mismo siglo XVI, encontramos en el año 1734, entre los colegios que concurrieron á los funerales del virrey Marqués de Casa-Fuerte, al imperial de Santa Cruz, de indios nobles caciques, con mantones azules y becas blancas.



MUÑOZ CAMARGO

Historia de Tlaxcala. He tenido tres copias manuscritas de esta obra. En una la relación era corrida y llevaba el título de "Pedazo de Historia." Cuando fuí Gobernador del Distrito, en 1871, dispuse su publicación en el Periódico del Gobierno. No llegó á terminarse, pues mis sucesores no creyeron conveniente continuar su impresión. Adquirí otra copia en la biblioteca del señor D. J. F. Ramírez. Esta va dividida en capítulos, con los sumarios correspondientes en la primera parte y sin ellos en la relativa á la conquista. Como el señor Orozco y Berra tenía en la suya las notas del señor Ramírez, las copié para la mía. Tengo otra copia cotejada por el señor García Icazbalceta.

Comparándolas se observa que son versiones diferentes: lo cual acredita que

el original se escribió en mexicano, y fué traducido por dos distintas personas; aun cuando Clavigero afirma lo contrario.

Ternaux Compans publicó una mala traducción francesa de esta Historia.

En realidad la obra de Muñoz Camargo es la única fuente auténtica de la historia de los tlaxcaltecas. Le falta algo del principio: probablemente lo relativo á los toltecas. En la parte de la conquista, el autor calla las batallas con que los tlaxcaltecas se opusieron á la invasión española. El relato llega hasta el virreinato de D. Alvaro de Manrique.

Tengo un cuadernillo escrito en mexicano. Es una relación trunca. Trata de los toltecas, de los chichimecas y de los mexicanos, y al fin comienza á hablar de los tlaxcaltecas hasta su llegada á Texcalticpac (Tlaxcallan). (1)

---

[1] En marzo de 1901 publiqué este fragmento en los Anales del Museo. Antes, en 1892, había publicado la Historia de Tlaxcala de Muñoz Camargo, con numerosas notas mías y además las del Sr. Ramírez, las cuales marqué con su inicial R.



IXTILXOCHITL.

Las obras históricas de Ixtilxochitl, se imprimieron en la colección de Lord Kingsborough. Ternaux Compans publicó una traducción francesa, con notas, de la Historia Chichimeca y la Noticia de los Pobladores; pero sabido es que sus versiones son infieles.

En la colección de manuscritos que se conserva en el Archivo General, las obras de Ixtilxochitl están en los tomos IV y XIII. En el IV está la Historia Chichimeca. En el XIII, intitulado Relaciones, se comprenden:

I. Sumaria Relación, etc., en cinco relaciones.

II. Historia de los señores Chichimeças, etc., en doce relaciones. A ésta va agregada la continuación de los hechos de Netzahualcoyotl hasta la guerra de Xochimilco; se intercala una lista de 154

nombres de pueblos; sigue la narración histórica de Netzahualcoyotl hasta su instalación en el trono de Texcoco; y como continuación natural las Ordenanzas que hizo el mismo Netzahualcoyotl; y termina con una noticia de su hijo Netzahualpilli, su muerte y funerales.

III. La orden y ceremonia para hacer un Señor, etc.

IV. La venida de los españoles á esta Nueva España.

V. Entrada de los españoles en Texcuco.

VI. Noticia de los pobladores, etc., en trece relaciones.

VII. Relación sucinta en once relaciones. Como continuación de ella, hay dos noticias tituladas: Relación de los demás señores de Nueva España, y Relación del origen de los Xochimilcas.

VIII. Sumaria Relación, etc.

En el tomo III hay dos piezas atribuídas á Ixtilxochitl, aunque esto es dudoso: la una se compone de los Cantares de Netzahualcoyotl, y la otra de unos Fragmentos históricos de la vida del mismo. (1)

---

[1] En 1891--1892 publiqué las obras históricas de Ixtlilxochitl.



LAS NAVES DE CORTES.

Un jurado, compuesto de los Sres. D. José Sebastián Segura, D. Casimiro Collado, D. Anselmo de la Portilla, D. Manuel Peredo y D. Ignacio Altamirano, de los cuales los cuatro primeros son académicos, ha premiado una oda á Hernán Cortés, escrita por el elegante é inspirado poeta D. José Peón Contreras. Ocasión me da la laureada poesía, para deshacer un error vulgar que anda de boca en boca, hasta haberse formado con él un proloquio: "quemar las naves."

Dice la segunda estrofa de la oda:

"Unas naves allí....sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,
Entre los altos mástiles flamea,
De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,

Vuela en pavesas ígneas el velámen,
Del aire maravilla;
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla."

Al leer tan hermosos versos, no he podido menos de exclamar con el poeta español:

¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

La verdad es, que Cortés no quemó sus naves. Y paso á demostrarlo.

Para mi intento, no usaré del dicho de escritores indígenas ó mexicanos, porque no se les tache de parciales; ni de los datos que pudiera sacar de manuscritos, porque no se les tilde de ignorados: valdréme tan sólo de lo que han referido algunos conquistadores, escritores españoles contemporáneos de Cortés ó cronistas de los reyes de España.

El hecho heroico de quemar las naves, hubiera significado "únicamente" cortarse la retirada para siempre, á fin de consumar sin remedio la conquista ó morir en ella. Admitido así el hecho, Cortés se levantaría inmenso titán sobre nuestras playas, alumbrando con los reflejos inmortales de su incendiaria tea el mundo entero.

Pero apaguemos esa tea, y veamos qué pasó en realidad.

Habíase alzado Hernando Cortés con la armada que en Cuba preparó Diego Velázquez, y tras diferentes aventuras, tomó tierra y fundó la villa rica de la Vera Cruz. La expedición tenía por objeto rescatar oro, y era Cortés su capitán por nombramiento de Velázquez, Gobernador de la Fernandina. Habiendo visto que la nueva tierra era rica, y considerando que si "volvían á Cuba, se perderían," (1) y que los soldados que le acompañaban reconocían su mando como derivado del citado Velázquez, vino á las mientes de Cortés lo que hoy en nuestro lenguaje político se llamaría un golpe de Estado. Al efecto, fundó la villa, y le nombró un Corregimiento, compuesto de "los más confidentes amigos que tenía" (2), entre los cuales estaban Portocarrero, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval.

Como la autoridad sólo podía ejercerse en nombre del rey de España, resultó naturalmente que tal Ayuntamiento fuese el único representante de la autoridad real en la nueva tierra. Entonces se pre-

---

[1] Herrera.—Década II.—Lib. V.—Cap. VII.
[2] Ibid.

sentó Cortés ante esa autoridad, y renunció el cargo que de Velázquez había recibido; y el Corregimiento decidió nombrar al mismo Cortés Capitán General y Justicia Mayor; de manera que despojándose del cargo que recibió de Velázquez, se libraba de los compromisos que con él tenía, y afirmaba su autoridad como propia, derivándola del nombramiento de los corregidores representantes del poder imperial.

Aunque el paso fué astuto, no faltaron descontentos que vieran la red tendida y que protestaran, por lo cual fué preciso prender en la Capitana á Juan Velázquez de León y á Diego de Ordaz; y mandar á los más sospechosos con Pedro de Alvarado, "que entrasen la tierra."

Lo que la necesidad había obligado á hacer á Cortés, le dió á conocer que existían en la tierra pueblos poderosos; pero enemigos entre sí, y por lo mismo fáciles de conquistar aliándose con unos contra los otros. El señor de Cempualia presentóse desde luego como aliado, y quejóse de la esclavitud y tributos que le imponía Moteczuma, el rey de México. El rápido genio de Cortés comprendió desde luego, que con la alianza de los cempualtecas tendría un ejercito indio á sus órdenes, y que si lograba atraerse á otros pueblos, podría formar huestes

numerosas para apoderarse del imperio mexicano; y decidió la conquista. En efecto, vinieron á hacerla millares de indios enemigos de los mexicanos; y Cortés con sus pocos soldados españoles, pero con inmenso ejército indígena, puso sitio y destruyó la ciudad de Tenoch.

Es verdad que ya no es un grupo de soldados europeos quienes hacen la conquista, sino los mismos indios, viles instrumentos de Cortés; pero grande es quien aprovecha las grandes ocasiones.

Favoreció también la idea de Cortés, el miedo que Moteczuma le manifestó. Antigua tradición afirmaba que el dios Quetzalcoatl blanco y barbado, vendría por el Oriente á apoderarse de la tierra; y el débil y supersticioso monarca de México creyó ver en Cortés al dios vengador. Don Hernando, al observar este temor, y que como á un dios se le saludaba y trataba, vió asegurada la victoria. La conquista era un hecho ya para él. El fanatismo enervaría las fuerzas de su contrario: para destruirlo, la división de los pueblos le proporcionaría innumerables ejércitos; sus pocos soldados españoles dirigirían y acudirían en los momentos supremos; y él, nuevo dios de nueva é ignota teogonía, dispararía los rayos de fuego de su artillería espantosa para alumbrar los lagos de sangre india de dos

ejércitos indios que luchaban para dar la victoria al audaz español.

Pero entonces un nuevo enemigo se presentó: los mismos españoles. Los indios, sin saberlo, ponían de su parte cuanto era necesario para llevar á cabo la conquista: los españoles ya eran los únicos contrarios. El desconcierto volvió á cundir en el campo conquistador, los parciales de Velázquez acordaron apoderarse de una nave, y volver á Cuba: los principales eran el clérigo Juan Díaz, el piloto Gonzalo de Umbría, Diego Escudero y Juan Cermeño. Proveyeron de vituallas el navío y dispusiéronse para darse á la vela en la noche, lo que no llevaron á cabo por denuncia de Bernardino de Coria. Sorprendidos por Cortés, Escudero fué ahorcado en compañía de Diego Cermeño, y castigados algunos otros.

Si la insurrección crecía, la ambiciosa empresa de Cortés caía por tierra: para terminarla, no había más que un remedio, destruir las naves; pero de manera que en un caso dado, pudieran reconstruirse. Quemarlas era perderlas para siempre, y no era un rasgo de heroísmo el que se buscaba, sino una medida salvadora.

Y aquí es ocasión de traer á cuento las autoridades que acreditan que no se quemaron.

Motolinia, uno de los primeros doce frailes franciscanos que vinieron á México, contemporáneo y panegirista de Cortés, dice hablando de sus hazañas (1): "dió con los navíos todos que traia al través."

Fray Bernardino de Sahagún, uno de nuestros historiadores primitivos, y acaso el más autorizado de todos, repite igualmente (2): "La animosidad de D. Hernando Cortés, valeroso capitan de la conquista de esta tierra, se mostró en que hizo descargar todos los navíos, y luego echarlos á fondo."

Don Antonio de Solís, secretario del rey de España, y su cronista mayor de las Indias, grande admirador de Cortés; cuenta también (3), que las naves se dieron al través, "sacando á tierra el velamen, xarcias y tablazon que podia ser de servicio."

De manera, que no solamente no se incendiaron las naves; sino que se salvó todo lo que podía ser útil para reconstruirlas, y solamente los cascos se echaron á

---

(1) Historia de los Indios de la Nueva España.—Tratado I, capítulo I.

(2) Conquista de la Nueva España.—Capítulo X.—Edición de 1840.

(3) Historia de la Conquista de México.—Capítulo XIII.

la costa. Ya antes que Solís, otro cronista del rey de España, D. Antonio de Herrera, lo había dicho (1). "Mandó (Cortés) al Alguacil Maior Juan de Escalante, que fuese á la Villa Rica, i sacase de los Navios las Ancoras, Clavos, Velas, i quanto tenian de provecho, i que todos ellos diese al traves, salvo los Batoles."

Probado ya que no se quemaron las naves, sino que se "dieron al través," salvando antes todo lo necesario para poder en un caso dado reconstruirlas, voy á demostrar que la causa eficiente fué el impedir que los españoles desertasen para Cuba, y no el cerrarse toda retirada. Podría valerme de alguno de los escritores citados; pero para variar, servirán á mi objeto, el conquistador Andrés de Tapia y el mismo Cortés. Dice el primero (2): "Visto el marques que entre los suyos habia algunas personas que no le tenian buena voluntad, é que destos é otros que mostraban voluntad de se tornar á la isla de Cuba de donde habiamos salido, habia cierto numero, habló con algunos de los que iban por maestros de los navios, é á algunos rogó que diesen barre-

(1) Década II.—Libro V.—Capítulo XIV.

[2] Relación sobre la Conquista de México.—Documentos del Sr. García Icazbalceta.—Tomo I, página 563.

nos á los navios, é á otros que le viniesen á decir que sus navios estaban mal acondicionados.....é asi dieron al traves con seis ó siete navios." Confirma esta intriga Bernal Díaz, que dice: "Le aconsejamos (á Cortés) los que eramos sus amigos, que no dexase Navio en el Puerto ninguno, sino que luego diese al travès con todos." "Esta plática, agrega, de dar con los Navíos al travès, que alli le propusimos, el mismo Cortès lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros."

El testimonio del mismo Cortés tiene que ser irrecusable. En su segunda carta relación dice al emperador: (1) "Y porque, como yo creo, en la primer relacion escribí á V. M. que á algunos de los que en mi compañia pasaron, que eran criados y amigos de Diego Velazquez, les habia pesado de lo que yo en servicio de V. A. hacia, é aun algunos de ellos se me quisieron alzar y irseme de la tierra, en especial cuatro españoles, que se decian Juan Escudero y Diego Cermeño, piloto, y Gonzalo de Ungria, asimismo piloto, y Alonso Peñate; los cua-

(1) **Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, colegidas é ilustradas por D. Pascual de Gayangos, de la Real Academia de la Historia de Madrid, etc., pág. 53.**

les, segun lo que confesaron espontaneamente, tenian determinado de tomar un bergantin que estaba en el puerto con cierto pan y tocinos, y matar al maestre de el, y irse á la isla Fernandina..... Y porque demas de los que, por ser criados y amigos de Diego Velazquez, tenian voluntad de salir de la tierra, habia otros que por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que eramos, estaban del mismo proposito; "creyendo que si alli los navîos dejare, se me alzarian con ellos," y yendose todos los que desta voluntad estaban, yo quedaria "casi solo," por donde se estorbara el gran servicio que á Dios y á V. A. en esta tierra se ha hecho; tuve manera como, so color que los dichos navios no estaban para navegar, "los eché á la costa."

Aquí tenemos al mismo Cortés arrancándose el lauro de heroísmo que la vulgaridad y el inspirado poeta, le atribuyen equivocadamente. Y no quiero hacer caso del cronista Herrera, que asegura que Cortés tuvo también la mira de "no quedar él solo obligado á la paga de los Navios, sino que el Exército los pagase" (1); ni de Ceballos que afirma (2), que dejó dos naves.

---

(1) Loc. cit.

(2) Demanda de Ceballos. Doc. cit.pág. 439.

Restituyamos la verdad histórica: no por eso Cortés dejará de ser grande; y arranquemos la gloria del fuego de las manos del capitán conquistador, para ponerla á los piés de Cuauhtemotzin, cuando en su sublime martirio, al sentir arder sus plantas, sonreía diciendo que no estaba "en un lecho de rosas."

Septiembre 17 de 1876.



ESTUDIO ETIMOLOGICO.

TOCAYO.—Tocayo, Tocaya. Adj. Lo mismo que colombroño. Colombroño. S. m. El que tiene el mismo nombre que otro. Pudo decirse del latino "Cognomen. Lat. "Cognomines."

No nos dice más el primer Diccionario de la Lengua Castellana sobre la palabra tocayo. Generalmente apoya el buen uso de las palabras en alguna ó algunas obras de autores del período clásico; y en el presente caso falta la autoridad respectiva. Basta su silencio para comprender que la voz era nueva, pues de otra manera aquel Diccionario, llamado de autoridades por citar en cada caso las conducentes, no habría omitido las relativas á este vocablo.

Si la palabra era nueva, naturalmente debemos considerarla traída de otra lengua. No podía venir de las genera-

doras del castellano, como el latín y el árabe, porque la habrían usado los primeros escritores; y además la derivada de la lengua latina es "colombroño." Llama también la atención la sílaba terminal "yo," escrita con "y;" pues por lo común las palabras de tres sílabas terminadas en "llo" emplean la "ll," como "caballo," "cabello," "sencillo," "cuchillo," "etc.;" y aunque tenemos varias de dos sílabas con "yo," como "cuyo," "hoyo," "etc.," son más las usadas con "llo," como "gallo," "pollo," "criollo," "etc."

Podemos, pues deducir para la palabra "tocayo," un origen extraño y posterior al siglo XV en el cual aun no alcanzaba la lengua castellana todo su perfeccionamiento.

La misma extrañeza de la voz atrajo la inventiva de los etimologistas, y se formaron las combinaciones más raras y caprichosas. Basta citar una, acaso la mejor aceptada: "tu cuyo," la cual nada expresa y explica menos. No debió haber etimología segura, ni siquiera probable, pues ninguna nos da el Sr. Monlau. Sin embargo, Roque Barcia en su Diccionario general etimológico de la lengua española, dice: "Tocayo." A. Etimología: "tocar," porque los tocayos se tocan en sus nombres." Tal explicación ni ingeniosa nos parece.

Mas yo he creído encontrar el origen de la palabra; y como nada se pierde con un disparate nuevo en la materia, voy á exponer mis ideas, explicándolas y fundándolas hasta donde me sea posible.

Comencemos por fijar el significado preciso de "tocayo," y sobre todo la intención que entraña. Son "tocayos" dos personas del mismo nombre: Juan es "tocayo" de otro Juan. Por lo mismo puede decirse que López es "tocayo" de López, y con más razón lo sería Juan López de un segundo Juan López. Y sin embargo, en el uso común solamente se toman en consideración los nombres de bautismo, para aplicar el calificativo de "tocayo." Nace de aquí sencillamente esta deducción: la palabra viene de la lengua de un pueblo ó nación, donde el nombre impuesto al nacer era el único ó principal de las personas. Siendo así, la voz "tocayo" vendría á expresar algo como identidad, valdría tanto como otro "yo."

Ya en el siglo XV estaban formados los patronímicos en los diversos reinos de España, y los tuvieron las lenguas madres, romana y árabe, como los tenía la vasca: así la palabra que nos ocupa debe buscarse lógicamente en los elementos nuevos recibidos por entonces.

Desde luego se me ocurrió, al tener este pensamiento, que bien podía venir "to-

cayo" del nahua ó mexicano; pues en la antigua México era costumbre dar á cada persona un solo nombre; rara vez se encuentran dos unidos, y en esos casos el segundo no tiene el carácter de patronímico; y además, como los nombres se tomaban por lo común de los veinte del mes, naturalmente resultaban muchos tocayos. Aun los derivados de origen diferente del de los días, se repiten mucho; y así encontramos no pocas veces los de "Tezozomoc," "Moteczuma," "Chimalpopoca" y otros.

Se reunían, pues, en el mexicano las dos circunstancias enunciadas, el uso principal del nombre no patronímico, y su gran repetición; lo cual produce una fuerte inducción de origen. ¿Mas cómo pudo formarse la voz "tocayo," cuál es su etimología, de dónde vino y qué significa? Un pasaje del códice de Cuauhtitlan da en mi concepto la solución de esas dudas. Voy á copiarlo íntegro; dice así:

"Cuentan que los mismos demonios acordaron llamar á uno nombrado Tezcatlipoca, á Ihuimecatl el dios que protegía las relaciones entre los pueblos, y á Toltecatl, y les dijeron: "es necesario que tengais lugar aquí como ciudadanos y vivais aquí mismo." Entonces Tezcatlipoca é Ihuimecatl dijeron: "parece que el pueblo observa el modo con que vivi-

mos; hagamos vino de maguey, se lo daremos á beber (á Quetzalcoatl), y embriagado con él, se perderá." Inmediatamente se encaminó primero Tezcatlipoca, llevando bien envuelto un espejo con un conejo por uno y otro lado, tezcatl necoc, del tamaño de un jeme cemiztitl. Habiendo llegado, dijo á los que cuidaban á Quetzalcoatl: "decidle al sacerdote que ha venido un joven á enseñarle su imagen, nacayo....."

Debemos advertir que "nacayo" significa vuestra carne, la carne del cuerpo según el Sr. Chimalpopoca. Así después dice Quetzalcoatl: "¿De dónde venís? ¿Cuál es mi carne? La veré al momento." Y le contesta Tezcatlipoca: "ved, pues vuestra carne, y luego le presentó el espejo."

Claramente se observa que "nacayo" es vuestra carne, vuestro cuerpo, vuestra imagen, el otro yo que buscamos. "Nacayo," en efecto, es en Molina cosa carnuda; y por todas las palabras compuestas incluídas en esa parte, y siendo carne "nacatl," se deduce una significación especial para "cayo" con relación á las personas. Así es que agregando el pronombre posesivo "nuestro," "to," resultaría "tocayo;" el que es nuestra carne, nuestra imagen, nuestro otro yo.

Parecerían, sin embargo, aventuradas

mis deducciones, si no encontráramos su confirmación en la manera de formar la palabra "nombre" usada por los mismos mexicanos, en un todo de acuerdo con la idea expuesta. Decían por nombre, "tocaitl," "tetocayotiloni," "tocaye" á la persona que tiene nombre; "tocaycuiloa," lo mismo á poner el propio nombre ó el nombre de otro; "tocayotia," á poner nombre ó nombrar á otro: de modo que "tocayo," viniendo del que es la misma carne, el otro yo, llegó á ser la persona del mismo nombre.

No sé si estaré forjándome una ilusión; pero cuando en ninguna otra lengua se encuentra la etimología de "tocayo," y la hallamos clara en mi concepto en el mexicano, me creo con razón para traerla de él, mientras no se presente en contra un origen preciso é indiscutible de otro idioma. Si viene, pues, del mexicano, ya por lo explicado se comprenderá la causa de no extender su aplicación á los apellidos, y aun podemos deducir que el uso de "tocayo" aplicado á éstos sería impropio.

Pero si lo dicho pudiera convencer del origen filológico de la palabra, nos falta sin embargo dar la explicación de su forma gramatical. Para esto ya sólo necesitamos tomar la palabra "tocaitl," cuyo significado es "nombre;" y ver cómo

de ella se compone "tocayo," y cuál es su nuevo sentido. Desde luego tenemos la siguiente regla para formar voces compuestas: las acabadas en "tl" ó "itl" pierden esas letras, y se les agrega la respectiva desinencia. Así "nacatl" hace "nacaya," y "tocaitl" hace "tocayo." Inmediatamente pensamos, que si "nacayo" era la propia carne vista por Quetzalcoatl en el espejo, "tocayo" debe ser el propio nombre usado por otra persona. El empleo de la desinencia "yo" sería expresar igualdad objetiva con el sujeto significado en el vocablo al cual se agregaba. Esto podemos entenderlo mejor, si consideramos que la partícula "yo" manifiesta una forma pronominal .

Hemos dicho que el pronombre posesivo "nuestro" es "to," el cual se usa en mexicano anteponiéndolo al sustantivo, y formando con él una sola palabra; sin perjuicio de modificar la terminación del segundo, siguiendo las reglas generales de composición. Así de "citli," abuela, con el prefijo "to" se hizo la diosa "Toci," nuestra abuela, porque las palabras acabadas en "tli" pierden esa sílaba en la composición; y de "tecuhtli" que en ella da "tec," se formó el dios "Totec" ó "nuestro señor."

Pero esta regla tiene una excepción, cuando los sustantivos terminan en "tl"

ó "itl," pues entonces se suprimen esas letras y se agrega el sufijo "yo," en vez del prefijo "to." Ejemplificando esto diremos "nacayo" de "nacatl," nuestra carne ó mi carne; "tlalhuayo" de "tlalhuatl," mi nervio; "eztlalhuayo" de "eztlalhuatl," mi vena; "omiyo" de "omitl," mi hueso; y "metzcuayo" de "metzcuahuitl," mi pierna. Esto es con referencia al propio cuerpo, como parte integrante de la persona. Así cuando se trata de carne que no es la propia del cuerpo, sino la comprada para comer, no se dice mi carne "nacayo," sino "nonac;" sin duda por considerar el nombre como cosa propia de la persona, de la misma manera que lo son, su carne, su sangre y las partes de su cuerpo: y á más por la terminación de "tocaitl," nuestro nombre no se dice "totoca," sino "tocayo."

Por tanto "tocayo" es nuestro nombre, el nombre igual de dos ó más personas, y por extensión y relativamente las unas y las otras, las personas que tienen el mismo nombre.

Creo esto bastante para afirmar el origen nahua de la palabra, explicar su formación gramatical, y tener por clara y segura su etimología.

Acaso hay muchas palabras en la lengua castellana, aceptadas en el Diccionario de la Academia, cuyo origen se ig-

nora, y que vienen como ésta del mexicano. La gran evolución verificada en el idioma en los siglos XVI y XVII autoriza á creerlo; pues desde entonces dejaron de usarse muchas voces, ya hoy ininteligibles para la generalidad; y lógicamente debieron substituirse por otras nuevas, para expresar la misma idea ó el mismo objeto, como sucedió con "colombroño," vocablo extraño y desconocido de casi todos, el cual cedió el puesto á la muy usada palabra mexicana "tocayo."

Todavía es de introducción posterior la voz "homónimo," pues no se encuentra en el primer Diccionario de la Academia. "Homónimo" se interpreta claramente y sin discusión: lo que tiene el mismo nombre; "homónimo," nombre igual. Según Domínguez, dícese de las cosas que siendo diferentes entre sí, tienen un mismo nombre. Mas como después agrega: "V. Tocayo;" sin duda considera sinónimas las dos palabras. No estoy conforme; y la Academia, en sus últimos Diccionarios, refiere "homónimo" á dos ó más cosas ó personas distintas que llevan un mismo nombre; pero agrega que cuando el nombre idéntico se refiere exclusivamente á personas, "homónimo" equivale á "tocayo," que es lo más usual.

De esto y de lo dicho antes, pueden deducirse las siguientes reglas:

Dos cosas con un mismo nombre no son "tocayas," sino "homónimas:" como "Tarifa" ciudad y "tarifa" de precios.

Una cosa y una persona con el mismo nombre, tampoco son "tocayas," sino "homónimas:" como "fuente" de un jardín y un individuo que se apellide "Fuente," ó "luz" del sol y "Luz" nombre de bautismo.

Los apellidos, y los nombres y apellidos que juntos son iguales, no son "tocayos," sino "homónimos:" así "López" es homónimo de "López," y "Juan López" lo es de "Juan López."

Solamente son "tocayos" las personas que tienen un mismo nombre de bautismo: como "Juan" y "Juan," "Pedro" y "Pedro."

Por tanto, todos los "tocayos" son "homónimos;" pero no todos los "homónimos" son "tocayos." Debemos limitar la sinonimia: teniendo "homónimo" por género, y "tocayo" por especie, cuando se trata de personas y de igualdad de nombres de bautismo puestos al nacer.

HURACAN.—"Huracán" en castellano ó "ouragan" en francés, y en inglés "hurricane, a violent storm."

Dice el Diccionario de la Academia:

"HURACAN," m. Viento repentino é impetuoso que hace remolinos, y suele causar grandes estragos."

El Sr. Domínguez, en su Diccionario nacional, ó gran Diccionario clásico de la Lengua Española, dice: "Huracán," s. m. Viento repentino, violento é impetuoso, que hace remolino, produce grandes estragos, y viene casi siempre acompañado de fuerte y copiosa lluvia, de multiplicados relámpagos y truenos, de temblores de tierra más ó menos violentos, y otras señales aterrorizadoras. || de las pasiones; expr. poét. y fig. con que se expresa el desbordamiento, el desencadenamiento impetuoso de los afectos ó pasiones, cuando en vez de ser dominadas ó dirigidas por la razón, se enseñorean de ella é introducen la anarquía en el corazón del hombre."

A su vez el Diccionario de autoridades, dice: "Huracán," s. m. Viento repentino, que con increíble ímpetu se mueve ordinariamente en remolinos. Causa tales efectos y tan horrendos, que parecen más que naturales: como llevarse grandes piedras, arrancar árboles, doblar los hierros de las rejas, derribar edificios y sumergir navíos. Llámase también "Prester," según el Padre Tosca, tom. 6. pl. 515. En Latín le llaman "Ventus furens," de donde se pudo decir "Furacán," y co-

rrompido "Huracán." Herr. Hist. Ind. Décad. 2, lib. 6, cap. 13. Todas las tempestades, "huracanes" y rayos (que son muchos) proceden de ella."

Desde luego creo que la definición y explicación del Diccionario de autoridades son las más claras y precisas; pero no puedo estar conforme con su extravagante etimología, pues no es posible comprender cómo de "ventus furens" se hace "furacán," y por otra parte, la terminación "can" no es propia ni del latín ni del castellano. Debió parecer inaceptable ese origen, y con tal motivo, Monlau no lo consignó en su Diccionario Etimológico.

La autoridad citada nos da bastante luz. No se encontró la palabra "huracán" en ningún escritor verdaderamente español: fué preciso recurrir á un historiador de Indias, al cronista Herrera; quien, por haber usado de los manuscritos llevados de México, naturalmente adoptó varios vocablos aquí acostumbrados. Tenemos ya la presunción de que "huracán" es voz americana.

Pero no la encontramos en uso en la ciudad de México durante el siglo XVI, ni viene del nahua ó mexicano. Ambos hechos se comprueban con el Vocabulario de Molina, impreso en 1571. En la parte castellana no trae la palabra "hura-

cán;" y para decir "viento aquilonar," pone "ce ehecatl." Como "ehecatl" significa viento, y "ce" es el numeral uno, "ce ehecatl" tanto vale decir como el primero, el más grande, el más fuerte, el más terrible de los vientos; es decir, el "huracán." Confírmase esto, si atendemos á que el "huracán" se mueve generalmente en diversas direcciones y formando remolinos, en los jeroglíficos de la pintura del "Ehecatonatiuh" ó sol de aire: en ella se ven cuatro bocas soplando en los cuatro puntos cardinales, ó sea en todas direcciones. Sin embargo, ya Ixtlilxochitl llama á esta calamidad "grandísimo Uracán;" lo cual, unido á la cita de Herrera, acredita que la palabra se había introducido desde fines del siglo XVI ó principios del XVII, tanto en México como en España.

No falta quien atribuya el origen de la palabra á las lenguas de las islas; y si bien éstas pertenecían á la familia maya-kiché, en el kiché y en nuestro territorio, en el antiguo pueblo que se desarrolló donde ahora está nuestro Estado de Chiapas, vamos á encontrar la cuna de la palabra en cuestión. Para ello necesito repetir aquí algo de lo que ya he dicho en mi Historia antigua, primera parte de la obra intitulada, sin mi consentimiento, "México á través de los siglos." "Co-

mencemos, he dicho al explicar la teogonía del "Popol-Vuh" ó libro sagrado de los kichés, por separar las ideas primitivas de la raza: aparecen como los primeros dioses y creadores, por lo cual se les llama padres y madres, "Hun-Ahpú-Vuch," "Hun-Ahpú-Utiú," "Zaky-Nima-Tzyz," "Tepeu," "Gucumatz," "Vgux-Chó," "Vgux-Paló," "Ah-Raxa-Lak" y "Ah-Raxa-Sel." "Hun-Ahpú-Vuch" significa el poderoso señor ó dios zorra; "Hun-Ahpú-Utiú," el poderoso dios coyote; "Zaky-Nima-Tzyz," el gran jabalí blanco; "Tepeú y Gucumatz," son dioses pertenecientes á las invasiones nahuas; "Vgux-Chó" quiere decir corazón ó espiritu del lago, pues los kichés creían que el alma estaba en el corazón. "Vgux-Paló," espíritu del mar; á los cuales debemos agregar, "Vgux-Kah," espíritu del cielo, y "Vgux-Ulen," espíritu de la tierra, también divinidades del "Popol-Vuh;" "Ah-Raxa-Lak" se traduce el potente disco azul, y "Ah-Raxa-Sel" por el poderoso cajete ó copa verde, es decir, el firmamento y la tierra.

Si examinamos estas deidades, encontramos desde luego tres dioses animales: la zorra, el coyote y el jabalí; y el culto de las fuerzas de la Naturaleza representadas por el firmamento, la tierra, el lago y el mar. En esto se ve la zoolatría pri-

mitiva de la raza, y cómo adoptaron nuevas divinidades nacidas de su espléndido cielo y de su prodigioso territorio. ¿Cómo no había de sorprenderlos y admirarlos el purísimo cielo tropical, el cajete azul según traduce Ximénez? Observemos que cajete es un vaso hemisférico de barro, el cual da cabal idea de la bóveda del firmamento. Y para completar la esfera, hacían de la tierra una jícara verde, pues la jícara ó "xicalli" tiene la misma forma hemisférica. Numen supremo debió ser para los kichés ese suelo sembrado de bosques seculares, que pródigo les proporcionaba el sustento, y el cual tenía no sabemos qué misteriosa majestad con sus montañas de zafiro y sus ríos de cintas de plata. Pueblo tropical, y por lo mismo poeta, debió hacer dioses también del tranquilo lago, espejo de sus magníficos arbolados, y del violento y majestuoso océano. Así el desarrollo de la cultura producía una evolución religiosa, pasando en la nueva teofanía, del estúpido culto de los animales á la hermosa contemplación de la Naturaleza.

En esta contemplación el espíritu del cielo "Vgux-Chó" dió nacimiento y origen á otras deidades secundarias representantes de la tormenta, la manifestación más esplendente de ese espíritu. Esas deidades secundarias se llamaban

colectivamente 'Hurakán," y eran "Cakulha-Hurakán," "Chipa-Cakulha" y "Raxa-Cakulha." "Hurakán" significa el más grande de los dioses, y su nombre ha pasado á los idiomas modernos de Europa para expresar el más fuerte de los vientos. "Cakulha-Hurakán" es la voz de ese dios, el trueno; "Chipi" ó "Chipa-Cakulha" es su luz ó el relámpago; y "Raxa-Cakulha" es el verde rayo. Agreguemos otra deidad, "Cabrakán," el dios del terremoto que sacude la tierra y vuelca las montañas. Y tenemos todavía á "Chirakán," la diosa tierra, cuyo nombre significa boca grande ó cráter largo, ya por referencia á la idea de que todo lo consume y lo traga, ya á las montañas del "Kiché," cordillera extensa llena de innumerables cráteres. Hubo en aquella región tal cantidad de erupciones, y fueron tantos los terremotos que las acompañaron, que de ahí nacieron estos dos dioses: "Cabrakán" el del terremoto, y "Chirakán" el de la erupción; como había nacido "Hurakán" del viento tormentoso de las tempestades tropicales. No podemos substraernos al sentimiento de cierta grandiosidad en este nuevo culto."

Así vemos cómo "huracán," voz kiché, se aceptó sin modificación en el castellano. y aun cuando sea por simple cu-

riosidad, examinemos su formación en la lengua de su origen. Brasseur, autor de una gramática kiché, confesó que no la encontraba; y para salir de la dificultad, supuso á la voz una procedencia diferente: era el terrible "tornado" de las islas, y los primeros navegantes habían tomado la voz "huracán" de los haytianos; y como esos navegantes eran de diversas nacionalidades, se introdujo el nuevo vocablo, no sólo en España, sino también en Inglaterra y Francia.

No debió haber buscado mucho el bueno del abate, ó no era muy fuerte en la lengua kiché, pues Mr. Brinton dió luego con la formación de la palabra, empleando solamente el vocabulario de Coto, un sermón del Padre Saz, y por comparación el diccionario galibi.

Vemos en las voces "Hurakán," "Cabrakán" y "Chirakán," que tienen por terminación común la palabra "rakán;" lo cual es bastante para suponer en ella un calificativo de las diversas raíces de las tres palabras "hu," "cab" y "chir." Como por su índole la lengua kiché, al mismo tiempo que es de forma aglutinante tiene un origen monosílabo, debemos tomar por substantivos las sílabas "hu," "cab" y "chir;" y buscando su significado y el del adjetivo "rakán," dare-

mos indudablemente con las ideas expresadas por las tres palabras en cuestión.

Antes debo adelantarme á una objeción fácil de hacerse á lo expuesto: bien sé que la filología no admite el paso de una lengua del estado monosilábico al aglutinante; pero puede hacerse la yuxtaposición de monosílabos, y el kiché además es lengua compuesta de ambos elementos, extraños entre sí, pero concurrentes á su formación como la encontraron los españoles y ahora la conocemos. El concurso de esos elementos se debió á las diversas invasiones nahuas, de lengua aglutinante, en el territorio ocupado por pueblos primitivos de lengua monosilábica.

Ahora bien, "rakán" es "cosa larga" según Coto; pero si expresa la idea de grande no es por modo común, sino excepcional, extraordinario. Así el Padre Saz llama en cakchiquel "rakán" al gigante Goliat; y á los animales gigantes, jefes digamos así de cada especie, se les decía "hu-rapa-rakán." "Rakán," es, pues, colosal, inmenso, en tamaño, en fuerza, en poder.

Ya conocida la significación del adjetivo "rakán," encontramos que "hu" es el numeral primero y "cab" el segundo. Así "hurakán" significa el que es más grande, y "cabrakán" el segundo en grandeza:

porque en aquella naturaleza tropical y poderosa, donde las fuerzas físicas tomaban proporciones colosales, abismaban el ánimo de los hombres, y eran tan superiores á ellos que en deidades para ellos se convertían; el viento atronador rugiendo tempestades entre bosques y barrancas era el más terrible, y por lo mismo el primero de los dioses, y era el segundo la "tierra" con sus terremotos, destructora de palacios y ciudades, señora de las obras de los débiles humanos. Y así también la tierra en sus erupciones se llamaba "chirakán" ó la boca inmensa.

"Hurakán" era la deidad destructora por excelencia. Consecuente con esta idea Coto, en cakchiquel llama "hurakán" al diablo. De la misma manera los caribes le decían "iroucán," "jeroucán," "hyorokán:" lo cual demuestra á la vez que la voz no se tomó de las lenguas de las islas, donde ya tenía esas formas corrompidas, sino directamente del kiché y del cakchiquel.

Por la misma razón de semejanza, el dios caribe había arrancado las islas del continente, y arrojándolas en el mar formó el archipiélago, ayudado en la tarea por el pájaro "savacón" que producía los vientos; y de igual manera, el pájaro "vakú" era el mensajero de "Hurakán:"

ambos manifestación de las aves anunciadoras de la tormenta.

Conocemos ya la formación, significado é idea expresada por la voz "huracán," y cómo ha sido introducida en las lenguas de Europa, con las modificaciones propias de cada una de ellas. Pero los idiomas ceden á la ley incesante de continua renovación, y no sólo aceptan voces correspondientes á ideas nuevas ú objetos antes no conocidos, sino que van substituyendo á las palabras antiguas otras recién formadas, aunque signifiquen lo mismo. Así se nos ha descolgado de pocos años acá la voz "ciclón," vocablo perfectamente sinónimo de "huracán," y por lo mismo, inútil. Ya lo usan escritores muy distinguidos; la Academia, hasta el Diccionario de 1869, no había sancionado ese uso; pero en el último de 1884 acepta ya la voz "ciclón," si bien con significado menos extenso que el de "huracán," pues lo define: "Huracán en el Océano Indico," con lo cual demuestra que "ciclón" es lo mismo que "huracán." Quizá no se le debiera llamar del Océano Indico, pues ni la voz "ciclón" es de aquellas regiones, ni solamente allí se usa. Más común es emplearla para los huracanes del Atlántico, y ya se usa también al hablar de los de tierra.

En compensación, el nuevo Diccionario

nos da una perfecta definición de la palabra "huracán," aun cuando todavía la toma por voz caribe. Dice así: "HURACAN, m. Viento sumamente impetuoso y temible que, á modo de torbellino, gira en grandes círculos cuyo diámetro crece á medida que avanzan apartándose de las zonas de calmas tropicales, donde suelen tener origen. || fig. Viento de fuerza extraordinaria."

PETATE.—"Petate" viene del mexicano "petlatl:" ambas palabras significan estera. El Diccionario de autoridades le da por origen el latín "petax." En el de la Academia de 1869 se corrige el error, pues dice:

"PETATE, m. En la América la "estera" que hacen y usan los indios de Nueva-España. || fam. Embustero ó embaucador. || El hombre despreciable y que vale poco. || Liar el "petate." fr. fam. Mudar de vivienda, y especialmente cuando uno es despedido."

La procedencia mexicana se expresa, llamando al "petate," "estera" de Nueva-España. Dicha "estera" se hace por lo general entretejiendo tules; aunque hay más finas de tejido de palma. El "petate" servía á los antiguos mexicanos, y sir-

ve todavía á los indios, de cama. No era, pues, solamente "estera" para cubrir los suelos. Según Bernal Díaz, aun las personas acomodadas de la antigua México no usaban otras camas; y las formaban con mayor número de "petates," según eran más ricos.

Pero como el "petate" es cosa ordinaria y de poco precio, de ahí vino llamar "petate" al embustero ó embaucador, y principalmente al hombre despreciable y que vale poco.

En cuanto á la frase "liar el petate," es muy fácil de explicar, con la sola observación de las costumbres actuales de nuestros indios. No tienen más muebles que su petate y algunos trastos, y cuando mudan de habitación cargan con éstos y lían aquél. Debemos agregar otra significanción dada á esta frase familiar. Figuradamente se dice "lió el petate," de una persona que ha muerto; figura muy justificada, pues no hay mudanza de habitación más definitiva que la muerte.

Resulta la palabra "petate" derivada del "petlatl" mexicano; y en efecto, los cronistas primeros así le llaman.

Su formación es fácil de explicar. La "tl" era un sonido especial, una consonante propia del mexicano. Los españoles no la tenían en el castellano, y les era difícil pronunciarla; por lo cual cons-

tantemente la simplificaron empleando la "t" sola. Pongamos algunos ejemplos: "tlapanco" quedó "tapanco;" "Matlactla" se volvió "Maltrata;" etc. A más, á las terminaciones en consonante les agregaron una "e," como en "Chapultepec" del cual hicieron "Chapultepeque." Aplicando estas dos reglas, resulta necesariamente de "petlatl," "petate."

Ahora bien, como ya dijimos, los mexicanos usaron el "petlal," no sólo como estera, sino para otros usos de su vida doméstica. En los jeroglíficos lo encontramos empleado en los "icpalli" ó asientos. Y ahí también lo vemos formando cajas llamadas "petlacalli."

Esto nos trae á una nueva palabra, "petaca," cuya etimología vamos á encontrar igualmente en el mexicano.

PETACA.—Dice el Diccionario de autoridades: "'PETACA, s. f. Especie de arca hecha de cueros ó pellejos fuertes, ó de madera cubierta de ellos. Lat. Arca coriacea. Inc. Garc. Coment. part. 2, lib. 5, cap. 32. || En aquellas 'petacas" solían los españoles traher, de camino y en las guerras, todo lo que tenían."

Desde luego la autoridad, sacada de una crónica americana, acredita el origen

de la palabra. Esto no es nuevo, ya se había dicho; pero autoridades respetables han dado á la voz otra procedencia. La Academia Venezolana resume las diversas opiniones, y da la suya en las siguientes líneas:

"La voz "petaca" que el señor Doctor Arístides Rojas incluye en los vocablos de los dialectos de Haití y Cuba, la deriva Müller de la árabe "bitaca," haciendo venir ésta de la griega "pittakion," de la cual proceden la latina "pittacium" (carta) y la castellana "petequia," nombre de las manchas que nacen en la piel á consecuencia del tifus. Dozy y Engelmann la derivan de la voz mexicana "petlacalli, cofre."

"Pero es singular que encontremos en malayo y en sunda la voz "peti," cofre, caja; que se pronuncia "patti" en makassar y "pati" en dayak; en malayo "petikaya," caja de madera, y "peta," carta y cuadro; que casa sea en cumanagoto "pataca;" y que habitación, cuarto, aposento, sea en malayo "petak," en bisaya "patak," en kasoi "petak," en sunda "petak," en dayak "pitak," y en tagal "pitak." En malgacho la voz "petaka" significa aplicación; y en el dialecto de los indios palenques, asiento se traducía "pataka," según el señor Arístides Rojas."

"De creer es, pues, que las voces "pa-

taca" y "petaca" son originarias de la India."

Me parece aventurada la consecuencia: se apoya en sonidos semejantes sin significación análoga, y no se toma en cuenta la diferencia esencial del diverso carácter de las lenguas. Ni debemos remontarnos á tales alturas, cuando tenemos cerca de nosotros el origen de la palabra.

Si estudiamos la organización social de los antiguos mexicanos, encontramos una clase de funcionarios llamados "calpixque," quienes se encargaban del cuidado de la ciudad y de las obras públicas, de reunir y enviar á México los tributos de los pueblos conquistados, y de llevar con los ejércitos á la guerra provisión de armas, equipajes, utensilios y alimentos. Por el buen orden establecido ya en la nación, esos funcionarios formaban un cuerpo con jefe propio: el jefe se llamaba "Petlacalcatl." El "Petlacalcatl" residía, ó por lo menos ejercía sus funciones, en un edificio llamado "Petlacalco," levantado al fin de la isla, en el lugar de donde partía la calzada de Tlacopan: estaba, pues, en el sitio ocupado hoy por el Hospital de San Hipólito. Allí se ponían también al cuidado del "Petlacalcatl" los cautivos destinados al sacrificio. Para que no escapasen, se les tenía en una gran

galera con entrada por la parte superior, en unas á manera de jaulas con gruesos barrotes de madera: á esa construcción la llamaban "Cuauhcalli" ó casa de madera, y servía también de cárcel. Se confunde en las crónicas con el "Petlacalco," y los dos nombres se usan indiferentemente.

Ahora bien, si queremos dar el significado de "Petlacalcatl" y "Petlacalco," resulta: "Petlacalcatl" compuesto de "petlacalli" y "tlacatl," el hombre el señor ó la persona de las petacas; y "Petlacalco," el lugar donde se guardan las petacas.

En efecto, Molina traduce "Petlacalli," por petaca ó manera de arca que hacen de cañas tejidas. Como este tejido era semejante al del petate, se formó la palabra, de "petlatl" y "calli," que significa casa. Eran arcas especiales, cuya parte superior caía como tapa cerrándolas. Se ven varias veces en los jeroglíficos con su forma bien determinada de petacas. Citaremos una pintura solamente. En la parte tercera del códice Mendocino, se representa al "Petlacalcatl" y á dos hombres empleados en las obras públicas: el primero está delante del jeroglífico casa, manifestación del "Petlacalco," y los segundos tienen á los lados sus "petlacalli" en forma de petacas, viéndose claramente

el tejido de varas á manera de petate, y cada una con su lazo ó "mecapal" para cargarla de la frente á la espalda.

Ya ahora comprenderemos por qué al funcionario jefe de los "calpixque" le llamaban 'Petlacalcatl' y 'Petlacalco' al edificio donde se guardaban las petacas. Estas arcas, de poco peso por el material de su construcción, eran muy útiles y muy usadas: en los templos servían para guardar los ornamentos y ropas sagradas; en ellas mandaban los "calpixque" las plumas, las mantas finas y las joyas de los tributos; y en ellas llevaban á la guerra los "tamama" los objetos que podían deteriorarse á la intemperie.

Cuando aumentó la riqueza de los mexicanos, las petacas de varas, á cuyo tejido debían su nombre, se forraron de mantas ó pieles, ya para hacerlas más vistosas y de mayor lujo, ya por mejor comodidad y para que resguardasen de manera más segura del polvo y del agua los objetos en ellas contenidos. Ya en los últimos tiempos se forraban los "icpalli" de pieles de tigre, y de pieles también se hacían las tiendas de los guerreros principales. Por eso los españoles encontraron ya las "petlacalli" forradas de cuero, si bien vemos por la definición de Molina que se conservaban las de varas. Mueble de tanta comodidad, sobre todo

para los viajes, empleóse desde luego por los conquistadores; y así vemos su uso desde entonces, acreditado por la crónica del Inca Garcilazo, y adoptada la palabra petaca, forma natural á que se redujo la mexicana "petlacalli."

No necesitamos, pues, recurrir al griego ni á las lenguas de la India, ni á palabras que significan carta ó mancha: tenemos el mismo objeto, con la misma forma y el mismo destino entre los mexicanos; y no se necesita mucho ingenio para conocer que la voz nahua "petlacalli" se tornó "petaca" en castellano, por la sola simplificación y transición natural de los sonidos extraños á los conquistadores.

Por haberse hecho más tarde pequeñas cajas cerradas, ya de tejidos de palma ó paja en forma de petate, ya de cuero destinadas á guardar los tabacos, recibieron el nombre de petacas con que hoy se las designa. Las primeras ó más antiguas se compusieron de dos partes iguales, y una entraba encima de la otra para cerrarla: después han tomado diferentes formas. A esta petaca la define el Diccionario de la Academia, diciendo: "Caja para guardar el tabaco de humo, formada de paja, cuero ú otra materia, y de tamaño que permite llevarla en el bolsillo."

Para concluir hablaré de una frase co-

mún en México, la cual se refiere á la voz "petaca;" y por lo mismo que no se usa en España, acredita que aquella palabra es de origen mexicano. Esa frase es: "echarse con las petacas." Entre nosotros significa abandonar todo trabajo. Su explicación es muy sencilla, si nos fijamos en el modo antiguo de usar la "petlacalli," y su objeto. Servía para cargar, en ella se llevaban las mercaderías por los caminos, y el cargador ó mercader se la ponía á la espalda, colgándola de la frente; según se puede ver en varias pinturas jeroglíficas, por ejemplo en el códice Borgiano, en el viaje simbólico del dios "Totec." Pues bien, caminar con la "petaca" á la espalda era signo de trabajo y laboriosidad: y por el contrario, era muestra de descanso, y por extensión símbolo de pereza, "echarse con la petaca."

También el castellano puro tiene frase semejante, para expresar la idea de abandonarlo todo, especialmente si es por enfado ó despecho. Se dice: "echarse con la carga." Y como los españoles no acostumbraban llevar ellos mismos sus cargas, á diferencia de los indios, quienes se veían obligados á hacerlo por falta de bestias á propósito, podemos suponer que la frase española tuvo su origen de la mexicana. La referencia al ani-

mal que de cansado se echa con la carga, no da la misma idea; y menos la de la frase latina "succumbere oneri," citada en el Diccionario de autoridades.

Aun podría añadir algunas otras acepciones dadas en México por el vulgo á la palabra "petaca;" pero son demasiado locales para que tengan interés.

Después de leído este trabajo en la Academia, llegó el nuevo Diccionario de la Española, y en él he visto ya consideradas y aceptadas las etimologías mexicanas de las voces "petate" y "petaca."

Debe, pues, terminarse el presente estudio, por confirmarlo, con la reproducción de los párrafos respectivos de aquel Diccionario. Dicen así:

"PETATE. (Del mej. petlatl.) m. Estera que se hace en América y Filipinas, y que usan los indios para dormir sobre ella. || Lío de la cama, y la ropa de cada marinero. || fam. Equipaje de cualquiera de las personas que van á bordo. || fig. y fam. Hombre embustero y estafador. || fig. y fam. Hombre despreciable y que vale poco. || Liar uno EL PETATE. fr. fig. y fam. Mudar de vivienda, y especialmente cuando es despedido. || fig. y fam. MORIRSE."

"PETACA. (Del mej. petlacalli, arca ó baúl.) f. Especie de arca hecha de cueros ó pellejos fuertes ó de madera cu-

bierta de ellos. || Caja para guardar el tabaco de humo, formada de paja, cuero ú otra materia y de tamaño que permite llevarla en el bolsillo."

MACHINCUEPA.—La palabra actual machincuepa viene del mexicano: en éste era "matzincuepa." Machincuepa no está en el Diccionario de la Lengua Castellana; y no se encuentra "matzincuepa," ni en el Vocabulario de Molina, ni en el Diccionario de la Lengua Nahuatl de Rémi Simeón. Los españoles no podían pronunciar la consonante nahua "tz," y generalmente la convirtieron en "ch."

La etimología de la palabra es sencilla. Se compone de mano "maitl," la cual da "ma" en la composición; de "tzintli," que Molina traduce por "ojo del salvo honor" y Simeón por "ano," y el cual á su vez da "tzin:" y del verbo "cuepa," que tanto vale como "volver" de la otra parte, según el mismo Molina. Con estos elementos se forma: "ma-tzin-cuepa."

En efecto, el hombre de pie tiene el ano por detrás, y por esto se le dice también trasero; pero para hacer la machincuepa pone las manos en el suelo y levanta sobre ellas el cuerpo, y entonces

el ano queda hacia adelante, es decir, se vuelve de la otra parte.

Después cae el cuerpo, toma su antigua posición y queda terminada la machincuepa.

La posición del cuerpo en la machincuepa, está muy bien expresada por Miguel de Cervantes Saavedra, al fin del capítulo XXV de la primera parte de su Quijote. Véase el texto y los grabados de las diversas ediciones ilustradas del Quijote, que bien la representan. Lo que descubría D. Quijote era el "tzintli" nahua; y lo que hacía era nuestra machincuepa.

1886.



EL JUDIO ERRANTE.

(Traducción de Schubart.)

Un hombre sale arrastrándose lenta y penosamente de la más obscura y profunda caverna del monte Carmelo. Es "Ahasverus" el judío.

Dos mil años van á cumplirse ya desde que un anatema terrible lo arrastra en continua marcha por todos los países.

* * *

Agobiado Cristo con el peso de la cruz, se detuvo para descansar en la puerta de la casa de "Ahasverus;" pero éste, irritado, le negó el descanso y arrojó de su puerta. El Salvador vaciló bajo la mano que lo expulsaba, y no pudiendo sostenerse más, cayó en tierra con el terrible madero que llevaba á cuestas.... mas no exhaló un suspiro ni una queja.

Entonces el ángel de la muerte se pre-

sentó á "Ahasverus," y en medio de su tempestuosa cólera le dijo:

—"Has negado el descanso al Hijo del hombre; jamás lo tengas tú, réprobo, hasta que El descienda otra vez sobre la tierra."

Un espíritu del averno se lanza sobre "Ahasverus," y lo arrastra de país en país sin permitirle descansar ni un momento. Y no morirá, porque la esperanza de reposar en la tumba, el dulce consuelo de la muerte, le había sido negado por el Eterno.

* * * *

Saliendo de una obscura barranca de la falda del monte Carmelo, se presenta "Ahasverus." Sacudió el polvo de su barba, se dirigió á los sepulcros de sus antepasados, y tomando un cráneo blanqueado por el tiempo, lo arrojó por la pendiente del monte: el cráneo saltó, resonó y se hizo mil pedazos.

—Este era mi padre, rugió "Ahasverus." Y arrojó otra calavera; y aun otras siete cayeron á su impulso, saltando de roca en roca.

—Y éstas.... éstas.... decía el judío, con los ojos fijos y saliéndose de su órbita, éstas eran mis mujeres.

Y continuaban rodando nuevos crá-

neos hacia el abismo, impelidos por sus furiosas manos.

—¡Estos son mis hijos! ¡Todos ellos, ¡ay! pudieron morir; pero yo, réprobo, no puedo! —¡Este terrible juicio lleno de horribles anatemas está eternamente suspendido sobre mi cabeza!

—Jerusalem cayó.—En medio de las llamas, entre los horrores del saqueo, despedacé á los niños, pegados aún al pecho de la madre: maldije al romano; pero la inconsable maldición que me ahoga, me escudó de sus golpes, y.... ¡no morí!

—Cayó Roma: me coloqué debajo de sus gigantes ruinas; ¡pero éstas se desplomaron sin aplastarme bajo su inmensa mole!

—Desde las crestas de las montañas coronadas de nubes, me arrojé al agitado mar; pero las olas rodaron con violencia, y me empujaron á la próxima orilla, respetando otra vez más mi existencia.

—Dirigí mi vista al fondo del abismo del Etna, y me precipité en él. Dejóse oir mi grito de angustia en medio del rugido del gigante, y durante diez meses llegaron mis suspiros á su boca sulfurosa, mientras azotaba con mis destrozados miembros las candentes rocas que erizan lo más hondo de su cráter.—¡Diez meses.....! pero al fin el Etna hirvió,

y en su terrible erupción me arrojó envuelto en un torrente de lava... ¡Palpité entre las cenizas, y viví aún!

—Recorrí despechado un bosque que ardía. De las cabelleras de los árboles goteaba fuego sobre mí; pero la llama apenas quemó mis miembros; y no me consumió!

—Entonces me afilié á esos asesinos de la humanidad que se llaman héroes, y con ellos me arrojé á lo más ardiente de la batalla. Herí al galo, herí al invencible germano; pero sus flechas y sus lanzas se rompieron en la superficie de mi piel. En mi cráneo resonó el alfanje del sarraceno, y las balas han llovido sobre mí como golpea el granizo sobre una armadura de acero: los relámpagos de la batalla serpenteaban ciñendo mis cansados miembros, como abrasa las agudas rocas el relámpago que habita las nubes En vano pasó sobre mi cuerpo el elefante, y en vano golpeó mi frente el acerado casco del caballo de batalla. A mis pies reventaron las minas henchidas de pólvora: la explosión me lanzó al espacio, y caí aturdido, pero con vida, en medio de los huesos y las desgarradas entrañas de mis compañeros de combate.

En mí se rompieron las masas de acero de mis enemigos.

El dogal y el hacha del verdugo se rompieron en mi cuello.

Los dientes del tigre perdieron su filo y no pudieron penetrar en mi carne.

Las garras del león hambriento no pudieron despedazarme en el circo.

Me dormí entre las venenosas serpientes, irrité la sangrienta cresta del dragón; pero las víboras no pudieron impregnarme su veneno; y el dragón me atormentó, pero no pudo darme la muerte.

—Entonces llené de befa á los tiranos. Dije á Nerón: "Eres un perro rabioso de sangre."

Dije á Cristiern: "Eres un perro rabioso de sangre!"

Dije á Mulei Ismael: "Eres un perro rabioso de sangre!"

Y los tiranos inventaron terribles tormentos, y no me hicieron dar en ellos el último aliento.

—¡Ah! ¡No poder morir, no poder descansar después de las fatigas del cuerpo! ¡Llevar siempre este vestido de polvo, con su color de muerte, y sus enfermedades y sus exhalaciones de tumba! ¡Mirar durante millares de años el horrible monstruo de la monotonía! ¡Y el tiempo hambriento dando á luz continuamente niños, y después devorándolos!

¡No poder morir!.... ¡no poder morir!

¡Tremenda ira del cielo! ¿tienes en tu arsenal un juicio más terrible que el que pesa sobre mí?—Si lo tienes, que se desate como la tempestad contra mi cabeza, que me envuelva en una lluvia de rayos; pero que me tienda á tus pies, ¡y allí palpite, agonice y muera!

Y "Ahasverus" cayó en tierra. Su vista se nubló y sus oídos zumbaron. La noche veló sus ásperos párpados.

Un ángel lo condujo al fondo de la barranca entre los restos de sus antepasados.

—"Duerme ya, "Ahasverus," le dijo, duerme el dulce sueño de la muerte. ¡La cólera de Dios no es eterna!"

1861.



LA FORNARINA.

No soy, ni he sido nunca crítico, por dos razones. La primera, que no soy exigente: Peredo y yo somos los más grandes optimistas del teatro: con decir á Ud. que nos gusta ¡hasta el "Tributo de las cien doncellas"! La segunda razón es, que no me creo con los conocimientos necesarios para juzgar una obra dramática; y generalmente no me ocupo en escribir, aún sobre la materia más sencilla, sino cuando la he estudiado mucho, á veces durante años. Pero la amistad tiene sus exigencias y obligaciones; y yo de mí sé decir que procuro cumplir las mías, aunque esto me dé cierto aire de rareza en una sociedad que ha olvidado por completo llenar todas las suyas.

Muéveme también el mirar que piezas de conocido mérito, por ser de autores

mexicanos, critícanse y búrlanse por el público mexicano; mientras cualquiera mal surcido drama, si nos viene de España ó Francia, recíbese ya, no sólo con indulgencia, que muchas veces harto la necesita, sino con aplauso y con inconsciente entusiasmo.

No me asombró, por lo mismo, la buena acogida que ha tenido nuestro drama en cuestión. Pero confesemos que es una pieza muy mala. No podrá negarse que falta á la verdad histórica, y falta sin necesidad. Sábese de la Fornarina que fué querida de Rafael; y que vivió con éste, hasta que su amante enfermó en el Vaticano de la enfermedad de la muerte. Murió Rafael, dejando rica herencia á la Fornarina. Estas ligeras noticias y su retrato, es cuanto de ella nos ha quedado. El retrato, de busto, se ve en Florencia, en el Palacio Pitti, junto á los de Rafael y Pinturrichio y la Bella del Tiziano, y frente á frente de la Virgen de la Silla. Otro retrato, acaso copia, está en el Palacio Brera en Milán. La leyenda cuenta que la Fornarina era el modelo de las Madonas de Rafael.

No es cierto que Rafael debiera casarse con una sobrina de Colonna. El episodio histórico es otro. Razón nos da de él el mismo pintor, en una carta que el 1º. de Julio de 1514 escribía á su tío

materno Simone di Battista di Ciarla, en la cual le dice que el cardenal Santa María in Portico quería casarlo con una de sus parientas. Pero su amor á la Fornarina, y la esperanza de recibir el capelo de Cardenal, fueron parte para que conservara el celibato.

Estas ligeras noticias dan pasto abundante para, dentro de la verdad histórica, formar un hermoso drama. ¿Por qué entonces convertir á la manceba en púdica vestal, y matarla de amor en los brazos de Rafael?

Fáltale á la pieza también el color local y de época. Al oír los versos todos del drama, nadie comprendería por el lenguaje que la escena pasa en Roma y en la época del Renacimiento; y esto es un gran defecto. Quiérenlo suplir los autores, hablando de algunos personajes contemporáneos, pero con mucha desgracia. Así Chigi dice en su diálogo con el panadero, que ha invitado á comer á Julio Romano, Miguel Angel, Rafael y el Corregio; y cuando Chigi le paga un cuadro á Rafael, éste guarda el dinero para dárselo al mismo Corregio. Antonio Allegri, llamado el Corregio, y como Rafael, el divino, ni estuvo en Roma, ni conoció á Rafael, ni recibió limosna de nadie. El pintor de Parma está acreditado que gozó holgura, y no vivió en la necesidad.

Los Sres. Retes y Echevarría han podido escribir sin conciencia y fastidiar á su público; pero no han debido infamar la memoria del pintor de "La Notte." Ante el Corregio los hombres de genio y de corazón se descubren asombrados.

Y luego, ¡qué falsos son los caracteres del drama! ¡León X, tercero en amoríos! ¡Chigi convertido en gracioso de una comedia de capa y espada! ¡Un Colonna que parece alguacil ó familiar del Santo Oficio! ¡Y Rafael, Rafael con una espada al cinto! ¡Rafael matando en duelo á un hombre! La espada con taza y gabilanes de Rafael, me causa la misma impresión que las espuelas del Santo Cristo. Además, el retrato de Rafael es muy conocido. Pintólo él mismo. Se conserva en el Palacio de los Uffizzi en Florencia, y yo me he honrado con tenerlo en mis manos. Rafael usaba una gorra de forma muy especial, sin pluma. Cuando salió nuestro amigo Guasp, pregunté á mi vecino de asiento:

—¿Quién es?

—Rafael, me contestó.

—¿Con espada, capa y pluma?

—Sí, señor.

—Con bigote!!!!

—Ya Ud. lo ve.

—Si Rafael lo supiera, rompería la muralla circular del Panteón y despedazaría

su humilde lápida, para venir á demandar de calumnia á estos señores.

No quiero hablar de la vista de Roma del primero y segundo actos, en la cual no pude reconocer la ciudad de los Césares y los Pontífices; ni de la decoración gótica, en pleno Renacimiento, del tercer acto; ni de los muebles Luis XV que usaba Rafael, porque la pobreza de nuestros teatros disculpa esto y mucho más; y me limitaré á llamar la atención sobre otros errores indisculpables de la pieza.

Comencemos por notar que Rafael se presenta de noche á buscar un modelo, y al ver á la Fornarina le dice que nunca había podido pintar á la Virgen; que había copiado los bosques y las flores, los mares y las nubes, en sus "lienzos;" pero que no había conseguido el ideal de la Madre de Dios. Consecuencias: Rafael sólo había pintado marinas y paisajes; Rafael pintaba en lienzo; y no había podido llegar hasta entonces al ideal de sus Madonas.

Lo primero es falso. Rafael jamás pintó paisajes. Siguiendo la costumbre introducida por Pinturrichio, puso fondos de árboles ó ciudades á sus cuadros; pero como un accesorio sin importancia, y no se distinguió por cierto en la copia de la naturaleza. Lo segundo es tonto. Rafael pintaba en lo general, sobre madera. Los

mismos cuadros que aparecen en su estudio en el tercer acto, y que el panadero quería quemar, no son telas, sino tablas. El sueño de Jesús está en la sala cuadrada del Louvre, al lado de la Purísima de Murillo; y la visión de Ezequiel, en el Palacio Pitti, en la misma pieza en que está el retrato de la Fornarina. Lo tercero es absurdo; y en esto tengo que extenderme algo más.

Rafael comenzó á pintar siendo niño casi. A los 17 años pintó la coronación de la Virgen, que se conserva en la galería de los Papas, y ya la Madona es el tipo sublime, que inmortalizó al hijo de Santi. Como "Predella," púsole á ese cuadro las tablas de "I Misteri," y no puede llegarse á mayor candor, á mayor pureza de María con el pincel. A los 21 años hizo el "Spozzalizio," que con ser un plagio de su maestro, superó en mucho á la composición del Perugino. Jamás la inspiración cristiana se tradujo de una manera más sublime con los colores de la paleta. Hasta entonces Rafael había formado parte de la escuela de Umbría. Llevólo su suerte á Roma. Su estilo cambió: se sublimó su genio; llegó á la mayor altura que el arte haya alcanzado; pero perdió mucho de su sentimiento religioso. Tres influencias poderosas obraron en él. El estudio de las esculturas

griegas, que le dieron la forma pagana, como se nota en el fresco de las Sibilas de la Iglesia de Santa Maria de la Pace. La grandiosidad olímpica de Miguel Angel, á quien quiso imitar en el Isaias de la Iglesia de San Agustín. Sus amores con la Fornarina, que substituyeron á la pureza de sus primeras Madonas, con mujeres mórbidas y terrenales, como la rubia arrodillada de la Transfiguración.

Los Sres. Retes y Echevarría suponen á Rafael divinizando sus creaciones, al contemplar á la Fornarina. Rafael entonces, más artista, era más humano. Su idealismo se había quedado irradiando como un sol del empíreo, en la frente de su Bella Jardinera.

* * *

Hay otro error de época en el drama. Se supone que en el último acto, Rafael estaba en todo su apogeo: entonces era cuando pintaba, para asombro de las edades, su Biblia en las Logias del Vaticano; y en las Cámaras, la Prisión de San Pedro, la Escuela de Atenas, la Disputa del Sacramento, el Incendio del Borgo; y dibujaba el triunfo de Constantino, que Julio Romano hacía brotar con expléndidos colores del muro del Palacio. Esto pasaba por lo mismo hacia el año 1517.

Pues bien; aparecen en el estudio del artista comenzados los cuadros de la Virgen del velo y de la visión de Ezequiel. El primero lo pintó el año de 1506, y el segundo el de 1510. Ya se ve cómo sin necesidad cometieron los autores un anacronismo inexcusable.

* * *

También es de notar que se elogia en la pieza, con cierta insistencia, el colorido de Rafael; y es bien sabido que era malo.

Igualmente, al ser las nueve de la noche, se oyen nueve campanadas, cuando á esa hora en Roma suenan tan sólo tres. Ignorancia local que no disculpo. Y así otros pequeños detalles, que no por pequeños dejan de ser defectos.

Agosto 6 de 1876.



EL CONDE PALAKIS.

JOB.

En el invierno de 187... llegó á París, y se alojó en el Gran Hotel, el Conde Job Palákis, griego, de treinta años de edad, estatura mediana, de figura poco bella, si se exceptuaban sus ojos negros y rasgados, y su frente espaciosa y tranquila, que tenía no sabemos qué semejanza con el mar en calma. Difícil sería decir si viajaba por placer ó por fastidio. Estaba casado con una de las jóvenes más bellas y más distinguidas de Atenas. Se había dedicado á los estudios filosóficos, había leído mucho, había estudiado sin cesar, y encontró al fin que su cerebro era un inmenso vacío. Naturalmente bondadoso, había soñado en remediar los males de su

patria; había procurado el desarrollo de la instrucción, el ensanche de la beneficencia, la protección á los desheredados y el cuidado de los niños; y también se halló con que su corazón era otro vacío inmenso. Un día salió para el Occidente de Europa, sin saber á dónde iba, sin llevar una sola carta de recomendación: barca sin timón y sin remos, impelida al acaso por la corriente del Océano. Al día siguiente de llegar á París, hizo que le vistiera á la moda Laurent Richard: compró magníficos brillantes en una joyería de la calle de la Paz; y fué en la noche á oir á la Patti. A la siguiente semana, tenía tres amigos: el tenor Debassini, el marqués de Madisson y el pintor Delaunay.

En el momento que le presentamos á nuestros lectores, está comiendo con Madisson en un gabinete del Café Inglés. A Madisson se le pinta con dos palabras: tipo de elegancia y caballerosidad, admirador de las mujeres, y con una renta de diez mil libras.

Oigamos su conversación, pues ella da principio á las aventuras que vamos á relatar.

—¿Es decir que estáis verdaderamente enamorado? le decía Palákis á Madisson.

—Como un loco, contestó éste.

—¿Y sería indiscreción saber de quién?

—No, amigo mío; y voy á contaros este episodio. Notad que soy modesto, y que en la gran tragedia del amor llamo á mi aventura simplemente episodio.

—Pues qué, ¿querríais hacer una Orestia de bastidores?

—Oidme. Estoy enamorado de una fea que es hermosa, de una mujer lúgubre que es la gracia misma, de una virtud imposible que ha dado más caídas que los gobiernos que hoy se estilan.

—No os entiendo.

—Ya conocéis á Teresa, la bailarina mimada del público de los Italianos. Pero no vayáis á volveros loco por ella.

—¿Yo? tengo el corazón blindado.

—A pesar de vuestra coraza, cuidaos.

—Os digo que es una mujer imposible. Capoul la enamoró, y Teresa volvió grandiosamente la espalda al tenor de gracia. El rico banquero Quatremare le ofreció una fortuna, y la "diva" le arrojó de su cuarto. Yo le he pintado con los colores más vivos que podéis imaginaros, este panorama del Vesubio en erupción que tengo en mi pecho, y se ha reído de mí; pero no creáis que con una sonrisa amable como la de los diplomáticos, ó humilde como la de los pretendientes; no, señor, á carcajadas homéricas, estridentes,

implacables, como se reiría el perro de Bismark si los perros se rieran; carcajadas que parecen mordidas.

—Me interesáis con vuestro relato original, marqués. ¿Y decís que á pesar de su virtud....?

—Os interrumpo, Conde: la ley prohibe los ataques á la vida privada.

—¿Pero no es bella?

—Ya os he dicho que lo es y que no lo es.

—Sigo no entendiendo.

—¿Y para eso habéis estudiado filosofía? En verdad que no he conocido gente más ignorante que los filósofos. Fortuna es que nos hayan servido el café: tomadlo, que despeja á los tontos..... y á los filósofos.

—Madisson, me encanta vuestro carácter.

—Y á mí me encanta Teresa. Tomemos una copa de Champagne á su salud.

—De mil amores.

—Me ocurre, insigne descendiente de Alcibiades, que os vayáis á explicar por vos mismo el gran enigma de cómo es Teresa bella y cómo no lo es. No puedo asistir esta noche al teatro: os cedo mi butaca, que está en la primera fila, exactamente detrás del que toca el violón, el gran Felipe, adjunto oficial de mi simpática sílfide. Viéndola, os convenceréis, pues

ésta es la única manera que existe en el mundo de convencer á los filósofos.... y á los que no lo son.

—Acepto; pero os hago responsable si me enamoro á mi vez.

—No lo extrañaré, porque todos los que ven á Teresa, de ella se enamoran al instante. Solamente os debo hacer una advertencia, querido amigo; y es que si fuérais afortunado con ella, me vería precisado á mataros por honor del "Jockey-Club," de que soy actualmente secretario. Y tened entendido que soy un gran tirador de armas. Supongo que, desde Platón hasta Monseñor Dupanloup, no se ocupan en estas cuestiones los tratados de filosofía y las pastorales. Pero vámonos, que ya es tarde.

—Vamos, querido extravagante.

—¡Un filósofo llamando extravagante á un inglés! Los dos augures de Roma que no podían verse sin sonreir.

Los dos amigos se levantaron, salieron del café, y siguieron á pie hasta la plaza de la Opera. Allí Madisson entró en el "Club Washington:" dedicaba su noche al juego, con desprecio del amor. Palákis montó en su cupé, y como todavía en la época de nuestro relato no estaba terminada la avenida de la Opera, siguió por la calle de la Paz y llegó á los Italianos.



TERESA.

Para presentar á nuestra heroína, entremos en su cuarto del teatro. Acaba de vestirse con un traje andaluz, pues la ópera que esa noche se canta es "La Favorita." Está verdaderamente hundida en un sillón de terciopelo, el codo sobre uno de los brazos del sillón, la barba sobre la mano, y las miradas perdiéndose en horizontes misteriosos. Hay algo que avisa que se acerca un suceso extraordinario. En el mar, antes del huracán, hay una extraña palpitación en su ancho seno de ondas azules. El volcán tiembla antes de rugir, y ruge antes de hacer erupción. El corazón tiembla y palpita, cuando se acerca en la vida uno de esos sucesos que han de tener influencia definitiva sobre nuestra existencia. Teresa estaba en uno de tales momentos.

¿Quién era? Una pobre niña, hija de

un volatinero y una mujer que cantaba por las calles de Roma.

Huérfana, la educó el acaso, si llamarse pudiera educación lo muy poco que ella sabía. Un día creyó amar á un bailarín que conoció en un teatro de segundo orden en Nápoles, y la vagabunda tornóse admirable bailarina. Si en vez de un bailarín, hubiese encontrado á un príncipe, habría llegado á ser reina. Hay ciertas almas que son como las gotas de agua, que en las rocas se vuelven ópalos y en la mar perlas.

A poco tiempo de estar con el bailarín, creyó amar á un capitán de "versaglieri" y partió con él para Turín. Allí fué la delicia de ese buen público de capa y de sombrero honrado, en el "Teatro Reale." Pronto se fastidió de Turín, y salió para Florencia, contratada en "La Pergolla." El capitán no pudo seguirla, y tuvo que amar á un pintor: á lo menos así lo creyó también. En Florencia conoció al gran Felipe. Este tocaba en la orquesta, y desde allí fijaba en ella sus ojos fosforescentes. Teresa era todavía una bailarina de segundo orden, el era un clarinete detestable; la distancia no era grande. Felipe se le acercó; Teresa no conocía las maravillas de la ciudad de Florencia; él le ofreció ser su "cicerone." Una mañana que el pintor se ocupaba en copiar,

en el Palacio Pitti, "La Virgen de la Silla," salieron los dos de paseo: fuéron á Santa María dei Tiori, y admiraron "La Piedad" de Miguel Angel. Otro día se extasiaron ante el "Campanile," de Giotto; en otra ocasión contemplaron minuciosamente las puertas de bronce del Bautisterio. Como se ve, aun no salían del centro de la población. Acabó el pintor su trabajo, y entonces Teresa se empeñó en que copiase "La Serrana," de Murillo. El pintor siguió copiando, y Teresa y Felipe siguieron conociendo la ciudad. Fué preciso irse alejando poco á poco del centro: tenían que ver el "San Jorge" del Donatello; después, la estatua del Dante en la plaza de Santa Croce; y más tarde, visitar las ruinas del castillo de los Médicis. Ese día, y mientras el pintor daba los últimos toques á su copia de "La Serrana," Teresa, después de haber pasado la vieja puerta del castillo, se había sentado en el cementerio, y desde esa altura dejaba caer su mirada, que inconsciente vagaba, del "Duomo" á la torre del Palacio, de la franja de plata del "Arno" al cortinaje de púrpura de las nubes. El gran Felipe clavaba en ella sus negros ojos, y la contemplaba con la fijeza con que se mira un cálculo importante escrito sobre un pliego de papel.

—Teresa, le dijo de repente, admirada está usted ante el bello panorama que se desarrolla á sus pies; en esa ciudad hay un teatro en que la aplauden á usted en bailes de segunda importancia; y hay también un pintor que se digna ser el amante de usted. ¿No ha pensado usted jamás en un panorama mayor, en París, en el Teatro de la Opera, siendo allí la primera bailarina del mundo, y teniendo por apoyo un hombre que la levante á tal altura, y que sea su guía en la vida, su escudo y su amparo? ¿No ha comprendido usted que ese hombre soy yo?

¿Qué contestó Teresa, sentada en ese cementerio, y teniendo á sus pies la ciudad en que Dante amó á Beatriz?

Una hora después, el pintor entraba con su copia en su habitación, abandonada por Teresa. Esta y Felipe salían de Florencia en ese instante en el tren de París.



EL GRAN FELIPE.

He aquí á un personaje difícil de retratar. ¿De dónde era? Por el aspecto parecía italiano, y por el acento creyéranle alemán. ¿A qué familia pertenecía? No se sabía de él, sino que se llamaba Felipe. ¿Qué edad tenía? No era posible saber si sus negros y lustrosos cabellos eran así por naturaleza, ó por afeite y pintura. Enigma viviente, abroquelado tras de su violón, era uno de esos seres que pasan en el mundo sin que el mundo en ellos se fije, y cuyo estudio, sin embargo, podría dar la solución de algún problema social de importancia. Nada sabemos de la vida de Felipe antes de que conociese á Teresa. Hemos visto que huyó con ella para París. Con ella le encontramos contratado en los Italianos y viviendo con ella en un cuarto piso de la calle Tronchet. Habían pasado exacta-

mente dos años desde la tarde que abandonaron á Florencia en busca de suerte venturosa. ¿Qué había pasado durante ese tiempo en los corazones de nuestros dos artistas?

Es evidente que la tarde que se decidieron á unir sus dos vidas, no se amaban. Felipe había calculado un negocio, había soñado una fortuna; Teresa, despierta á la ambición de gloria, había visto pasar por su imaginación y como en fantasmagórica procesión, triunfos y aplausos, coronas y ovaciones. Si se hubieran podido examinar por dentro sus cerebros, en la noche que en alas del vapor atravesaban el camino de fierro que va de Florencia á París, habríase encontrado, que era el de Felipe como gruta misteriosa en que se escondían montones de oro, y el de Teresa como bosque de laureles columpiados por huracán de atronadores aplausos. En esos dos seres, había plétora de vida en las cabezas; en el corazón calma y tranquilidad, como silencio y quietud de tumbas.

Pero sucede á veces que las naturalezas fuertes y vigorosas se sienten poco á poco subyugadas por la dulzura. Seres hay á quienes una cadena de acero ó de diamante no podría contener, y los ata la cadena de luz de una mirada: son como el rayo, que no detiene el gigante pi-

co de nieve de la altísima montaña, y que aprisiona y baja á la cárcel de la tierra, débil aguja de acero del para-rrayo. Teresa era una virtud que había vivido en el vicio: era el candor que se había vestido por algún tiempo las ropas del libertinaje: Teresa era una alma virgen. Felipe, al contacto de tanta pureza, debió fascinarse, y muy pronto, y acaso por la primera vez de su vida, sintió inmensa pasión en el pecho; y tal vez por comprender cuán poco digno era del tesoro que poseía, despertáronse en su corazón espantosos celos, que como perros fieles, con desesperación ladraban siempre que un hombre se acercaba á Teresa.

Esta de niña había tenido su alma con la desnudez del vicio: cubrióse ante el mundo con el ropaje de la virtud; y al contemplarse á sí misma, vióse como nunca bella, sintió en su propio sér encantos desconocidos, se admiró de su persona por primera vez, y como de toda admiración nace un amor, desarrollóse en ella poderoso amor propio, y el amor propio debió desde ese momento ser inquebrantable muralla de su honradez.

Entró Felipe en el cuarto de Teresa.

—Bella estás como nunca, díjole con voz sombría.

—Y tú, celoso por demás, le contestó ella.

La voz de Teresa era fría: podía asegurarse que no amaba á Felipe. La mirada de éste era ardiente: podía afirmarse que ya con toda el alma quería á Teresa.

—Me tienes sin duda por celoso importuno, dijo él.

—Importuno serás si das en tener celos, que sabes bien que jamás faltaré á mis deberes.

—¿Ni por Madisson?

—Por él menos que por nadie.

—Pues temo que mucho le quieres.

—Porque mucho le quiero, no he de trocar en liviandad el cariño amistoso que le tengo.

—Mucho vale.

—Mucho debe valer un hombre para ser buen amigo.

—Y cierto es, que si á Madisson no amas, de ninguno otro de los que te rodean debo tener recelo.

—Ni de otro, ni de Madisson.

—¿Pero en lo porvenir, Teresa?

¿Por qué se enrojecieron sus mejillas y se humedecieron sus ojos? ¿Por qué cuando enmudecieron sus labios su corazón hablaba con voz de latidos?

Si pudiera descifrarse el enigma del corazón de la mujer, ¿qué arcano habría ya impenetrable?



LA PRIMERA MIRADA.

Job llegó al teatro y ocupó su asiento, ó por mejor decir, el de Madisson. Recorrió con la vista, uno á uno, todos los palcos; y sin embargo, no hubiera podido dar razón de lo que en ellos había visto. Sus ojos reflejaban como dos espejos convexos el gas del salón; pero no brotaba de ellos esa inmensa chispa que es luz del alma. Su alma estaba escondida y reconcentrada, como sol que se envuelve en nubes.

Llegó á sentarse á su lado uno de esos jóvenes insubstanciales que no esconden su alma, porque parece que no la tienen; que hacen consistir todo su mérito en el corte de su pantalón ó en el nudo de su corbata; y que sin embargo, pasan por personas de talento en sociedad, y son hombres de fortuna con las

mujeres: pequeñas compensaciones que la Providencia ha reservado para los tontos.

—Caballero, díjole sin más ceremonia á Job: ¿usted es extranjero?

—Griego, contestó Palákis.

—¡La Grecia! replicó nuestro petimetre, el país de los recuerdos, el último sueño de Byron.... Pero vea usted á la condesita de Sorange: viene muy bonita, como siempre; pero se viste muy mal, no puede dejar todavía el aire de la Bretaña, es de Rennes. Ahí tiene usted á Luisa Berthier, que pasa por ser la mujer más bien formada de París.... nada más que los murmuradores aseguran... que está formada de algodón.

Nuestro hombrecillo se rió de su gracia: Palákis ni le había oído.

—Pues sí, caballero, continuó el joven concurrente, va usted á oir la "Favorita" de Donizetti, que vale más sin duda que los cantos órficos; va usted á ver á la Bloch, á la que en Atenas habrían convertido en diosa vuestros ilustres antepasados; y en fin, va usted á escuchar á Faure; de eso no había ni en el Olimpo.

Volvió á reirse: Palákis tornó á no escuchar.

—Y ya verá usted, siguió diciendo el elocuente pollo, ya verá usted bailar á Teresa.

Entonces sí oyó Job.

—¿Teresa?—dijo.

—Sí; Teresa: usted como extranjero tiene que conocerla, pues es una de las maravillas de París; yo soy muy amigo suyo, y tendré el gusto de presentarla á usted en el primer entreacto.

—Acepto, contestó Job.

—Yo soy de grandes influencias en el teatro, sobre todo en éste, pues saben que pienso dedicarme á crítico, y desde ahora me temen actores y poetas, sopranos y compositores.

—Cosa difícil es la crítica.

—Antes, sí; había necesidad de entrar en profundos estudios, para demostrar que un autor se había equivocado en la pintura del carácter de un personaje, ó que una dama no vestía con propiedad: hoy basta con decir: Verdi envejece, y ya no tiene la inspiración de los primeros tiempos; Honorinne no ha estado anoche á la altura de su talento; tal actor es insoportable; tal poeta es un necio. ¡Si viera usted qué miedo me va tomando el pobre de Alejandro Dumas!

El director de orquesta, sin duda por compasión, hizo empezar la ópera, cortando así la sabia disertación del moderno crítico. Desgraciadamente, no siempre se puede tener un director de orquesta á la mano.

Tiene la música poderosísima influencia sobre las organizaciones delicadas: así es que Job sintióse embargado desde el primer momento con el canto de amor y de suspiros de la confidencia de Fernando, canto del cielo que se encerraba entre las negras paredes del claustro, como á veces golondrina parlera va á anidar entre los muros de espantosa prisión. Job sentía la música, pero podía asegurarse que no la oía; y cosa rara, cuando sus oídos percibían alguna voz, le parecía que las notas le decían Teresa.

Repentinamente oyóse extenso murmullo en el salón, sintióse movimiento por todo él, como de oleaje.

—Es Teresa que sale, dijo el vecino de Job.

Estruendoso aplauso recibió á la sílfide. Inclinóse ésta sonriendo, y al inclinarse, sin quererlo, cayó su mirada sobre la mirada que Palákis en ella tenía fija. Al contacto de esa primera mirada, temblaron Teresa y Job; y también tembló el gran Felipe, y su temblorosa mano arrancó gemido desacordado á las cuerdas de su contrabajo.



LA PRIMERA SONRISA.

Cumplió el vecino de Job, presentándole en el entreacto á la bella Teresa. Esta, severa por costumbre, le recibió con la misma frialdad que usaba con todo el que se le cercaba; que tenía para sí que al cuarto de una mujer de teatro sólo llegan enamorados, necios ó vanidosos, pues el género que más especies tiene en el mundo animal es el de estos últimos; y hombres hay que no se vanagloriarían de un nombre tan ilustre ó de una posición distinguida, en cambio del título de héroes de bastidores. Tal acogida causó á Job resentimiento profundo, y este resentimiento fué parte muy principal para que en su alma se desarrollase inmenso y nunca sentido amor. Es el amor siempre al comenzar una chispa; sopla sobre él el viento de la indiferen-

cia, y crece como llama; y si por acaso la sacude el huracán del desdén, levántase entonces inmensa hoguera, capaz de abrasar en su fuego el orbe entero. Y es que el amor, como todas las virtudes, sólo puede nacer y vivir con la lucha. Cuando los pensamientos en el cerebro y los sentimientos en el corazón están en continua agitación y movimiento, seméjase el hombre al firmamento en que millares de astros giran en todos sentidos y direcciones, dando al espacio vida y luz. Suspended por un instante el raudo giro de todos esos mundos, y el cielo quedaría muerto como corazón sin amores. Arrebatad al alma la lucha de sus pasiones, y el corazón quedará vacío como cielo sin astros.

Job no durmió esa noche: arrastrábale hacia Teresa corriente impetuosa de simpatía; pero esta corriente encontrábase con otra contraria, producida por la frialdad é indiferencia de la sílfide, y á la que servía de fácil conductor el amor propio herido del conde griego.

Sería curioso escribir un libro sobre la electricidad de las almas.

En la lucha debía sucumbir Palákis, precisamente porque era un hombre fuerte y de espíritu vigoroso. El verdadero amor es empresa de grande aliento: por eso las almas pobres é insubstanciales

no saben amar. Es el amor orgulloso artífice que no emplea en sus obras el barro, sino el mármol; y lo que en el mármol se graba, grabado queda toda la vida.

Buscó naturalmente Palákis el acercarse á Teresa. Esta, sin tener conciencia de lo que por ella pasaba, sentía repulsión por Job.

—No sé qué hay en ese hombre, que no gusto de verle, le decía una tarde á Madisson en presencia del gran Felipe.

—Le he ofrecido matarle el día que consiga el amor de usted, le contestó Madisson.

—Ni de broma me gusta que supongan infidelidades de Teresa, dijo mal humorado Felipe.

—No tema usted, insigne violón, replicóle nuestro inglés; que Teresa no me quiere querer; no simpatiza con Job, que es un hombre de mérito, aunque tiene el triste defecto de ser filósofo; y no puede ni pensar en esas casacas ambulantes que la rodean, y dentro de las cuales hay algo que se parece lo mismo á un hombre que á un mono. Teresa no nos amará; y sobre todo, á Job.

—A él jamás, dijo con decisión Teresa.

Y allá en el fondo de su corazón oyó una voz que le contestó:

¿Por qué?

Quedó Teresa sola, y por primera vez desde que conoció á Palákis, se puso á reflexionar sobre sus sentimientos respecto de él. Había sentido al principio repulsión; después, la repulsión en aversión clara se había tornado; y en ese momento, había llegado á la altura del odio. No le bastaba ya sentirlo, tenía necesidad de expresarlo en alta voz, de modo que todos lo oyeran, que todos lo supieran, que nadie lo ignorase. Esperó con ansia la noche: era lunes, día en que acostumbraba recibir á sus amigos. Las horas se le hicieron como siglos: era preciso, era urgente desbordar ante todos la tormenta de mala voluntad á Palákis que le llenaba el alma y la ahogaba. Job iría; pero como de costumbre, sería de los últimos; y halagábanla la ilusión y la esperanza de que al llegar él, ya nadie ignoraría que le era el ser más antipático del mundo.

Al fin llegó la noche; la modesta sala de la casita de la calle de Tronchet estaba profusamente alumbrada. Teresa, sin darse razón de ello, se había vestido con más elegancia que de costumbre; su peinado le había costado dos horas de tocador; sus mejillas, más que nunca, estaban sonrosadas; sus ojos más brillantes; sus labios más húmedos. Estaba muy bella.

No llegaban aún sus tertulianos, y estaba medio arrebujada en un sofá. ¿En qué pensaba, que estaba silenciosa y meditabunda? Su tersa frente se obscurecía á ratos, y á ratos brillaba, como luna delante de la cual pasa en tropel rápido y desordenado escuadrón de nubes. Sus ojos mojábanse á veces con fugitivas lágrimas, que al instante se secaban al fuego de los relámpagos que despedían. Nubes, gotas de lluvia, relámpagos; era una tempestad que se acercaba; estaba aún lejos, porque no se oían los truenos. De pronto escuchóse el primero:

—Odio á Palákis, dijo en alta voz y á sí misma, levantándose altanera.

Era su alma ya la nube con toda la esplendidez de la tormenta. Gozábase pensando en que sobre el hombre aborrecido iba á dejar caer todos los rayos que encendía en su seno. Pero ignoraba que la nube al matar con sus rayos, se desgaja y se despedaza; y después de la tempestad, si hay una encina menos en la montaña, hay también una nube de menos en el cielo.

Procuremos explicarnos la rara situación de ánimo de Teresa.

Hemos dicho que amaba su nueva honradez con tal delirio, que creía no poder amar más nada en el mundo. Sin duda su corazón, sin que ella tuviese concien-

cia de ello, había sentido algo nuevo por Palákis: indómita, y no pudiendo consentir ni en la más pequeña esclavitud, se había levantado gigante, y como los titanes, amontonaba montañas de odio en presencia del dios que pudiera vencerla. Es el alma humana el compendio de toda la naturaleza, y las luchas de la tierra en ella se reflejan.

Una hora después la conversación se animaba en el pequeño salón.

—Palákis, decía Teresa con voz temblorosa y exaltada y hasta entonces en ella desconocida, es un caballero muy apreciable ciertamente; tiene talento....

—Sí; ya cualquiera tiene talento en estos tiempos, interrumpió el jovencito que á crítico pensaba dedicarse.

—Yo no puedo decir que me ha hecho una declaración, siguió Teresa; pero su conducta es irregular: es el primero que fija en mí sus anteojos en el teatro, el primero que me aplaude, el primero que me arroja un ramo.

—¡Oh! eso es muy inconveniente, dijo una vieja característica, á la cual nunca le habían arrojado un ramo, ni la habían aplaudido, ni siquiera la habían visto.

—Yo amo á Felipe, dijo Teresa aunque con alguna dificultad: yo no puedo faltar á mis deberes; y no extrañen us-

tedes si no vuelven á ver en mi pequeña reunión al señor conde, pues esta noche voy á rogarle que no venga más.

—Bien hecho, dijeron dos ó tres damas.

—Sublime, dijeron dos ó tres jóvenes.

—¿Y cómo podría yo amarle? insistió Teresa: es antipático.

—Mucho, dijeron varias voces.

—No es muy joven.

—¡Ah! no.

—Casi feo.

—Muy feo.

—No lo puedo ver.

—Ni nosotras.

—Ni nosotros.

En ese momento toda la concurrencia gozaba. La mayoría, con la maledicencia que es manjar muy sabroso; Felipe, porque creía en la pérdida de un rival; y Madisson, porque era muy amigo de Palákis, pues el corazón humano es tan extravagante, que el hombre, mientras más quiere á otro hombre, siente mayor placer en sus pequeñas desgracias.

En ese momento, Palákis apareció en la puerta; tenía en la mano una hermosísima rosa amarilla. Atravesó el salón, y se la fué á ofrecer á Teresa. En los labios de ésta se reflejó imperceptible sonrisa, que sólo vieron Job y Felipe. Los dos temblaron: el uno de inmenso

placer, el otro de inmenso dolor. Teresa dejó la rosa sobre un velador.

—Esta mujer es una virtud, le dijo el crítico á Madisson.

—Ya voy pensando, contestó éste, que los antiguos extravíos de Tèresa son únicamente parto de la imaginación de Panfili Doria, que fué quien me los contó.



EL PRIMER BESO.

Al día siguiente encontramos almorzando en el Café Americano á Madisson, á Palákis y á nuestro joven crítico. No extrañen nuestros lectores que no sepamos el nombre del crítico; para críticos de esa especie, cualquiera nombre es bueno. Críticos que no gustan de nada, y que nada hacen tampoco, pueden vivir sin nombre; que solamente en las obras quedan los nombres esculpidos.

—Buen desaire le hizo á usted Teresa, decía el crítico á Job; dejó la rosa en el velador, como hubiera podido arrojarla á la chimenea. Pero antes nos había hablado de que la conducta de usted la comprometía: es usted un imprudente, sobre todo cuanto es inútil, pues Teresa es una virtud. Ya sabe el suceso todo París: por honra de Teresa hemos debido contarlo. Usted no tiene más remedio,

para salvarse del ridículo, que salir mañana para Grecia.

—Sí, contestó Palákis, mañana vuelvo á mi patria.

Díjolo con firmeza; pero su voz no vibraba triste, como se hubiera esperado, sino que parecía que en ella se agitaban oleadas de felicidad: era que en su alma brillaba como arco-iris el arco de los labios de Teresa, iluminado con la luz de su fugitiva sonrisa.

—Me alegro de que se vaya Job, dijo Madisson, pues hubiera tenido que matarle si conquistaba á Teresa. Seguro estaba yo de que, como buen caballero, habría venido á buscarme para que nos batiéramos.

—Por fortuna, replicó Palákis, parto mañana.

Concluyó la comida, y nuestro protagonista fué á su hotel á arreglar su viaje. A las diez de la noche, salió á pie y solo, torció por la calle Auber y tomó la dirección de la casa de Teresa, que no trabajaba esa noche.

Teresa estaba sola en su saloncito, y procuraba leer una novela; pero á cada paso, y sin saber por qué, interrumpía su lectura. Su rostro reflejaba inusitada alegría. Entre sus negros cabellos, brillaba la rosa amarilla, como rayo de oro de sol entre nubes de tinieblas.

De pronto se abrió la puerta, y penetró Job.

—Job, le dijo tendiéndole la mano.

Por primera vez le llamaba Job. ¿Por qué? ¿Lo sabía ella acaso?

—Vengo á despedirme, dijo Job.

—¿A despedirse?

—Sí; mañana vuelvo á Grecia. Hoy he sabido que mi presencia en París ha dado lugar á suposiciones que la ofenden á usted; y por usted soy capaz de sacrificar mi vida, más que mi vida, mi felicidad.

Teresa callaba: tremendo combate se libraba en su alma; su faz estaba pálida; no se oía su respiración.

—Pero llevo en el alma un mundo de felicidad, continuó Job. Ilumina mi corazón, con fuegos más hermosos que los astros del cielo, aquella primera mirada que dejó usted caer sobre mí al conocerme, y que inundó de luz todo mi sér, como sol que inunda de fuego todo el Océano.

Teresa temblaba, su respiración comenzaba á oirse, sus mejillas se iban sonrosando.

—Llevo, siguió Palákis, una sonrisa que yo solamente he visto, y que guardada en el fondo de mi alma, será allí aura refrescadora en el desierto de mi vida.

La emoción de Teresa crecía.

—Y llevo, en fin, dijo Job en un momento de resolución, todo el amor de usted. Testigo es esa flor, que guarda usted entre sus trenzas, como mi cariño en el fondo de su alma.

El rostro de Teresa estaba encendido; su corazón palpitaba precipitado, y oíanse sus latidos; sus ojos se llenaron de lágrimas y de miradas de fuego.

—Sí, Job, adiós, le dijo con supremo esfuerzo.

Silenciosos, pero temblando, salieron hasta la puerta. Por la parte obscura de la escalera, subía Felipe. Un negro presentimiento le había hecho volver veloz á la conclusión de la ópera.

Al verlos, sintió vértigo de matar; pero tuvo miedo, miedo espantoso al presidio; y quedó como clavado en su lóbrego rincón.

Job abrió los brazos para despedirse de Teresa: ésta se arrojó en ellos; sus corazones palpitaban juntos, y sonaban como péndulo del reloj de una eternidad de dicha. Job quiso separarse; y entonces Teresa, tomándole con ambas manos la cabeza, le vió con delirio en los ojos; sus labios se unieron en el éxtasis de un beso; y como eco, contestó un gemido ahogado de Felipe.



LA PRIMERA LAGRIMA.

Job no partió.

En el misterio del secreto, en cielo convirtieron su existencia Palákis y Teresa. Todo el mundo ignoraba su felicidad. Job no volvió á la casa de la calle de Tronchet; nadie le vió más en su butaca de los Italianos; y las gentes creyeron á ciegas que había sido el más desgraciado de cuantos se acercaron á la famosa bailarina.

Solamente un hombre conocía sus amores; solamente una sombra los seguía por todas partes: el gran Felipe. En su corazón se habían desarrollado inmensamente dos opuestas pasiones: odio sin límites para Job, amor infinito para Teresa. Quería vengarse del primero; pero temía perder á ésta. El amor de Felipe á Teresa, salvaba á Job de su odio.

Felipe, con tanto sufrimiento, había envejecido rápidamente; su semblante estaba amacillento y demacrado; sus ojos hundidos brillaban como lámpara que se apaga; su mano temblorosa hacía desafinar horriblemente su violón; solamente en la voz no se le notaba cambio, porque no se le oía: Felipe ya no hablaba.

Teresa nada notaba: encerraba en su alma un sol de dicha que, deslumbrándola y ofuscándola, nada le dejaba ver. Los demás no paraban su atención en el pobre músico: acostumbrados estaban á mirarle como á un mueble de la casa. En los cuadros, las figuras que están en la penumbra del último término, no se perciben bien nunca. Son reglas del arte.

Una tarde estaban hablando en el peristilo de la Bolsa nuestro crítico y Madisson, cuando acertó Palákis á desembocar en la plaza por la calle Vivienne. Hacía mucho tiempo que no le habían visto. Palákis iba abstraído en su felicidad. Llamáronle. Alzó la cara, y al contemplar á Madisson, sintió dolor en su alma. Muchas veces, desde que era amado por Teresa, había sostenido terrible lucha consigo mismo. Su deber de caballero le impelía á buscar á Madisson, para batirse con él; pero era eso tanto como revelar el secreto de Teresa, que

no era suyo solamente. Por fortuna, hasta entonces no había encontrado á Madisson. Este, al verle, había dicho:

—¡Qué triste viene Palákis!

Había tomado por tristeza la inmensa dicha en que Job se reconcentraba, pues tanto así se parecen los grandes placeres y los grandes dolores, que puede decirse que no hay dolor sin placer, ni placer sin dolor. Sin duda por eso, lo mismo que al gemir, se contraen los labios al sonreirse.

—Triste está usted con su desgracia, le dijo Madisson á Job.

—Y usted insolente, le contestó éste, encontrando la oportunidad de cumplir como caballero y como amante.

Quiso Madisson entrar en explicaciones; pero Job le entregó su tarjeta y le volvió la espalda.

—Susceptible está el desdichado amante, dijo sonriendo Madisson: le mandaré mis testigos.

Dos días después, Job caía gravemente herido en el bosque de Boulogne.

Los periódicos hablaron del suceso: Felipe pudo ocultárselo á Teresa; la desdichada solamente sabía que ya no veía á Job.

Entre tanto, la noticia llegó á Atenas,

y la condesa Palákis partió á París en busca de su marido.

Habían pasado dos meses. Teresa, enferma, se había seperado del teatro; Felipe había cuidado de cambiar de habitación; Job se levantaba por primera vez de la cama, é iba á pasar su convalecencia en compañía de su esposa, á una encantadora casita escondida en medio de un jardín, cerca de la iglesia rusa.

Job no sabía de Teresa.

Teresa no sabía de Job.

Felipe vigilaba á los dos.

Comenzó Job á dar pequeños paseos fuera de su casita, acompañado de su bella esposa. Era ésta blanca como Venus de mármol de Paros; alta y hermosa como estatua de Fidias; vestía con lujo oriental y elegancia parisiense reunidos; á la severidad de una diosa adunaba la dulzura de un ángel. Madre de la caridad, más que esposa, cerca del lecho de Job, había ido borrando en el alma de éste el recuerdo de Teresa, la que apenas quedaba en el fondo de su corazón como imagen desvanecida que se va perdiendo en lontananza. Job esperaba que su convalecencia le permitiera ponerse en camino, para ir á pasar el verano á un viejo castillo de sus antepasados, que levantaba, no muy lejos de Atenas, sus ya carcomidas torres.

Felipe observó los paseos, y se forjó su plan. Temía que Job buscase á Teresa; juzgaba que la perdería para siempre, si los dos amantes se volvían á encontrar.

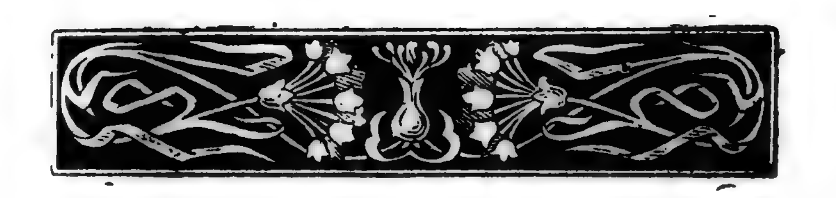
Una mañana llevó á almorzar á Teresa al Chateau de Madrid. Esta estaba más que nunca triste, y ni siquiera fijaba la vista en los carruajes que por casualidad paseaban por el bosque. De pronto, Felipe se fijó en una victoria abierta, que sin duda era lo que en aquel sitio esperaba. Tirada por dos hermosas yeguas inglesas, se adelantaba rápidamente. En su interior iban Job y su esposa. Esta, más bella que nunca, sonreía contenta, y daba el rostro hacia el lugar en que se hallaba Teresa; Job casi volvía la espalda, escuchando atento la cariñosa plática de la compañera de su vida.

—Ahí viene el conde Palákis, dijo intencionalmente Felipe.

—¿Quién es esa mujer? contestó lívida Teresa.

—Una cantante italiana que es hoy la querida del señor Job, replicó Felipe sabiendo que mentía; pero ya hemos dicho que tenía su plan.

La victoria se perdió detrás de la cascada; una lágrima silenciosa rodó por la faz pálida de Teresa; y en los labios del gran Felipe se dibujó la misma sonrisa de Mefistófeles.



EL ULTIMO SUSPIRO.

Teresa, que hasta entonces había estado retraída y sin querer salir á ninguna parte, manifestó deseos de ir á la ópera. Felipe, que sabía que Job aún no podía salir de noche, no tuvo inconveniente en acceder. Se cantaba el "Otelo." Tamberlik había estado sublime en el dúo del segundo acto. Su famoso dó sostenido, había formado misterioso unísono con un grito de celos en el corazón de Teresa. En el tercer acto, llegaron á saludarla Madisson y el crítico. Al ver á Madisson, sintió odio espantoso, que tuvo que cubrir con una sonrisa hipócrita. Le odiaba porque había herido á Job; y en ese momento, le odiaba también porque no le había matado.

Llegó la tremenda escena en que Otelo mata á Desdémona, rayo que brotó

de esa inmensa tempestad que se llama Shakespeare.

—Bien hacen los celosos con matar, dijo con voz lúgubre Teresa.

—¡El buen Shakespeare escribía unos disparates! dijo el critiquillo. ¿Para qué es eso de apagar la luz?

—Para que no vean los tontos, contestó Madisson con su flema británica.

Felipe había sorprendido el pensamiento de Teresa, y maduró su plan.

A pocas noches, á pesar de que ésta no quería salir, la llevó á ver la "Medea," representada por la Ristori.

—¿Por qué Medea no mata á Jason? dijo Teresa al concluir la tragedia.

El gran Felipe estaba ya seguro del éxito de su plan. Era urgente realizarlo. Job comenzaba á salir de noche, y estaba fijada su partida para la semana siguiente.

Dos días después estaba instalado como conserje en la casita de Job. Nadie le hubiera conocido, rasurado el rostro, doblada la espalda, y fingiendo una cojera lastimosa.

En la tarde recibió Teresa un anónimo en que se le invitaba á cercionarse de la infidelidad de Palákis; le mandaban la llave de la puerta falsa del jardín, y se le señalaba como lugar propicio para

observar, un cenador junto á la fuente; y como hora, las nueve de la noche.

Dos días antes, Felipe le dijo que tenía que hacer un pequeño viaje para cobrar un dinero. Estaba sola, nadie la podía ver, ninguno lo sabría.

Triunfó la tentación, y más que la tentación, los celos fueron los triunfadores.

A las ocho salió de su casa, á pie, y cubierto el rostro con un velo. No se atrevió á tomar un coche; no quería que la observase nadie. Con rapidez, que en ella se hubiera juzgado increíble, atravesó el arrabal de San Antonio y la larguísima calle de Rivoli. A las ocho y media, estaba en la plaza de la Concordia; se oía su respiración jadeante; su pensamiento estaba como aletargado; su mirada se asustó de encontrarse con el obelisco, que le pareció informe fantasma.

Tomó aliento, y continuó por los Campos Elíseos: en el fondo se destacaba una sombra colosal, era el arco de la Estrella. Parecíale á Teresa su hueco, como boca de infierno.

Llegó por fin á él, torció á la derecha, y á poco andar se encontró frente á la puerta falsa de la casita de Job.

Entonces sintió agotadas sus fuerzas, y cayó de rodillas; pero hizo un supremo esfuerzo y penetró en el jardín. En el medio se levantaba una masa negra;

era la casita. Sólo una de las ventanas estaba alumbrada. Parecía el ojo sangriento de un cíclope gigantesco, que se asomaba á ver una catástrofe.

Teresa dió pronto con el cenador, y se dejó caer en su rústico asiento. En ese momento, había perdido todas las fuerzas del cuerpo y todas las fuerzas del alma.

A poco, la despertó de su letargo dulcísima voz de mujer que cantaba al piano el "Ave María" de Gounod: á ella le pareció la romanza de amor de "Fausto." Y es que el autor ha tomado la misma melodía para el canto de amor y para el canto del cielo, porque sabe que amor y cielo es una misma cosa.

Levantóse Teresa poco á poco, y vió en un encantador saloncito, á la misma mujer que acompañaba á Job en el bosque.

Teresa se volvió espantada, al oir á su lado un ruido extraño y cadencioso: era su propio corazón que palpitaba pausado como lejano toque de difuntos.

Acabó la música, y la mujer se reclinó en la ventana asomándose al jardín. Teresa se sintió desfallecer, y se apoyó en la mesa del cenador: su mano tropezó con un cuerpo extraño. Cosa rara: era un puñal. Le tomó sin saber lo que hacía.

En el mismo instante se oyó rechinar la reja de la calle: era Job que volvía. La mujer de la ventana se separó violentamente para salir á su encuentro. Teresa observó el movimiento, y oprimiendo convulsivamente el puñal, se lanzó frenética fuera del cenador. La esposa de Job estaba ya en el peristilo de la casita; éste pasaba frente al cenador; y Teresa, ciega de celos, le hundió el puñal en el corazón.

Job cayó muerto: Teresa sin sentido. Pidió auxilio á gritos la condesa. El conserje había desaparecido. Nadie volvió á saber más del gran Felipe.

La condesa partió para su país, llevándose el cadáver de su marido, al cual dió rica sepultura en el cementerio del castillo de sus antepasados. La acompañaba Madisson como antiguo amigo de su esposo.

Instruyósele á Teresa la correspondiente causa criminal: ella se negó obstinadamente á declarar; pero su defensor demostró hábilmente que había matado á Palákis por defender su honor; que éste le había puesto una celada para llevarla al jardín; y aducía como prueba concluyente, que sobre Teresa se encontraba la llave de la puerta falsa. La carta había desaparecido. Hizo mérito del amor

del conde y de los continuos desdenes de la reo; y por supuesto, salió á relucir en todo esto como testigo nuestro crítico.

El proceso duró más de un año; pero al fin Teresa fué absuelta: la matadora era ya para el mundo una víctima del honor.

—¿No decía yo que Teresa era una virtud? gritaba á la siguiente mañana el critiquillo en la redacción del "Fígaro," en donde á causa del proceso, y por las noticias particulares que tenía, le había acogido Villemessant, dándole la sección de chismes, y prohibiéndole entrometerse en la crítica teatral. No hay duda de que Villemessant fué el más sabio de los dueños de periódicos.

—Me tienen miedo, se decía el ya ex-crítico para consolarse.

Un mes después, el castillo de Palákis lucía como una ascua: todo estaba profusamente iluminado; sólo estaba obscuro el cementerio. En éste había una tumba moderna, y sobre ella el busto de mármol de Job.

Llegó por el camino de Atenas, y como á la media noche, una mujer á pie, y que con dificultad podía andar apoyada en un báculo. Pidió permiso á uno de los criados para entrar en el cementerio; y como lo pidió poniéndole en la mano

una moneda de oro, se lo concedió sin más averiguar.

En el castillo se celebraban las bodas de la viuda de Job, que contraía segundas nupcias con Madisson.

Teresa había encontrado al fin la tumba de su amante. Al reflejo de las luces de la fiesta, había podido ver su busto. Se abrazó á él: imprimió en los labios de mármol sus labios más fríos aún, y cayó pesadamente sobre la tumba, lanzando el último suspiro.

1879.



TOVAR.

A propósito de la reimpresión del artículo sobre Acosta hecha en mis Apuntes Viejos de Bibliografía Mexicana, mi sabio amigo el P. Aquiles Gerste me envió de Roma la siguiente

NOTA SOBRE LOS PP. JOSE ACOSTA Y JUAN DE TOVAR.

"El descubrimiento (del Códice Ramírez) resuelve la cuestión debatida sobre el plagio del P. José Acosta:" así juzgó el Sr. D. José Fernando Ramírez (citado en la pág. 21 de los "Apuntes"); y no juzgó mal, ateniéndose á los documentos que él entonces podía alcanzar. Si hubiera estudiado los que más tarde vinieron á luz, creo que se hubiera desdicho. Excusado es entrar aquí en menudas

explicaciones, lo cual además de muy largo, sería inútil, pues nadie mejor que Ud. conoce los elementos del proceso. Yo por mi parte hice mención de ellos en un artículo de la "Revue des Questions Scientifiques," (1886, tom. XXI, pp. 629 699.) con el cual contestaba á un escritor francés. Bastará, pues, tocar aquí dos hechos que me parecen ciertos:

1o. Lo que Acosta tiene de común con el P. Durán y con el Códice Ramírez lo sacó de una obra del P. Juan de Tovar;

y 2o. lo hizo con permiso del autor y citándole.

Sobre este segundo hecho no cabe duda. Ya queda indicado en las cartas del P. Acosta y del P. Tovar (publicadas pág. 31 de los Apuntes); cuyo texto exacto, cotejado con el original, algo diferente del impreso, tengo á la vista. Pero acordémonos sobre todo de lo que expresamente declara el P. Acosta, en el libro VI, cap. 1, de su Historia natural y moral de Indias: "......Comunmente sigo..... en las materias de México.....Juan de Tovar...., sin otros autores que por escrito," etc. (Véase también lib. VI, cap. 7.) Verdad es que no señala menudamente los pasos que se apropió; pero esto en aquel tiempo no se solía hacer. Cierto es que el P. Acosta atribuye claramente sus noticias mexicanas al P. Tovar.

Tampoco me parece disputable el otro hecho, es á saber, que el P. Acosta en la Historia del P. Tovar que empleó y alegó como dije, halló justamente lo que algunos suponen haya hurtado del P. Durán ó del Códice Ramírez.

Pero aquí viene una cuestión prejudicial: ¿el P. Juan de Tovar escribió verdaderamente una Historia?—Fijándose en lo que entonces se sabía del asunto, dice el Sr. Ramírez (pág. 22): "Presumo..... del empeño que debieron tomar los Jesuitas en vindicar al P. Acosta de la nota de plagiario,..... resultara que hicieron al P. Tobar autor de una Historia antigua.... de la cual se entiende que sacó sus noticias el P. Acosta." Sobre esto hay que advertir, que el P. Tovar escribió certísimamente una Historia antigua; ya que no solamente lo atestiguan las cartas suyas y del P. Acosta, sino que existe aún y está impreso un fragmento de la obra. Su título se lee en la pág. 35 de los Apuntes, aunque un poco diverso del que lleva la edición original: pues en ésta el segundo título, al frente del texto, repite las palabras: "Historia de los Indios Mexicanos por Juan de Tovar;" y en lugar de "Private-Print, Middle-Hill, 1860" dice: "Cura et impensis Dñi Thomae Philips, Bart.—Typis Mediomontanis. Jacobus Rogers impressit. 1860."

Insta el Sr. Ramírez (pág. 22): "Estoy seguro que ella (la historia que se atribuye al P. Tovar) no fué la que dirigió la pluma del P. Acosta, y la prueba es flagrante...." Pero esta prueba, y la siguiente tomada del P. Torquemada (pág. 23), se desvirtúa con observar que el P. Tovar es el autor del Códice Ramírez, ó al menos lo insertó en su Historia; y así, cuando comunicó al P. Acosta su Historia, le comunicó el Códice Ramírez, y el P. Acosta con citar la Historia de Tovar, cumplió con las leyes de probidad literaria cuales en su tiempo eran vigentes.

Dije que la Historia del P. Tovar y el Códice Ramírez son una misma cosa. Lo certifica el Sr. Icazbalceta (de quien es la nota pág. 31—36 de los Apuntes); "de la comparación hecha por el Sr. Bandelier entre el fragmento impreso de la obra de Tovar y el Códice Ramírez, publicado recientemente, resulta tal semejanza, que no puede caber duda de que ambas obras son una misma;" y después de algunas aclaraciones, concluye D. Joaquín: ".... de todos modos es obra suya (del P. Tovar) sin que se opongan á esta creencia las objeciones del Sr. Ramírez."

De algunas de dichas objeciones ya se habló más arriba, y queda solamente ésta: "que el autor (del Códice) pertenecía al

estado secular parece cosa segura, vista la severidad con que trata á los eclesiásticos:" (pág. 20); luego no pudo ser el P. Tovar (pág. 25).—No me hace mucha fuerza este reparo, al reflexionar que el P. Tovar era indígena, y al tener presentes las circunstancias de tiempo y lugar en que escribía.—De otros religiosos, y del mismo Fr. Gerónimo de Mendieta, consta que se expresaban severamente acerca de algunos eclesiásticos.—Mas sea lo que fuere, aquella opinión ó conjetura no contrapesa el hecho que resulta del cotejo entre el Códice y la obra del P. Tovar.

Este cotejo lo hizo primero el Sr. Bandelier; en cuyas noticias se apoyó el Sr. Icazbalceta para extender una importante nota (la misma de los Apuntes, pág. 31-36) en su libro "D. Fray Juan de Zumárraga;" y luego también en el "tiré-a-part" que dió del último capítulo del mismo libro.—Más tarde el Sr. Icazbalceta pudo verificar la cosa por sí mismo; porque habiendo adquirido el texto impreso del P. Tovar (rarísimo, según entiendo,) lo compulsó con lo que antes había publicado,—me lo enseñó á mí mismo, y además tuvo la bondad de entregarme sobre ello algunos apuntes escritos de su mano.

Una última advertencia para agotar la materia. El P. Tovar, lejos de ocultar la

procedencia de su Historia, manifiesta lealmente que para su primera composición se valió de las "librerías" de los Indios y de las explicaciones de "los sabios de México, Tezcuco y Tulla;" para la segunda "(de) un libro que hizo un fraile dominico, deudo mío" (Durán). Parece que esto basta (cualquier juicio que se quiera formar de la Historia de los Indios y del Códice Ramírez) para excluir la nota de plagiario. Con esta confesión puede escudarse el P. Tovar,—y aun el P. Acosta que sigue á Tovar y á él se refiere.

Por supuesto, es falso (como lo dicen los Apuntes, pág. 29) lo que escribió Feijóo: "El P. Acosta es original,..... no halló de quien transcribir cosa alguna."—Pero el P. Acosta (y creo haberlo demostrado) nunca pretendió tal calificación; antes bien la rechazó abiertamente."

Después de los párrafos anteriores ya no puede dudarse: Acosta no fué un plagiario, si bien en su Historia reprodujo casi á la letra el Códice Ramírez.

Sí debo hacer constar, que al reimprimir mi artículo, publicado más de veinte años antes, cuidé de agregar la Nota que creí del Sr. Troncoso, y resulta ser la 63 de la vida de Don Fray Juan de Zumárraga escrita por el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta. Precisamente la agregué, para que el lector comparara la opi-

nión del Sr. Ramírez y la antigua mía con las del Sr. Bandelier y del autor de la Nota.

Curioso es averiguar cuando dió Tovar el Códice á Acosta.

En un libro manuscrito referente á los Concilios Mexicanos, propiedad de mi amigo el Dr. D. Nicolás León, se dice que Acosta vino del Perú á México en septiembre de 1586, trayendo el Concilio Limense, del cual hizo versión latina. Como venía por Procurador del Concilio, para llevarlo á España y á Roma á fin de obtener su aprobación, debemos suponer corta su estancia en México. Sin duda durante ella conoció á Tovar: pero éste no le entregó entonces el Códice, sino se lo envió después, según se deduce del texto de las cartas. Si éstas se hubieran publicado con fecha y lugar nos habrían aclarado el punto. Probablemente Tovar le ofreció el manuscrito á Acosta cuando estuvo en México; lo mandó copiar, no pudiendo entregárselo aquí por su corta estancia; y una vez terminada la copia se la mandó á España. Entonces Acosta escribió la carta para inquirir la autenticidad de la Historia, y Tovar la contestó con la suya, en la cual explica extensamente cómo se formó.

Si tomamos en cuenta que Acosta estaba en México á fines de 1586, que fué

á España y á Roma para obtener la aprobación del Concilio, en lo cual bien pudo gastar el año de 1587, podemos creer las cartas de 1588, y del mismo año la redacción de su Historia, pues en él estaba ya en Salamanca y publicó su "De procuranda salvte Yndorum," y al siguiente la obra "De Natvra Novi-Orbis," etc.; y en el inmediato de 1590 imprimió en Sevilla, en castellano, con 5 libros más, la Historia Natural y Moral de las Indias; y precisamente el último libro es el que más se asemeja al Códice Ramírez. Su biógrafo de la edición de 1792 parece confirmarlo, pues dice que de dichos siete libros, "los dos primeros los escribió en latín en el Perú, y traduxo después al castellano; y los otros cinco los compuso en este último idioma, estando ya de vuelta en España...."

Pero ahora surge una nueva cuestión. ¿Fué verdaderamente Tovar el autor del Códice Ramírez? El Sr. Ramírez, en sus Adiciones al Beristáin, reconoce que Tovar escribió una Historia.

Tovar, en su carta á Acosta, consigna los siguientes importantes hechos:

I. Que el Virrey Enríquez mandó juntar los jeroglíficos que quedaban de los antiguos indios, y se los envió.

II. Que vió los jeroglíficos, y no los entendió.

III. Que los indios sabios de México, Tezcuco y Tulla le fueron narrando y diciendo las cosas en particular, con lo cual hizo una historia bien cumplida.

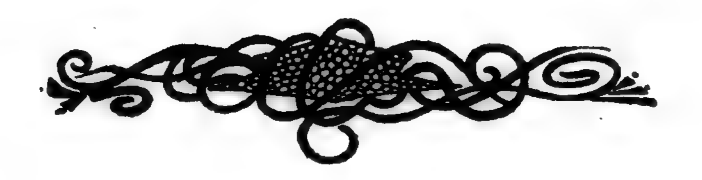
Claramente se ve por esto, que los indios le referían á Tovar los sucesos de la Historia de México, y él iba escribiendo lo que aquellos le dictaban. Esto se comprueba con el estilo de la narración. Es el de un indio con la vieja ideología de los mexicas, sin ninguna influencia europea; y Tovar no podía sentir ni expresarse de esa manera, porque había recibido la educación castellana. Compárese el Códice Ramírez con la obra de Sahagún. También el fraile Francisco recibió de labios de los indios las noticias de su Historia; pero al escribirla le dió su personalidad: se ve en ella la pluma de un español. Y aquí vienen bien las otras consideraciones del Sr. Ramírez.

Hay otra circunstancia para mí decisiva. Igual relato sirve de base á la Historia de Durán y á la Crónica de Tezozomoc. Luego existía una relación histórica que se comunicó á Durán, á Acosta y á Tezozomoc. ¿Quién pudo ser su autor? El mismo Tovar nos va á contestar. En su carta á Acosta dice: "Pero es de advertir que aunque tenían diversas figuras y caracteres con que escribían las cosas, no era tan suficientemente como nues-

tra escritura, que sin discrepar, por las mismas palabras, refiriese cada uno lo que estaba escrito: solo concordaban en los conceptos; pero para tener memoria entera de las palabras y traza de los parlamentos que hacian los oradores, y de los muchos cantares que tenian, que todos sabian sin discrepar palabra los cuales componian los mismos oradores, aunque los figuraban con sus caracteres, pero para conservarlos por las mismas palabras que los dijeron sus oradores y poetas, habia cada dia ejercicio dello en los colegios de los mozos principales que habian de ser sucesores á estos, y con la continua repeticion se les quedaba en la memoria, sin discrepar palabra, tomando las oraciones mas famosas que en cada tiempo se hacian, por método, para imponer á los mozos que habian de ser retóricos; y de esta manera se conservaron muchos parlamentos, sin discrepar palabra, de gente en gente, hasta que vinieron los españoles, que en nuestra letra escribieron muchas oraciones y cantares que yo vi, y asi se han conservado."

Esto explica por qué Tovar se valía de lo escrito por su deudo domínico para rehacer su versión, y por qué el Sr. Ramírez pudo completar con la Historia de Durán los vacíos del Códice.

El relato del Códice Ramírez es la narración sumaria de la Historia de los antiguos mexicanos formada por los sacerdotes del gran "Teocalli," la cual se transmitía en el "Calmecac" de generación en generación. Tovar la tradujo, y nos la guardó en toda su pureza. Bien merecía por esto que se le conservara su nombre, si no se le hubiera dado ya el del Sr. Ramírez: tributo merecidísimo á los inmensos servicios que prestó á nuestra Historia.



FRAY MARCOS DE NIZA.

Fray Marcos de Niza, fraile francisco nacido en Italia, que había venido á América en 1531, y se había unido á Pedro de Alvarado á su vuelta del Ecuador, llegó á México hacia 1532; y como se hubiera despertado la curiosidad, y con ella la ambición, por el descubrimiento de las Siete Cibdades, lo envió el virrey D. Antonio de Mendoza en busca de ellas, en el año de 1539.

Confirmaba esta curiosidad ó deseo de conquistas y riquezas, el hecho de que Cabeza de Vaca, con los restos de la expedición que había ido á Florida, hubo de salir á Culhuacán ó Culiacán, en donde estuvo el año de 1536.

La relación que de su jornada hizo Fray Marcos, merece estudiarse, pues se ha visto hasta hoy con indiferencia, y por embustera se ha tenido; y créola yo documento de altísimo interés.

Tenemos bien conocido un lugar importante, el Culiacán del Norte, que todavía en la relación de Fray Marcos se llama Culhuacán. Partió de esta ciudad el fraile francisco á 7 de marzo de 1539, llevando por compañero á Fray Honorato, y por guía al negro Estebanillo de Dorantes. Lo acompañó buena cantidad de indios de los pueblos de Iztlán y Petatlán, que estaban á unas cincuenta leguas de Culhuacán. A 25 leguas de Petatlán, llegó á la orilla del mar; y refiere cómo de la península de California, que él creyó isla, los indios pasaban á la tierra firme en balsas.

De los pequeños pueblos que á grandes distancias iba tocando en su expedición, supo que al otro lado de la sierra había un valle con muchas y muy grandes poblaciones, con gentes vestidas de algodón, las cuales usaban orejeras y "nacochtli" ó adornos de nariz de oro, y una paletillas del mismo metal para quitarse el sudor.

Siguiendo la costa y sin atravesar la sierra, dió con una población llamada Acapa ó Huacapan, de donde envió en exploración á unas sesenta leguas al Norte al negro Esteban.

Volvió un mensajero de Esteban, y le anunció que á treinta jornadas de Huacapan había una gran ciudad llamada

Cíbola, y que en esa provincia había siete ciudades muy grandes con casas de piedra y cal, las más pequeñas de un sobrado y una azotea encima, y otras de dos y de tres sobrados, y la del señor, de cuatro, juntas todas por su orden, y en las portadas de las casas principales muchas labores de turquesas; y que las gentes de ellas andaban muy bien vestidas.

No debemos pasar desapercibido el hecho de que fueron á visitar á Fray Marcos unos indios salvajes, labrados los rostros y pechos y brazos, (1) los cuales le confirmaron la existencia de las siete ciudades. Diéronle además noticia de otras poblaciones llamadas Marata, Acus y Totonteac. (2)

Refiriéronle también, que ellos iban á la ciudad de Cíbola á trabajar, y en pago les daban turquesas y cueros de vacas; (3) y Fray Marcos asegura que en el pueblo de Huacapan vió buena can-

---

(1) Es decir, tatuados. No debe confundirse el tatuaje con las pinturas que se ponían en el rostro los indios civilizados, como lo hizo un periodista poco instruido en nuestra historia.

(2) ¿Mactlata? ¿Acuz? Totonteac es nombre nahuatl, lo mismo que Huacapan antes citado.

(3) No había vacas: Fray Marcos creyó cueros de ellas los de cíbolo, animal cuadrúpedo cornudo, del cual tomó nombre la ciudad Cíbola. Los cíbolos existían en gran cantidad en nuestra frontera: hoy han concluído.

tidad de unos y otras, que tenían sus habitantes. Y agrega que éstos llevaban todos turquesas colgadas de las orejas y de las narices, finas y buenas.

Contáronle, además, que los habitantes de Cíbola usaban por vestido unas camisas de algodón, largas hasta el empeine del pie, con un botón á la garganta y un torzal largo que de él colgaba, y las mangas de estas camisas anchas tanto de arriba como de abajo; que andaban ceñidos con cintas de turquesas; (1) y que sobre las camisas se ponían muy buenas mantas, ó cueros de vacas (cíbolos) muy bien labrados.

Siguió Fray Marcos de Huacapan al Norte, haciendo varias jornadas, en las cuales encontró algunos pueblos; y en todos ellos se confirmaban las noticias anteriores.

Siguiendo su camino llegó á un pueblo, cuyo nombre no dice; pero del cual

---

(1) Debieron ser muy abundantes las turquesas, porque constantemente nuestros cronistas se refieren ya á máscaras, ya á ídolos ú otros objetos, adornados con ellas. Todavía puede verse en nuestro Museo Nacional una diosa *Coatlicue* cuyas mejillas están cubiertas de 100 turquesas. Turquesa se decía en mexicano *xihuitl*. Vocabulario de Molina de 1571. En mi colección tengo más de turquesas en diversas antigüedades. Sin duda la más curiosa es una incrustada en un diente; si bien es muy notable otra grande, montada en un anillo de plata, con geroglíficos, traído de Palemke.

da noticias importantes, como son que era agricultor y tenía tierras de regadío, y hombres y mujeres andaban vestidos de algodón, y algunos de cueros de cíbolo, que en lo general tenían por mejor vestido; que todos andaban "encaconados" con turquesas que de la nariz les colgaban, y á esto llamaban "cacona," y con collares de turquesas; y que hacían mucha caza de venados, conejos y codornices. Refiere igualmente, que de todo este género de caza le hicieron abundante regalo, así como de maíz, pinole, cueros, jícaras muy lindas y otros objetos.

Dice Fray Marcos, que allí tuvo la misma noticia de las Siete Cibdades; y que al ver su hábito de paño, le dijeron que en Totonteac hacían un tejido semejante con el pelo de unos animales del tamaño de los galgos que llevaba el negro Esteban.

Después de andar cuatro días en despoblado, encontró otra ciudad semejante en todo á la anterior, y en donde le dieron las mismas noticias; y como agrega que llegó á los 35 grados, y que la costa daba vuelta al poniente, claro es que estaba en terrenos de la Alta California. Debemos notar que en los modelos de las casas de Cíbola, según se los refirieron, se percibe bien la forma de las

casas grandes, y se citan las escaleras por las cuales á ellas se subía.

En ese valle, en donde anduvo cinco días, parece había gran cantidad de pueblecillos que Fray Marcos llama barrios, los cuales cultivaban campos regados que compara con un vergel; y en ellos habló á un natural de Cíbola, quien le dió las siguientes noticias de ella. El señor de las Siete Cibdades vivía en Acuz y tenía puestos jefes en las otras. Cíbola era una gran ciudad con calles y plazas, y habitada de mucha gente, y en ella había casas grandes hasta de diez pisos, de piedra y cal, en donde en ciertos días del año se reunían los principales de la ciudad.

De estas siete ciudades la mejor era Ahacuz, y el señorío todo se llamaba Acuz.

Había al sudeste de esta provincia, según la misma relación, otra llamada Marata (creo que debe ser Mactlata), con la cual estaba en guerra, y que tenía edificios y costumbres iguales.

Después de andar doce días por despoblado, en dirección del oriente según se entiende de la relación, encontróse Fray Marcos con un enviado de Esteban, quien le refirió, cómo aquél, una jornada antes de llegar á Cíbola, había enviado al señor de la ciudad, en anun-

cio de su llegada, un calabazo con cascabeles y plumas; pero éste, tan luego como lo tomó en las manos y vió los cascabeles y las plumas, lo arrojó en el suelo, y mandó salir de la ciudad á los mensajeros, con amenaza de darles muerte si no se iban en seguida. Refirióle también que Esteban, á pesar de esto, se atrevió á ir á la ciudad; pero sus habitantes no lo dejaron entrar, y lo pusieron con sus acompañantes en una casa grande; y á la mañana siguiente, los de la ciudad los atacaron, y mataron á más de trescientos, y al mismo Esteban.

Con este suceso, los indios de la comarca que acompañaban á Fray Marcos, ya no quisieron seguirlo; pero él continuó su camino con sus intérpretes y con dos indios principales, que al fin consintieron en ir con él; y así llegó á la vista de Cíbola, que describe de la siguiente manera: "está asentada en un llano, á la falda de un cerro redondo; tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que yo en estas partes he visto; son las casas por la manera que los indios me dixeron, todas de piedra con sus sobrados y azoteas, á lo que me pareció desde un cerro donde me puse á vella: la población es mayor que la cibdad de Mexico."

Los dos indios principales que con él

estaban, dijéronle que Cíbola era la menor de las siete ciudades, y que Totonteac era mucho mayor y mejor que todas las siete, y de innumerables casas y gente.

Y no pudiendo pasar adelante, y temeroso de perder inútilmente la vida, se volvió Fray Marcos de su expedición.

Con tales noticias, al año siguiente, 1540, mandó el virrey expedición con el Gobernador D. Francisco Vázquez Coronado en busca de las siete ciudades; y el 29 de noviembre del mismo año, celebró capitulaciones para igual objeto con el adelantado Don Pedro de Alvarado.

Coronado no encontró las siete ciudades, y declaró falsa la relación de Fray Marcos de Niza.

Desde entonces se negó la verdad del relato de Fray Marcos: y sin embargo, basta leerlo, para ver en él todos los caracteres de autenticidad. Da razón exacta de lugares y distancias, precisa nombres y refiere costumbres, sin contradecirse jamás, y entra en detalles y pormenores que no podían ser fruto de una imaginación embustera. Además, conocida es la veracidad de los primeros franciscanos; y á mayor abundamiento, levantóse acta en México el 2 de septiembre de 1539 ante el virrey Don Antonio de Mendoza, presentes los muy mag-

níficos señores Lic. Francisco de Ceynos oidor de la Real Audiencia, y el citado Francisco Vázquez Coronado gobernador de la Nueva Galicia; y ante ellos y escribano, ratificó la verdad de su relación; y quien conozca á aquellas personas y aquellos tiempos, no podrá abrigar dudas.

Estudios modernos sobre el Nuevo México, publicados en los Estados Unidos, (1) confirman varios puntos de la relación de Fray Marcos; y explican cómo Vázquez de Coronado extravió el camino al nordeste, y dejando á su izquierda las ciudades, fué á dar á los desiertos de la Gran Quivira.

---

[1] **Historical introduction citada, de A. F. Bandelier.**



TEOTIHUACAN.

I

No han faltado quienes, poco conocedores de las fuentes de nuestra historia antigua, hayan creído que desde la época de la destrucción de los toltecas quedó en ruinas y desamparada la ciudad de Teotihuacán; y aun se han dado á suposiciones más ó menos inverosímiles, para explicar como se arruinó aquella metrópoli sagrada. Ya en nuestra Historia Antigua de México, habíamos dicho, que el señorío de Teotihuacán existía á la venida de los españoles. Las tribus chichimecas, hordas salvajes del norte de nuestro territorio, se apoderaron de él, cuando desmembraron el señorío tolteca. Del gobierno y dominio de estos invasores, encontramos alusiones claras en Ixtlilxochitl y Torquemada; y en los Anales de Cuauhtitlán, al darse cuenta de los señores que gobernaban á

la llegada de Cortés, se menciona al de Teotihuacán. Entre los manuscritos de Mr. Aubin, que eran parte del Museo de Boturini, y por lo tanto propiedad de la nación mexicana, aunque se hallen en París en manos extrañas, existen unos Anales de Teotihuacán. Hay copia de ellos en el Museo Nacional.

Otros dos documentos sobre el mismo asunto, cortos pero interesantes, paran en mi poder. Los originales estaban en una faja á manera de cubierta, según la cual pertenecían "á 18 piezas sueltas del Museo de Boturini." La primera plana de esa carpeta era toda de mano de Lord Kingsborough. Según el Sr. D. José Fernando Ramírez, el carácter de letra y forma de los manuscritos, hacen suponer que fueron extraídos del Museo Nacional; y como pertenecieron á Mr. Waldeck, es casi seguro que se los extrajo clandestinamente como algunas otras piezas.

Para salvar las dos que tengo en mi poder, las cuales son copias exactas de los originales citados, acaso ya perdidos, creo oportuno darlos á la estampa como documentos importantísimos de nuestra historia.

II

El primer documento dice:

"Los primeros Señores de Teotihuacán y sus comarcanos, son los que siguen:

Xolotzin, Rey de los Chichimecas, fué el primero que se apoderó de la tierra de Teotihuacan y sus comarcas despues de los Tolhuas, (1) y le hizo donacion de todo ello á su hermana Tomeyauhtzin, y la dejó casada con Tochinteuhtli.

Tomeyauhtzin tuvo por hijos á Huetzin y Quetzalmamalitzin.

Huetzin gobernó y murió sin sucesor: heredó el Señorío Quetzalmamalitzin.

Quetzalmamalitzin fué destituído y despojado de su reino por Nezahualcoyotl, y después Nezahualcoyotl lo restituyó á su reino y lo casó con su hija Tzinquetzalpoxtectzin, y tuvieron doce hijos: heredó el Señorío el mayor, que fué

Cotzatzintzin, casó con Guauhihuitzin, hija de Nezahualpitzintli, y tuvieron solas dos hijas, que fueron Amaxolotzin y Teuhcihuatzin: heredó el Señorío Amaxolotzin.

---

[1] **Este es error de algún copista; debe ser Toltecas.**

CHAVERO.—

Amaxolotzin casó con Xiuhtototzin y tuvieron un hijo que se llamó Mamalhuatzin. Luego murió Amaxolotzin, y tornó á casar Xiuhtototzin con su cuñada Teuhcihuatzin (y en esta ocasión vinieron los españoles y se baptizó Teuhcihuatzin y le pusieron Doña Magdalena) y en ella tuvo Xiuhtototzin un hijo que se llamó Don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin: heredó el Señorío Mamalhuatzin.

Mamalhuatzin murió sin heredero; lo heredó Don Francisco Verdugo.

Don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin-Huetzin casó con Da. Ana Cortés Ixtlilxuchitl, hija de Nezahualcoyotl, y tuvieron una hija que se llamó Doña Cristina Verdugo Quetzalmamalitzin-Huetzin Ixtlilxuchitl.

Doña Cristina Francisca Verdugo casó con Juan Grande y tuvieron tres hijos, que fueron: Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl, Doña Juana Cortés, y Don Luis, que murió niño: heredó el Señorío Doña Ana.

Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl casó con Don Juan de Navas Pérez de Paradela, y tuvieron once hijos, que fueron: Don Francisco, Don Fernando, Doña Ana, Don Jerónimo, Doña Juana, Don Mateo, Don Luis, Don Cristoval, Doña

Magdalena, Don Bartolomé, y Don Lucas: heredó el Señorío Don Francisco de Navas Pérez de Paradella.

Don Francisco de Navas Pérez de Paradela casó con Doña María Caballero, Gachupina, y murieron sin herederos: heredó el Señorío Don Fernando Pérez de Paradela."

III

Se conoce desde luego que el anterior relato es la interpretación de una de las genealogías jeroglíficas, pinturas muy comunes entre los indios, y las cuales carecían generalmente de anotaciones cronológicas. Como el manuscrito abraza cuatro descendencias posteriores á la venida de los españoles, debemos suponerlo escrito á fines del siglo XVI.

Estas pequeñas piezas contienen siempre datos útiles para los estudios históricos. Vemos por la présente, como ya dijimos, que la ciudad de Teotihuacán no fué destruida en la época de la invasión y desmembración del Señorío tolteca. Construída siglos antes por los quiname ó vixtoti, pertenecía á la rica civilización del sur. Invadida por los ulmeca, fué uno de los centros de la cultura nonoalca. Conquistada por los tolteca,

quienes en ella impusieron la suprema-cía de sus deidades el Sol y la Luna, fué la metrópli sagrada, y alcanzó entonces su mayor esplendor. Invadida por los chichimeca á principio del siglo XII, no debió caer en su poder sino después de sangrientos combates y destructores asaltos. En esa época debió comenzar el derrumbe de sus pórticos y el maltrato de sus monumentos, así como la mutilación de sus esculturas; pero la ciudad no fué destruída. Siguieron habitando en ella los vencedores, mientras los vencidos que sobrevivieron iban desapareciendo en la servidumbre; y menos cultos aquellos que éstos, pueblos trogloditas incapaces de apreciar las bellezas arquitectónicas, vieron impasibles la destrucción de esos grandes monumentos: que poderoso destructor hubo de ser el tiempo de cuatro siglos transcurridos entre la invasión de los chichimeca y el arribo de los españoles. Después de la conquista, un siglo más siguió languideciendo y destruyéndose la ciudad; y abandonada al fin, otros dos siglos han pasado despedazando aquellas ruinas. Los hacendados de su vecindad han arrancado piedras y esculturas, para emplearlas como materiales de construcción: y cada visitante vuelve con algún despojo. Y entre ese montón de ruinas se alzan las dos pirá-

mides, como testigos mudos de tanta desolación y de tanto abandono.

Teotihuacán no fué un señorío independiente en la época de la dominación chichimeca: era una ciudad tributaria del Señorío de Texcoco, como se ve en el mapa Quinantzin.

IV

Este manuscrito nos sirve también de dato importante en la cuestión suscitada sobre la manera de suceder en los señoríos entre los antiguos indios. En él se observa, cómo los hijos primogénitos heredaban á los padres; y cómo solamente cuando el señor reinante no tenía hijos, pasaba el señorío á los hermanos.

A propósito de los nombres, debemos notar cuán comunes eran entre los señores de los indios los de animales. En la nómina de los reyes mexicanos, tenemos á Hutzilihuitl, á Itzcoatl, á Ahuizotl y á Cuauhtemoc. En la de los señores de Texcoco, á Xolotl, Tlotzin, Quinantzin y Netzahualcoyotl. Entre los de Teotihuacán encontramos aquí á Tochinteuhtli, Cuauhhuitzin, Amaxolotzin y Xiuhtototzin.

El nombre de Amaxolotzin nos sugiere una observación. En el mapa Tlotzin el

jeroglífico del conquistador Xolotl es un papel "amatl." Por esta razón Mr. Aubin traduce su nombre por Amacui. ¿No sería mejor traducirlo Amaxolotl ó Amaxolotzin, nombre que encontramos en su genealogía?

Advirtamos de paso, que en el manuscrito se hace á la mujer de Don Francisco Verdugo hija de Netzahualcoyotl: por la época, es más verosímil que lo haya sido de Netzahualpilli.

El manuscrito refiere que llamaron Don Francisco Verdugo á Quetzalmamalitzin-Huetzin, el cual gobernaba en Teotihuacán cuando llegó Cortés, según los Anales de Cuauhtitlán; aun cuando en este manuscrito se ponga en esa sazón de gobernante á su madre Doña Magdalena. Fué costumbre de los indios señores, al bautizarse, tomar el nombre de uno de los conquistadores, ya porque éste fuera el padrino, ya porque fuese el vencedor en aquella región, ó ya más generalmente por ambas circunstancias reunidas. En el presente caso el nombre del señor de Teotihuacán nos indica como invasor del señorío ó como padrino, á Francisco Verdugo, capitán de uno de los bergantines, de los conquistadores que vinieron con Cortés.

Encontramos también que Doña Cris-

tina, hija del nuevo Don Francisco Verdugo, casó con Juan Grande. Generalmente los conquistadores procuraban casarse con señoras de pueblos; y como no había muchos capitanes, tuvieron que contentarse éstas con simples soldados como Grande. Creo equivocado su nombre en el manuscrito, pues se llamaba Francisco el soldado que vino con Narvaez.

Pronto dejaron los señores de Teotihuacán de ser de sangre pura india, pues á este matrimonio que ya la desvirtuaba, siguió el de la hija mayor nacida en él, con Don Juan Navas Pérez de Paradela, de quien no encontramos noticias: aunque por el Don, parece haber sido caballero noble, y algo más de un simple soldado.

Dominó la sangre española con el casamiento de su hijo primogénito D. Francisco con la gachupina Doña María Caballero.

Y aquí tenemos una prueba más de que la palabra gachupín, no era voz india ni apodo despreciativo, sino nombre que se daba comunmente á los españoles que venían á establecerse en estas tierras.

V

El segundo manuscrito sobre Teotihuacán dice:

"Tratado del Principado y Nobleza del Pueblo de San Juan Teotihuacan, como se contiene en los antiguos papeles de Nobleza que por mandato de Su Magestad confirió la Real Audiencia, siendo Virey de esta Nueva España el Señor Marques del Valle.

En el pueblo que se nombra el Gran Teotihuacan y antiguamente se nombró tolteca, que le pusieron y nombraron "Esperanza de los Dioses," porque allí idolatraban y convocaban á los dioses los Toltecas, como ahora nosotros los cristianos tenemos en Roma nuestra casa de mayor adoración y gobernando este Reyno los Toltecas se perdieron y murieron los idólatras con guerras, peste y hambre; y habiéndose destruído, los pocos que se escaparon algunos se fueron á vivir á la casa del Dios del agua, y habiéndose ido se nombraron Colhuas que habian ido. Y esta tierra que fué de los Toltecas ahora se nombra "Nuestra" (sic) España. Y á los cinco años que faltaban los toltecas estaban ya demolidos y desbaratados sus cercados y casas.

"Xolotzin." — Cuando vino Xolotzin, Rey y gran señor de los Chichimecos con gran número de sus vasallos y la vió airosa y que solo era de los Dioses esta tierra en donde vivieron los toltecas, se apo-

deró de ella y se la adjudicó (como dicen los antiguos en el canto del Reino de los Chichimecos—"fué el primer humo ó niebla que vino á ponerse en esta tierra), y habiendo tomado posesión de ella, luego fué poniendo y dándoles ierras á sus vasallos los Chichimecos para que le diesen y pagasen su tributo, y en todas las partes que tenian su oficio le respondian con él al Rey de los Chichimecos, y Xolotzin que habia echado en la tierra de los toltecas á sus vasallos los Chichimecos, les puso por señores y gobernadores á los dos aquellos Príncipes y señores que trajo de su corte sus hermanos y parientes y los otros Señores que se nombran de los Colhuas Mixhuaques, grandes Señores que despues vinieron á dar con él.

"Teochinteuhtli."—Y á los 103 años que se perdieron los toltecas, Xolotzin hizo Señor á Teochinteuhtli, hijo de Quetzalmazatl, Señor de Cualinacan y le entregó el gobierno de Huexotla y Oztoticpac, que ahora pertenece á Tezcuco y á Chiautla y este pueblo de Teotihuacán lo dió de una vez con todas sus tierras y vasallos que habian en ellas y lo casó con la hija de Opanteuhtli, Señor de Xaltocan, que se nombra Gran Señor de los Otomites y Rey de ellos, y se nombraba la mujer de Ochinteuhtli, Tameyauhtzin, que

ya era hermana de Xolotzin, porque era nieta de Opanteuhtli, padre de Tameyautzin.

"Año de 12 Cañas."—En el año de las "12 Cañas" se le entregó el gobierno y se casó Tochinteutli y Xolotzin estaba en Tenayocan Aztopalco en el tiempo de los Chichimecos. Luego comenzó á parir Tameyauhtzin y tuvo cinco hijos: el primero se llamó Quiauhtzin, el segundo Tochinteuhtli: siguieron dos mujeres que se llamó la una Quiauhzihaatli ("sic") que casó con Quimatzin de los Señores de Tezcuco y Señor de los Chichimecos, hermana de Xolotzin: el tercero se llamó Manahuatzin: la segunda mujer se llamó Nenetzin, casó con Acolmiztli, Señor de Coatlichan y de los Señores de Acolhuacan. El quinto se llamó Iatzin.

Y por muerte de Teochinteuhtli heredó el Señorío de Huexotla su hijo mayor que se llamó Quiauhtzin, gobernando el Señor Quimutzin (Quinantzin) Señor de los Chichimecos, quien le puso por gobernador de Huexotla. Luego casó con la preciosa Xilocihuatzin hija de Tlacatepoztli señor de Chalco. Luego comenzaron á tener hijos y tuvieron cinco: el primero se llamó Cohuazonac Señor de Mixcohuac, que fué el tercer gobernador de Huexotla: el segundo se llamó Huetzin

y lo trajo su padre la primera vez que vino á ser gobernador de este pueblo de Teotihuacán y le hizo Señor de él y le puso por rey Techotlalatzin Gran Señor de Tezcuco y del Señorío de los Chichimecos y lo casó con Xiuhquetzalmaquetzin hija de su hermano Memexotzin, Señor de Nemametzin, primer gobernador que fué de Ocotecalco Tlaxcalan. El tercer hijo de Quiauhtzin fué Cuauhtleizte; el cuarto Xiuhcozcutzin; el quinto Totomochtzin que también fué cuarto gobernador de Huexotla.

Murió Huetzin el año de "I Conejo."

Y Huetzin Señor de Teotihuacan tuvo con su mujer Ixcaxiuhquetzalmaquextin á Quetzalmamallitzin gobernando el viejo Ixtlilxuchitl, Gran Señor de Tezcuco y de los Chichimecos y también en su gobierno murió el Sr. Huetzin en el año de "I Conejo" y á los 10 años que tenía Quetzalmamalitzin: luego que comenzó á gobenar le dieron guerra los tepanecos y los de Culhuacan, cuando murió el Señor y viejo Ixtlilxuchitl y repartió todos los pueblos que se nombran de Culhuacan: 9 años allá en Azcapotzalco y Mexico Tenochtitlan y Tlaltelolco. Y cuando los retiró Nezahualcoyotl y los de....(sic)... á los tepanecas y todos los pueblos que se habian rebelado los abrió con guerra;

y en esta ocasion otra vez puso en su Señorio á todos los Señores de Acolhuacan y los Señores de Tepanecas y los Señores de México que habian perdido en las guerras sus Señorios, como dicen los antiguos en el canto del Reino de los Chichimecos "en todas partes echó su estera y su asiento."

"Año de 8 Cañas, Quetzalmamalitzin." —En el año de las "8 Cañas" el Señor Nezahualcoyotzin otra vez puso por Señor y gobernador á Quetzalmamalitzin en este pueblo de Teotihuacan, y á los cuatro años de su gobierno lo casó con su hija Tzinquitzalpoztectzin, nieta de los Señores de México y de Tlacopa, y las tierras que le dieron en dote á la Señora que pertenecian á su padre, fueron en once partes en este pueblo: las primeras fueron Huexocalco: las 2as. Cuaxatlaco: la 3a. Zacatlaco: la 4a. Tepozaco: la 5a. Texochihuacan: las 6as. Chimalpan: la 7a. Chalchihuacan y todas las que se han mentado de Tenango que pertenecen á Chalman que estas por su culpa se nombraron la 8a. Tlaxolotl: las 9as. Cazotlan: las 10as. Tzapotlan: la 11a. Tolman junto á Temaxcalopan y por suyas propias.

El Señor Nezahualcoyotl le dió á la Señora Tzinquetzalpoztectzin las tierras de

su Señorio: las 1as. en Acahuac: las 2as. en Tequiziztlan: las 3as. en Atliziutlan: las 4as. en Apan: las 5as. en Xoxoquitepetl: las 6as. en Cempoalan. Y el Señor Nezahualcoyotzin le dió á su yerno Quetzalmamalitzin para que le tributasen seis pueblos de los que se llaman conquistados: el 1o. el pueblo de Mazahuacan: el 2o. el de Caltecoyan: el 3o. el de Ecatzinco: el 4o el de Tlacapehuacan: el 5o. el de Ayahualolco: el 6o. Chalco Cuauhtlalpan y en todos los pueblos que se han mentado sus palacios y casas principales. Y al señor Cozatzitzin le hicieron su palacio en Xohuacan y al Señor Xiuhtototzin en Tecpilpan Mixquititlan para que cuidase de este pueblo, y el tributo que pagaban todos los pueblos que se han mentado eran mantos capitulares (que son unas mantas de tres esquinas que amarradas en los hombros la una arrastra en el suelo) bordadas ó labradas, bandas ó cingulos grandes, mantos de plumas, arcos, flechas, fundas y jondas: plata, chalchihuites, plumas, macanas y chimales, cacles, gallinas y cacao, chile, sal, leña de encino y ocotes, pinales y milpas que hacian en la tierra nombrada Tlatocatlalli, que asimismo se nombran Icocauh y Tolaliutlaca, nahuas, huepiles y pecheras. Esto era el tributo de los pueblos que se han mentado.

En Teotihuacan pagaban le tributo 6 envoltorios de mostaza ("sic"); 5 envoltorios de mantas bordadas grandes, con mantas blancas: 10, y un manojo y diez plumas finas: 1 envoltorio y 5 maxtles labrados: mantas grandes 6 envoltorios; cacao, una medida y 630; gallinas 62 y gente de servicio. De mantas blancas de algodon y maxtles 5 envoltorios; 7 envoltorios de ayates (y para que los cargasen una ringlera y 10 hombres), 5 envoltorios de mantas de cuatro esquinas: 140 cargas de ocote: 120 petates: 60 icpales: chiquihuites 10 plantes, que son 280 de molcaxetes ("sic") plantes; 10 ollas apaxtles un plante: cántaros 2 plantes; y eran necesarios todos los dias en sus palacios para que comiesen los principales 7 medias fanegas de maiz; 14 gallinas: 280 cacaos: 7 cajetes de tomates: siete cajetes de chile: 700 chiles anchos: 7 cajetes de pepitas: 7 yahuales ó medidas de sal: 30 cargas de leña de encino: 60 molenderas: 7 aguadores: 7 atizadores: la milpa que le hacia el pueblo de su señorio en las tierras que se nombraban Tonayacatl, eran 32 y esto era el oficio y servidumbre que en Teotihuacan hacian á los señores.

Y cuando el Señor Nezahualcoyotl repartió las tierras les dió en este pueblo algunas á los Señores de México y á los

Señores de Colhuacan y de la misma manera tambien les dió las tierras á los Señores de Teotihuacan que tambien tenian en algunas partes sus tierras y vasallos que les traian el tributo. La 1a. de Tezcoco: la 2a. de Huexotla: la 3a. de Coatlinchan: la 4a. de Tepetlaztoc: la 5a. de Atezoyocan: la 6a. de Acolman: la 7a. de Chiuhnauhtlan: la 8a. de Tenochtitlan Mexico: la 9a. de Tlatelolco: la 10a. de Ecatepec. Y todas estas tierras y pueblos que se han mentado le entregó el Señor Nezahualcoyotl á su yerno Quetzalmamalitzin y las dejó debajo de su mandado y amparo y todos los pueblos que se llaman de la Milpa á cargo de Otompan Tlahuaucoxochitl.

Luego comenzó á parir la Señora Quetzalpoctectzin y tuvo doce hijos nietos del Señor Nezahualcoyotl. El 1o. fué Cotzatzintzin: el 2o. Tlacatecatzintli: el 3o. Yacamapichtzin: el 4o. fué mujer que se llamó Cuauhtzin: el 5o. Cuauhzontecomatli y los otros siete fueron mugeres. Vivió Quetzalmamalitzin 95 años y murió el año de "4 Cañas" y les dejó repartidos á sus hijos todos los pueblos y tierras realengas que se nombraban las unas Tequitlalli, las otras Tlatocatlalli, y otras Tepantlalli y otras Tetzcoco tlatocatlalli, y las tierras que pertenecian á la Señora Quetzalpozteczin todas las dejó al Señor

Cotzatzintzin su hijo mayor y solas las que se nombran Pillalli les dió á los demas sus hijos, como consta por el repartimiento que hizo el Señor Nezahualcoyotl que es el que se ha de seguir.

Y cuando murió Quetzalmamalitzin Nezahualpiltzintli, Gran Señor de Tezcuco y de los Chichimecos, puso por gobernador á Cotzatzintzin y lo casó con su hija Cuauhihuitzin y tuvieron solas dos hijas: la una se llamó Teuhcihuatzin y despues que se bautizó se llamó Doña Magdalena, y la otra se llamaba Amoxolotzin y "desbas (sic)" puso en esta tierra Xiuhtototzin que las dos fueron sus mugeres. Y Amoxolotzin parió á Mamahuitzin y Da. Magdalena Teuhcihuatzin parió á D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin y á los siete años de su gobierno murió el Señor Cotzatzintzin, el año de las "doce cañas."

"Año de 12 Cañas."—Y luego pusieron por gobernador á Xiuhtototzin que asimismo le entregaron el gobierno en Tezcuco y heredó el Señorio por las Señoras sus sobrinas con quien habia casado estando gobernando en Tezcuco el Señor Nezahualpiltzintli que gobernó 30 años y murió el año de "1 caña," recien venidos los españoles que trajeron la fee católica.

Y cuando murió el Señor Xiuhtototzin quedó el Señor D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin muy niño, y por eso D. Fernando Cortés Ixtlilxuchitl, gran señor de Tezcuco y de los Chichimecos, puso por gobernador al mancebo Manahuatzin, hermano mayor de D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin, hijo de Amoxolotzin y murió el año de "7 casas."

Y cuando murió Manahuatzin estaba el Señor Ixtlilxuchitl en su compañia y estaba cuidando en Tezcuco Itzquinmani y gobernando D. Juan Tlacoyaotzin, hijo bastardo de Cotzatzintzin y los demas que aquí pertenecen, separó el Señor Ixtlilxuchitzin y los pusó aparte. Gobernó el Señor D. Juan Tlacoyoatzin ocho años y murió el año de las 12 Casas que fué de.....(sic)..... y luego se juntaron los principales Señores y oficiales y parientes de D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin y lo llevaron á Tezcuco ante D. Pedro Tetlahuehuetzquitiztzin y lo hizo el dicho D. Pedro, que á esta sazón tenia el dicho D. Francisco 15 años: luegó dieron parte á la Real Audiencia y confirmó la elección con Provision Real el año de 1533 siendo Arzobispo Virrey Presidente de la Real Audiencia D. Juan de Zumarraga (1) de la re-

(1) Este es un error patente del narrador, pues el Sr. Zumárraga no fué Virrey. (Nota del copiante).

ligion de San Francisco y sus Oidores el Lic. Salmeron, Lic. Maldonado, Lic. Zeinos y el Lic. Quiroga y Secretario Alonso Lucas, y eran á su cargo todos los tributos de estos pueblos y las treinta y siete milpas que le hacian al Señor D. Francisco en las tierras que se nombran Itonalintlacatl, y habiendo puesto por gobernador á D. Francisco mandó el Sr. Arzobispo D. Fr. Juan de Zumarraga que casara con la Señora Da. Ana Ixtlilxuchitl, hija del Señor Ixtlilxuchitl de Tezcuco y le hizo merced de todas las tierras de este pueblo y de los vasallos que vivian en las tierras nombradas Yaotlalli que se habia adjudicado al Señor Nezahualcoyotl cuando los venció y las tierras de las milpas del Señor Ixtlilxuchitl que también se le entregaron á la Señora Da. Ana. (Fué el año de 1559.)

En el año de las "12 Cañas" 1559 Yacapitzahuac comenzó á tener pleitos con D. Francisco, siendo Virrey Don Antonio de Mendoza y vino á hacer vista de ojos y por Juez de ella Domingo Hernandez, vecino de Xochimilco y por decreto de S. E. le mandó que los de Altopehuaz que vivian en las tierras tributarias pagasen en reconocimiento á D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin, cuatro envoltorios de mantas grandes y le sembrasen cada año en las tierras de su

Señorio que se llaman Tlacocatlalli, 15 milpas, que son las tierras que asimismo se llaman Itomayacatl; las primeras Tlazincan: las 2as. Chalchihuapan; las 3as. Cacatlaco; las 4as. Tempitzca; las 5as. Atapan; las 6as. Cozcapan; las 7as. Toquillan; las 8as. Tlaltepec; las 9as. Tlacatecuhtzinco; las 10as. Tezcatzonco; 11a. Coyoacan; 12a. Tepetitlan; 13a. Capoliacac; 14a. Teyacac; 15a. Atlixchihuyan y todos los dias le diesen al Señor D. Francisco 400 cacaos, 2 gallinas, un cajete de chiltecpin, un cajete de tomates menudos, un cajete de pepitas, 100 chiles anchos, una medida de sal, una carga de leña de encino, una rueda de ocotes, diez molenderas, diez leñeros. Y los siete palacios que tiene es en Huiznahuac, el 2o. en Capoltitlan, el 3o. en Atempan Coyotlan, el 4o. en Zacatla, el 5o. Xolotl, el 6o. Chimalpan, el 7o. Tocuilan Atezcapan. Por decreto de S. E. se mandó que todo este tributo se le diera al Sr. D. Francisco y le sirviesen como lo habian hecho con sus antepasados.

"Año de 8 Pedernales."—Y la segunda vez que le puso pleito Yacapitzahuac á D. Francisco Verdugo, fué en el año de "8 Pedernales" gobernando esta el E. S. D. Luis Velasco quien envió por juez de vista de ojos al R. P. Fr. Diego Rengifo, religioso de S. Agustin y por decreto de

S. E. se mandó que al Sr. D. Francisco cada 80 dias le diesen los del pueblo de tributo 40 pesos y cada ocho dias los Domingos, 1,200 cacaos, 7 gallinas, 300 chiles anchos, 7 cajetes de tomates, 7 cajetes de chiltecpin, una medida de sal, 7 cargas de leña de encino, una rueda de ocotes, 3 molenderas y 3 leñeros y las milpas que habian de hacer los Atepehuas al Sr. D. Francisco en las tierras de su Señorio, que se nombra Tlatocatlalli habian de tener 20 palos del con que se mide la tierra de largo y 200 de ancho y que en siete palacios le sirviesen como habia sido uso y costumbre y habian servido á sus antepasados.

Y este mismo año vino por Juez de medida Juan de los Angeles de Tecamachalco y les dió tierras á todos los principales y labradores que habia, siendo Virey D. Luis de Velasco.

"Año de 7 Casas."—En el año de las "7 Casas" le puso pleito Yacapitzahuac al Sr. D. Francisco pidiendo que lo corriesen y vino por Juez D. Francisco Ximenez, vecino de Tlaxcalan y mandó el Sr. Virey D. Luis de Velasco que se le diese al Sr. D. Francisco cada 80 días, 40 pesos, 3 naguas y 3 huepiles y 3 mantas y cada ocho dias los Domingos, 1,400 cacaos, 7 gallinas, 350 chiles anchos, 2 medidas de sal, 2 ruedas de ocote, 7 car-

gas de leña de encino, 7 cajetes de chiltecpin, 7 cajetes de tomates delgados y que la milpa que le sirviesen á D. Francisco en las tierras nombradas Tlatocatlalli, tuviesen siete palos de los con que se mide la tierra de ancho y lo mismo de largo y que en sus siete palacios le sirviesen como habia sido uso y costumbre; y con esto cesaron los pleitos y fué castigado Yacapitzahuac y notificado que ni él no otro alguno le pusiese pleito, pena de 50 pesos para la Camara de S. M. y destierro al que quebrantase.

"Año de 12 Casas."—En el año de las "12 Casas" quisieron trocar los de Tenango las tierras del Señorio en que estaban sus casas y no se pudo porque mandó la real Audiencia que se estuviera como estaba.

"Año de I Conejo."—Y en el año de "I Conejo" se desbarató el pueblo por el religioso de San Agustin, siendo alcalde mayor de Tezcuco George Zeron, ante quien pasó la querella y otra vez se volvieron los de Altepehuac á su pueblo.

"Merced de armas, año de 1559."—Y en el año de las "2 Cañas," que fue el de 1559 honró el Rey N. S. D. Felipe IV (Felipe segundo) con escudo de armas á D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin por ser descendiente de los Reyes de Tezcuco y Señores de Teo-

tihuacan que admitieron la Santa Fe y no les dieron guerra á los Españoles y le confirmó su Señorio en Teotihuacan y le dió por armas una Aguila, un Sol, un morrion con un plumero, una banda blanca, siete estrellas, una selva y un león y la firmo la Reina, Presidente y Oidores del Consejo Real de Indias, que fueron el Lic. Briviesca, Lic. Sarmiento y el Dr. Vazquez ante el Secretario Ochoa de Reibando, que son en la forma que se han mostrado.

"Año de 5 Conejos."—Y en el año de "5 Conejos" Alonso de Bazan se quejó del señor D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin porque queria que á sus casas pagasen tributo y en esta ocasión vino por Juez D. Francisco Muñoz y Juan Gallegos y mandó la Real Audiencia que se estuviese como se estaba y pagasen y sirviesen á D. Francisco, como siempre.

"Año de 6 Cañas."—Y en el año de "6 Cañas" de 1563 murió el señor D. Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin, el dia Domingo de la Resurreccion 11 de Abril, habiendo hecho su testamento en presencia del M. R. P. Guardian Fr. Alonso de Vera y de todos los oficiales principales de este, D. Antonio de la Cadena Axetepanecatzintli, D. Pedro de Paz Maquintecatzintli, D. Pablo

Pimentel, Miguel de S. Francisco, Nicolas Tlalmachnahuacatl, Damian Tohuatahuatl y lo hizo ante Juan de San Luis Alcalde y de otros principales por ante Damian Bravo Escribano de República por la Real Audiencia.

Y habiendo muerto Don Francisco Verdugo Quetzalmamalitzin Huetzin heredó el Señorio como consta por su testamento, Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl, descendiente de los Reyes de Tezcuco, y se le entregó el Señorio por decreto del señor Don Luis de Velasco.

Y cuando murió D. Luis de Velasco, Virey de esta Nueva España, vino D. Gaston de Peralta, Marques de Falces por Virey y S. E. mandó que se le entregasen cada año á la señora Doña Ana Cortés 60 pesos, una molendera y un leñero: luego le pusieron pleito á Dª Ana Cortés sobre el Señorio los principales que querian se repartiesen las tierras y mandó la Real Audiencia que no se repartiesen que era mayorazgo que habian de ir heredando los hijos mayores descendientes de aquellos Señores.

"Murió año de 1580."—Y habiendo muerto la señora Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl el año de 1580 por decreto del E. S. D. Martin Enríquez Virey de esta N. E. se mandó que heredase el Señorio Doña Francisca Verdugo Ixtlilxu-

chitl y que se le entregase cada año 60 pesos y una tesqui ("sic") y un leñero. Todo lo decretado pasó el Secretario D. Juan de Cuevas.

Y otra vez volvieron á ponerle pleito los principales en la Real Audiencia á la señora Doña Francisca Verdugo Ixtlilxuchitl, diciendo que á ellos pertenecian las tierras nombradas Tlatocatlalli y las de Tecpantlalli y que querian repartírselas y vino á hacer vista de ojos y por Juez de medidas Francisco Solis, Encomendero de Acolman y por decreto de la Real Audiencia se mandó que sola Doña Francisca Verdugo Ixtlilxuchitl fuera dueño del Cacicazgo y todas sus tierras bajo de graves penas que se le impusiesen á los principales para que no volviesen á poner pleito.

"Casó Doña Francisca año de 1561."— Y Doña Francisca Verdugo Ixtlilxuchitl casó con Don Juan Grande, español interprete, y tuvieron tres hijos que fueron, la mayor Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl, Doña Juana Cortés y Don Luis Grande que fué el menor y murió sin herederos, por cuya causa heredó el mayorazgo Doña Ana Cortés por orden de la Real Audiencia en que mandó ante el Secretario Martin Lopez de Gaona se le diesen á la señora Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl cada año 60 pesos, una molen-

dera y un leñero. Esto fué el año de 1597 por fin y muerte de la dicha Doña Francisca Verdugo Ixtlilxuchitl su madre.—"Posesión de Doña Ana, año de 1597."

Y la señora Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl casó con un español llamado D. Juan de Navas Perez de Peraldela ("sic") y durante su matrimonio tuvieron por hijos á Don Francisco, D. Fernando, Doña Ana, D. Gerónimo, Doña Juana, D. Mateo, D. Luis, D. Cristobal, Doña Magdalena, D. Bartolomé y D. Lucas.

Y Doña Juana Cortés hermana de Doña Ana, casó con un español nombrado Carpio y tuvieron un hijo llamado Fernando del Carpio.

Don Francisco de Navas Perez de Peradela heredó el mayorazgo, casó con Doña Maria Cavallero Gachupina, murieron sin herederos.

Hasta aquí transmito de los papeles antiguos Don Juan Tesante el año de 1621."

Hasta aquí el manuscrito de Teotihuacán. Por estar en el mismo legajo, publicamos también la siguiente

DESCENDENCIA

de D. Fernando Cortés Ixtlilxuchitl.

"Don Fernando Cortés Ixtlilxuchitl

fué hijo legítimo de Nezahualpiltzintli y de Tenancauhuatzin, hija legítima de Axayacatzin, Rey de Mexico. Don Hernando Cortés Ixtlilxuchitl casó con Doña Beatriz Papantzin, su prima hermana, hija de Cuitlahuatzin, señor de Iztapalapa que tambien fué Rey de Mexico. Tuvo en la dicha Doña Beatriz dos hijas legítimas, que fué la mayor Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl. El dicho Don Hernando Cortés fué nieto de Nezahualcoyotl y legítimo sucesor de la corona de Tezcuco, como consta de las aprobaciones que hicieron las Repúblicas de Otumba y Cuautlatzinco por ante sus gobernadores y escribanos y como tal Rey de Tezcuco estaba gobernando cuando vino á dar á este Reino D. Fernando Cortés con la ley evangélica. Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl casó con Don Francisco Verdugo Quatzalmamalitzin, Señor natural del pueblo de San Juan Teotihuacan. La segunda hija de Don Hernando Cortés que se llamó Luisa Cortés Ixtlilxuchitl, casó con el Señor del puebo de Tepeapulco y no tuvo hijos, como consta de su testamento (1) á Doña Francisca Verdugo Cortés sobrina, hija legítima de Don Francisco Verdugo

(1) **Parece que falta algún período. R.**

Quetzalmamalitzin y de Doña Ana Cortés Ixtlilxuchitl que no tuvieron mas hijos que esta que fué la única heredera del Señorio de San Juan Teotihuacan y la dicha Doña Cristina Verdugo (1) casó con Juan Grande, español, como consta por la carta de dote que le hicieron y durante su matrimonio hubieron y procrearon por sus hijos legítimos á Doña Ana Cortés, segunda de este nombre, Doña Juana Cortés y Don Luis; Doña Ana Cortés casó con Juan Perez Paraleda y Navas y tuvieron por hijos legítimos á Don Francisco de Navas Huetzin, á "Fernando de Alva Cortés Ixtlilxuchitl," Doña Ana Cortés, Don Cristóbal, D. Geronimo, D. Luis de Alva, Doña Juana, Doña Magdalena y el Lic. D. Mateo de Alva, D. Bartolomé y D. Lucas, que estos dos murieron niños. Heredó el Señorio D. Francisco de Navas Huetzin, casó con Doña Maria Cava-Gachupina y murieron sin sucesor. Por lo cual, "D. Fernando de Alva" representó ser legítimo sucesor de dicho D. Hernando Cortés Ixtlilxuchitl en virtud de cédula de S. M. su fecha en Aranjuez á 16 de Mayo de 1702 años que en tiempo de D. Luis de Velasco, Marqués

(1) No se ha mencionado antes tal persona. R.

de Salinas, en virtud de mandamiento suyo en fecha 26 de Agosto de 1710 años, hizo la probanza con catorce testigos de sesenta y ochenta años y algo mas, probó ser legítimo sucesor de todos los derechos del dicho D. Hernando Cortés, como consta de los testamentos, cédulas y demas recaudos.

Doña Ana Ceron, hermana del dicho Don Fernando de Alva y tercera de este nombre, casó con D. Diego Ruiz Garvin y durante su matrimonio tuvieron por hijos legítimos á D. José Ruiz Garvin, D. Diego Ruiz Garvin y Doña Margarita Ruiz.

Don José Ruiz Garvin casó con Doña Juana López Lozano y durante su matrimonio tuvieron por sus hijos á Doña Angela Ruiz, Doña Geronima, Don Francisco Ruiz Carvín, Doña Maria, Doña Juana, Don Manuel y Doña Ana Cortés.

Doña Angela Ruiz Garvin casó con Don Juan de Aldana y Santa Cruz."

VI

Este segundo manuscrito corresponde á la clase de los llamados Anales, porque la relación de los sucesos va acompañada del año respectivo. Generalmente estos Anales son interpretación de

jeroglíficos, en los cuales al lado de los signos de los años están pintados los hechos históricos más notables y la genealogía de los señores de algún pueblo. De esta especie los más conocidos son los Códices Mendocino, Telleriano-Remense y Vaticano, publicados en las Antigüedades Mexicanas de Lord Kingsborough.

El autor de este manuscrito debió ser tezcucano, porque da á Teotihuacán el nombre de Tolteca; pues en el Mapa Quinatzin el jeroglífico de aquella ciudad es el mismo de Tollan. Los acolhuas la llamaban Tollan Teotihuacán.

En su introducción incurre el autor en algunas equivocaciones, como son dar el título de Virrey á Cortés, traducir Teotihuacán por "Esperanza de los dioses," y decir que los Colhuas fueron á vivir á la casa del Dios del agua.

Cortés nunca tuvo el título de Virrey. La palabra Teotihuacán se compone de "teotl" dios, "hua" partícula denotativa de posesión, y "can" desinencia de lugar. El todo, pues, significa: lugar que está en posesión de los dioses, ciudad de los dioses. "La casa del Dios del agua" sería el Tlalocan ó Tlaloc, cerro inmediato á Texcoco, el cual se suponía residencia del dios de la lluvia; y los Colhuas se fueron á vivir al lago, en el lugar donde hoy está Culhuacán.

Más importante este manuscrito que el anterior, porque además de dar la cronología de los sucesos, los relata con mayor extensión, es de la misma época, pues llega hasta D. Francisco de Navas Pérez de Paradella y su matrimonio con la Gachupina. El traslado de los manuscritos se hizo por D. Juan Tesante en el año de 1621.

No hacemos las correcciones de los nombres mexicanos del manuscrito, bastante estropeados por el copista, porque los verdaderos y castizos son muy conocidos, y el lector hará por sí fácilmente la enmienda. Además, esta clase de documentos no constituye la historia; son tales escritos elementos para formarla; y á no ser errores crasos que la adulteren, deben dejarse intactos y sin comentarios, á fin de que con toda independencia y libres de preevnción, utilicen sus datos quienes á estos estudios se dedican.

El manuscrito sobre la "Descendencia de D. Fernando Cortés Ixtlilxuchitl," nos prueba que todos estos documentos fueron presentados por el historiador D. Fernando de Alva Ixtlilxuchitl, para acreditar su parentesco con los reyes de Texcoco y los señores de Teotihuacán. Y claramente lo dice el último; aunque en él las fechas citadas están cambia-

das por el copista, pues son 1702 y 1710, y deben ser 1602 y 1610; porque se refieren á hechos pasados poco después del gobierno de Don Luis de Velasco el segundo, y éste gobernó de 27 de enero de 1590 á principios de noviembre de 1595.

FIN.

INDICE

